

La furia de Sharpe



Bernard Cornwell

Lectulandia

En 1811, en plena Guerra de la Independencia, empiezan a surgir en España voces que defienden un acercamiento a Napoleón. El descubrimiento de unas comprometedoras cartas del embajador inglés a una prostituta no hacen sino alentar todavía más esa propuesta. En un Cádiz sitiado por las tropas francesas, Sharpe será el encargado de encontrar a la destinataria de las misivas y recuperar esas cartas. Cuando Sharpe y sus dos camaradas Harper y Moon llegan a Andalucía, las tropas inglesas, a las órdenes de sir Thomas Graham se disponen a romper el cerco francés, complicando, aún más, si cabe, la misión de Sharpe.

Esta vez Cornwell nos hará una magistral descripción bélica de la batalla de Chiclana (5 de marzo de 1811).

Lectulandia

Bernard Cornwell

La furia de Sharpe

Richard Sharpe y la batalla de Chiclana

Marzo de 1811

Richard Sharpe - 11

ePub r1.0

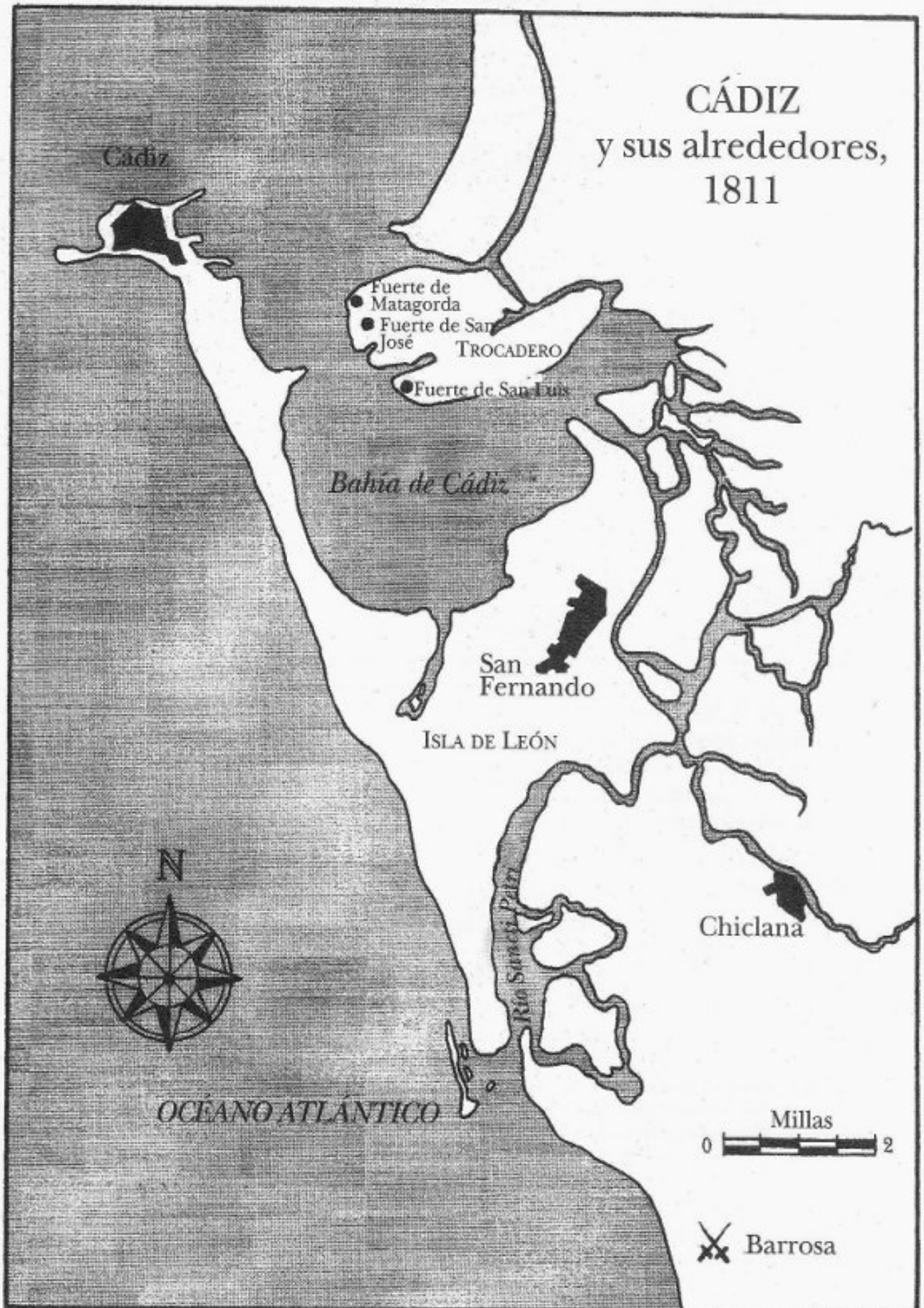
viejo_oso 27.05.14

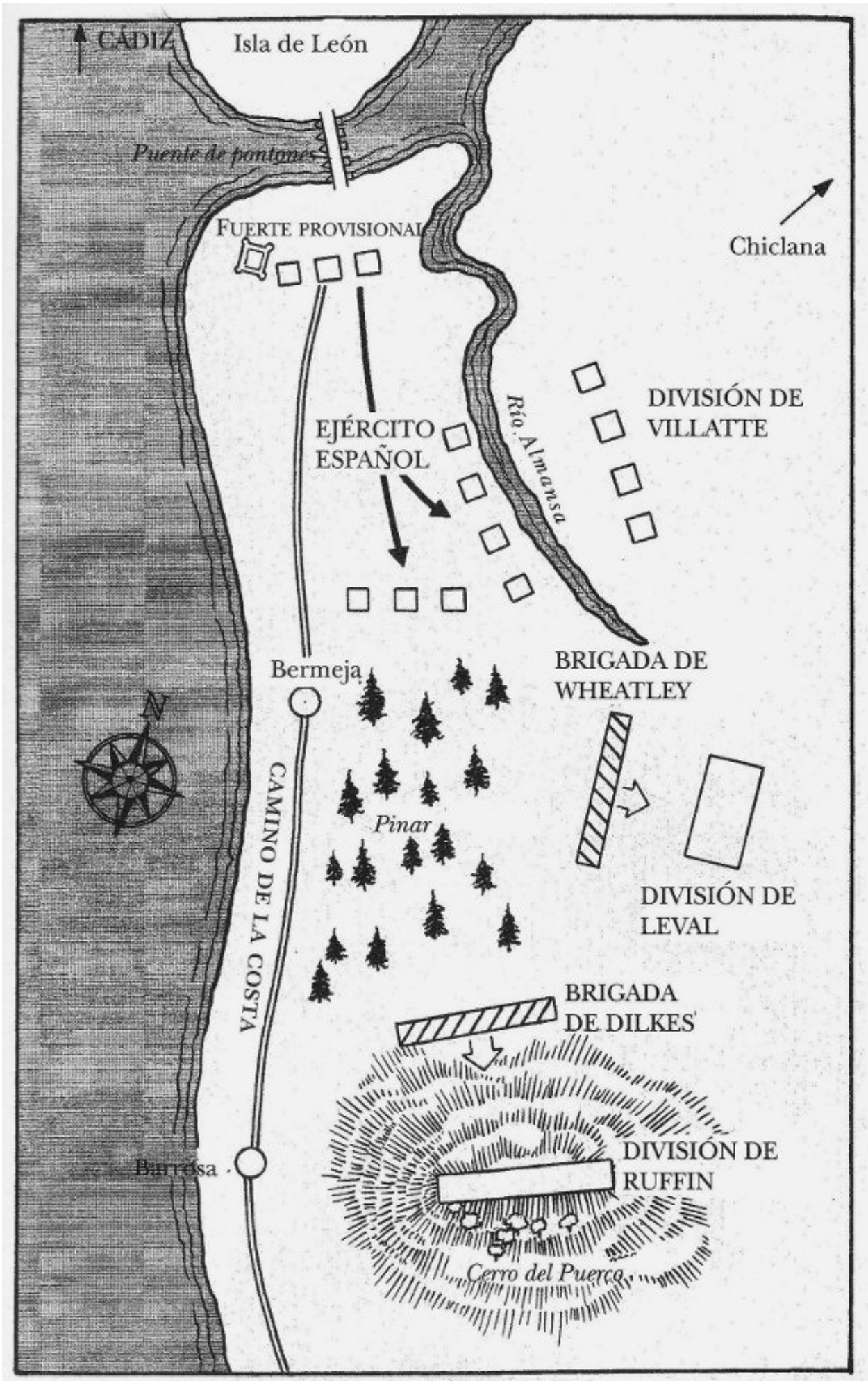
Título original: *Sharpe's Fury*
Bernard Cornwell, 2006
Traducción: Montse Batista
Diseño de cubierta: Jordi Sàbat

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

La furia de Sharpe *va dedicada a Eric Sykes*





PRIMERA PARTE

EL RÍO

CAPÍTULO 1

Siempre estabas cerca del mar. En Cádiz lo percibías continuamente, con un olor casi tan intenso como la hediondez de las aguas residuales. En el sector meridional de la ciudad, cuando el viento del sur soplaba con fuerza, las olas rompían contra el malecón y rociaban los postigos de las ventanas con un golpeteo. Tras la batalla de Trafalgar, las tormentas habían azotado la ciudad durante una semana y los vientos llevaron el rocío del mar hasta la catedral derribando los andamios de su cúpula inacabada. Las olas habían cercado Cádiz y los fragmentos de barco traqueteaban contra las piedras; luego llegaron los cadáveres. Pero de eso hacía ya casi seis años y ahora España luchaba en el mismo bando que Gran Bretaña, aunque Cádiz era lo único que quedaba de España. El resto del país o bien estaba gobernado por Francia o bien no lo gobernaba nadie. Los guerrilleros rondaban las montañas, la pobreza reinaba en las calles y España entera se hallaba postrada.

Febrero de 1811. Era de noche. Otra tormenta batía la ciudad y unas olas terribles se estrellaban, blancas, contra el malecón. En la oscuridad, el vigilante veía las explosiones de espuma que le recordaban al humo de pólvora de los cañones. La violencia tenía la misma incertidumbre. Justo cuando pensaba que el oleaje ya no podía empeorar, varias olas estallaron de repente; el agua blanca afloró por encima del muro como si fuera humareda y el viento arrastró el rocío, que acribilló las paredes blancas de la ciudad como si fuera metralla.

El hombre era sacerdote. El padre Salvador Montseny iba vestido con sotana, capa y un ancho sombrero negro que debía sostener contra el embate del viento. De alta estatura, el padre Montseny contaba con treinta y tantos años, y era un predicador furibundo, apolíneo y taciturno que en aquellos momentos aguardaba guarecido bajo un pequeño arco de entrada. Se hallaba muy lejos de su casa. Ésta se encontraba en el norte, donde se había criado como hijo indeseado de un abogado viudo que se deshizo de Salvador enviándolo a un seminario. Se había hecho cura porque no sabía qué otra cosa podía ser; sin embargo, ahora desearía haber sido soldado. Él pensaba que habría sido un buen soldado; no obstante, el destino quiso convertirlo en marinero. Había sido capellán a bordo de un barco español capturado en Trafalgar y ahora, por encima de él, en la oscuridad, volvía a atronar el estrépito de la batalla. El sonido era el ruidoso gualdrapeo de las grandes colgaduras de lona que protegían la cúpula a medio construir de la catedral, pero el viento hacía que las enormes lonas sonaran como cañones. Sabía que aquellas lonas habían sido parte del velamen de la flota de guerra española, pero después de Trafalgar las pocas naves que a duras penas regresaron fueron despojadas de sus velas. En aquel entonces el padre Salvador Montseny se encontraba en Inglaterra. A la mayor parte de los prisioneros españoles los habían desembarcado rápidamente, pero Montseny era el capellán de un almirante

y había acompañado a su patrón hasta la húmeda casa rural de Hampshire donde había visto caer la lluvia, nevar sobre los pastos y donde había aprendido a odiar.

También había aprendido a tener paciencia. Ahora mismo estaba siendo muy paciente. El sombrero y la capa se hallaban empapados y tenía frío, mas no se movió. Esperó. Llevaba una pistola al cinto, pero le pareció que la pólvora del cebo se habría mojado. No importaba. Tenía un cuchillo. Tocó la empuñadura, se apoyó en la pared y vio otra ola romper al final de la calle, divisó las gotas a la débil luz de una ventana con los postigos abiertos y entonces oyó los pasos.

Un hombre venía corriendo por la calle Compañía. El padre Montseny esperó, una sombra más entre las oscuras sombras, y vio que el hombre se dirigía a la puerta de enfrente. No estaba cerrada con llave. El hombre entró, el sacerdote se apresuró a seguirlo y abrió la puerta de un empujón cuando el otro fue a cerrarla.

—*Gracias* —dijo el padre Montseny.

Se encontraban en un túnel en forma de arco que conducía al patio. Un farol parpadeaba en una hornacina y el hombre, al ver que Montseny era sacerdote, pareció aliviado.

—¿Vive aquí, padre? —le preguntó.

—Una extremaunción —respondió el padre Montseny al tiempo que se sacudía el agua de la sotana.

—Ah, esa pobre mujer de arriba —el hombre se santiguó—. Hace una noche de perros —dijo.

—Las hemos tenido peores, hijo mío, y ya pasará.

—Cierto —repuso el hombre. Entró en el patio y subió las escaleras hasta el balcón del primer piso—. ¿Es usted catalán, padre?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por su acento, padre. —El hombre sacó la llave, la hizo girar en la cerradura de su casa y el sacerdote pasó poco a poco junto a él, al parecer para dirigirse a las escaleras que subían al segundo piso.

El hombre abrió la puerta y se fue de bruces cuando de pronto el padre Montseny se dio media vuelta y lo empujó. El hombre cayó al suelo. Llevaba un cuchillo e intentó sacarlo, pero el sacerdote le propinó una fuerte patada bajo la barbilla. La puerta de entrada se cerró y quedaron a oscuras. El padre Montseny se arrodilló encima del pecho del hombre y le puso su cuchillo en la garganta.

—No digas nada, hijo mío —le ordenó. Palpó por debajo de la capa empapada del hombre y encontró el cuchillo, lo cogió y lo arrojó al pasaje—. Sólo hablarás cuando te pregunte. ¿Te llamas Gonzalo Jurado?

—Sí. —La voz de Jurado era apenas un susurro.

—¿Tienes las cartas de la puta?

—No —respondió Jurado, que chilló cuando el cuchillo del padre Montseny le

atravesó la piel hasta tocar la mandíbula.

—Te harás daño si mientes —le dijo el sacerdote—. ¿Tienes las cartas?

—¡Sí, las tengo!

—Pues enséñamelas.

El padre Montseny dejó que Jurado se levantara. No se separó de él mientras Jurado se dirigía a una habitación que daba a la misma calle en la que el sacerdote lo había esperado. El eslabón golpeó el pedernal y se encendió una vela. Jurado vio entonces con más claridad a su asaltante y pensó que Montseny debía de ser un soldado disfrazado, pues no tenía aspecto de sacerdote. El suyo era un rostro alargado y sombrío, carente de compasión.

—Las cartas están a la venta —dijo Jurado, que a continuación soltó un grito ahogado porque el padre Montseny le había golpeado en el estómago.

—Te dije que hablaras sólo cuando te preguntara —dijo el sacerdote—. Enséñame las cartas.

La habitación era pequeña pero muy confortable. Era evidente que a Gonzalo Jurado le gustaban los lujos. Había dos divanes delante de una chimenea vacía sobre la que colgaba un espejo de marco dorado. Había alfombras en el suelo. En la pared de enfrente de la ventana destacaban tres cuadros, todos de mujeres desnudas. Debajo de la ventana que daba a la calle había una cómoda y el hombre, asustado, abrió uno de los cajones y sacó un paquete de cartas atadas con un cordón negro. Lo dejó sobre la cómoda y retrocedió.

El padre Montseny cortó el cordón y extendió las cartas sobre el tablero de cuero de la cómoda.

—¿Están todas?

—Las quince —respondió Jurado.

—¿Y la puta? —preguntó el padre Montseny—. ¿Todavía tiene alguna?

Jurado vaciló, pero entonces vio el reflejo de la luz de las velas en la hoja del cuchillo.

—Ella tiene seis.

—¿Se las guardó?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

Jurado se encogió de hombros.

—Tal vez le baste con quince. Quizá pueda venderlas otras más adelante. Es posible que le siga teniendo cariño a ese hombre. ¿Quién sabe? ¿Quién entiende a las mujeres? Sin embargo... —Estaba a punto de hacer una pregunta, pero temió recibir un golpe por hablar cuando no le correspondía.

—Adelante —le dijo el padre Montseny al tiempo que cogía una de las cartas al azar.

—¿Cómo sabía lo de las cartas? No se lo dije a nadie, aparte de a los ingleses.

—Tu puta se confesó —dijo el padre Montseny.

—¡Caterina! ¿Fue a confesarse?

—Me dijo que lo hacía una vez al año —repuso el padre Montseny mientras le echaba un vistazo a la carta—, siempre el día de su santa patrona. Acudió a la catedral, le contó a Dios sus muchos pecados y yo le concedí la absolución en su nombre. ¿Cuánto quieres por las cartas?

—Guineas inglesas —contestó Jurado—. Quince cartas, veinte guineas cada una. —Ahora se sentía más seguro de sí mismo. Guardaba una pistola cargada en el último cajón de la cómoda. Cada día comprobaba el muelle real y cambiaba la pólvora al menos una vez al mes. Y su miedo había disminuido ahora que había comprendido que Montseny era un sacerdote de verdad. Un sacerdote aterrador, sin duda, pero aun así era un hombre de Dios—. Si prefiere pagar con dinero español, padre —siguió diciendo—, entonces las cartas serán tuyas por mil trescientos dólares o duros españoles.

—¿Mil trescientos dólares? —respondió el padre Montseny con aire ausente. Estaba leyendo una de las cartas.

Estaba escrita en inglés, pero eso no le suponía ningún problema puesto que había aprendido el idioma en Hampshire. El hombre que había escrito la carta estaba profundamente enamorado y el muy idiota había puesto su amor por escrito. Ese necio había hecho promesas, y la chica a la que se las hizo resultó ser una puta, y Jurado su chulo, y ahora el chulo quería chantajear al que había escrito las cartas.

—Tengo una respuesta —el chulo se atrevió a hablar sin que lo invitaran a hacerlo.

—¿De los ingleses?

—Sí, padre. Está aquí. —Jurado señaló el último cajón de la cómoda.

El padre Montseny le dio permiso con un gesto de la cabeza, Jurado abrió el cajón y soltó un grito, pues un puño le había golpeado con tanta fuerza que lo hizo retroceder tambaleándose. Chocó contra la puerta que tenía a sus espaldas, la puerta cedió y el hombre cayó de espaldas en el dormitorio. El padre Montseny cogió la pistola del cajón, abrió el rastrillo, sopló la pólvora y arrojó el arma así inutilizada hacia los divanes cubiertos de seda.

—¿Has dicho que recibiste una respuesta? —le preguntó como si nada hubiese ocurrido.

Jurado estaba temblando.

—Dijeron que pagarían.

—¿Has concertado el intercambio?

—No, todavía no —Jurado vaciló—. ¿Usted está con los ingleses?

—No, gracias a Dios. Yo estoy con la santísima iglesia romana. Dime, ¿cómo te

comunicas con los ingleses?

—Tengo que dejar un mensaje en las Cinco Torres.

—¿Dirigido a quién?

—A un tal señor Plummer.

Las Cinco Torres era un café de la calle Ancha.

—Así pues, en tu próximo mensaje, ¿le dirás a este tal Plummer dónde reunirse contigo? —preguntó el padre Montseny—. ¿Dónde tendrá lugar el intercambio?

—Sí, padre.

—Has sido muy amable, hijo mío —dijo el padre Montseny, y extendió la mano como si fuera a ayudar a Jurado a levantarse. Jurado, agradecido por la ayuda, permitió que lo levantara y hasta el último segundo no se dio cuenta de que el sacerdote lo estaba atrayendo hacia su cuchillo, que le tajó el cuello. El padre Montseny hizo una mueca cuando empujó la hoja hacia un lado. Le costó más de lo que había pensado, pero con un resoplido atravesó garganta, arteria y músculo con el acero afilado. El chulo se desplomó e hizo un ruido como de agua escurriéndose por un desagüe. Montseny sostuvo a Jurado hasta el suelo mientras éste agonizaba. Se había ensuciado, pero en la sotana negra no se notarían la sangre, que también se había escurrido a través de las tablas del suelo y gotearía en la talabartería que ocupaba gran parte de la planta baja del edificio. El chulo tardó más de un minuto en morir y mientras tanto la sangre no dejó de deslizarse por entre los tablones, pero al final Jurado murió y el padre Montseny hizo la señal de la cruz sobre el rostro del chulo y pronunció una breve plegaria por su alma difunta. Enfundó el cuchillo, se limpió las manos en la capa del muerto y regresó a la cómoda. Encontró un montón de dinero en uno de los cajones, se metió los billetes doblados en la caña de la bota izquierda y apiló las cartas. Las envolvió en una funda que le sacó a un cojín y luego, para asegurarse de que no se mojaran, se las puso debajo de la camisa, contra su piel. Se sirvió un vaso de jerez de una licorera y, mientras lo sorbía, pensó en la chica a la que iban dirigidas las cartas. Sabía que ella vivía a tan sólo un par de calles de distancia y que todavía tenía seis cartas, pero él tenía quince en su poder. Decidió que eran más que suficientes. Por otra parte, lo más probable era que la chica no estuviera en casa, sino atendiendo a algún cliente en una de las habitaciones más señoriales de Cádiz.

Apagó la vela de un soplado y volvió a la noche, en la que las olas rompían blancas en el borde de la ciudad y las grandes velas atronaban como cañones en la húmeda negrura. El padre Salvador Montseny, asesino, sacerdote y patriota, acababa de garantizar la salvación de España.

* * * *

Todo había empezado muy bien.

En la oscuridad iluminada por la luna, el río Guadiana corría por debajo de la compañía ligera del South Essex como una veta de plata fundida que fluía, lenta y voluminosa, entre negras colinas. El fuerte José, llamado así por el hermano de Napoleón, que era la marioneta francesa en el trono de España, se encontraba en la colina más cercana a la compañía, en tanto que el fuerte Josefina, que llevaba el nombre de la esposa repudiada del emperador, se alzaba en lo alto de una larga cuesta de la otra orilla. El fuerte José estaba en Portugal, el Josefina en España, y los dos fuertes se hallaban unidos por un puente.

Habían enviado desde Lisboa a seis compañías ligeras a las órdenes del general de brigada sir Barnaby Moon. El general de brigada Moon era un hombre prometedor, un joven audaz, un oficial destinado a misiones más elevadas, y aquél era su primer mando independiente. Si lo hacía bien, si el puente quedaba destruido, sir Barnaby podría mirar hacia un futuro tan brillante como el río que se deslizaba entre las colinas oscurecidas.

Y todo había empezado muy bien. Las seis compañías fueron transportadas por el Tajo un neblinoso amanecer y luego continuaron su marcha por el sur de Portugal, que en teoría era un territorio ocupado por los franceses; sin embargo, los guerrilleros habían asegurado a los británicos que los franceses habían retirado sus pocas guarniciones, y así resultó ser. Ahora, apenas cuatro días después de abandonar Lisboa, habían llegado al río y al puente. No tardaría en rayar el alba. Las tropas británicas se hallaban en la orilla oeste del Guadiana, allí donde se había construido el fuerte José en una colina junto al río, y las murallas del fuerte se recortaban contra los vestigios de oscuridad de la noche con el resplandor de las hogueras que había detrás de la banqueta. El amanecer se imponía e iba atenuando dicho resplandor, pero de vez en cuando aparecía la silueta de un hombre en alguna de las troneras del fuerte.

Los franceses estaban despiertos. Las seis compañías ligeras británicas lo sabían porque habían oído las cornetas tocando diana, primero en el lejano Josefina y luego en el José; sin embargo, el hecho de que los franceses estuvieran despiertos no implicaba que se encontrasen en estado de alerta. Si despiertas a los hombres cada día en la fría oscuridad previa al alba, pronto aprenden a llevar sus sueños a las murallas. Podrá parecer que estén escrutando la oscuridad, listos para un ataque al amanecer, pero en realidad están pensando en las mujeres que dejaron en Francia, en las mujeres que siguen durmiendo en los barracones del fuerte, en las mujeres que desearían que estuvieran durmiendo en el fuerte, en las mujeres con las que sólo podían soñar..., en las mujeres. Estaban amodorrados.

Y los fuertes habían permanecido tranquilos todo el invierno. Era cierto que había guerrilleros en aquellas montañas, pero rara vez se acercaban a los fuertes que disponían de cañones en las troneras, y los campesinos armados con mosquetes enseguida aprenden que no tienen ninguna posibilidad contra los emplazamientos de

artillería. Los guerrilleros españoles y portugueses tendían emboscadas a los grupos de forrajeadores de las tropas francesas que sitiaban Badajoz, a unos cincuenta kilómetros al norte, o bien hostigaban a las fuerzas del mariscal Victor, que asediaba Cádiz a unos doscientos cuarenta kilómetros al sur.

Antes había cinco buenos puentes de piedra que cruzaban el Guadiana entre Badajoz y el mar, pero los ejércitos contendientes los habían hecho saltar por los aires y ahora aquel pontón francés era lo único que quedaba para conectar las fuerzas de asedio del emperador. No se utilizaba mucho. Viajar a Portugal o a España resultaba peligroso para los franceses porque los guerrilleros eran despiadados; sin embargo, una vez cada dos o tres semanas el pontón crujía bajo el peso de una batería de artillería, y cada pocos días un mensajero a caballo cruzaba el río escoltado por un regimiento de dragones. No eran muchos los habitantes de la zona que utilizaran el puente, pues pocos podían permitirse pagar el peaje y aún menos eran los que querían arriesgarse a suscitar la animosidad de las guarniciones gemelas que, en consecuencia, normalmente podían dormir tranquilas. La guerra parecía quedar lejos, y por esa razón los defensores que guarnecían las murallas estaban soñando con mujeres en lugar de buscar a las tropas enemigas que habían seguido un camino de cabras desde las oscurecidas alturas hasta la negrura del valle al oeste del fuerte José.

El capitán Richard Sharpe, comandante de la compañía ligera del South Essex, no se encontraba en el valle. Estaba con su compañía en una colina al norte del fuerte. Tenía la tarea más fácil de la mañana, que consistía en crear una maniobra de diversión estratégica, lo cual significaba que ninguno de sus soldados moriría, ni siquiera resultaría herido. Sharpe se alegraba de ello, pero también era consciente de que no le habían asignado el trabajo fácil a modo de recompensa, sino porque no le caía bien a Moon. El general de brigada lo había dejado claro cuando las seis compañías ligeras le rindieron informes en Lisboa.

—Me llamo Moon —había dicho el general—, y usted goza de cierta reputación.

Sharpe, desconcertado por aquel brusco saludo, puso cara de sorpresa.

—¿La tengo, señor?

—No se haga el modesto conmigo, hombre —había dicho Moon, señalando con el dedo la insignia del South Essex, que mostraba un águila encadenada. Sharpe y su sargento, Patrick Harper, habían capturado aquel águila a los franceses en Talavera y una hazaña como aquélla, aseguró Moon, le daba fama a un hombre—. No quiero heroicidades, Sharpe —siguió diciendo el general de brigada.

—No, señor.

—Las guerras se ganan prestando un buen servicio como simples soldados —había dicho Moon—. Lo que cuenta es hacer bien las cosas corrientes. —Era cierto, sin duda, pero resultaba extraño viniendo de sir Barnaby Moon, cuya reputación era cualquier cosa menos corriente. Era joven, sólo tenía treinta y un años, había pasado

poco más de un año en Portugal y, no obstante, ya había cosechado cierta fama. Había comandado su batallón en Bussaco, donde, en la sierra por la que subieron y donde murieron los franceses, había rescatado a dos de sus tiradores galopando por entre las filas de sus soldados y matando a los captores con su espada. «¡Ningún maldito franchute capturará a mis fusileros!», anunció mientras se llevaba a los dos hombres de vuelta. Sus soldados lo habían vitoreado y él se quitó el sombrero para hacerles una reverencia desde la silla. También se decía que era jugador y un implacable conquistador de mujeres y que, como era tan rico como atractivo, se le consideraba un donjuán de lo más exitoso. Decían que Londres era una ciudad más segura ahora que sir Barnaby se hallaba en Portugal, aunque sin duda habría una veintena o más de damas lisboetas que darían a luz unos bebés que al crecer tendrían el rostro delgado, el cabello rubio y los asombrosos ojos azules de sir Barnaby. En resumidas cuentas, era cualquier cosa menos un simple soldado, pero eso era exactamente lo que le pedía a Sharpe y éste se mostraba encantado de complacerlo—. Conmigo no necesita adquirir fama, Sharpe —había dicho sir Barnaby.

—Trataré por todos los medios de no hacerlo, señor —había respondido Sharpe, por lo cual recibió una mirada desagradable y desde entonces Moon prácticamente le había hecho caso omiso. Jack Bullen, que era teniente de Sharpe, creía que el general de brigada tenía envidia.

—No sea bobo, Jack —le dijo Sharpe cuando se lo sugirió.

—En cualquier obra dramática, señor —insistió Bullen—, sólo hay sitio para un héroe. El escenario es demasiado pequeño para que haya dos.

—¿Acaso es un experto en obras dramáticas, Jack?

—Soy un experto en todo salvo en esas cosas que usted ya sabe —contestó Bullen, haciendo reír a Sharpe. A éste le parecía que, en realidad, lo que sencillamente ocurría era que Moon compartía la desconfianza de la mayoría de oficiales hacia los soldados que habían ascendido desde la tropa. Sharpe se había alistado en el ejército como soldado raso, había servido como sargento y ahora era capitán, lo cual irritaba a algunos hombres que veían el ascenso de Sharpe como una afrenta al orden establecido, cosa que Sharpe decidió que a él ya le parecía bien. Él crearía la maniobra de diversión, dejaría que las otras cinco compañías combatieran, después regresaría a Lisboa y se uniría al batallón. Dentro de uno o dos meses, cuando la primavera llegara a Portugal, ellos marcharían rumbo al norte desde las líneas de Torres Vedras y perseguirían a las fuerzas del mariscal Masséna en España. En primavera habría combates de sobra, incluso para los advenedizos.

—Allí está la luz, señor —dijo Harper. Se hallaba tendido boca abajo en el suelo, junto a Sharpe, mirando al valle.

—¿Está seguro?

—Ahí está otra vez, señor. ¿La ve?

El general de brigada sostenía un farol cubierto y, levantando una de sus pantallas, podía emitir una luz débil que quedaría oculta a los franceses. La luz brilló de nuevo, debilitada por el amanecer, y Sharpe llamó a sus hombres.

—Ahora, muchachos.

Lo único que tenían que hacer era dejarse ver, no alineados y formados, sino desperdigados por la cima de la colina para parecer guerrilleros. El objetivo era conseguir que los franceses miraran hacia el norte y no se percataran del ataque que se avecinaba por el oeste.

—¿No tenemos que hacer nada más? —preguntó Harper—. ¿Sólo perder el tiempo aquí arriba?

—Más o menos —respondió Sharpe—. ¡En pie, muchachos! ¡Dejen que los franchutes les vean! —La compañía ligera era claramente visible en la línea del horizonte, y había luz suficiente para permitirles ver que los franceses del fuerte José habían detectado su presencia. No había duda de que los oficiales de la guarnición enfocarían sus catalejos hacia la colina, pero los hombres de Sharpe llevaban puestos los capotes, de manera que sus uniformes, con sus característicos cinturones cruzados, no eran visibles, y él les había dicho que se quitaran los chacós para no parecer soldados.

—¿Podemos pegarles un tiro o dos? —preguntó Harper.

—No debemos crear nerviosismo —dijo Sharpe—. Sólo queremos que nos observen.

—Pero ¿podremos dispararles cuando se despierten?

—Cuando vean a los otros, sí. Les daremos un desayuno de casacas verdes, ¿eh?

La compañía de Sharpe era única en el sentido de que, mientras la mayoría de sus soldados portaban las casacas rojas de la infantería británica, otros iban uniformados con las casacas verdes de los batallones de rifles. Todo se debía a un error. Sharpe y sus fusileros habían quedado aislados de la retirada a La Coruña, por lo que se habían dirigido hacia el sur para reunirse con las fuerzas de Lisboa y allí ser adscritos temporalmente al South Essex de casaca roja y, sin saber por qué, aún seguían en él. Los casacas verdes empuñaban rifles. A la mayoría de personas un rifle les parecía un mosquete corto, pero la diferencia se hallaba oculta en el interior del cañón. El rifle Baker tenía siete estrías en espiral por toda la longitud del tubo que hacían girar la bala con una precisión mortífera. El mosquete era más rápido de cargar y de disparar, pero a más de sesenta pasos daba igual que cerraras los ojos en vez de apuntar. El rifle podía matar triplicando esa distancia. Los franceses no poseían rifles, lo cual significaba que los casacas verdes de Sharpe podían tumbarse en la colina y disparar a los defensores a sabiendas de que ningún soldado de la infantería que había en el fuerte José respondería a su fuego.

—Allá van —dijo Harper.

Las cinco compañías ligeras avanzaban cuesta arriba. Sus uniformes rojos parecían negros en la penumbra. Algunos de ellos llevaban unas escaleras cortas. Tenían una tarea desagradable, pensó Sharpe. Ante el fuerte se abría un foso seco y había por lo menos tres metros desde el fondo del mismo hasta lo alto del parapeto que, a su vez, estaba protegido por estacas afiladas. Los casacas rojas debían cruzar la zanja, colocar las escalas entre las estacas, trepar bajo el fuego de los mosquetes de los defensores y enfrentarse también a los disparos de los cañones, sin duda mucho peores. Los cañones franceses estaban cargados, naturalmente, pero ¿con qué? ¿Con balas o con botes de metralla? Si eran botes de metralla la primera descarga podía batir con dureza a las tropas de Moon, mientras que las balas causarían mucho menos daño. No era problema de Sharpe, que caminó por la cima procurando quedar perfilado contra el cielo que se iluminaba. Milagrosamente, los franceses seguían ajenos a los cuatrocientos soldados que se acercaban a ellos por el oeste.

—Adelante, muchachos —dijo Harper entre dientes, dirigiéndose no a todas las tropas atacantes, sino a la compañía ligera del 88.º, los Connaught Rangers, un regimiento irlandés.

Sharpe no estaba mirando. De pronto le acometió la superstición de que si observaba el ataque, éste fracasaría. Se quedó mirando el río, contando los pontones del puente, unas sombras oscuras en la niebla que se retorcía encima del agua. Decidió que los contaría y no miraría hacia el fuerte José hasta que no se efectuara el primer disparo. Calculó que había treinta y uno, lo cual significaba un pontón cada tres metros dado que la anchura del río era de poco más de noventa. Los pontones eran grandes, toscos, unas barcazas chatas sobre las cuales se había tendido un camino de madera. El invierno había sido lluvioso en el sur de la península Ibérica; el Guadiana estaba crecido y Sharpe se fijó en que el agua bullía al romper contra la proa roma del pontón. De todos los botes descendían las cadenas del ancla que se hundían en el río y entre ellos había una tensa urdimbre de cables sobre los que se colocaban las pesadas vigas que aguantaban los tablones que constituían la pasarela. Sharpe calculó que, probablemente, pesara más de cien toneladas, y el trabajo no se terminaría hasta que no se destruyera ese largo puente.

—Son unos cabrones adormilados —dijo Harper maravillado, seguramente refiriéndose a los defensores del fuerte José, pero Sharpe no iba a mirar. Estaba contemplando el fuerte Josefina de la otra orilla, donde vio a unos hombres agrupados en torno a un cañón. Retrocedieron y el cañón disparó, escupiendo un sucio humo por encima de la niebla del río que ya se disipaba. Habían disparado un bote de metralla. El recipiente de hojalata, abarrotado de balas, se desgarró al salir de la boca del cañón y las balas de media pulgada azotaron el aire cerca de la cima en la que estaba Sharpe. El estruendo del cañón atronó y resonó por el valle del río.

—¿Le han dado a alguien? —preguntó Sharpe. Nadie respondió.

El cañonazo sólo sirvió para que los defensores del fuerte más cercano miraran más atentamente hacia la colina. En aquellos momentos estaban apuntando uno de sus cañones, intentando elevarlo para que el bote de metralla rozara la línea del horizonte.

—Mantengan la cabeza agachada —dijo Sharpe. Entonces oyó un apagado traqueteo de fusilería y se atrevió a volverla mirada en dirección al ataque.

Ya casi había terminado. Había casacas rojas en el foso, más en las escalas y, mientras observaba, Sharpe los vio entrar en tropel por encima del parapeto y cargar con la bayoneta contra los franceses de uniforme azul. Sus fusileros no eran necesarios.

—Que no les vea ese maldito cañón —gritó, y sus soldados se alejaron a toda prisa de la cima. Otro cañón disparó desde el fuerte del otro lado del río. Una bala de mosquete alcanzó el borde del capote de Sharpe y a su lado otra levantó una ráfaga de rocío de la hierba; entonces se alejó de la cima y se escondió de los distantes artilleros.

Desde el fuerte José no se disparó ningún cañón. A la guarnición la habían sorprendido completamente desprevenida y en aquellos momentos ya había casacas rojas en el centro del fuerte. Un tumulto de franceses dominados por el pánico corría alejándose de la puerta este con la intención de cruzar el puente y ponerse a salvo en el fuerte Josefina situado en la ribera española. Los disparos de mosquete eran más lentos. Había quizás una docena de franceses capturados, el resto huía y parecía haber montones de ellos corriendo hacia el puente. Los casacas rojas, profiriendo sus gritos de guerra al amanecer, esgrimían bayonetas que fomentaron la aterrada huida. Se arrió la bandera tricolor francesa antes incluso de que las últimas tropas atacantes hubieran cruzado la zanja y el muro. Así de rápido había sido todo.

—Ya hemos hecho nuestro trabajo —dijo Sharpe—. Bajemos al fuerte.

—Ha sido fácil —comentó Bullen alegremente.

—Todavía no se ha terminado, Jack.

—¿Se refiere al puente?

—Hay que destruirlo.

—De todos modos, lo peor ya está hecho.

—Eso es cierto —repuso Sharpe. Le caía bien el joven Jack Bullen, un chico campechano de Essex, trabajador y muy paciente. A los soldados también les gustaba Bullen. Los trataba con justicia, con la confianza que otorgaba el privilegio, pero era un privilegio atenuado siempre por la alegría. Sharpe lo consideraba un buen oficial.

Descendieron en fila por la colina, atravesaron el valle rocoso, cruzaron un pequeño arroyo de agua fría que bajaba de las montañas y ascendieron por la siguiente ladera hacia el fuerte, donde las escalas seguían apoyadas contra el parapeto. De vez en cuando un cañón disparaba desde el fuerte Josefina, pero las

balas quedaban desperdiciadas contra las fajinas llenas de tierra que coronaban el parapeto.

—Ah, está aquí, Sharpe. —El general de brigada Moon lo saludó. De pronto se mostraba afable, la euforia de la victoria disipó su antipatía hacia Sharpe.

—Felicidades, señor.

—¿Cómo dice? ¡Ah, gracias! Es muy generoso por su parte. —Lo cierto era que Moon parecía conmovido por el elogio de Sharpe—. Fue mejor de lo que me atrevía a esperar. Allí hay té preparado. Que sus muchachos tomen un poco.

Los prisioneros franceses estaban sentados en el centro del fuerte. En los establos habían encontrado una docena de caballos a los que en aquellos momentos ensillaban, seguramente porque Moon, que había emprendido la marcha desde el Tajo, consideraba que se había ganado el privilegio de regresar a caballo. Un oficial capturado se hallaba de pie junto al pozo, observando con desconsuelo a las Victoriosas tropas británicas que registraban con regocijo las mochilas francesas aprehendidas en los barracones.

—¡Pan francés! —El comandante Gillespie, uno de los ayudantes de campo de Moon, le lanzó una hogaza a Sharpe—. Todavía está caliente. Esos cabrones viven bien, ¿no cree?

—Pensé que tendrían que estar muriéndose de hambre.

—No, aquí no. Esta tierra es un lugar de leche y miel.

Moon trepó a la banqueta del lado este, la que daba al puente, y empezó a mirar dentro de los polvorines preparados junto a los cañones. Los soldados de artillería del fuerte Josefina vieron su casaca roja y abrieron fuego. Utilizaban botes de metralla y sus proyectiles traquetearon contra el parapeto y pasaron silbando por lo alto. Moon hizo caso omiso de las balas.

—¡Sharpe! —gritó, y aguardó a que su fusilero subiera al muro—. Ha llegado el momento de que se gane la paga, Sharpe —dijo. Sharpe no respondió, se limitó a observar mientras el general de brigada examinaba detenidamente el interior de un polvorín—. Balas de cañón —anunció Moon—, granadas comunes y metralla.

—¿No hay botes de metralla, señor?

—Sólo metralla, definitivamente metralla. Me imagino que son reservas navales. A esos cabrones ya no les quedan barcos y han mandado la metralla aquí. —Dejó caer la tapa del polvorín y miró hacia el puente—. Las granadas comunes no van a romper esa mole, ¿verdad? Ahí abajo hay una veintena de mujeres. En los barracones. Que unos cuantos de sus muchachos las acompañen al otro lado del puente, ¿quiere? Entrégueselas a los franceses y salúdelos de mi parte. El resto de sus hombres puede ayudar a Sturridge. Dice que tendrá que volar el otro extremo.

El teniente Sturridge pertenecía al cuerpo de Ingenieros Reales y su trabajo consistía en destruir el puente. Era un joven nervioso que parecía tenerle terror a

Moon.

—¿El otro extremo? —preguntó Sharpe, que quería asegurarse de haberlo oído bien.

Moon pareció exasperado.

—Si rompemos el puente por este extremo, Sharpe —explicó con exagerada paciencia, como si estuviera hablando con un niño pequeño y no muy listo—, esta maldita cosa flotará corriente abajo pero seguirá unida a la otra orilla. Entonces los franceses podrán salvar los pontones. No tiene mucho sentido venir hasta aquí y dejar a los franceses con un puente de pontones que todavía sirve y que pueden reconstruir, ¿no le parece? Pero si lo rompemos por el extremo español, los pontones vendrán a parar a esta orilla y podremos quemarlos. —Una carga de metralla pasó silbando por encima de sus cabezas y el general de brigada dirigió una mirada de enojo al fuerte Josefina—. Póngase manos a la obra —le dijo a Sharpe—. Mañana al amanecer quiero estar lejos de aquí.

Un piquete de la compañía ligera del 74.º vigilaba a las dieciocho mujeres. Seis de ellas eran esposas de oficiales que se mantuvieron apartadas del resto, tratando de mostrar entereza.

—Se las llevará usted —dijo Sharpe dirigiéndose a Jack Bullen.

—¿Yo, señor?

—A usted le gustan las mujeres, ¿no?

—Por supuesto, señor.

—Y habla un poco su horrible idioma, ¿no es así?

—Increíblemente bien, señor.

—Pues lleve a estas damas al otro lado del puente y acompáñelas hasta el fuerte.

Mientras el teniente Bullen convencía a las mujeres de que no les iba a pasar nada y de que tenían que recoger su equipaje y prepararse para cruzar el río, Sharpe se fue a buscar a Sturridge y encontró al ingeniero en el polvorín principal del fuerte.

—Pólvora —dijo Sturridge, saludando a Sharpe. Había arrancado la tapa de un barril y estaba probando la pólvora—. Es una pólvora la mar de mala. —La escupió con una mueca—. Dichosa pólvora francesa. No es más que polvo. Y además está húmeda.

—¿Funcionará?

—Debería estallar —repuso Sturridge con tristeza.

—Voy a llevarlo al otro lado del puente —le comunicó Sharpe.

—Fuera hay una carretilla —dijo Sturridge—, y vamos a necesitarla. Tendría que bastar con cinco barriles, aunque sean de esta porquería.

—¿Tiene mecha?

Sturridge se desabrochó la casaca azul y le mostró varios metros de mecha de combustión lenta enrollados a la cintura.

—Usted pensó que era un hombre corpulento, ¿verdad? ¿Por qué no hace volar el puente por este extremo? ¿O por el centro?

—Para que los franceses no puedan reconstruirlo.

—No podrían de todos modos. Se necesita mucha habilidad para hacer uno de esos puentes. No cuesta mucho deshacer uno, pero construir un pontón no es una tarea para aficionados. —Sturridge volvió a clavar la tapa en el barril de pólvora que había abierto—. A los franceses no les va a gustar que crucemos, ¿verdad?

—Yo diría que no.

—Así pues, ¿es aquí donde moriré por Inglaterra?

—Por eso estoy aquí. Para procurar que no muera.

—Es un consuelo —repuso Sturridge. Miró a Sharpe, que estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados. La visera del chacó ensombrecía el semblante de Sharpe, pero sus ojos brillaban en la sombra. Tenía un rostro delgado y señalado, de expresión dura y vigilante—. Sí, es un consuelo, la verdad —dijo Sturridge, que se encogió al oír que el general de brigada estaba en el patio gritando a voz en cuello, exigiendo saber dónde se encontraba Sturridge y por qué razón el maldito puente seguía todavía intacto.

—¡Maldito sea! —dijo Sturridge.

Sharpe salió a la luz del sol, hasta donde Moon estaba ejercitando al caballo capturado, luciéndose delante de las mujeres francesas que se habían agrupado junto a la puerta este, donde Jack Bullen había requisado la carretilla para transportar su equipaje. Sharpe ordenó que descargaran las bolsas y llevaran el carretón al polvorín principal, donde Harper y media docena de soldados lo cargaron de pólvora. Entonces colocaron el equipaje de las mujeres encima.

—Ocultará los barriles de pólvora —le explicó Sharpe a Harper.

—¿Ocultarlos, señor?

—Si los franchutes nos ven cruzar el puente con pólvora, ¿qué cree que harán?

—No les hará ninguna gracia, señor.

—No, Pat, ninguna. Nos utilizarán para sus prácticas de tiro.

No estuvo todo preparado hasta media mañana. Los franceses del fuerte Josefina habían abandonado su desgano cañoneo. Sharpe llegó a esperar que el enemigo mandara a un enviado al otro lado del río para preguntar por las mujeres, pero nadie había acudido.

—Tres de las esposas de oficiales son del 8.º, señor —le dijo Jack Bullen a Sharpe.

—¿Que son qué? —preguntó Sharpe.

—Del regimiento francés, señor. El 8.º. Estuvieron en Cádiz, pero los enviaron para reforzar las tropas que asedian Badajoz. Están al otro lado del río, señor, pero algunos oficiales y sus esposas durmieron aquí anoche. El alojamiento es mejor,

¿sabe? —Bullen hizo una pausa, sin duda esperando alguna reacción por parte de Sharpe—. ¿No lo entiende, señor? Ahí delante hay un batallón francés entero. El 8.º. No solamente la guarnición, sino un batallón de combate. ¡Oh, Dios mío! —Estas últimas palabras fueron consecuencia de que dos de las mujeres se habían separado del resto y lo estaban arengando en español. Bullen las calmó con una sonrisa—. Dicen que son españolas, señor —le explicó a Sharpe—, y dicen que no quieren ir al otro fuerte.

—¿Qué están haciendo aquí, para empezar?

Las mujeres le contestaron, hablándole las dos al mismo tiempo, las dos con urgencia, y a Sharpe le pareció entender que afirmaban haber sido capturadas por los franceses y obligadas a vivir con un par de soldados. «Podría ser cierto», pensó.

—¿Y adónde quieren ir? —les preguntó en un pésimo español.

Volvieron a hablar las dos, señalando hacia el otro lado del río y hacia el sur, diciendo que habían venido por allí. Sharpe las hizo callar.

—Pueden ir adonde se les antoje, Jack.

La puerta del fuerte se abrió y Bullen fue el primero en salir por ella, sosteniendo los brazos en cruz para que los franceses del otro lado del río vieran que no quería hacer daño a nadie. Las mujeres lo siguieron. El camino que bajaba hasta el río era pedregoso y estaba lleno de baches y las mujeres caminaron despacio hasta llegar a la pasarela de madera tendida por encima de los pontones. Sharpe y sus soldados cerraban la marcha. Harper, con su fusil de siete cañones colgado en bandolera junto con su rifle, señaló hacia la otra orilla con un gesto de la cabeza.

—Hay un comité de recepción, señor —dijo, refiriéndose a los tres oficiales franceses a caballo que habían aparecido frente al fuerte Josefina y que se quedaron allí esperando, observando a las mujeres y a los soldados que se acercaban.

Una docena de los hombres de Sharpe hacían avanzar la carreta. El teniente Sturridge, el ingeniero, se contaba entre ellos y no dejaba de estremecerse porque la carreta tenía un eje torcido y daba constantes bandazos a la izquierda. Cuando llegaron al puente avanzó con más suavidad, aunque a las mujeres les daba miedo cruzar porque todo el camino de tablones de madera vibraba por la presión del río, que al ser invierno bajaba crecido y cuyas aguas se abrían paso a la fuerza entre los pontones. En el lado por el que venía la corriente había ramas muertas y restos flotantes apretujados que aumentaban la presión y hacían que el agua rompiera blanca alrededor de las proas chatas. Un par de gruesas cadenas de ancla sujetaban cada uno de esos enormes pontones contra el empuje de la corriente y Sharpe esperaba que cinco barriles de pólvora húmeda resultaran suficientes para hacer saltar en pedazos aquella sólida construcción.

—¿Está pensando lo mismo que yo? —le preguntó Harper.

—¿En Oporto?

—Todos esos pobres desgraciados —dijo Harper, recordando el horrible momento en que el pontón a través del Duero se había roto. El puente estaba abarrotado de gente que huía de los invasores franceses y cientos de personas se habían ahogado. Sharpe aún veía a los niños en sueños.

Los tres oficiales franceses avanzaron entonces hacia el otro extremo del puente. Aguardaron allí y Sharpe se adelantó, pasando a toda prisa junto a las mujeres.

—Jack —le dijo a Bullen—. Necesito que traduzca.

Sharpe y Bullen se dirigieron a la ribera española. Las mujeres los siguieron, vacilantes. Los tres oficiales franceses esperaron y, cuando Sharpe se acercó, uno de ellos se quitó el sombrero bicornio a modo de saludo.

—Me llamo Lecroix —dijo para presentarse. Les habló en inglés. Lecroix era un hombre joven, exquisitamente uniformado, bien parecido, de rostro delgado y unos dientes muy blancos—. Capitán Lecroix, del 8.º Regimiento —añadió.

—Capitán Sharpe.

A Lecroix se le agrandaron levemente los ojos, quizá porque Sharpe no tenía aspecto de capitán. Llevaba el uniforme sucio y raído y aunque iba armado con una espada, tal como hacían los oficiales, la suya era un arma de la caballería pesada, con una hoja enorme y difícil de manejar que sería más apropiada para un carnicero. También llevaba un rifle, y los oficiales no solían llevar armas largas. Luego estaba su cara, bronceada y marcada, un rostro que podrías encontrarte en alguna fétida callejuela, no en un salón. Era un rostro que daba miedo y Lecroix, que no era ningún cobarde, estuvo a punto de retroceder frente a la hostilidad de la mirada de Sharpe.

—El coronel Vandal —dijo, acentuando la segunda sílaba del nombre— le manda saludos, *monsieur*, y solicita que nos permita recuperar a nuestros heridos —hizo una pausa y echó un vistazo a la carreta, de la que se había retirado ya el equipaje de las mujeres, mostrando así los barriles de pólvora— antes de que intenten destruir el puente.

—¿Intentarlo? —preguntó Sharpe.

Lecroix hizo caso omiso del desdén.

—¿O acaso tienen intención de dejar a nuestros heridos para que los portugueses se diviertan con ellos?

Sharpe estuvo tentado de decir que cualquier francés herido se merecía lo que pudieran hacerle los portugueses, pero resistió el impulso. La petición le pareció justa y, llevándose a Jack Bullen con él, se alejó lo suficiente para que los oficiales franceses no pudieran oírle.

—Vaya a ver al general de brigada —le dijo al teniente— y dígame que estos cabrones quieren recoger a los heridos que están al otro lado del río antes de que destruyamos el puente.

Bullen volvió a cruzar al otro lado en tanto que dos de los oficiales franceses

emprendían el regreso al fuerte Josefina, seguidos por todas las mujeres salvo la dos españolas que, descalzas y vestidas con harapos, corrieron hacia el sur por la ribera del río. Lecroix las vio marchar.

—¿Esas dos no han querido quedarse con nosotros? —parecía sorprendido.

—Dijeron que las habían capturado.

—Probablemente lo hicimos. —Sacó un estuche de cuero que contenía unos cigarrillos largos y delgados y le ofreció uno a Sharpe, que lo rechazó con un gesto de la cabeza y aguardó mientras Lecroix encendía una llama laboriosamente en su yesquero—. Esta mañana lo hicieron bien —le comentó el francés en cuanto hubo encendido el cigarrillo.

—Su guarnición estaba dormida —repuso Sharpe.

Lecroix se encogió de hombros.

—Tropas de guarnición. No sirven para nada. Soldados viejos, enfermos y cansados. —Escupió una hebra de tabaco—. Pero creo que por hoy ya han hecho todo el daño posible. No van a romper el puente.

—¿No vamos a romperlo?

—Cañones —dijo Lecroix lacónicamente, indicando el fuerte Josefina—, y mi coronel está decidido a proteger el puente, y mi coronel obtiene todo lo que quiere.

—¿El coronel Vandal?

—Vandal. —Lecroix corrigió la pronunciación de Sharpe—. El coronel Vandal del 8.º Regimiento de Línea. ¿Ha oído hablar de él?

—Nunca.

—Debería instruirse, capitán —le dijo Lecroix con una sonrisa—. Lea los informes de Austerlitz y asómbrese de la valentía del coronel Vandal.

—¿Austerlitz? —preguntó Sharpe—. ¿Eso qué fue?

Lecroix se limitó a encogerse de hombros. El equipaje de las mujeres se dejó en el extremo del puente y Sharpe mandó a los soldados de vuelta y los siguió hasta llegar junto al teniente Sturridge, que estaba dando patadas a las tablas de la cubierta de proa del cuarto pontón contando desde la orilla. La madera estaba podrida y Sturridge había conseguido hacer un agujero del que emanaba el hedor del agua estancada.

—Si lo ensanchamos —dijo Sturridge— deberíamos poder mandar esto al infierno y más allá.

—¡Señor! —exclamó Harper. Sharpe se volvió hacia el este y vio que del fuerte Josefina salían soldados de la infantería francesa. Estaban calando bayonetas y formando filas frente a las puertas del fuerte, pero Sharpe estaba seguro de que se acercarían al puente. Era una compañía grande, formada al menos por un centenar de hombres. Los batallones franceses se dividían en seis compañías, a diferencia de los británicos que tenían diez, y esta compañía tenía un aspecto formidable con las

bayonetas caladas. «¡Maldita sea!», pensó Sharpe; pero si los comerranas querían pelea sería mejor que se dieran prisa porque Sturridge, con la ayuda de media docena de soldados de Sharpe, estaba arrancando la cubierta de proa del pontón y Harper llevaba el primer barril de pólvora hacia el agujero que se ensanchaba.

Se oyó un estruendo proveniente del lado portugués del puente y Sharpe vio al general de brigada que, acompañado por dos oficiales, se acercaba al galope y subía al camino de tablones. Se acercaban más casacas rojas desde el fuerte, bajando a paso ligero por el camino pedregoso, obviamente como refuerzo de los hombres de Sharpe. El semental que había requisado el general de brigada se puso nervioso con la vibración del suelo, pero Moon era un magnífico jinete y mantuvo al animal bajo control. Frenó su montura cerca de Sharpe.

—¿Qué diablos está ocurriendo?

—Han dicho que quieren recoger a sus heridos, señor.

—¿Entonces qué están haciendo esos malditos soldados? —Moon miró a la infantería francesa.

—Creo que quieren evitar que volemos el puente, señor.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Moon, que miró a Sharpe con enojo, como si la culpa fuera suya—. O hablan con nosotros o nos combaten. ¡No pueden hacer las dos cosas al mismo tiempo! ¡La guerra tiene sus malditas reglas! —Espoleó a su caballo y siguió avanzando. El comandante Gillespie, ayudante de campo del general de brigada, lo siguió tras dirigirle a Sharpe una mirada comprensiva. El tercer jinete era Jack Bullen—. ¡Vamos, Bullen! —gritó Moon—. Usted puede hacerme de intérprete. Mi franchute no es lo bastante bueno.

Harper se encontraba llenando la proa del cuarto pontón con los barriles y Sturridge se había quitado la casaca y estaba desenrollando la mecha lenta que llevaba en torno a la cintura. Sharpe no podía hacer nada, de manera que se dirigió al lugar donde el general de brigada le gruñía a Lecroix. La causa inmediata de la ira del general de brigada era que la compañía de infantería francesa había avanzado hasta medio camino ladera abajo y ahora se encontraba desplegada en línea de cara al puente. Dichos soldados se hallaban a no más de cien pasos de distancia y los acompañaban tres oficiales a caballo.

—¡No pueden hablamos de recuperar a sus heridos y realizar movimientos amenazadores al mismo tiempo! —le espetó Moon.

—Creo, *monsieur*, que esos soldados sólo han venido a recoger a los heridos —dijo Lecroix en tono tranquilizador.

—¡No lo harán mientras vayan armados —dijo Moon—, y no lo harán sin mi permiso! ¿Y por qué diablos han calado las bayonetas?

—Estoy seguro de que se trata de un malentendido —repuso Lecroix en tono conciliatorio—. Quizá quiera hacernos el honor de discutir el asunto con mi coronel

—señaló hacia los jinetes que aguardaban por detrás de la infantería francesa.

Sin embargo, a Moon no iba a citar lo ningún coronel francés.

—Dígale que venga aquí —insistió.

—¿Prefiere enviar a un emisario? —sugirió Lecroix con suavidad, haciendo caso omiso de la orden directa del general de brigada.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gruñó Moon—. ¿Comandante Gillespie? Vaya a ver si puede hacer entrar en razón a ese condenado. Dígale que puede mandar a un oficial con veinte soldados para recuperar a sus heridos. Van a ir desarmados, pero el oficial puede llevar las armas del cinturón. ¿Teniente? —El general de brigada miró a Bullen—. Vaya con él para traducir.

Gillespie y Bullen subieron a caballo por la ladera junto con Lecroix. Mientras tanto, la compañía ligera del 88.º había llegado al lado francés del puente que en aquellos momentos se hallaba atestado de soldados. Sharpe estaba preocupado. Su propia compañía se encontraba en la pasarela del pontón, protegiendo a Sturridge, la compañía ligera del 88.º se había unido a ella y ahora presentaban un blanco de primera para la compañía francesa que formaba una línea de tres en fondo. Luego estaban los artilleros franceses que vigilaban desde las murallas del fuerte Josefina y que sin duda tenían los cañones cargados con metralla. Moon había ordenado que el 88.º bajara hasta el puente, pero ahora parecía darse cuenta de que más que un refuerzo era un estorbo.

—Llévese a sus hombres al otro lado —le gritó a su capitán, y se dio la vuelta porque un francés solo cabalgaba hacia el puente. Gillespie y Bullen, mientras tanto, estaban con los demás oficiales franceses detrás de la compañía enemiga.

El oficial francés frenó su montura a unos veinte pasos de distancia y Sharpe supuso que se trataba del renombrado coronel Vandal, el oficial al mando del 8.º regimiento, pues llevaba dos pesadas charreteras doradas en su casaca azul y su sombrero bicornio iba coronado por un pompón blanco, lo cual parecía una decoración frívola para un hombre de tan torvo aspecto. Su rostro tenía una expresión salvajemente antipática y un estrecho bigote negro. Parecía tener aproximadamente la misma edad que Sharpe, alrededor de treinta y cinco años, y poseía una fuerza que provenía de una arrogante seguridad en sí mismo. Habló en buen inglés con una voz áspera y una pronunciación desmochada.

—Retírense a la otra orilla —dijo sin más preámbulos.

—¿Y usted quién diablos es? —quiso saber Moon.

—El coronel Henri Vandal —contestó el francés—, y van a retirarse a la otra orilla y a dejar el puente intacto. —Sacó un reloj del bolsillo de su casaca, abrió la tapa y le mostró la esfera al general de brigada—. Les daré un minuto antes de abrir fuego.

—Ésta no es manera de comportarse —le dijo Moon con altivez—. Si quiere

combatir, coronel, tenga la cortesía de mandar primero de vuelta a mis enviados.

—¿Sus enviados? —A Vandal pareció hacerle gracia la palabra—. Yo no vi ninguna bandera de tregua.

—¡Su hombre tampoco llevaba ninguna! —protestó Moon.

—Y el capitán Lecroix informa de que han traído su pólvora con nuestras mujeres. Por supuesto, no podía detenerles sin matarlas. Ustedes arriesgaron la vida de las mujeres, no yo, de manera que supongo que han abandonado las reglas de la guerra civilizada. Sin embargo, le devolveré a sus oficiales en cuanto se retiren del puente y lo dejen intacto. Tienen un minuto, *monsieur*. —Y con estas palabras, Vandal hizo dar la vuelta a su caballo, lo espoleó y se alejó camino arriba.

—¿Va a tener prisioneros a mis hombres? —gritó Moon.

—¡Sí! —le respondió Vandal con indiferencia.

—¡Hay reglas de guerra! —le gritó Moon al coronel que se retiraba.

—¿Reglas? —Vandal dio la vuelta a su caballo y su apuesto y arrogante rostro mostró desprecio—. ¿Cree que en la guerra hay reglas? ¿Cree que es como su juego inglés del críquet?

—Su compañero nos pidió que mandáramos a un emisario —dijo Moon con vehemencia—. Lo hicimos. Hay normas que rigen estas cuestiones. Incluso ustedes los franceses deberían saberlo.

—Nosotros los franceses —repitió Vandal, divertido—. Yo le explicaré las reglas, *monsieur*. Tengo órdenes de cruzar el puente con una batería de artillería. Si no hay puente no puedo cruzar el río. Así pues, mi regla es que voy a conservar el puente. En resumen, *monsieur*, sólo hay una regla en la guerra: ganar. Aparte de eso, *monsieur*, nosotros los franceses no tenemos reglas. —Hizo dar la vuelta a su montura y la espoleó ladera arriba—. Tiene un minuto —le gritó con aire despreocupado.

—¡Santo Dios encarnado! —exclamó Moon, mirando fijamente al francés que se alejaba. El general de brigada estaba claramente perplejo, atónito incluso, por la crueldad de Vandal—. ¡Hay reglas! —protestó sin que nadie le escuchara.

—¿Quiere que volemos el puente, señor? —volvió a preguntarle Sharpe.

Moon no pareció haberle oído.

—Tiene que devolvernos a Gillespie y a su teniente ¡Hay reglas, maldita sea!

—Va a retenerlos, señor, a menos que me diga que dejemos el puente intacto.

Moon vaciló, pero entonces recordó que su carrera futura, con todas sus deslumbrantes recompensas, dependía de la destrucción del puente.

—Vuelen el puente —ordenó con aspereza.

—¡Atrás! —Sharpe se dio la vuelta y les gritó a sus soldados—. ¡Retrocedan! ¡Señor Sturridge! ¡Encienda la mecha!

—¡Por todos los diablos! —De pronto el general de brigada cayó en la cuenta de que se encontraba en el lado equivocado de un puente atestado de soldados y que en

cuestión de medio minuto los franceses tenían intención de abrir fuego. Así pues, hizo dar la vuelta a su caballo y lo condujo de nuevo por el puente. Los fusileros y casacas rojas corrían y Sharpe los siguió, caminando de espaldas, vigilando a los franceses con el rifle en la mano. Creía que se hallaba a salvo. La compañía francesa se encontraba a un largo disparo de mosquete de distancia y de momento no habían intentado acortar el alcance, pero entonces Sharpe vio que Vandal se daba la vuelta y hacía señas con la mano en dirección al fuerte.

—¡Por todos los diablos! —Sharpe repitió las palabras del general de brigada y entonces el mundo se sacudió con el sonido de seis cañones que vaciaron la metralla retenida. Un humo oscuro azotó el cielo y las balas silbaron en torno a Sharpe, golpearon el puente, alcanzaron a los soldados y agitaron el agua haciéndola espumosa. Sharpe oyó un grito a sus espaldas y vio que la compañía francesa corría hacia el puente. Después del disparo de los cañones se hizo un extraño silencio. Todavía no se habían utilizado mosquetes. El río se calmó tras el golpeteo de la metralla, Sharpe oyó otro grito y al echar un rápido vistazo atrás vio que el semental de Moon se empinaba, sangrando por el cuello, y el general de brigada cayó entre un grupo de soldados.

Sturridge estaba muerto. Sharpe lo encontró a unos veinte pasos por detrás de los barriles de pólvora. El ingeniero, al que un pedazo de metralla había alcanzado en la cabeza, yacía junto a la mecha de combustión lenta que no se había encendido, y ahora los franceses casi habían llegado al puente, de modo que Sharpe agarró la caja de yesca de Sturridge y corrió hacia los barriles de pólvora. Acortó la mecha rompiéndola a un par de pasos de la carga y golpeó el pedernal contra el acero. La chispa se apagó. Volvió a golpearlo y esta vez prendió en uno de los trozos de lino seco; Sharpe sopló suavemente, la madera ardió, acercó la llama a la mecha y vio que la pólvora empezaba a chisporrotear y a silbar. Los primeros franceses se encontraron el paso obstruido por el equipaje que las mujeres habían abandonado allí, pero lo apartaron a patadas y corrieron sobre el puente, donde se arrodillaron y apuntaron sus mosquetes. Sharpe miró la mecha. ¡Ardía condenadamente despacio! Oyó que los rifles disparaban con un crujido más seco que el de los mosquetes, y un francés cayó lentamente con una mirada de indignación en la cara y una brillante mancha de sangre en su blanco cinturón cruzado. Entonces los franceses apretaron el gatillo y las balas volaron cerca de él. ¡La dichosa mecha era demasiado lenta! Los franceses se encontraban a pocos metros de distancia. Sharpe oyó los disparos de más rifles, oyó a un oficial francés que les gritaba a sus soldados y volvió a romper la mecha mucho más cerca de los barriles de pólvora utilizando el extremo ardiendo para encender el nuevo cabo. Dicho cabo se hallaba a pocos centímetros del barril y, para asegurarse de que ardía bien, Sharpe lo sopló, luego se dio la vuelta y corrió hacia la orilla oeste.

Moon estaba herido, pero un par de soldados del 88.º habían sacado al general de

brigada del pontón y lo estaban llevando a costas.

—¡Vamos, señor! —le gritó Harper. Sharpe oyó el ruido de las botas francesas en el puente. Harper apareció a su lado y apuntó el fusil de siete cañones. Era un arma de la marina, una que en realidad nunca había funcionado bien. Se suponía que era para subirla a las cofas, donde sus siete cañones agrupados podían lanzar una pequeña descarga de balas de media pulgada contra los tiradores de las jarcias enemigas, pero el retroceso del arma era tan violento que no había muchos hombres con la fuerza necesaria para empuñarla. Patrick Harper sí era lo bastante fuerte—. ¡Agáchese, señor! —gritó, y Sharpe se dejó caer en el suelo al tiempo que el sargento apretaba el gatillo. El ruido ensordeció a Sharpe y la primera fila de franceses quedó destrozada por las siete balas, pero un sargento sobrevivió y corrió hacia el lugar donde la silbante mecha chisporroteaba y humeaba en lo alto del barril. Sharpe todavía estaba tendido en el puente, pero desprendió el rifle de su cuerpo de un tirón. No tuvo tiempo de apuntar bien, sólo de enfilear la boca y apretar el gatillo, y a través del repentino humo de la pólvora vio que el rostro del sargento francés se convertía en una flor de sangre y neblina roja. El sargento salió despedido de espaldas, la mecha siguió humeando y entonces el mundo explotó.

Hubo una erupción de llamas, humo y pedazos de madera, aunque el principal efecto de la pólvora fue que al estallar empujó el pontón río abajo. El pasadero se combó bajo la presión y los tablones se soltaron de golpe. Los franceses fueron arrojados hacia atrás, algunos muertos, otros quemados, otros inconscientes, y entonces el destrozado pontón se empinó violentamente en el agua y las cadenas de las anclas se partieron con el retroceso. El puente se vio impulsado río abajo y tiró a Harper. Él y Sharpe se aferraron a los tablones. El puente temblaba, el río espumaba y la corriente se precipitaba hacia el hueco abierto mientras que los pedazos de madera ardiendo llameaban en la pasarela. Sharpe había quedado medio aturdido por la explosión y le resultaba difícil mantenerse en pie, pero se tambaleó hacia la orilla ocupada por los británicos. Las cadenas de ancla del pontón empezaron a romperse, una tras otra, y cuantas más se partían, más presión tenían que resistir las restantes. El cañón francés disparó de nuevo y los silbidos de la metralla inundaron la atmósfera. Uno de los soldados que llevaban al general de brigada Moon se precipitó hacia adelante bruscamente con una mancha de sangre en la espalda de su casaca roja. El soldado vomitó sangre y el general de brigada bramó de dolor cuando lo soltaron. El puente empezó a temblar como una rama al viento y Sharpe tuvo que hincarse de rodillas y aferrarse a una de las tablas de madera para evitar caer al agua. Llegaban las balas de mosquete disparadas por la compañía francesa, pero ésta se hallaba demasiado lejos para que los disparos fueran precisos. El caballo herido del general de brigada estaba en el río, donde la sangre se arremolinaba mientras el animal luchaba contra su inminente ahogamiento.

Una granada alcanzó el extremo más alejado del puente. Sharpe decidió que los artilleros franceses intentaban contener a los fugitivos británicos en el puente que se rompía, donde la metralla podía hacerlos trizas. La infantería francesa se había replegado a la orilla este y desde allí disparaban descargas de fusilería. El valle se estaba llenando de humo. El agua salpicaba el pontón al que Sharpe y Harper se aferraban, el cual volvió a temblar y la pasarela se astilló. Sharpe temió que los restos del puente volcaran. Una bala alcanzó un tablón a su lado. Otra granada estalló al otro extremo del puente y dejó una bocanada de humo sucio que el aire se llevó río arriba, donde unos pájaros blancos alzaron el vuelo asustados.

De repente el puente vibró y luego se quedó quieto. Los seis pontones del tramo central se habían soltado y bajaron empujados por la corriente. La última cadena de ancla se partió de una sacudida y los seis pontones flotaron en círculo en tanto que una descarga de metralla removió el agua por detrás de ellos. Entonces Sharpe pudo arrodillarse. Cargó el rifle, apuntó hacia la infantería francesa y disparó. Harper se colgó el fusil de descarga múltiple vacío y disparó con su rifle. Los fusileros Slattery y Harris se unieron a ellos y dispararon dos balas más, ambas dirigidas a los oficiales franceses que iban a caballo, pero cuando el humo de los rifles se disipó, los oficiales seguían montados. Los pontones se movían deprisa arrastrados por la corriente y acompañados de pedazos de madera rotos y chamuscados. El general de brigada Moon yacía de espaldas e intentaba incorporarse apoyándose en los codos.

—¿Qué ha pasado?

—Vamos flotando a la deriva, señor —dijo Sharpe. En la improvisada balsa había seis soldados del 88.º y cinco de los fusileros de Sharpe, del South Essex. El resto de su compañía o bien habían escapado del puente antes de que se rompiera o estaban en el río. De modo que en aquellos momentos había trece hombres flotando río abajo, incluidos Sharpe y el general de brigada, y más de un centenar de franceses corriendo por la orilla que se mantenían a su altura. Sharpe esperó que el hecho de ser trece no les trajera mala suerte.

—Mire a ver si pueden remar hacia la orilla oeste —ordenó Moon. En dicha orilla había algunos oficiales británicos que, montados en caballos capturados, intentaban alcanzar la balsa.

Sharpe hizo que los soldados utilizaran las culatas de los rifles y mosquetes a modo de remos, pero los pontones eran terriblemente pesados y sus esfuerzos resultaron vanos. La balsa siguió bajando hacia el sur. Una última granada cayó al río sin causar daños, pues el agua extinguió la mecha al instante.

—¡Remen, por el amor de Dios! —les espetó Moon.

—Están haciendo todo lo que pueden, señor —le dijo Sharpe—. ¿Se ha roto la pierna?

—El hueso de la pantorrilla —contestó Moon con un gesto de dolor—. Oí cómo

se partía cuando cayó el caballo.

—Lo encajaremos en un momento, señor —le dijo Sharpe con voz tranquilizadora.

—¡No va a hacer nada parecido, hombre! Va a llevarme a un médico.

Sharpe no estaba seguro de cómo iba a llevar a Moon a cualquier otro lugar que no fuera corriente abajo, donde el río trazaba entonces una curva en torno a un gran risco situado en la orilla española. Al menos el risco frenaría la persecución francesa. Utilizó su rifle a modo de remo, pero la balsa, desafiante, eligió su propio camino. Una vez pasado el risco el río se ensanchó, volvió a virar hacia el oeste y la corriente se hizo un poco más lenta.

Los perseguidores franceses quedaron atrás y a los británicos les resultaba difícil marchar por la orilla portuguesa. Los cañones franceses seguían disparando, pero ya no podían verla balsa, por lo que debían de estar cañoneando a las fuerzas británicas de aquella orilla oeste. Sharpe trató de gobernar la balsa con un trozo de tabla rota y chamuscada, no porque pensara que iba a servir de algo, sino para evitar que Moon se quejara. El improvisado timón no surtió ningún efecto. La balsa, tercamente, seguía sin alejarse de la orilla española. Sharpe pensó en Bullen y sintió una oleada de furia por la manera en que habían hecho prisionero al teniente.

—Voy a matar a ese hijo de puta —dijo en voz alta.

—¿Que va a hacer qué? —preguntó Moon.

—Voy a matar a ese hijo de puta francés, señor. Al coronel Vandal.

—Lo que va a hacer es llevarme a la otra orilla, Sharpe, y lo va a hacer enseguida.

Y en aquel momento, con un estremecimiento y una sacudida, los pontones encallaron en tierra.

* * * *

La cripta se extendía por debajo de la catedral. Era un laberinto abierto en la misma roca en la que Cádiz desafiaba al mar y bajo cuyo suelo enlosado los obispos muertos de la ciudad esperaban la resurrección en profundísimos agujeros.

Dos tramos de escaleras de piedra descendían a la cripta y daban a una gran capilla, una cámara redonda de dos veces la altura de un hombre y una anchura de treinta pasos. Si te situabas en el centro y dabas una palmada, el ruido resonaba quince veces. Era una cripta de ecos.

De la capilla salían cinco cavernas. Una conducía a otra capilla redonda más pequeña situada en el extremo más alejado del laberinto, en tanto que las otras cuatro flanqueaban la gran cámara. Las cuatro eran profundas y oscuras, y se hallaban conectadas unas con otras a través de un pasaje oculto que rodeaba toda la cripta. Ninguna de las cavernas estaba decorada. La catedral de arriba quizá reluciera con la

luz de las velas, tal vez brillara por su mármol y tuviera pinturas de santos, custodias de plata y candelabros de oro, pero la cripta era de piedra sencilla. Sólo tenían color los altares. En la capilla más pequeña una virgen miraba con tristeza por el largo pasaje hacia la cámara más grande, donde su hijo colgaba de una cruz de plata sufriendo un dolor eterno.

Era noche cerrada. La catedral se hallaba vacía. El último sacerdote había doblado su escapulario y se había ido a casa. Habían hecho salir a las mujeres que rondaban los altares, se había barrido el suelo y se habían cerrado las puertas. Las velas seguían ardiendo y la luz roja de la eterna presencia brillaba bajo el andamiaje que rodeaba el cruce del transepto con la nave. La catedral no estaba terminada. Todavía no se había construido el presbiterio con su altar elevado, la cúpula estaba a medias y los campanarios ni siquiera se habían empezado.

El padre Montseny tenía la llave de una de las puertas del lado este. La llave chirrió en la cerradura y las bisagras rechinaron cuando empujó la puerta para abrirla. Iba acompañado de seis hombres. Dos de ellos se quedaron cerca de la puerta, que no cerraron con llave. Permanecieron ocultos en la sombra, ambos armados con mosquetes cargados y órdenes de utilizarlos sólo si las cosas se volvían desesperadas.

—Ésta es una noche para los cuchillos —les había dicho Montseny.

—¿En la catedral? —preguntó uno de los hombres, nervioso.

—Os absolveré de cualquier pecado —dijo Montseny—, y los hombres que deben morir aquí son herejes. Son protestantes, ingleses. Dios se alegrará de su muerte.

Llevó a los cuatro hombres restantes a la cripta y, al llegar a la cámara principal colocó unas velas en el suelo y las encendió. La luz parpadeó en el techo abovedado. Apostó a dos hombres en una de las cámaras del lado este y él aguardó en la oscuridad de la cámara de enfrente con los otros dos.

—¡Ahora no hagáis ruido! —les advirtió—. Esperaremos.

Los ingleses llegaron pronto, tal como había imaginado el padre Montseny, que oyó el distante chirrido de las bisagras cuando éstos abrieron la puerta. Oyó sus pasos por la larga nave de la catedral y supo que en aquellos momentos los dos hombres que había dejado en la puerta habrían echado el cerrojo y estarían siguiendo a los ingleses hacia la cripta.

Tres hombres aparecieron en las escaleras del oeste. Avanzaron despacio, con cautela. Uno de ellos, el más alto, llevaba una bolsa. El hombre echó un vistazo en la gran cámara redonda y no vio a nadie.

—¡Hola! —gritó.

El padre Montseny arrojó un paquete a la cámara. Era un paquete grueso, atado con una cuerda.

—Lo que van a hacer —dijo en el inglés que había aprendido siendo prisionero—

es traer el dinero, ponerlo junto a las cartas, cogerlas y marcharse.

El hombre miró hacia los negros arcos que daban a la gran cámara iluminada por las velas. Estaba intentando decidir de dónde provenía la voz de Montseny.

—¿Cree que soy idiota? —preguntó—. Primero tengo que verlas cartas. —Era un hombre alto, de rostro colorado, nariz protuberante y cejas gruesas y espesas.

—Puede examinarlas, capitán —dijo Montseny. Sabía que aquel hombre se llamaba Plummer, que había sido capitán del ejército británico y que ahora era un funcionario de la embajada británica. El trabajo de Plummer consistía en asegurarse de que los criados de la embajada no robaran, de que las rejas de las ventanas fueran seguras y de que los postigos se cerraran por la noche. En opinión de Montseny, Plummer era una persona insignificante, un soldado fracasado, un hombre que en aquellos instantes se acercó con inquietud al círculo de velas y se agachó junto al paquete. La cuerda era fuerte, estaba muy bien atada y Plummer no pudo desatarla. Se palpó el bolsillo, era de suponer que buscando un cuchillo.

—Enséñeme el oro —ordenó Montseny.

Plummer puso mala cara ante aquel tono de voz autoritario, pero lo complació abriendo la bolsa que había dejado al lado del paquete. Sacó otra bolsa de tela, la desató y extrajo de ella un puñado de guineas de oro.

—Trescientas —dijo—, tal como acordamos. —Su voz resonó de un lado a otro y lo desconcertó.

—Ahora —dijo Montseny, y sus hombres surgieron de la oscuridad apuntando con los mosquetes. Los dos hombres que Plummer había dejado en las escaleras avanzaron tambaleándose cuando los otros dos, de Montseny, bajaron a espaldas de ellos.

—¿Qué demonios está...? —empezó a decir Plummer, entonces vio que el sacerdote llevaba una pistola—. ¿Es usted sacerdote?

—Pensé que todos deberíamos examinar la mercancía —dijo Montseny, haciendo caso omiso de la pregunta. Ahora tenía rodeados a los tres hombres—. Van a tumbarse en el suelo mientras cuento las monedas.

—¡Y un cuerno! —exclamó Plummer.

—Al suelo —dijo Montseny en español, y sus hombres, todos los cuales habían servido en la armada española y poseían unos músculos endurecidos por años de trabajo agotador, sometieron a los otros tres sin ninguna dificultad y los pusieron boca abajo en el suelo de la cripta. Montseny cogió el paquete atado con cuerda, se lo metió en el bolsillo y apartó la bolsa de oro con el pie—. Matadlos —dijo.

Los dos hombres que acompañaban a Plummer también eran españoles, sirvientes de la embajada, y protestaron al oír la orden de Montseny. Plummer se resistió e intentó levantarse del suelo, pero Montseny lo mató fácilmente, deslizándole un cuchillo entre las costillas y dejando que Plummer empujara su cuerpo contra la hoja

que buscó su corazón. Los otros dos murieron con la misma rapidez. Sorprendentemente, todo se hizo sin apenas ruido.

Montseny les dio cinco guineas de oro a cada uno de sus hombres, una recompensa generosa.

—Los ingleses —les explicó— planean en secreto quedarse con Cádiz. Se hacen llamar nuestros aliados, pero traicionarán a España. Esta noche habéis luchado por vuestro rey, por vuestro país y por la santa Iglesia. El almirante estará satisfecho con vosotros y Dios os recompensará. —Registró los cadáveres, encontró unas cuantas monedas y un cuchillo con mango de hueso. Plummer llevaba una pistola bajo su capa, pero era un arma burda y pesada y Montseny dejó que se la quedara uno de los marineros.

Arrastraron a los tres cadáveres hasta lo alto de las escaleras, a través de la nave, y luego los llevaron hasta el malecón cercano. Allí el padre Montseny rezó una plegaria por sus almas y sus hombres empujaron a los muertos por encima del borde de piedra. Los cadáveres se estrellaron contra las rocas que rompían el Atlántico y lo volvían blanco. El padre Montseny cerró la catedral y se fue a casa.

Al día siguiente encontraron sangre en la cripta, en las escaleras y en la nave, y al principio nadie pudo explicarlo hasta que algunas de las mujeres que oraban en la catedral cada día declararon que debía de tratarse de la sangre de san Servando, uno de los santos patronos de Cádiz cuyos restos habían descansado en la ciudad antes de ser trasladados a Sevilla, que ahora estaba ocupada por los franceses. Las mujeres insistieron en que la sangre era la prueba de que el santo había desdeñado milagrosamente la ciudad ocupada por los franceses y había regresado a casa, y el hallazgo de los tres cadáveres que las olas zarandeaban contra las rocas de debajo del malecón no las disuadió. Ellas decían que era un milagro y el rumor se extendió.

Reconocieron al capitán Plummer y su cadáver se llevó a la embajada. Dentro había una improvisada capilla en la que se celebró un apresurado funeral tras el cual enterraron al capitán en las arenas del istmo que conectaba Cádiz con la isla de León. Al día siguiente Montseny escribió al embajador británico afirmando que Plummer había intentado quedarse con las cartas y con el oro, motivo por el cual su lamentable muerte había sido inevitable; no obstante, los británicos todavía podían recuperar las cartas, sólo que esta vez el precio sería mucho mayor. No firmó la carta, adjuntó en cambio una guinea manchada de sangre. Lo consideró una inversión que le reportaría una fortuna, y dicha fortuna serviría para pagar los sueños del padre Montseny: sueños de una España nuevamente gloriosa y libre de extranjeros. Los ingleses pagarían por su propia derrota.

CAPÍTULO 2

—¿Y ahora qué? —quiso saber el general de brigada Moon.

—Estamos encallados, señor.

—¡Santo Dios encarnado! ¿Es que no puede hacer nada bien, hombre?

Sharpe no dijo nada. Harper y él se desprendieron de las cartucheras, saltaron por la borda y se encontraron metidos en más de un metro de agua. Empujaron el pontón, pero era como intentar mover el Peñón de Gibraltar. Inamovible, comprobaron que se encontraban embarrancados a unos cincuenta o sesenta pasos de la orilla este, donde los franceses les perseguían, y a más de ciento treinta metros de la ribera ocupada por los británicos. Sharpe ordenó a los demás soldados que se metieran en el agua y empujaran, pero no sirvió de nada. Los grandes pontones habían quedado bien varados en un banco de guijarros y estaba claro que tenían intención de quedarse allí.

—Si pudiéramos cortar una de estas jodidas cosas para soltarla, señor —sugirió Harper. Era una buena sugerencia. Si podían separar uno de los pontones de los demás tendrían un bote lo bastante ligero para hacerlo salir de los guijarros, pero las grandes barcazas estaban unidas con cuerdas y mediante las sólidas vigas de madera que habían sostenido los tablones de la pasarela.

—Tardaríamos medio día en hacerlo —repuso Sharpe—, y no creo que a los franchutes les hiciera mucha gracia.

—¿Qué demonios está haciendo, Sharpe? —preguntó Moon desde la balsa.

—Nos vamos a la orilla, señor —decidió Sharpe—, todos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

—Porque los franceses llegarán de un momento a otro, señor —respondió Sharpe armándose de paciencia—, y si estamos en el río nos dispararán como a perros o nos harán prisioneros.

—¿Y qué pretende hacer?

—Subir a esa colina de ahí, señor, escondernos y esperar a que el enemigo se vaya. Y cuando se haya ido, señor, cortaremos uno de los pontones para soltarlo. — Aunque no estaba seguro de cómo iba a hacerlo sin herramientas, pero tendría que intentarlo.

Estaba claro que Moon quería sugerir otro plan de acción, pero no se le ocurrió ninguno y tuvo que acceder a que el sargento Harper lo llevara a tierra. El resto de los soldados los siguieron, con las armas y cartucheras encima de la cabeza. Una vez en la orilla improvisaron unas angarillas con un par de mosquetes metidos por las mangas de dos casacas rojas y Harris y Slattery llevaron al brigadier por la empinada pendiente. Antes de dejar la orilla, Sharpe recogió unos cuantos palos cortos y un trozo de red de pescar desechada que el agua había empujado hacia las rocas, luego siguió a los demás hasta la primera cima y, al mirar a la izquierda, vio que los

franceses habían subido a lo alto del risco. Se encontraban a unos ochocientos metros de distancia, lo cual no impidió que uno de ellos disparara su mosquete. La bala debió de caer en el valle que los separaba y la detonación llegó amortiguada.

—Ya estamos bastante lejos —anunció Moon. Las sacudidas de la rudimentaria camilla le causaban dolor y tenía el semblante pálido.

—Vamos arriba —dijo Sharpe, que señaló con un gesto de la cabeza las rocas que coronaban la colina desnuda.

—¡Por el amor de Dios, hombre! —empezó a decir Moon.

—Se acercan los franceses, señor —Sharpe interrumpió al general de brigada—. Si quiere, señor, podemos dejarlo aquí para que lo recojan ellos, señor. Deben de tener un cirujano en el fuerte.

Durante unos segundos Moon pareció tentado a acceder, pero comprendió que los prisioneros de alto rango rara vez se intercambiaban. Era posible que pronto capturaran a un general de brigada francés y que tras prolongadas negociaciones lo intercambiaran por Moon, pero eso tardaría semanas, si no meses, y mientras tanto su carrera quedaría en un punto muerto y ascenderían a otros pasándole por encima.

—Suba hasta arriba si debe hacerlo —dijo a regañadientes—, pero ¿qué tiene pensado hacer luego?

—Esperar a que los franceses se marchen, señor, separar un pontón, cruzar el río y llevarlo a casa.

—¿Y para qué demonios lleva leña?

El general de brigada averiguó el motivo al llegar a lo alto de la colina. El soldado Geoghegan, uno de los hombres del 88.º, afirmaba que su madre había sido cirujana y dijo que a menudo la había ayudado siendo niño.

—Lo que se hace, señor, es tirar del hueso —explicó.

—¿Tirar de él? —preguntó Sharpe.

—Darle un tirón fuerte y rápido, señor, lo más probable es que chille como un lechón, entonces lo enderezo y lo atamos. El caballero será protestante, ¿verdad, señor?

—Diría que sí.

—Entonces no nos hará falta agua bendita, señor, y también podremos pasar sin las dos plegarias, pero quedará muy bien cuando terminemos, señor.

El general de brigada protestó. Quería saber por qué no esperaban a llegar al otro lado del río y palideció cuando Sharpe le respondió que aún tardarían dos días.

—Cuanto antes lo hagamos antes se curará, señor —dijo el soldado Geoghegan—, y si no lo curamos pronto, señor, el hueso se soldará torcido. Tendré que cortar el pantalón, señor; lo lamento, señor.

—¡Y un cuerno me los va a cortar! —protestó Moon con vehemencia—. ¡Son de lo mejor de Willoughby! No hay otro sastre mejor en todo Londres.

—En tal caso tendrá que quitárselos usted mismo, señor —dijo Geoghegan. Su aspecto era igual de salvaje que el de cualquiera de los soldados de Connaught, pero tenía una voz suave y cordial y una seguridad en sí mismo que de algún modo disiparon los temores del general de brigada; aun así, tardaron veinte minutos en convencerlo de que debía permitir que le enderezaran la pierna. Lo que lo convenció realmente fue la idea de tener que pasar el resto de su vida con un miembro torcido. Se imaginó cojeando por los salones, incapaz de bailar, torpe en la silla de montar, y al fin su vanidad venció su miedo. Mientras tanto, Sharpe observó a los franceses. Cuarenta soldados habían superado el risco y en aquellos momentos caminaban hacia los pontones encallados.

—Esos cabrones van a recuperarlos —dijo Harper.

—Llévese a los fusileros hasta media pendiente e impídaselo —repuso Sharpe.

Harper se marchó llevándose con él a Slattery, Harris, Hagman y Perkins. Eran los únicos soldados de la compañía de Sharpe que se habían quedado varados en los pontones, pero era un consuelo que fueran todos buenos fusileros. No había mejor soldado que el sargento Patrick Harper, el hombretón del Ulster que detestaba el dominio británico en su patria, pero que aun así luchaba como un héroe. Slattery provenía del condado de Wicklow y era un hombre callado y capaz que hablaba en voz baja. Harris había sido maestro de escuela y era inteligente, culto y demasiado aficionado a la ginebra, motivo por el cual era entonces soldado, pero era un hombre divertido y leal. Dan Hagman, con cuarenta y tantos años, era el mayor de todos, y había sido cazador furtivo en Cheshire antes de que la ley lo capturara y lo condenara a servir en el ejército. No había mejor tirador en ninguna compañía de fusileros. Perkins era el más joven, lo bastante joven como para ser el nieto de Hagman; y había sido un golfillo callejero en Londres, igual que Sharpe, pero estaba aprendiendo a ser un buen soldado. Estaba aprendiendo que la disciplina unida a la ferocidad era imbatible. Todos eran unos buenos soldados y Sharpe se alegró de tenerlos. En aquel momento el general de brigada soltó un grito que logró reprimir, pero no pudo contener un prolongado quejido. Geoghegan le había quitado las botas a Moon, lo cual debió de dolerle terriblemente; de algún modo consiguió quitarle los pantalones, y en aquel momento colocaba dos de los palos que había traído Sharpe a lo largo de la pantorrilla rota y envolvió el miembro con una de las perneras de los pantalones del general de brigada de modo que sujetara los palos. Aumentó la presión enroscando la pernera como si quisiera escurrirla. Siguió apretando hasta que el general de brigada se quejó entre dientes. Entonces Geoghegan miró a Sharpe con una sonrisa.

—¿Me ayuda, señor? Usted sujete la pantorrilla del general, señor, y cuando yo le diga dé un tirón fuerte y brusco.

—Por el amor de Dios —logró decir el general de brigada.

—Nunca he visto a nadie tan valiente como usted, señor —le dijo Geoghegan, y le dirigió una sonrisa tranquilizadora a Sharpe—. ¿Está preparado, señor?

—¿Tengo que tirar muy fuerte?

—Un buen tirón, señor, como si tirara de un cordero que no quiere nacer. ¿Está listo? ¡Agárrelo bien, señor, con las dos manos! ¡Ahora!

Sharpe tiró y el general de brigada dejó escapar un grito agudo. Geoghegan apretó aún más la tela y Sharpe oyó claramente el chasquido del hueso al ponerse en su sitio. Geoghegan le acariciaba la pierna al general de brigada.

—Ahora está perfectamente, señor, está como nuevo. —Moon no respondió y Sharpe se dio cuenta de que el general de brigada se había desmayado, o bien se había quedado mudo de la impresión.

Geoghegan entablilló el miembro con los palos y la red.

—No puede caminar con ella, al menos durante un tiempo, pero le haremos unas muletas y pronto estará bailando como un poni.

Sonaron los rifles, Sharpe se dio la vuelta y corrió cuesta abajo hasta el lugar donde los casacas verdes estaban arrodillados en la hierba. Se hallaban situados a menos de ciento cincuenta metros del río y a unos dieciocho por encima de él y los franceses se encontraban agachados en el agua. Habían intentado desencallar las barcazas de los guijarros tirando de ellas, pero las balas habían puesto fin a sus esfuerzos y ahora los soldados estaban utilizando los cascos de los pontones como protección. Un oficial se adentró corriendo en el bajío, probablemente gritándoles a sus hombres que se pusieran de pie y volvieran a intentarlo. Sharpe apuntó al oficial, apretó el gatillo y el rifle le golpeó en el hombro al tiempo que una chispa del pedernal le provocó escozor en el ojo derecho. Cuando el humo se disipó vio que el oficial regresaba corriendo a la orilla presa del pánico, sujetando con una mano la vaina de la espada para que no tocara el agua en tanto que con la otra agarraba el sombrero. Slattery disparó una segunda vez y astilló uno de los pontones. El siguiente disparo de Harper arrojó a un hombre al río y se formó un remolino de sangre en el que el hombre se sacudió mientras la corriente lo arrastraba.

Harris disparó y la mayoría de los franceses se alejaron de los pontones vadeando, refugiándose tras unas rocas grandes de la orilla.

—Que no se muevan de ahí —dijo Sharpe—. En cuanto intenten mover las barcazas, mátenlos.

Sharpe volvió a lo alto de la colina. El general de brigada estaba apoyado contra una roca.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

—Los comerranas tratan de salvar las barcazas, señor. Se lo estamos impidiendo.

El estruendo de los cañones franceses del fuerte Josefina resonó por el valle del río.

—¿Por qué disparan? —quiso saber el general de brigada, irritado.

—Me imagino, señor —respondió Sharpe—, que algunos de nuestros muchachos intentan utilizar el pontón como bote para venir a buscarnos. Y los franchutes les están disparando.

—¡Mierda! —exclamó Moon. Cerró los ojos e hizo una mueca de dolor—. Supongo que no tendrá usted un poco de brandy, ¿eh?

—No, señor; lo siento, señor. —Sharpe hubiera apostado un penique contra las joyas de la corona a que al menos uno de sus soldados tenía brandy o ron en la cantimplora, pero que lo asparan si iba a quitárselo para dárselo al general de brigada—. Tengo agua, señor —le dijo, ofreciéndole su cantimplora.

—¡Al cuerno su agua!

Sharpe consideró que podía confiar en que sus fusileros se comportaran con sensatez hasta que consiguieran cruzar el río, pero los seis fugitivos del 88.º eran otro cantar. El 88.º eran los Connaught Rangers y algunos soldados lo consideraban el regimiento más temible de todo el ejército, aunque también tenían fama de poseer una endémica falta de disciplina. Los seis rangers estaban a las órdenes de un sargento desdentado y Sharpe, consciente de que si el sargento estaba de su lado lo más probable era que los demás soldados no causaran problemas, se acercó a él.

—¿Cómo se llama, sargento? —le preguntó Sharpe.

—Noolan, señor.

—Quiero que vigile ese punto —le dijo Sharpe al tiempo que señalaba al norte, hacia la cima de la colina situada por encima del risco—. Estoy esperando que un batallón de condenados franchutes venga por encima de esa colina; cuando lo hagan, avíseme claramente.

—Le avisaré, señor —prometió Noolan—, lo anunciaré como si dispusiera de un coro entero, se lo aseguro.

—Si vienen tendremos que dirigirnos al sur —dijo Sharpe—. Sé que el 88.º es bueno, pero no creo que sean suficientes para poder rechazar a todo un batallón francés.

El sargento Noolan miró a sus cinco soldados, consideró la afirmación de Sharpe y asintió seriamente con la cabeza.

—Tiene razón, señor, no somos suficientes. ¿Y qué es lo que piensa hacer, señor, si no le importa que se lo pregunte?

—Espero que los franceses se cansen de nosotros y se larguen —le explicó Sharpe—. Entonces podremos tratar de reflotar uno de esos pontones y cruzar el río. Explíqueselo a sus soldados, sargento. Quiero llevarlos de vuelta a casa, y la mejor manera de volver a casa es siendo pacientes.

Una repentina ráfaga de disparos hizo que Sharpe volviera a la posición de Harper. Los franceses estaban realizando otro intento de liberar los pontones pero en

esta ocasión habían hecho una cuerda uniendo los portafusiles y tres soldados la estaban atando valientemente a uno de los postes maestros. Uno de los soldados había sido alcanzado y regresaba a la orilla cojeando. Sharpe empezó a recargar su rifle, pero antes de que hubiera atacado la bala envuelta con cuero en el cañón, los franceses que quedaban regresaron corriendo a su refugio, llevándose la cuerda con ellos. Sharpe vio que la cuerda salía empapada del río cuando los soldados tiraron de ella. La cuerda se estiró y se tensó y Sharpe imaginó que casi todos los franceses debían de estar tirando de ella, pero no podía hacer nada al respecto puesto que estaban ocultos por la gran roca. La cuerda cimbrió y Sharpe creyó ver que los pontones se movían ligeramente, o quizá fuera su imaginación; entonces la cuerda se partió y los fusileros de Sharpe se mofaron a voz en cuello.

Sharpe miró río arriba. Cuando se rompió el puente quedaron siete u ocho pontones en el lado británico y estaba seguro de que a alguien se le habría ocurrido utilizar uno de ellos como barcaza de rescate, pero no apareció ningún bote, y a estas alturas imaginaba que los cañones franceses habían abierto una brecha en los pontones o bien habían alejado de la costa a las cuadrillas de trabajo. Todo ello sugería que el rescate era una esperanza remota, lo cual lo situaba ante la necesidad de salvar una de las seis barcazas encalladas.

—¿Esto no le recuerda nada? —le preguntó Harper.

—Intentaba no pensar en ello —contestó Sharpe.

—¿Cómo se llamaban esos ríos?

—El Duero y el Tajo.

—Y en ellos tampoco había ni un maldito bote, señor —comentó Harper alegremente.

—Al final los encontramos —repuso Sharpe. Hacía ya dos años su compañía quedó atrapada en la orilla del Duero en la que no debían estar. Después, al cabo de un año, Harper y él habían quedado encallados en el Tajo. Sin embargo, en ambas ocasiones hallaron la manera de regresar y ahora volvería a hacerlo, pero deseaba que esos condenados franceses se marcharan. En cambio, las tropas ocultas detrás del risco mandaron un mensajero al fuerte Josefina. El hombre subió por la pendiente con dificultad y todos los fusileros se volvieron para apuntarle, echando atrás los pedernales de sus armas, pero el soldado no dejaba de volver la vista atrás, de esconderse y agacharse; su miedo era palpable e incluso divertido, de modo que ninguno de ellos apretó el gatillo.

—Se encontraba demasiado lejos —dijo Harper. Hagman podría haberlo abatido, pero lo cierto era que todos los fusileros sintieron lástima por el francés que había demostrado su valentía arriesgándose al fuego de los rifles.

—Ha ido a buscar ayuda —dijo Sharpe.

Después no ocurrió nada durante un largo rato. Sharpe se tumbó boca arriba y

observó un halcón que se deslizaba por el cielo, allá en lo alto. A veces un francés se asomaba por las rocas de abajo, veía que los fusileros seguían allí y se escondía de nuevo. Al cabo de una hora aproximadamente un hombre les hizo señas, salió cautelosamente de detrás de la roca e hizo la mímica de desabrocharse los pantalones.

—Ese cabrón quiere mear, señor —dijo Harris.

—Déjele —repuso Sharpe, y alzaron los rifles de manera que los cañones apuntaron al cielo. Una sucesión de franceses se acercaron al río y al terminar les dieron las gracias por señas educadamente. Harper les devolvió el saludo. Sharpe fue de un soldado a otro y se encontró con que entre todos no tenían más que tres pedazos de galleta. Hizo que uno de los soldados del sargento Noolan humedeciera la galleta con agua y la dividiera a partes iguales, pero fue una cena miserable.

—No podemos pasar sin comida, Sharpe —se quejó Moon. El general de brigada había mirado la división de las galletas con ojos brillantes y Sharpe tuvo la seguridad de que pretendía reclamar un pedazo más grande, de manera que anunció en voz alta que todos obtendrían exactamente la misma porción. Ahora Moon tenía más malas pulgas que de costumbre.

—¿Cómo propone que nos alimentemos? —quiso saber.

—Tendremos que pasar hambre hasta mañana por la mañana, señor.

—¡Santo Dios encarnado! —masculló Moon.

—¡Señor! —gritó el sargento Noolan y, al volverse, Sharpe vio que dos compañías francesas habían aparecido junto al risco. Habían formado una línea de tiradores para no convertirse en blanco fácil de los fusileros.

—¡Pat! —gritó Sharpe cuesta abajo—. ¡Vamos a replegarnos! ¡Suban!

Se dirigieron al sur, llevando de nuevo al general de brigada, recorriendo pesadamente las pendientes escarpadas para no perder de vista el río. Los franceses los persiguieron durante una hora y luego parecieron contentarse con el mero hecho de haber alejado a los fugitivos de los pontones varados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Moon.

—Esperaremos aquí, señor —contestó Sharpe. Se hallaban en la cima de una colina donde las rocas los protegían y tenían una magnífica vista en todas direcciones. El río discurría hacia el oeste, vacío, en tanto que a lo lejos, al este, Sharpe distinguió un camino que serpenteaba por entre las colinas.

—¿Cuánto tiempo hemos de esperar? —preguntó Moon en tono insidioso.

—Hasta que oscurezca, señor. Entonces iré a ver si los pontones siguen en el mismo sitio.

—¡Pues claro que no estarán! —comentó Moon, dando a entender que Sharpe era idiota si creía lo contrario—, pero supongo que será mejor que lo compruebe.

Sharpe no necesitaba haberse molestado porque, en la penumbra, vio el humo que se alzaba por encima del río y al caer la noche se percibió un resplandor al otro lado

de la colina. Se dirigió al norte, llevándose con él al sargento Noolan y a dos soldados del 88.º y vieron que, al no haber conseguido liberar los pontones, los franceses se habían asegurado de inutilizarlos. Las barcazas estaban ardiendo.

—Es una lástima —dijo Sharpe.

—Al general de brigada no le va a hacer ninguna gracia, señor —comentó Noolan alegremente.

—No, ninguna —asintió Sharpe.

Noolan se dirigió a sus hombres en gaélico, seguramente compartiendo con ellos su opinión sobre el descontento del general.

—¿No hablan inglés? —le preguntó Sharpe.

—Fergal no —respondió Noolan, que señaló a uno de los soldados con un movimiento de la cabeza—, y Padraig lo hará si le grita, señor, pero si no le grita no entenderá ni jota.

—Díales que me alegro de que estén con nosotros —dijo Sharpe.

—¿Se alegra? —Noolan parecía sorprendido.

—Estábamos a su lado en la sierra de Bussaco —le explicó Sharpe.

Noolan sonrió en la oscuridad.

—Ése sí que fue un buen combate, ¿eh? No dejaban de venir y nosotros seguíamos matándolos.

—Y ahora, sargento —siguió diciendo Sharpe—, parece que usted y yo nos tendremos que aguantar mutuamente unos cuantos días.

—Eso parece, señor —asintió Noolan.

—De manera que tendrá que aceptar mis normas.

—Tiene normas, ¿eh, señor? —preguntó Noolan con cautela.

—No les robarán a los civiles a menos que se estén muriendo de hambre, no se emborracharán sin mi permiso y combatirán como si tuvieran detrás al mismísimo diablo.

Noolan lo consideró.

—¿Y qué pasa si rompemos las normas? —preguntó.

—No se rompen, sargento —repuso Sharpe con aire sombrío—, sencillamente no se rompen.

Regresaron para disgustar con sus noticias al general de brigada.

* * * *

En un determinado momento de la noche el general de brigada mandó a Harris a despertar a Sharpe, que de todos modos estaba medio despierto porque tenía frío. Sharpe le había dado su capote al general que, como no tenía casaca, había exigido que uno de los hombres le cediera algo con lo que taparse.

—¿Hay algún problema? —le preguntó Sharpe a Harris.

—No lo sé, señor. Su excelencia sólo me ha dicho que quiere que vaya, señor.

—He estado pensando, Sharpe —le anunció el general de brigada cuando Sharpe llegó.

—¿Ah sí, señor?

—No me gusta que esos hombres hablen irlandés. Les diré que utilicen el inglés. ¿Me ha oído?

—Sí, señor —dijo Sharpe, que hizo una pausa. ¿El general lo había despertado para decirle eso?—. Se lo diré, señor, pero algunos de ellos no hablan inglés, señor.

—¡Pues ya pueden ir aprendiendo! —espetó el general de brigada. No podía dormir de dolor y ahora quería hacer extensivo su sufrimiento—. Uno no puede fiarse de ellos, Sharpe. Traman algo, lo sé.

Sharpe se preguntó cómo podía hacer entrar en razón a Moon, pero antes de que pudiera decir nada el fusilero Harris intervino.

—Perdóneme, señor —dijo Harris respetuosamente.

—¿Está hablando conmigo, fusilero? —preguntó el general de brigada, asombrado.

—Sí, señor, con su permiso. ¿Podría decir algo, señor, con todo respeto?

—Adelante, hombre.

—Lo que ocurre es que, tal como ha dicho el señor Sharpe, no hablan inglés, pues son unos papistas ignorantes, señor, y sólo estaban discutiendo si sería posible construir un bote o una balsa, señor, y como mejor lo hacen es en su propio idioma, señor, porque conocen las palabras, no sé si me sigue, señor.

El general de brigada, a quien Harris había ablandado completamente, pensó en ello.

—¿Usted habla su maldito idioma? —le preguntó.

—Así es, señor —contestó Harris—, y también francés, portugués, español y un poco de latín.

—¡Santo Dios encarnado! —exclamó el general de brigada tras quedarse mirando a Harris unos instantes—. Pero es usted inglés, ¿no?

—¡Oh, sí, señor! Y estoy orgulloso de serlo.

—¡Cómo no! Así pues, ¿puedo confiar en que me avisará si los *paddies* traman algo?

—¿Los *paddies*, señor? ¡Ah, los irlandeses! Sí, señor, por supuesto, señor, será un placer, señor —dijo Harris con entusiasmo.

Poco antes de amanecer se oyeron unas explosiones río arriba. Sharpe miró hacia el norte pero no vio nada. Con las primeras luces del día divisó una espesa humareda sobre el valle del río, pero no tenía modo de saber qué era lo que había provocado aquel humo, de manera que envió a Noolan y a dos de sus hombres a que averiguaran

lo que había ocurrido.

—No abandonen la cima de las colinas —le dijo al sargento del 88.º— y estén alerta por las patrullas francesas.

—Ha sido una decisión estúpida —dijo el general de brigada cuando los tres soldados se hubieron marchado.

—¿Ah sí, señor?

—No va a volver a ver a esos hombres, ¿no es cierto?

—Yo creo que sí los volveremos a ver, señor —respondió Sharpe en tono suave.

—Maldita sea, hombre, conozco a los *paddies*. Mi primer cargo fue en el 18.º. Cuando me nombraron capitán logré escapar para irme con los fusileros. —Lo cual significaba, pensó Sharpe, que el general de brigada había comprado la salida del 18.º para unirse a los más simpáticos fusileros de su condado natal.

—Creo que pronto verá al sargento Noolan, señor —dijo Sharpe con tesón—, y mientras esperamos me dirigiré al sur. Buscaré comida, señor.

Sharpe llevó consigo a Harris y los dos recorrieron el terreno elevado por encima del río.

—¿Qué tal habla el gaélico, Harris? —le preguntó Sharpe.

—Sólo conozco dos o tres palabras, señor —contestó Harris—, y ninguna de ellas puede repetirse en compañía de la alta sociedad.

Sharpe se rió.

—Bueno, ¿qué hacemos, señor? —inquirió Harris.

—Cruzar el maldito río —repuso Sharpe.

—¿Cómo, señor?

—No lo sé.

—¿Y si no podemos?

—Pues supongo que seguiremos hacia el sur —dijo Sharpe. Intentó recordar los mapas que había visto del sur de España y tenía una idea de que el Guadiana se unía al mar a una buena distancia al oeste de Cádiz. No tenía sentido intentar llegar a Cádiz por tierra, pues dicho puerto se hallaba bajo asedio francés, pero cuando alcanzaran la desembocadura del río podría encontrar un barco que los llevara hacia el norte, hacia Lisboa. Las únicas embarcaciones que había frente a la costa eran naves aliadas y tenía la impresión de que la armada británica patrullaba el litoral. Llevaría tiempo, eso ya lo sabía, pero en cuanto llegaran al mar sería como si estuvieran en casa—. De todos modos, si tenemos que ir andando hasta el mar —añadió— preferiría hacerlo por la otra orilla.

—¿Porque es la de Portugal?

—Exactamente —contestó Sharpe—, y porque son más amistosos que los españoles. Además, en ese lado no hay franchutes.

Las esperanzas que Sharpe tenía de cruzar el río aumentaron tras recorrer unos

tres kilómetros, cuando llegaron a un lugar donde la colina descendía hacia una amplia ensenada donde el Guadiana se ensanchaba de manera tal que parecía un lago. Un río más pequeño afluía desde el este y en la ensenada, donde confluían los dos ríos, aparecía una pequeña ciudad de casas blancas. Dos campanarios asomaban por entre los tejados.

—Allí tiene que haber un transbordador —dijo Harris—, o barcos de pesca.

—A menos que los comerranas lo quemaran todo.

—Entonces cruzaremos flotando sobre una mesa —dijo Harris—, y al menos ahí abajo encontraremos comida, señor, y eso le gustará a su señoría.

—Quiere decir que al general de brigada Moon le resultará agradable —replicó Sharpe en un suave tono de reprobación.

—Y también le gustará ese lugar, ¿no? —dijo Harris, señalando una gran casa con establos situada al norte de la pequeña ciudad. La casa estaba pintada de blanco y tenía dos pisos con una docena de ventanas en cada uno, mientras que en el ala este había una vieja torre de un castillo, ahora en ruinas. Por las chimeneas de la casa salía humo.

Sharpe sacó el catalejo y examinó la vivienda. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y los únicos indicios de vida los constituían unos hombres que reparaban el muro de un bancal en uno de los muchos viñedos que cubrían las cuestas cercanas, así como otro hombre inclinado sobre un surco en un huerto situado junto al Guadiana. Sharpe fue moviendo el catalejo hacia un lado y vio lo que parecía un cobertizo para botes en la orilla del río. Sharpe le dio el catalejo a Harris.

—Preferiría ir a la ciudad —dijo.

—¿Y eso por qué, señor? —preguntó Harris al tiempo que miraba la casa a través del catalejo de Sharpe.

—Porque esa casa no ha sido saqueada, ¿verdad? El huerto está en perfecto orden. ¿Qué le sugiere eso?

—¿Que el propietario ha hecho un trato con los franceses?

—Es lo más probable.

Harris pensó en ello.

—Si son amigos de los franchutes, señor, quizá haya un bote en el cobertizo que hay junto al río.

—Tal vez —repuso Sharpe sin mucha convicción. Se abrió una puerta en el patio junto al viejo castillo en ruinas y vio que alguien salía a la luz del sol. Codeó suavemente a Harris, señaló y el fusilero desplazó el catalejo.

—Sólo es una vieja que tiende la colada —dijo Harris.

—Podremos hacer que nos laven las camisas —dijo Sharpe—. Vamos, vayamos a buscar al general de brigada.

Volvieron por las altas colinas y encontraron a Moon de un humor triunfante

porque el sargento Noolan y sus hombres no habían regresado.

—¡Ya se lo dije, Sharpe! —exclamó Moon—. No se puede confiar en ellos. Ese sargento tenía un aspecto decididamente sospechoso.

—¿Cómo tiene la pierna, señor?

—Me duele, caray. No se puede evitar, ¿eh? Así pues, ¿dice que hay una ciudad bastante grande?

—Al menos es un pueblo grande, señor. Tiene dos iglesias.

—Esperemos que haya un médico que conozca bien su oficio. Puede echar un vistazo a esta dichosa pierna, y cuanto antes mejor. Pongámonos en marcha, Sharpe. Estamos perdiendo el tiempo.

No obstante, en aquel preciso momento reapareció el sargento Noolan por el norte y el general de brigada no tuvo más remedio que esperar a que los tres soldados del 88.º se reunieran con ellos. Noolan, con su rostro alargado más lúgubre que nunca, trajo noticias desalentadoras.

—Hicieron volar el fuerte, señor —le dijo a Sharpe.

—¡Hable conmigo, hombre, hable conmigo! —insistió Moon—. Soy yo quien está al mando.

—Lo siento, su señoría —dijo Noolan, que se quitó rápidamente el maltrecho chacó—. Los nuestros, señor, hicieron volar el fuerte y se han ido.

—¿Se refiere al fuerte José? —preguntó Moon.

—¿Se llama así, señor? El que está al otro lado del río, señor, lo volaron a conciencia, ya lo creo. Arrojaron los cañones por encima del parapeto y en la colina no quedan más que menuzos.

—¿No quedan más que qué?

Noolan le dirigió una mirada de impotencia a Sharpe y lo intentó de nuevo:

—Pedazos, señor, añicos.

—¿Y dice usted que nuestros compañeros se han marchado? ¿Cómo demonios sabe que se han marchado?

—Porque los franchutes están allí, señor, ya lo creo. Utilizan un bote. Iban de un lado a otro, señor, de un lado a otro mientras los observábamos.

—¡Santo Dios encarnado! —exclamó Moon, asqueado.

—Lo ha hecho muy bien, Noolan —dijo Sharpe.

—Gracias, señor.

—Y estamos bien jodidos —terció el general de brigada con irritación— porque nuestras fuerzas se han largado y nos han dejado aquí.

—En tal caso, señor —sugirió Sharpe—, cuanto antes lleguemos a la ciudad y encontremos un poco de comida, mejor.

Harper, al ser el más fuerte, portaba el extremo delantero de la parihuela del general, mientras que el más alto de los Connaught Rangers llevaba el trasero.

Tardaron tres horas en recorrer la corta distancia y cuando llegaron a la larga colina que se alzaba por encima de la gran casa y de la pequeña ciudad ya era más de media mañana.

—Nos dirigiremos allí —anunció Moon en cuanto divisó la vivienda.

—Creo que podrían ser afrancesados, señor —señaló Sharpe.

—Hable en inglés, hombre, hable en inglés.

—Creo que son simpatizantes de los franceses, señor.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque la vivienda no ha sido saqueada, señor.

—No puede conjeturar tal cosa —dijo el general de brigada sin mucha convicción. Las palabras de Sharpe le habían dado que pensar, pero aun así la casa lo atraía como un imán. Prometía comodidad y la compañía de personas de alcurnia—. Aunque sólo hay una manera de averiguarlo, ¿no es cierto? —proclamó—. ¡Que no es otra que ir hasta allí! De modo que en marcha.

—Creo que deberíamos dirigirnos a la ciudad, señor —insistió Sharpe.

—Y yo creo que debería callarse, Sharpe, y obedecer mis órdenes.

Así pues, Sharpe se calló y descendieron por la ladera, cruzando por las viñas superiores y luego bajo las pálidas hojas de un olivar. Pasaron trabajosamente la camilla del general por encima de un muro de piedra y se acercaron a la casa a través de amplios huertos con cipreses, naranjos y arriates en barbecho. Había un estanque grande, lleno de hojas marrones y agua estancada, y luego un paseo con estatuas. Las estatuas eran todas de santos retorciéndose en su agonía. Sebastián aferraba el asta de una flecha que le atravesaba las costillas, Inés miraba hacia el cielo con serenidad a pesar de la espada que tenía en el cuello mientras que, a su lado, Andrés se hallaba colgado boca abajo en la cruz. Había hombres padeciendo el suplicio de ser quemados, mujeres que eran destripadas, todos ellos conservados en mármol blanco manchado por los líquenes y los excrementos de pájaro. Los soldados harapientos miraban las estatuas con unos ojos como platos, y los católicos que había entre ellos se persignaron mientras Sharpe buscaba con la mirada alguna señal de vida en la casa. Las ventanas permanecían cerradas, pero el humo seguía saliendo de una chimenea. Se abrió la puerta grande, que daba a una terraza con balaustrada, y un hombre vestido de negro salió a la luz del sol y aguardó allí, como si los hubiera estado esperando.

—Será mejor que observemos el decoro —dijo Moon.

—¿Señor? —preguntó Sharpe.

—¡Por el amor de Dios, Sharpe! ¡Aquí viven personas de la alta burguesía! No querrá que se les llene el salón de soldados rasos, ¿verdad? Usted y yo podemos entrar, pero los soldados tendrán que encontrar las dependencias de los criados.

—¿Quiere que dejen su camilla fuera, señor? —preguntó Sharpe en tono

inocente, y le pareció oír una ligera risotada de Harper.

—No sea ridículo, Sharpe —dijo el general de brigada—. Antes pueden llevarme dentro.

—Sí, señor.

Sharpe dejó a los soldados en la terraza y acompañó al general a una amplia habitación de mobiliario oscuro y de cuadros lúgubres que en su mayoría representaban escenas de martirio. Allí ardían más santos, o miraban extasiados mientras los soldados los ensartaban, y encima de la repisa de la chimenea había una pintura de la crucifixión a tamaño natural. El cuerpo pálido de Jesucristo aparecía surcado de sangre y tras él una enorme tormenta eléctrica desataba sus rayos sobre una ciudad acobardada. En el otro extremo de la habitación colgaba un crucifijo hecho de una madera tan oscura que resultaba renegrida, y debajo de él había un altar privado cubierto con una tela negra sobre la cual descansaba un sable entre dos velas apagadas.

El hombre que había salido a recibirlos era un sirviente que informó al general de brigada de que la marquesa se reuniría con él muy pronto, preguntándole a continuación si sus invitados necesitaban alguna cosa. Sharpe hizo lo que pudo para traducirlo, utilizando más portugués que español para hablar con el criado.

—Dígale que necesito desayunar, Sharpe —le ordenó el general—. Y un médico.

Sharpe transmitió la petición y añadió que sus soldados necesitaban comida y agua. El criado hizo una reverencia y dijo que llevaría a los soldados a la cocina. Dejó a Sharpe a solas con Moon, que en aquellos momentos se encontraba tendido sobre un diván.

—¡Este dichoso mueble no podía ser más incómodo! —dijo el general. Hizo una mueca al notar una punzada de dolor en la pierna y alzó la vista hacia los cuadros—. ¿Cómo es que viven en un ambiente tan tenebroso?

—Supongo que son religiosos, señor.

—¡Todos somos religiosos, hombre, pero eso no significa que colguemos cuadros de torturas en nuestras paredes! ¡Santo Dios encarnado! Unos cuantos paisajes y algunos retratos de familia no tienen nada de malo. ¿Dijo que había una marquesa?

—Sí, señor.

—Bueno, esperemos que sea más agradable a la vista que sus condenadas pinturas, ¿eh?

—Creo que debería comprobar si los soldados están bien instalados, señor —dijo Sharpe.

—Buena idea —repuso Moon, insinuando sutilmente que Sharpe estaría mejor en las dependencias de los criados—. Tómese su tiempo, Sharpe. ¿Ese tipo entendió que necesito un médico?

—Sí, señor.

—¿Y comida?

—Eso también lo sabe, señor.

—Ruego a Dios que traiga ambas cosas antes de que anochezca. ¡Ah, Sharpe! Haga venir a ese joven tan listo, ése que habla varios idiomas, para que me haga de traductor. Pero dígame que primero se adecente un poco. —El general de brigada sacudió la cabeza para despedir a Sharpe, que salió ala terraza y encontró el camino por un callejón, cruzando luego el patio de los establos hasta llegar a una cocina encalada en la que había jamones colgados y que olía a humo de leña, queso y pan horneándose. Había un crucifijo sobre la gran chimenea, en la que dos cocineras estaban atareadas frente a un fogón ennegrecido. Otra mujer trabajaba la masa en una larga mesa bien fregada.

Harper le sonrió a Sharpe y le señaló los quesos, los jamones y los dos grandes barriles de vino en sus correspondientes soportes.

—Se diría que no hay ninguna guerra, ¿verdad, señor?

—Ha olvidado una cosa, sargento.

—¿Qué, señor?

—Hay un batallón de infantería francesa a medio día de marcha.

—Sí, así es.

Sharpe se acercó a los barriles gemelos y dio unos golpecitos en el que tenía más cerca.

—Ya conocen las normas —les dijo a los soldados que miraban—. Si alguno de ustedes se emborracha haré que deseen no haber nacido. —Los hombres lo miraron con solemnidad. Sabía que lo que debería hacer era sacar fuera los dos barriles y romperlos, pero si querían emborracharse todavía podían encontrar licor en una vivienda de semejantes dimensiones. Dejabas a un inglés en un páramo y no tardaría en encontrar un bar—. Podría ser que tuviéramos que salir de aquí a toda prisa —les explicó—, por eso no quiero que se emborrachen. Cuando lleguemos a Lisboa les prometo que los llenaré tanto de ron que no podrán mantenerse en pie durante una semana. Pero hoy no, muchachos, ¿de acuerdo? Hoy permanecerán sobrios.

Los soldados asintieron con la cabeza y Sharpe se colgó el rifle al hombro.

—Voy a montar guardia hasta que hayan comido —le dijo a Harper—. Después reléveme con otros dos. ¿Vio esa torre perteneciente un viejo castillo?

—Era imposible no verla, señor.

—Estaré allí. Una cosa, Harris. Tiene que hacerle de intérprete al general.

Harris se estremeció.

—¿Debo hacerlo, señor?

—Sí, debe hacerlo, maldita sea. Y primero tiene que decentarse un poco.

—Lo que usted mande, señor —respondió Harris.

—¡Otra cosa, Harris! —dijo el sargento Harper.

—¿Sargento?

—Si los *paddies* causamos algún problema asegúrese de decírselo a su señoría

—Lo haré, sargento, se lo prometo.

Sharpe se dirigió a la torre que constituía el extremo este del patio de los establos. Subió al parapeto que se encontraba a unos doce metros por encima del suelo y desde donde se dominaba una buena vista del camino que iba hacia el este a lo largo del río más pequeño. Era el camino que utilizarían los franceses si decidían acudir. ¿Vendrían? Sabían de un grupo de tropas británicas encallado en la orilla española del río pero ¿se molestarían en perseguirlos? Tal vez se limitaran a mandar a una partida de forrajeadores. Era evidente que aquella gran casa había eludido las habituales crueldades francesas, lo cual se debía indudablemente a que la marquesa era una *afrancesada*, y ello significaba que debía de estar aprovisionando a las guarniciones galas. Entonces, ¿se habrían abstenido también los franceses de saquear la ciudad? Si así era, ¿había algún bote? Si lo había podrían cruzar el río en cuanto al general de brigada lo hubiera visto un médico, si es que había alguno disponible en los alrededores. Y cuando llegaran a la otra orilla, ¿entonces qué? Las tropas del general de brigada habían volado el fuerte José y se estaban replegando hacia el oeste, de vuelta al Tajo, y mientras Moon tuviera la pierna rota no había ninguna esperanza de poder alcanzarlas. Por un momento Sharpe se preocupó, mas decidió que no era su problema. El general de brigada Moon era el oficial superior, así que Sharpe se limitaría a esperar órdenes. Mientras tanto les diría a sus hombres que le hicieran unas muletas al general.

Miró hacia el este. Las laderas del valle aparecían pobladas de parras y unos cuantos hombres trabajaban allí, apuntalando uno de los muros de piedra que sostenían los bancales. Un jinete se dirigía tranquilamente hacia el este y un niño conducía dos cabras por el camino, pero aparte de eso no había ningún otro movimiento excepto el de un halcón que planeaba por un cielo sin nubes. Todavía era invierno, pero el sol irradiaba una calidez sorprendente. Al darse la vuelta distinguió un meandro del río por detrás de la casa y, en la otra orilla del Guadiana, las montañas portuguesas.

Harper lo relevó, acompañado de Hagman y Slattery.

—Harris ha vuelto, señor. Parece ser que la dama habla inglés, por lo que no lo necesitan. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada. ¿La dama?

—La marquesa, señor. Una viejecita.

—Creo que el general se esperaba algo más joven y seductor.

—Todos lo esperábamos, señor. Bueno, ¿qué hacemos si vemos a un francesito?

—Bajar hasta el río —respondió Sharpe, que miró al este—_ Si esos cabrones vienen, éste es el camino que van a utilizar, y al menos los divisaremos a unos tres

kilómetros de distancia —dijo.

—Esperemos que no vengan.

—Y esperemos que no haya nadie borracho si lo hacen —añadió Sharpe.

Harper le dirigió una mirada de desconcierto, y entonces lo entendió.

—No debe preocuparse por los hombres de Connaught, señor. Harán lo que usted les diga.

—¿Ah sí?

—Tuve unas palabras con el sargento Noolan, eso es, y le dije que usted no era del todo malo a menos que lo contrariaran, en cuyo caso podría convertirse en un verdadero demonio. Y le dije que su padre era irlandés, lo cual podría ser cierto, ¿no?

—De modo que ahora soy uno de ustedes, ¿no es así? —preguntó Sharpe, divertido.

—¡Oh no, señor! No es lo bastante atractivo.

Sharpe regresó a la cocina, donde se encontró a Geoghegan trabajando la masa y a otros dos soldados de Noolan amontonando leña junto al fogón.

—Le harán huevos con jamón —le explicó el sargento Noolan—, y les hemos enseñado a hacer el té como es debido.

Sharpe se conformó con un pedazo de pan recién hecho y un trozo de queso duro.

—¿Alguno de sus hombres tiene una navaja de afeitar? —le preguntó a Noolan.

—Seguro que Liam tiene una —respondió Noolan al tiempo que señalaba con la cabeza a uno de los soldados que amontonaba leña—. Procura ir siempre bien arreglado, por deferencia hacia las damas.

—Pues quiero que se afeiten todos —dijo Sharpe—, y que nadie salga del patio de los establos. Si vienen los malditos franceses no quiero tener que ir buscando soldados perdidos. ¿Harris? Mire en los establos. A ver si puede encontrar madera para hacerle unas muletas al general de brigada.

Harris sonrió.

—Ya tiene muletas, señor. La señora tenía unas que pertenecieron a su esposo.

—¿La marquesa?

—Es una vieja bruja, señor, una viuda, ¡y menuda lengua tiene, diantre!

—¿Le han dado de comer al general?

—Sí, señor, e irá a verle un médico.

—No necesita ningún médico —gruñó Sharpe—. El soldado Geoghegan hizo un buen trabajo con su pierna.

Geoghegan sonrió de oreja a oreja.

—Así es, señor.

—Voy a echar un vistazo por ahí —dijo Sharpe—, y si vienen los malditos franchutes lleven al general de brigada hasta el río. —No estaba seguro de qué podrían hacer junto al río con los franceses pisándoles los talones, pero quizá se les

ofrecería alguna escapatoria.

—¿Cree que vendrán, señor? —le preguntó Noolan.

—¡Sabe Dios qué harán esos cabrones!

Sharpe salió fuera, cruzó la terraza y bajó al huerto de la cocina. Los dos hombres que estaban trabajando allí en aquellos momentos, colocando unas plantas en unos surcos recién abiertos, se irguieron y lo observaron con recelo mientras él se dirigía al cobertizo de los botes. Se trataba de una construcción de madera sobre unos cimientos de piedra y la puerta estaba cerrada con candado. Era un candado viejo, de la medida de una manzana para cocinar, y Sharpe ni siquiera se molestó en forzarlo, sino que colocó el asa del candado contra la puerta y golpeó la base del mismo con la culata del rifle. Oyó que la cerradura se rompía en el interior, sacó el asa y abrió la puerta hacia fuera.

Y allí estaba el bote.

El bote perfecto. Parecía la barcaza de un almirante, con seis bancadas, un ancho banco de popa y una docena de largos remos ordenadamente levantados y apoyados en la línea central. La embarcación flotaba entre dos pasarelas y apenas había una sola gota de agua en el pantoque, lo cual sugería que era un bote estanco. La regala, el espejo de popa y el banco de popa habían sido pintados de blanco, pero ahora la pintura estaba desconchada, había polvo por todas partes y telarañas entre los bancos. Las ratas revelaron su presencia escarbando en la oscuridad de debajo de las pasarelas.

Sharpe oyó unos pasos a su espalda y al darse la vuelta vio que uno de los jardineros se había acercado al cobertizo. El hombre portaba una escopeta de cazar aves con la que apuntó a Sharpe y luego le habló con voz áspera. Hizo un gesto con la cabeza y movió el arma, ordenándole que se alejara del bote.

Sharpe se encogió de hombros. El cañón de la escopeta tenía al menos un metro y medio de largo. Parecía antiguo, pero eso no implicaba que no funcionara. El hombre era alto, robusto, de unos cuarenta años, y sostenía la vieja escopeta con seguridad. Volvió a ordenar a Sharpe que saliera del cobertizo y él obedeció mansamente. El hombre lo estaba reprendiendo, pero hablaba tan deprisa que Sharpe apenas entendía una palabra de cada diez, aunque comprendió lo suficiente cuando el hombre enfatizó sus palabras clavándole el cañón del arma en las costillas. Sharpe agarró el arma con la mano izquierda y golpeó al hombre con la derecha. Después le propinó una patada entre las piernas y le arrebató la escopeta.

—No hay que clavar escopetas a los oficiales británicos —le dijo Sharpe, aunque dudaba que aquel hombre lo entendiera, ni que lo oyera, en realidad, pues acabó agachado, desesperado de dolor, emitiendo un sonido parecido a un maullido. Sharpe sopló los restos de pólvora de la cazoleta del arma para que no disparara y golpeó la boca del cañón contra una piedra hasta que la bala y la pólvora cayeron. Restregó la

pólvora en el suelo con los pies y luego, para asegurarse de que el arma no pudiera dispararse, arrancó el percutor de la llave y lo arrojó al río—. Tiene suerte de estar vivo —le dijo al hombre. Le lanzó la escopeta contra el vientre y contuvo el impulso de volver a patearlo. No se había dado cuenta de lo enojado que estaba. El otro jardinero retrocedió con la cabeza gacha.

Sharpe encontró al general de brigada recostado en el diván con una toalla alrededor del cuello. Un joven criado lo estaba afeitando.

—Aquí está, Sharpe —lo saludó Moon—. Se alegrará de saber que he descubierto el secreto de un buen afeitado.

—¿En serio, señor?

—Se añade un poco de zumo de lima al agua. Muy ingenioso, ¿no le parece?

Sharpe no estaba seguro de qué decir a eso.

—Hemos apostado centinelas, señor. Los soldados se están lavando un poco y hemos encontrado un bote.

—¿Para qué nos sirve ahora un bote? —preguntó Moon.

—Para cruzar el río, señor. Podemos hacer que un caballo vaya nadando detrás señor, si es que tenemos dinero para comprar uno; y si usted puede montar, señor, tendremos la oportunidad de reunirnos con nuestros compañeros. —Sharpe dudaba que hubiera alguna posibilidad de alcanzar a las seis compañías ligeras que se retiraron del fuerte José, pero tenía que darle esperanzas al general.

Moon hizo una pausa mientras el criado le enjuagaba el rostro y luego se lo secaba con una toalla.

—No vamos a ir a ninguna parte, Sharpe —dijo el general de brigada—, hasta que me haya visto la pierna un médico. La marquesa dice que el que hay en la ciudad es el más adecuado para los huesos rotos. La mujer es una vieja bruja amargada pero se está mostrando muy servicial, y me imagino que su médico será mejor que cualquier soldado *paddy*, ¿no cree?

—Lo que creo, señor, es que cuanto antes nos marchemos de aquí, mejor.

—No antes de que me haya visto la pierna un médico como Dios manda —repuso el general con firmeza—. Ya lo han llamado y no debería tardar. Después nos podremos marchar. Tenga preparados a los hombres.

Sharpe mandó a Noolan y a sus soldados al cobertizo del bote.

—Vigilen el dichoso bote —les dijo, después subió a la torre y se reunió con Harper, Hagman y Slattery, que montaban guardia en lo alto. Harper le dijo a Sharpe que no había ningún movimiento en el camino que iba al este—. Estén preparados para marcharse, Pat —le dijo—. Tengo un bote. Estamos esperando al general de brigada.

—¿Ha encontrado un bote? ¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—¿Y qué vamos a hacer con él?

Sharpe lo consideró un segundo.

—Dudo que podamos alcanzar a los demás —dijo—, de manera que probablemente lo mejor sea ir río abajo. Buscar un barco británico en la costa. En cinco días llegaremos a Lisboa y en seis volveremos a estar con el batallón.

—Eso sería magnífico —comentó Harper con fervor.

Sharpe sonrió.

—¿Y Joana? —preguntó. Joana era una chica portuguesa que Harper había rescatado en Coimbra y que ahora compartía las dependencias del sargento.

—Le tengo mucho cariño a esa chica —admitió Harper sin darle importancia—. Y es una buena muchacha. Sabe cocinar, zurcir; trabaja duro.

—¿Eso es lo único que hace? —preguntó Sharpe.

—Es una buena chica —insistió Harper.

—Pues debería casarse con ella —le dijo Sharpe.

—No hay motivos para hacerlo, señor —respondió Harper en tono alarmado.

—Cuando volvamos se lo pediré al coronel Lawford —dijo Sharpe. Oficialmente sólo se permitía que acompañaran a los soldados de cada compañía seis esposas, pero el coronel podría dar su permiso para sumar una más.

Harper miró largamente a Sharpe, intentando averiguar si hablaba en serio o no, pero el semblante de Sharpe no dejó traslucir nada.

—El coronel ya tiene bastantes preocupaciones, señor, ya lo creo —dijo Harper.

—¿De qué tiene que preocuparse? Nosotros hacemos todo el trabajo.

—Pero es un coronel, señor. Tiene cosas de las que preocuparse.

—Y yo me preocupo por usted, Pat. Me preocupa que sea un pecador. Me preocupa que vaya al infierno cuando muera.

—Al menos allí podré hacerle compañía, señor.

Sharpe se rió.

—Eso es cierto, de manera que quizá no le pregunte nada al coronel.

—Se ha librado, sargento —terció Slattery, divertido.

—Sin embargo, todo depende de Moon, ¿no? —dijo Sharpe—. Si quiere cruzar el río e intentar alcanzar a los demás, eso es lo que tendremos que hacer. Si quiere ir río abajo iremos río abajo, pero de un modo u otro tendríamos que llevarle de vuelta con Joana en cuestión de una semana. —Vio aparecer un jinete en la colina del norte, aquélla desde la cual había divisado la casa y la ciudad por primera vez; sacó el catalejo pero cuando logró enfocar el hombre había desaparecido. Probablemente se tratara de un cazador, se Así pues, esté listo para ponerse en marcha, Pat. Y tendrán que ir a buscar al general de brigada. Ahora tiene unas muletas, pero si aparecen los dichosos franchutes tendremos que llevarlo hasta el río a toda prisa, de modo que tendrán que llevarlo ustedes.

—En el patio del establo hay una carretilla, señor —dijo Hagman—. Un carretón de estiércol.

—Lo pondré en la terraza —dijo Sharpe.

Encontró la carretilla detrás de una pila de estiércol de caballo, la llevó hasta la terraza y la dejó junto a la puerta. Ahora ya había hecho todo cuanto podía hacer. Tenía un bote que estaba vigilado, los soldados se hallaban preparados y ya todo dependía de que Moon diera las órdenes.

Se sentó frente a la puerta de la habitación en la que se encontraba el general de brigada y se quitó el sombrero para que el sol de invierno le calentara el rostro. Cerró los ojos, cansado, y en cuestión de segundos se quedó dormido con la cabeza apoyada en la pared de la casa, al lado de la puerta. Estaba soñando, y era consciente de que se trataba de un sueño agradable, pero entonces alguien le golpeó con fuerza en la cabeza y ya no hubo sueño. Se hizo a un lado como pudo, alargó la mano para coger el rifle y volvieron a golpearlo.

—¡Cachorro insolente! —chilló una voz, y la mujer volvió a golpearlo. Era una anciana, una mujer más vieja de lo que Sharpe podía imaginarse, con la tez trigueña como el barro secado al sol, llena de arrugas, grietas, malevolencia y resentimiento. Iba vestida de negro y llevaba un velo de viuda prendido en su cabello cano. Sharpe se puso de pie frotándose la cabeza allí donde ella lo había golpeado con una de las muletas que le había prestado al general de brigada—. ¿Cómo se atreve a atacar a uno de mis criados? —gritó—. ¡Bellaco descarado!

—Señora —dijo Sharpe, a falta de otra cosa que decir.

—¿Entró en mi cobertizo? —preguntó con voz chirriante—. ¿Agredió a mi criado? Si el mundo fuera un lugar respetable usted sería azotado. Mi esposo lo hubiera azotado.

—¿Su esposo, señora?

—Era el marqués de Cárdenas y tuvo la desgracia de ser embajador de la Corte de Saint James durante once tristes años. Vivíamos en Londres. Una ciudad horrible. Una ciudad inmunda. ¿Por qué atacó a mi jardinero?

—Porque él me atacó a mí, señora.

—Él dice que no.

—Si el mundo fuera un lugar respetable, señora, se preferiría la palabra de un oficial a la de un criado.

—¡Cachorro insolente! Le doy comida, refugio y me recompensa con mentiras y barbarie. ¿Y ahora quiere robar el bote de mi hijo?

—Tomarlo prestado, señora.

—No puede hacerlo —le espetó ella—. Pertenece a mi hijo.

—¿Él se encuentra aquí, señora?

—No, y ustedes tampoco deberían. Lo que harán será marcharse de aquí en

cuanto el doctor haya visto a su general. Pueden llevarse las muletas, nada más.

—Sí, señora.

—Sí, señora —lo imitó ella—, ¡qué humildad! —Sonó una campanilla en el interior de la casa y la mujer se dio la vuelta—. *El médico* —dijo entre dientes.

Entonces apareció el soldado Geoghegan, que se acercó corriendo desde el huerto de la cocina.

—Señor —dijo con un jadeo—, allí hay unos hombres.

—¿Dónde hay hombres?

—En el cobertizo del bote, señor. Una docena. Todos armados. Creo que han venido de la ciudad, señor. El sargento Noolan me dijo que se lo comunicara y que le preguntara qué hay que hacer, señor.

—¿Están vigilando el bote?

—Así es, señor, eso es lo que están haciendo. Impiden que nos acerquemos al cobertizo, señor. Así es, señor. ¡Por Dios! ¿Qué ha sido eso?

El general de brigada había soltado un repentino aullido, seguramente cuando el doctor examinó el improvisado entablillado.

—Dígale al sargento Noolan que no tiene que hacer nada —le dijo Sharpe—. Que vigile a esos hombres y se asegure de que no se llevan el bote.

—Que no se lleven el bote, señor. ¿Y si lo intentan?

—Que lo impidan, caray. Calen las espadas —hizo una pausa y se corrigió porque sólo los fusileros hablaban de calar espadas—, calen las bayonetas, acérquense lentamente a ellos apuntándoles a la entrepierna y echarán a correr.

—Sí, señor; a la orden, señor —repuso Geoghegan con una amplia sonrisa—. Una última cosa, señor, ¿no tenemos que hacer nada más?

—Eso es lo mejor.

—¡Oh, pobre hombre! —Geoghegan miró hacia la puerta—. Si no se lo hubiera tocado se habría curado bien. Gracias, señor.

Sharpe soltó una maldición silenciosa cuando Geoghegan se marchó. Todo parecía muy sencillo al encontrar el bote, pero debería haberse imaginado que nada resultaba nunca tan fácil. Y si la marquesa había hecho venir a unos hombres de la ciudad cabía la posibilidad de que hubiera derramamiento de sangre, y aunque Sharpe no dudaba que sus soldados rechazarían a los habitantes de la ciudad, también temía sufrir dos, tres o más bajas.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta y, como no se podía hacer nada más, volvió a la cocina e hizo que Harris se levantara de la mesa—. Quédese frente a la puerta de la habitación del general de brigada —le dijo— y avíseme cuando el médico haya terminado.

Regresó a la torre donde Harper seguía montando guardia.

—Todo está tranquilo, señor —informó Harper—, salvo que me pareció ver un

jinete ahí arriba hará una media hora —señaló los cerros del norte—, pero ya se ha ido.

—Creo que vi lo mismo.

—Ya no está, señor.

—Estamos esperando a que el médico termine con el general para irnos —dijo Sharpe. No mencionó a los hombres que vigilaban el cobertizo del bote. Ya se ocuparía de ellos llegado el momento—. La que vive aquí es una vieja bruja amargada —comentó.

—¿La marquesa?

—Una vieja decrepita. ¡Me golpeó, la muy condenada!

—Pues algo bueno tendrá, ¿no? —sugirió Harper, y cuando Sharpe puso mala cara se apresuró a añadir—: Es curioso que los franchutes no hayan destruido este lugar, ¿no le parece, señor? ¡Me refiero a que aquí hay comida suficiente para un batallón! Y las partidas de forrajeadores deberían haber encontrado este lugar hace meses.

—Ha hecho las paces con los malditos franceses —repuso Sharpe—. Probablemente les vende comida y ellos la dejan en paz. No está de nuestro lado, eso seguro. Nos odia.

—¿Le habrá dicho a los franchutes que estamos aquí?

—Eso es lo que me preocupa —contestó Sharpe—. Podría habérselo dicho porque es una vieja malvada, eso es lo que es. —Volvió la vista hacia el camino. Algo no iba bien. Todo estaba demasiado tranquilo. Pensó que tal vez el hecho de que la marquesa protegiera el bote lo había alterado, y al pensar en el bote recordó lo que el sargento Noolan le había dicho al general de brigada aquella mañana. Los franceses habían cruzado el río. O bien habían convertido en un bote útil uno de los pontones que hubiera quedado intacto o bien tenían un bote en el fuerte Josefina, pero si los franceses tenían un bote, cualquier bote, el camino no era el único lugar por el que podían acercarse—. ¡Demonios! —exclamó en voz baja.

—¿Qué ocurre, señor?

—Vendrán por el río.

—Ahí está otra vez ese tipo —dijo Slattery, que señaló hacia la colina del norte donde, recortado contra el cielo, el jinete apareció de nuevo. El hombre se encontraba de pie en los estribos y agitaba los brazos exageradamente.

—¡Vamos! —dijo Sharpe.

El jinete debía de haberlos estado observando durante todo el día, pero su trabajo no consistía únicamente en observar, sino en avisar al coronel Vandal cuando las fuerzas del río se hubiesen acercado a la casa. Entonces avanzaría el resto del 8.º. Estaban atrapados, pensó Sharpe. Se acercaban franceses en bote y otros por el camino, y él se hallaba en medio, por lo que echó a correr, descendió por la escalera

que estaba a punto de desmoronarse y, a voz en grito, ordenó al resto de sus hombres que haraganeaban frente a la cocina que bajaran hacia el río.

—¡Vamos a buscar al general de brigada! —le dijo a Harper.

La marquesa estaba en la habitación del general, viendo cómo el doctor vendaba una nueva tablilla que reemplazó el improvisado artilugio de Sharpe. Vio la alarma en el rostro de Sharpe y cacareó:

—De manera que vienen los franceses —se mofó—, vienen los franceses.

—Nos vamos, señor —dijo Sharpe, haciendo caso omiso de la mujer.

—¿No puede terminar con esto? —el general de brigada señaló el vendaje que estaba a medias.

—¡Nos vamos! —insistió Sharpe—. ¡Sargento!

Harper apartó al médico de un empujón y levantó al general.

—¡Mi sable! —protestó éste—. ¡Las muletas!

—¡Fuera! —ordenó Sharpe.

—¡Mi sable!

—¡Que vienen los franceses! —se burló la marquesa.

—Usted mandó a buscarlos, vieja bruja —le dijo Sharpe, y tentado estuvo de machacar su cara malévol, pero en lugar de eso salió fuera, donde Harper había depositado a Moon en la carretilla sin contemplaciones.

—¡Mi sable! —suplicó el general de brigada.

—Slattery, empuje la carretilla —dijo Sharpe—. Pat, tenga preparado ese fusil de descarga múltiple. —El fusil de siete cañones, más que otra cosa, asustaría a los hombres que vigilaban el barco—. ¡Aprisa! —gritó.

Moon seguía quejándose de su sable perdido, pero Sharpe no tenía tiempo que perder. Corrió delante con Harper, a través de los arbustos. Al llegar al huerto de la cocina vio al grupo de habitantes de la ciudad que montaban guardia junto al cobertizo del bote.

—¡Sargento Noolan!

—¡Señor! —fue Harris quien habló—. Mire allí, señor. ¡Maldita sea! Dos pontones, atestados con tropas francesas, se deslizaban río abajo.

—¡Dispáreles, Harris! ¡Sargento Noolan!

—¿Señor?

—En marcha. —Sharpe se unió al pequeño grupo de soldados de Connaught. Los habitantes de la ciudad los superaban en número, pero los casacas rojas tenían bayonetas y Harper se había unido a ellos con su fusil de descarga múltiple. Los rifles dispararon desde la orilla, río arriba, y los mosquetes franceses traquetearon desde los pontones. Una bala alcanzó el tejado del cobertizo y los hombres de la ciudad se encogieron—. *Váyase* —dijo Sharpe, esperando que su español fuera comprensible—, *yo le mataré*.

—¿Qué significa eso, señor? —le preguntó el sargento Noolan.

—Que se marchen o les mataremos.

Otra bala de mosquete francés golpeó el cobertizo y fue eso, quizá más que la amenaza del avance de las bayonetas, lo que acabó por disuadir a los civiles, que huyeron, y Sharpe suspiró aliviado. Llegó Slattery empujando al general de brigada y Sharpe tiró de la puerta para abrirla.

—¡Suba al general al bote! —le dijo a Slattery, y corrió hacia donde Harris y otros tres fusileros se encontraban agachados junto a la orilla. Las barcas francesas, dos pontones que se habían salvado y que eran empujados mediante toscos remos, se acercaban con rapidez y Sharpe se llevó el rifle al hombro, lo amartilló y disparó. El humo ocultó la barca francesa más cercana. Sharpe empezó a recargar y decidió que no había tiempo—. ¡Al bote! —gritó, y retrocedió a todo correr con los demás fusileros. Se arrojaron a la preciosa embarcación. Noolan ya había cortado las amarras y empujaron el bote hacia la corriente mientras desenredaban los remos. Les llegó una descarga desde las barcas francesas y uno de los soldados de Noolan soltó un gruñido y cayó de lado. Más balas de mosquete golpearon contra la regala. El general de brigada se hallaba en la proa. Los soldados se situaron rápidamente en los bancos, pero Harper ya había puesto dos de los largos remos en los toletes y, de pie, empujaba el mango de los remos. La corriente los atrapó y les hizo dar la vuelta río abajo. Llegó otro disparo proveniente de la barca más próxima y Sharpe se acercó a los soldados que estaban en medio del bote y agarró el fusil de descarga múltiple de Harper. Lo disparó contra el pontón francés y el estruendo del arma resonó en las colinas portuguesas mientras que por fin empezaron a tomar la delantera a sus perseguidores.

—¡Dios Santo! —exclamó Sharpe de puro alivio al haber conseguido escapar de milagro.

—Creo que se está muriendo, señor —dijo Noolan.

—¿Quién?

—El pobre Conor. —El hombre al que habían disparado tenía sangre que formaba una espuma rosada en sus labios.

—¡Dejó allí mi sable! —se quejó Moon.

—Lo siento, señor.

—¡Era un Bennett de los mejores!

—Ya le he dicho que lo siento, señor.

—Y había estiércol en la carretilla.

Sharpe se limitó a mirar directamente a los ojos al general de brigada y no dijo nada. El general fue el primero en apartar la mirada.

—Teníamos que marcharnos, claro —admitió a regañadientes.

Sharpe se volvió hacia los soldados sentados en los bancos.

—¿Geoghegan? Sujétele la tablilla al general. ¡Bien hecho, muchachos! Bien hecho. Nos ha ido de un pelo. Ya se hallaban fuera del alcance de los mosquetes. Los dos pontones franceses, lentos y pesados, abandonaron entonces la persecución y dieron la vuelta hacia la orilla. Sin embargo, delante de ellos, allí donde el río más pequeño se unía al Guadiana, apareció un grupo de jinetes franceses. Sharpe imaginó que serían los oficiales del 8.º que habían galopado para adelantarse al batallón. Así pues, aquellos hombres debían de estar observando cómo su presa desaparecía río abajo, pero Sharpe vio que algunos de los jinetes portaban mosquetes y se volvió hacia la popa.

—¡Aléjese de la orilla! —le dijo a Noolan, que había tomado los guardines del timón.

Sharpe recargó el rifle. Vio que cuatro de los jinetes habían desmontado, hincaban la rodilla al borde del río y apuntaban sus mosquetes. Se hallaban a su alcance, a menos de treinta metros de distancia.

—¡Fusileros! —exclamó. Apuntó su arma. Vio a Vandal. El coronel francés era uno de los oficiales arrodillados junto al río. Tenía un mosquete al hombro y parecía estar apuntando directamente a Sharpe. «¡Hijo de puta!», pensó Sharpe, que movió el rifle y encañonó el pecho de Vandal. El bote dio una sacudida y el arma se desvió de su objetivo. Sharpe corrigió la puntería e iba a enseñarle a ese cabrón las ventajas de un rifle. Empezó a apretar el gatillo sin apartar la mira del pecho del francés, pero en aquel preciso momento vio salir una humareda de las bocas de los mosquetes franceses y hubo un instante en el que toda su cabeza pareció inundarse de luz, una abrasadora luz blanca que se volvió roja como la sangre. Sintió dolor, como un relámpago dentro de la cabeza, y entonces, igual que la sangre se coagula en un cadáver, la luz se apagó y ya no pudo ver ni sentir absolutamente nada. Nada.

CAPÍTULO 3

Dos hombres altos caminaban uno junto a otro por las murallas de Cádiz. Eran unas defensas enormes que rodeaban la ciudad para protegerla de los enemigos y del mar. La banqueta que daba a la bahía era ancha, tanto que cabrían en ella tres carruajes con sus respectivos caballos, uno al lado de otro, y aunque era un lugar que la gente frecuentaba cuando quería tomar el aire, nadie molestó a los dos hombres. Tres de los criados más altos iban delante para apartar a la multitud, tres más caminaban a ambos lados y aún iban algunos más detrás para evitar que cualquier desconocido molestara a su amo.

El hombre de más estatura, un hombre sumamente alto, vestía el uniforme de almirante español. Un uniforme con medias de seda blancas, bombachos rojos hasta las rodillas, fajín rojo y una casaca de color azul oscuro con un elaborado cuello rojo ribeteado con galón dorado. Su espada recta estaba envainada en una funda de piel de pescado negra y tenía una empuñadura de oro. El hombre presentaba un semblante demacrado, distinguido y distante, un rostro grabado por el dolor y endurecido por la decepción. Al almirante le faltaban la pantorrilla y el pie izquierdos, de modo que tenía la parte inferior de la pierna hecha de ébano, igual que el bastón con puño de oro con el que se ayudaba al andar.

Su compañero no era otro que el padre Salvador Montseny. El sacerdote llevaba sotana y un crucifijo de plata colgando sobre su pecho. El almirante había sido su compañero de presidio en Inglaterra después de Trafalgar y en ocasiones, cuando no querían que la gente de su entorno los entendiera, hablaban en inglés entre ellos. Aquel día no era así.

—Entonces, ¿la chica se confesó con usted? —preguntó el almirante, divertido.

—Se confiesa una vez al año —dijo Montseny—, el día de su onomástica. El trece de enero.

—¿Se llama Verónica?

—Caterina Verónica Blázquez —contestó Montseny—, y Dios la condujo hasta mí. Aquel día había otros siete sacerdotes confesando en la catedral, pero ella fue guiada hacia mí.

—De modo que mató a su chulo y luego al inglés y a sus sirvientes. Confío en que Dios le perdone por eso, padre.

Montseny no tenía ninguna duda sobre las opiniones de Dios.

—Lo que Dios quiere, mi señor, es una España santa y poderosa. Quiere nuestra bandera desplegada por toda Sudamérica, quiere un rey católico en Madrid y quiere que su gloria se refleje en nuestro pueblo. Yo hago el trabajo de Dios.

—¿Disfruta haciéndolo?

—Sí.

—Bien —dijo el almirante, y se detuvo junto a un cañón encarado ala bahía—. Necesito más dinero —anunció.

—Lo tendrá, mi señor.

—Dinero —repitió el almirante en tono de repugnancia. Era el marqués de Cárdenas. Nació para tener dinero y había hecho más, pero nunca había suficiente. Dio unos golpecitos en el cañón con la punta de su bastón—. Necesito dinero para sobornos —dijo agriamente— porque estos hombres no tienen coraje. Son abogados, padre. Abogados y políticos. Son escoria. —La escoria de la que hablaba el almirante eran los diputados a Cortes, el parlamento español que ahora se reunía en Cádiz, donde su principal cometido era elaborar una nueva constitución para España. Algunas personas, los liberales, querían una España gobernada por las Cortes, una España en la que los ciudadanos pudieran opinar sobre su propio destino, y como dichas personas hablaban de libertad y democracia el almirante los odiaba. Él quería una España como la de antes, una España dirigida por el rey y la Iglesia, una España consagrada a Dios y a la gloria. Él quería una España libre de extranjeros, una España sin franceses ni británicos, y para conseguirlo tendría que sobornar a los miembros de las Cortes y hacerle una oferta al emperador francés. La oferta diría: Dejad España y os ayudaremos a derrotar a los británicos en Portugal. El almirante sabía que los franceses aceptarían la oferta porque Napoleón estaba desesperado y quería terminar con la guerra en España. A ojos del mundo parecía que los franceses habían ganado. Habían ocupado Madrid y tomado Sevilla, por lo que ahora el gobierno español, si se le podía llamar gobierno, se aferraba al borde del territorio en Cádiz. No obstante, retener España implicaba mantener a cientos de miles de franceses en fortalezas, y siempre que dichos soldados salían de sus murallas eran hostigados por los guerrilleros. Si Bonaparte podía hacer las paces con un gobierno español bien dispuesto, dichas guarniciones quedarían libres para combatir en otros frentes.

—¿Cuánto dinero necesita? —preguntó Montseny.

—Con diez mil dólares puedo comprar las Cortes —respondió el almirante. Se quedó mirando una fragata británica que pasó navegando frente al extremo del largo malecón que protegía el puerto de Cádiz del Atlántico abierto. Vio la gran enseña que ondeaba en la popa de la fragata y lo invadió un sentimiento de odio. Él había observado cómo las naves de Nelson navegaban hacia él desde el cabo Trafalgar. Había respirado el humo de la pólvora y oído los gritos de los hombres que morían a bordo de su barco. Fue derribado por un pedazo de metralla que le destrozó la pierna izquierda, pero el almirante permaneció firme en el alcázar, gritándoles a sus hombres que lucharan, que mataran, que resistieran. Entonces vio que una multitud de marineros británicos, feos como monos, irrumpían a gritos en su cubierta, y lloró amargamente cuando la enseña española fue arriada y se izó la bandera británica. Rindió su espada y luego fue recluido como prisionero en Inglaterra, y ahora era el

almirante cojo de un país roto que no tenía flota de guerra. Detestaba a los británicos —. Pero los ingleses nunca pagarán diez mil dólares por las cartas —dijo sin dejar de mirar la fragata.

—Creo que pagarán bastante dinero si los asustamos —repuso el padre Montseny.

—¿Cómo?

—Publicaré una de las cartas. La cambiaré, por supuesto. Y la amenaza implícita será que las publicaremos todas. —El padre Montseny hizo una pausa para dar tiempo a que el almirante pusiera objeciones a su propuesta; sin embargo, el almirante permaneció en silencio—. Necesito un escritor para que haga los cambios pertinentes —siguió diciendo Montseny.

—¿Un escritor? —preguntó el almirante en tono agrio—. ¿No puede efectuar los cambios usted mismo?

—Puedo —respondió Montseny—, pero cuando las cartas se hayan cambiado los ingleses declararán que son falsas. No podemos mostrar las originales a nadie porque éstas demostrarán que los ingleses tienen razón. De modo que debemos hacer copias nuevas, en inglés, escritas por un inglés, de ese modo aseguraremos que son las originales. Necesito un hombre que pueda escribir en perfecto inglés. Mi inglés es bueno, pero no lo suficiente. —Toqueteó el crucifijo, pensando—. Las cartas nuevas sólo tienen que convencer a las Cortes, y la mayoría de los diputados querrán creerlas, pero aun así los cambios han de ser convincentes. La gramática, la ortografía, deben ser precisas. Así pues, necesito un escribiente que pueda conseguirlo.

El almirante le quitó importancia con un ademán.

—Conozco a un hombre. Una criatura horrible. Sin embargo, escribe bien y le apasionan los libros ingleses. Lo hará, pero ¿cómo publicará usted las cartas?

—*El Correo de Cádiz* —dijo el padre Montseny, nombrando el único periódico que se oponía a los *liberales*—. Publicaré una carta y en ella diré que los ingleses planean tomar Cádiz y convertirla en un segundo Gibraltar. Los ingleses lo negarán, por supuesto, pero nosotros tendremos otra carta con una firma falsificada.

—Harán algo más que negarlo —afirmó el almirante con rotundidad—, ¡convencerán a la Regencia para que cierre el periódico! —La Regencia era el consejo que gobernaba lo que quedaba de España, y gobernaba con la ayuda del oro británico, motivo por el cual sus miembros se mostraban ansiosos por mantener la cordialidad con los británicos. No obstante, una nueva constitución podía suponer una nueva Regencia, una que el almirante podía dirigir.

—La Regencia no podrá hacer nada si la carta está sin firmar —señaló Montseny con sequedad—. Los ingleses no se atreverán a reconocer su autoría, ¿verdad? Y los rumores nos pueden venir bien. En cuestión de un día todo Cádiz sabrá que su embajador escribió la carta.

Las cartas las había escrito el embajador británico en España y eran una patética profusión de palabras de amor. Incluso había una propuesta de matrimonio en una de ellas, una propuesta hecha a una chica, a una prostituta llamada Caterina Verónica Blázquez. Era una prostituta cara, seguro, pero una prostituta al fin y al cabo.

—El dueño del *Correo* es un hombre llamado Núñez, ¿no? —preguntó el almirante.

—Así es.

—¿Y publicará la carta?

—Ser sacerdote tiene una ventaja —dijo Montseny—. Los secretos del confesionario son sagrados, por supuesto, pero los cotilleos persisten. Los curas hablamos, mi señor, y yo sé cosas de Núñez que él no quiere que el mundo sepa. La publicará.

—Suponga que los ingleses intentan destruir el periódico —sugirió el almirante.

—Probablemente lo harán —afirmó Montseny sin darle importancia—, pero por una pequeña suma de dinero puedo convertir el edificio en una fortaleza y sus hombres pueden ayudar a protegerla. Entonces los británicos se verán obligados a comprar las cartas restantes. Estoy seguro de que, en cuanto hayamos publicado una, pagarán con generosidad.

—Los hombres se convierten en idiotas rematados con las mujeres —comentó el almirante. Sacó un largo cigarro negro del bolsillo y arrancó la punta con los dientes. Y se quedó allí plantado, esperando hasta que un par de niños pequeños vieron el cigarro y se acercaron corriendo. Cada uno de ellos llevaba un trozo de gruesa cuerda de lino que ardía por un extremo. El almirante señaló a uno de los chicos, que golpeó la cuerda dos veces contra el suelo para reavivar el fuego y luego la sostuvo para que el almirante se encendiera el cigarro. Con un movimiento de la mano le indicó que se dirigiera a los hombres que lo seguían y uno de ellos le lanzó una moneda—. Sería mejor —dijo el almirante— si poseyéramos tanto las cartas como el oro. —Observó la fragata británica que en aquellos momentos se encontraba cerca de los escollos situados frente al bastión de San Felipe y rezó para que la nave encallara. Quería ver cómo sus mástiles se inclinaban hacia delante, cómo el casco golpeaba contra las rocas, deseaba ver el barco escorado y hundiéndose y quería ver a sus marineros luchando por mantenerse a flote en la mar agitada; sin embargo, el barco rebasó el peligro serenamente, claro está.

—Sería mejor —dijo el padre Montseny— hacernos con el oro inglés y publicar las cartas.

—Sería una traición, por supuesto —señaló el almirante en tono suave.

—Dios quiere que España vuelva a ser grande, mi señor —afirmó Montseny con fervor—. Nunca es una traición hacer el trabajo de Dios.

El súbito retumbo de un cañón resonó monótono por la bahía y los dos hombres

se volvieron a mirar una distante nube de humo blanco. Provenía de uno de los gigantescos morteros que los franceses habían emplazado en sus fuertes de la península del Trocadero y el almirante esperó que la granada se dirigiera contra la fragata británica. En cambio, el proyectil cayó en los muelles de la ciudad, a menos de un kilómetro al este. El almirante esperó a que la granada estallara y dio unas chupadas a su cigarro.

—Si publicamos las cartas —dijo—, las Cortes se volverán en contra de los británicos. Los sobornos asegurarán que así sea, y entonces podremos abordar a los franceses. ¿Estará dispuesto a ir a su encuentro?

—Muy dispuesto, mi señor.

—Le daré una carta de presentación, por supuesto. —El almirante ya había hecho sus propuestas a París. Había resultado fácil. Era bien sabido que odiaba a los británicos y había hablado con él un agente francés en Cádiz, pero la respuesta del emperador fue simple. Si ganaba la votación en las Cortes el rey de España, que en aquellos momentos se hallaba prisionero en Francia, les sería devuelto. Francia proclamaría la paz y España sería libre. Lo único que los franceses pedían a cambio era el derecho a mandar tropas por los caminos españoles para completar la conquista de Portugal y, de este modo, expulsar al ejército británico de lord Wellington hacia el mar. Como garantía de su buena voluntad, los franceses habían dado órdenes para que no se saquearan las propiedades del almirante en el Guadiana y ahora, a cambio, el almirante debía ganar la votación y romper así la alianza con Gran Bretaña—. En verano, padre —dijo.

—¿En verano?

—Se hará. Tendremos a nuestro rey. Seremos libres.

—Bajo el mandato de Dios.

—Bajo el mandato de Dios —asintió el almirante—. Consiga el dinero, padre, y haga quedar en ridículo a los ingleses.

—Es la voluntad de Dios —dijo Montseny—, de manera que así será.

Y entonces los británicos se irían al infierno.

* * * *

Todo resultó fácil tras el disparo que abatió a Sharpe.

El bote se deslizó por el Guadiana, que no dejaba de ensancharse, y penetró en la noche. Una luna brumosa plateaba las montañas e iluminaba el largo curso de agua que temblaba con el viento suave. Sharpe yacía inconsciente en el pantoque del bote, con la cabeza rota, ensangrentada y vendada, y el general de brigada, sentado en la popa con la pierna entablillada y las manos en los guardines del timón, se preguntó qué debía hacer. El amanecer los sorprendió entre colinas bajas sin una sola vivienda

a la vista. Garzas y garcetas acechaban en busca de comida a la orilla del río.

—Necesita un médico, señor —dijo Harper, y el general percibió la angustia en la voz del irlandés—. Se está muriendo, señor.

—Respira, ¿no es verdad? —preguntó el general.

—Sí, señor —respondió Harper—, pero necesita un médico, señor.

—¡Santo Dios encarnado, hombre, yo no soy mago! No puedo encontrar un médico en un páramo, ¿o sí? —El brigadier sentía dolor y habló con más aspereza de lo que era su intención. Vio la expresión de hostilidad en el rostro de Harper y sintió una punzada de miedo. Sir Barnaby Moon se consideraba un buen oficial, pero no se sentía cómodo tratando con la tropa—. Si llegamos a una ciudad —dijo, intentando calmar al fornido sargento— buscaremos a un médico.

—Sí, señor. Gracias, señor.

El general de brigada esperaba que encontraran una ciudad. Necesitaban comida y un médico que pudiera examinarle la pierna rota en la que sentía un dolor punzante de mil demonios.

—¡Remen! —les espetó a los soldados, pero no les sirvió de mucho. Las palas pintadas chocaban con cada golpe de remo y cuanto más remaban los soldados, menos parecían avanzar, y el general se dio cuenta de que estaban luchando contra la marea que subía. Debían de encontrarse a kilómetros del mar, y aun así la marea fluía contra ellos y seguía sin aparecer ningún pueblo o ciudad a la vista.

—¡Su señoría! —gritó el sargento Noolan desde la proa, y el general vio que había surgido otro bote por un recodo del ancho río. Era un bote de remos, aproximadamente del mismo tamaño que la lancha que ellos habían requisado, y estaba atestado de hombres que sabían cómo utilizar los remos, aparte de otros hombres armados con mosquetes, por lo que el general tiró del timón para encarar el bote hacia la orilla portuguesa.

—¡Remen! —gritó, y soltó una maldición cuando los remos volvieron a enredarse—. ¡Dios Santo! —exclamó, pues el bote desconocido se acercaba rápidamente. Su tripulación era experta, por lo que el bote avanzaba por las aguas de creciente y el general de brigada Moon maldijo por segunda vez, tras lo cual el comandante de la embarcación que se aproximaba se puso en pie y lo saludó.

El grito fue proferido en inglés. El oficial al mando del bote ostentaba el azul de la armada y provenía de un balandro británico que patrullaba el largo tramo del Guadiana con régimen de marea. El balandro los rescató, alzaron a Sharpe del pantoque, les dieron de comer a todos y los condujeron hacia el mar, donde fueron transportados en un bote de remos hasta el navío de su majestad, el *Thornside*, una fragata de treinta y seis cañones; Sharpe permaneció ajeno a todo aquel movimiento. Para él sólo existía el dolor.

Dolor y oscuridad, y un crujido que hizo que Sharpe soñara que volvía estar a

bordo del barco de su majestad, el *Pucelle*, navegando incesantemente por el océano Índico, y que lady Grace estaba con él, y en su delirio volvió a ser feliz, pero entonces se despertó a medias, supo que ella estaba muerta y tuvo ganas de llorar. Los crujidos persistían, el mundo se balanceaba y había dolor, negrura, un repentino foganazo de una terrible brillantez y de nuevo la oscuridad.

—Me parece que ha parpadeado —dijo una voz.

Sharpe abrió los ojos y la cabeza le dolió como si tuviera brasas al rojo en ella.

—¡Dios mío! —exclamó entre dientes.

—No, señor, soy yo, Patrick Harper, señor. —El sargento se inclinó sobre él. Había un techo de madera parcialmente iluminado por unos estrechos haces de luz del sol que penetraban por un pequeño enrejado. Sharpe cerró los ojos—. ¿Sigue aquí, señor? —preguntó Harper.

—¿Dónde estoy?

—En el barco de su majestad, el *Thornside*, señor. Una fragata, señor.

—¡Dios Santo! —gimió Sharpe.

—Ha recibido unas cuantas plegarias durante este último día y medio, ya lo creo.

—Tome —ordenó otra voz. Una mano pasó por debajo de sus hombros y lo alzó, de manera que el dolor pareció atravesarle la cabeza como un cuchillo y Sharpe soltó un grito ahogado—. Bébase esto —dijo la voz.

El líquido era amargo y Sharpe se atragantó con él, pero fuera lo que fuese lo hizo dormir y volvió a soñar, y volvió a despertarse, y en aquella ocasión era de noche y fuera, en el pasillo al que daba su diminuto camarote, un farol que se balanceaba con el vaivén del barco hizo que las sombras recorrieran a toda velocidad las paredes de lona y eso lo mareó.

Volvió a dormirse, consciente a medias de los sonidos de una embarcación, de los pies descalzos sobre las tablas de arriba, del crujido de un millar de cuadernas, de la acometida del agua y del intermitente son de la campana. Se despertó poco después de amanecer y descubrió que tenía la cabeza envuelta con unas vendas gruesas. El dolor seguía horadándole el cerebro pero no era tan intenso, de modo que bajó los pies de la litera y se mareó de inmediato. Se sentó en el oscilante borde del catre con la cabeza entre las manos. Tenía ganas de vomitar, pero no tenía más que bilis en el estómago. Sus botas estaban en el suelo, en tanto que su uniforme, su rifle y su espada se balanceaban colgados de una percha de madera en la puerta. Cerró los ojos. Se acordó del coronel Vandal disparando el mosquete. Pensó en Jack Bullen, el pobre Jack Bullen.

La puerta se abrió.

—¿Qué diablos está haciendo? —le preguntó Harper alegremente.

—Quiero subir a cubierta.

—El cirujano dice que debe descansar.

Sharpe le dijo a Harper lo que podía hacer el cirujano.

—Ayúdeme a vestirme —le dijo. No se molestó con las botas ni con la espada, simplemente se puso sus pantalones de peto de la caballería francesa y su casaca verde raída, se apoyó en el fuerte brazo de Harper y salieron los dos del camarote. El sargento empujó a Sharpe por una empinada escalera de cámara, subieron a la cubierta de la fragata y allí Sharpe se aferró a la red de los coyotes.

Soplaba un viento fresco que resultaba agradable. Sharpe vio que la fragata se deslizaba por delante de una costa llana y pálida salpicada de torres de vigilancia.

—Le traeré una silla, señor —dijo Harper.

—No necesito una silla —repuso Sharpe—. ¿Dónde están los hombres?

—Se han acomodado todos delante, señor.

—No va debidamente vestido, Sharpe —les interrumpió una voz y, al volver la cabeza, Sharpe vio al general de brigada Moon entronizado cerca del timón de la fragata. Se hallaba sentado en una silla con la pierna entablillada apoyada en un cañón—. No lleva puestas las botas —observó el general de brigada.

—Es mucho mejor ir descalzo en cubierta —declaró una voz jovial—. De todos modos, ¿qué hace usted descalzo? Di órdenes de que debía permanecer abajo. —Un hombre regordete con ropa de civil le sonrió a Sharpe—. Soy Jethro McCann, cirujano de este cascarón —se presentó y sostuvo un puño cerrado en alto—. ¿Cuántos dedos le estoy mostrando?

—Ninguno.

—¿Y ahora?

—Dos.

—Los Deshollinadores saben contar —dijo McCann—. Estoy impresionado. —Los Deshollinadores eran los fusileros, así llamados porque sus uniformes de color verde oscuro a menudo parecían negros como los harapos de un deshollinador de chimeneas—. ¿Puede caminar? —le preguntó McCann, y Sharpe logró dar unos cuantos pasos antes de que una ráfaga de viento sacudiera la fragata y lo mandara de nuevo contra la red de los coyotes—. Camina bastante bien —dijo McCann—. ¿Le duele?

—Está mejorando —mintió Sharpe.

—Es usted un cabrón con suerte, señor Sharpe, y perdone que se lo diga. Con una suerte bárbara. Lo alcanzó una bala de mosquete. El proyectil le dio de refilón, motivo por el cual sigue usted aquí, pero le hundió una parte del cráneo. Yo se la volví a poner en su sitio. —McCann sonrió con orgullo.

—¿La volvió a poner en su sitio? —preguntó Sharpe.

—Sí, bueno, no es difícil —dijo el cirujano con ligereza—, no es más difícil que ensamblar una junta a bisel. —En realidad había resultado terriblemente difícil. El doctor había tenido que trabajar durante una hora y media bajo la inadecuada luz de

un farol mientras tiraba de la cuña de hueso con una sonda y unos fórceps. Los dedos le resbalaban con la sangre y el limo y había llegado a pensar que nunca lograría liberar el hueso sin dañar el tejido cerebral, pero finalmente había conseguido sujetar el borde astillado y volver a poner el trozo en su sitio—. Y aquí está —siguió diciendo McCann—, tan vivo y ligero como si tuviera dos años. Y la buena noticia es que tiene cerebro —percibió el desconcierto de Sharpe y asintió enérgicamente con la cabeza—. ¡Lo tiene! ¡En serio! Lo vi con mis propios ojos, desmintiendo así la terca opinión de la armada de que los soldados no tienen absolutamente nada en la cabeza. Escribiré un artículo para el *Review*. ¡Seré famoso! Se ha descubierto un soldado con cerebro.

Sharpe intentó sonreír fingiendo que le hacía gracia, pero sólo consiguió hacer una mueca. Se llevó la mano al vendaje.

—¿Se irá el dolor?

—Poco sabemos sobre las heridas en la cabeza —explicó McCann—, salvo que sangran mucho; sin embargo, en mi opinión profesional, señor Sharpe, o se caerá muerto o quedará como nuevo.

—Es un consuelo —dijo Sharpe. Se sentó en un cañón y miró la lejana tierra por debajo de las distantes nubes—. ¿Cuánto falta para llegar a Lisboa?

—¿A Lisboa? ¡Navegamos rumbo a Cádiz!

—¿A Cádiz?

—Es nuestro emplazamiento —dijo McCann—, pero enseguida encontrará un barco que vaya a Lisboa. ¡Ah! El capitán Pullifer está en cubierta. Póngase derecho.

El capitán era un hombre enjuto, de rostro estrecho y aspecto adusto, con planta de espantapájaros, y Sharpe se fijó en que iba descalzo. De hecho, de no haber sido por la capa de sal incrustada en su gabán, Sharpe podría haber confundido a Pullifer con un marinero común y corriente. El capitán habló brevemente con el general de brigada, caminó por cubierta a grandes zancadas y se presentó a Sharpe.

—Me alegra que este en pie —le dijo con aire taciturno. Tenía un cerrado acento de Devon.

—A mí también, señor.

—Lo llevaremos a Cádiz en un santiamén y, allí, un médico como Dios manda podrá mirarle la cabeza. McCann, si quiere robarme el café lo encontrará en la mesa del camarote.

—Sí, señor —repuso el doctor. Resultó evidente que a McCann le hizo gracia el insulto de su capitán, cosa que a Sharpe le sugirió que Pullifer no era la fiera adusta que aparentaba.

—¿Puede andar, Sharpe? —le preguntó el capitán con brusquedad.

—Parece que estoy bien, señor —contestó Sharpe, y Pullifer sacudió la cabeza para indicarle al fusilero que debía ir con él a la barandilla de popa. Moon miró a

Sharpe al pasar.

—Anoche cené con su general de brigada —dijo Pullifer cuando se quedó a solas con Sharpe bajo la gran mesana. Hizo una pausa, pero Sharpe no dijo nada—. Y esta mañana he hablado con su sargento —prosiguió Pullifer—. Es extraño cómo difieren las historias, ¿verdad?

—¿Difieren, señor?

Pullifer, que tenía la mirada fija en la estela del *Thornside*, se volvió a mirar a Sharpe.

—Moon dice que todo fue culpa suya.

—¿Que dice qué? —Sharpe no estaba seguro de haberlo oído bien. Tenía la cabeza llena de un dolor pulsátil.

Probó a cerrar los ojos, pero como no sirvió de nada volvió a abrirlos.

—Dice que se le ordenó volar un puente, pero que usted escondió la pólvora bajo el equipaje de las mujeres, lo cual va en contra de las reglas de la guerra, y que luego se entretuvo y los franchutes tomaron ventaja, y que él acabó con un caballo muerto, una pierna rota y sin sable. Y según dice, el sable era de lo mejor de Bennett.

Sharpe no dijo nada, se limitó a quedarse mirando un pájaro blanco que volaba casi rozando la superficie recortada del agua.

—Infringió las normas de la guerra —dijo Pullifer agriamente—, pero, que yo sepa, la única norma en la maldita guerra es ganar. Voló el puente, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Aunque perdió uno de los mejores sables de Bennett —Pullifer parecía divertido—, de modo que esta mañana su general de brigada me pidió prestado papel y pluma para escribirle un informe a lord Wellington. Llenará la carta de ponzoña contra usted. Se preguntará por qué se lo estoy contando, ¿no?

—Me alegro de que me lo cuente —dijo Sharpe.

—Porque usted es como yo, Sharpe. Usted salió del escobén. Yo empecé como marinero ala fuerza. Tenía quince años y me había pasado ocho pescando caballa frente a las costas de Dawlish. De eso hace treinta años. No sabía leer ni escribir y no distinguía un sextante de un trasero, sin embargo ahora soy capitán.

—Salido del escobén —dijo Sharpe, deleitándose con el argot de la marina para designar a un soldado que ha ascendido de la tropa a la oficialía—. Pero nunca dejan que se le olvide, ¿verdad?

—En la armada no es tan malo —afirmó Pullifer a regañadientes—. Valoran más el arte de la navegación que la alcurnia. No obstante, treinta años en el mar te enseñan un par de cosas sobre los hombres, y tengo la sensación de que su sargento decía la verdad.

—Puede apostar a que sí —repuso Sharpe con vehemencia.

—Así pues le estoy advirtiéndole, nada más. Yo que usted escribiría mi propio

informe y enturbiaría un poco las aguas. —Pullifer levanto la vista a las velas, no encontró nada que criticar y se encogió de hombros—. Vamos a recibir unas cuartas descargas de mortero al entrar en Cádiz, pero todavía no nos han alcanzado nunca.

Por la tarde el viento del oeste amainó y el *Thornside* aminoró la marcha y se bamboleó en las largas olas del Atlántico. Cádiz apareció lentamente a la vista, una ciudad de brillantes torres blancas que parecían flotar en el océano. Al atardecer el viento se había convertido en un suspiro que sólo agitaba las velas de la fragata y Pullifer se contentó con esperar hasta la mañana siguiente para acercarse. Una gran embarcación mercante que se hallaba mucho más próxima a tierra entraba deslizándose en el puerto con el último aliento del viento. Pullifer la observó a través de un gran catalejo.

—Es el *Santa Catalina* —anunció—. Lo vimos en las Azores hace un año —plegó el catalejo—. Espero que tenga más viento que nosotros. De lo contrario nunca llegará a la zona sur del puerto.

—¿Eso importa? —preguntó Sharpe.

—Los malditos franchutes la utilizarán para hacer prácticas de tiro.

Por lo visto el capitán estaba en lo cierto, pues en cuanto oscureció Sharpe oyó el sonido amortiguado de unos cañones pesados que atronaban en la distancia. Eran los morteros franceses que disparaban desde tierra y Sharpe observó sus monstruosos fogonazos desde el castillo de proa del *Thornside*. Cada fogonazo era como un relámpago difuso que perfilaba un kilómetro y medio de costa y desaparecía en un latido, una brillantez repentina que se confundía en la humareda que persistía bajo las estrellas. Un marinero interpretaba una triste melodía al violín y un pequeño haz de luz de un farol salía por la escalera de cámara del camarote de popa, donde el general de brigada se encontraba cenando otra vez con el capitán Pullifer.

—¿No le han invitado, señor? —le preguntó Harper.

Los fusileros de Sharpe y los Connaught Rangers estaban repantigados en torno a un nueve libras de largo cañón que había en el castillo de proa.

—Me invitaron —dijo Sharpe—, pero el capitán consideró que estaría más a gusto comiendo en la sala de oficiales.

—Aquí arriba hicieron budín de ciruelas —dijo Harper.

—Estaba bueno —añadió Harris—, muy bueno.

—Nosotros hemos comido lo mismo.

—A veces pienso que debería haberme enrolado en la marina —comentó Harper.

—¿Ah sí? —Sharpe estaba sorprendido.

—Budín de ciruelas y ron.

—Pero no muchas mujeres.

—Eso es cierto.

—¿Cómo tiene la cabeza, señor? —le preguntó Daniel Hagman.

—Sigue en su sitio, Dan.

—¿Le duele?

—Duele —admitió Sharpe.

—Vinagre y papel de estraza, señor —dijo Hagman con seriedad—. Siempre funciona.

—Yo tenía un tío que recibió un golpe en la cabeza —explicó Harper. Aquel hombre del Ulster poseía un repertorio inagotable de familiares que habían sufrido las más variadas desgracias—. Lo embistió una cabra, eso fue, ¡y se podría haber llenado el Lough Cockatrillen con su sangre! Por Dios que había sangre por todas partes. ¡Mi tía creía que estaba muerto!

Sharpe, al igual que los fusileros y los Rangers, esperó.

—¿Y lo estaba? —preguntó al cabo.

—¡No, por Dios! Aquella noche ya volvía a estar ordeñando las vacas, aunque la pobre cabra ya no volvió a ser la misma. Bueno, ¿y qué vamos a hacer en Cádiz, señor?

Sharpe se encogió de hombros.

—Tomar un barco rumbo a Lisboa. Debe de haber docenas de barcos que vayan a Lisboa. —Se dio la vuelta cuando dos estallidos llegaron a sus oídos por encima del agua, pero no había nada que ver. Los distantes fogonazos ya se habían apagado y las granadas de mortero no fulguraban al caer al suelo. La intermitente luz de los faroles brillaba en los blancos muros de la ciudad, aunque la costa estaba oscura. El agua negra besaba los costados de la fragata y las velas se estremecían con la brisa.

Al amanecer el viento había arreciado y el *Thornside* puso rumbo sudeste hacia la entrada de la bahía de Cádiz. La ciudad ya estaba más próxima y Sharpe vio las sólidas murallas grises sobre las que relucían las blancas viviendas, con sus muros tachonados de achaparradas torres de vigilancia y campanarios entre los que se alzaba el humo. En las torres brillaban unas luces, y al principio Sharpe quedó desconcertado por los destellos. Después cayó en la cuenta de que era el sol al reflejarse en los catalejos que observaban el acercamiento del *Thornside*. Un bote del práctico del puerto se cruzó en el camino de la fragata y su capitán agitó los brazos para mostrar que disponía de uno para subir a bordo de la fragata, pero Pullifer había efectuado aquella traicionera aproximación en muchas ocasiones y no necesitaba guía. Las gaviotas revoloteaban alrededor de los mástiles y velas de la fragata, la cual se deslizó por el batir del agua que señalaba el Bajo del Diamante hasta que la bahía se abrió frente a su proa. El *Thornside* viró hacia el sur y penetró en la bahía, observado por una multitud desde las murallas de la ciudad. Entonces se hizo evidente que el humo que se alzaba por encima de esas murallas no era solamente el del fuego de las cocinas, sino que en su mayor parte provenía de un barco mercante que ardía en el puerto. Era el *Santa Catalina*, con su casco abarrotado de tabaco y

azúcar. Una granada de un mortero francés había caído entre el palo mayor y el de trinquete, atravesando la tapa de una escotilla y restallando a unos cuantos palmos bajo cubierta. La tripulación había aparejado una bomba y echó agua en el fuego. Dio la impresión de que habían dominado el incendio, pero una brasa penetró de alguna manera entre los fardos y de repente se inflamó. El fuego oculto se extendió en secreto y su humo quedó disfrazado por el vapor de la bomba de agua. Entonces, a popa del palo mayor, la cubierta estalló en nuevas llamas, brillantes e inesperadas, y el incendio prendió las jarcias alquitranadas, de manera que toda la intrincada red de drizas, mástiles y velas quedó bordeada de fuego. La humareda bullía en la línea del horizonte de la ciudad, sobre la cual las gaviotas se lamentaban y el humo oscuro flotaba en el aire.

El *Thornside* pasó a un cuarto de milla del mercante en llamas. El resto del puerto de Cádiz, plácido bajo un viento suave, parecía indiferente al barco que ardía. Una flota completa de buques de guerra británicos se hallaba anclada al sur y Pullifer ordenó que se dispararan unas salvas para saludar al almirante. En aquellos momentos los morteros franceses disparaban contra el *Thornside*, pero las sólidas granadas cayeron a ambos lados de la nave sin causar daños, aunque levantando una fuente de rocío. En la pantanosa tierra firme se distinguían tres fuertes franceses, todos ellos dotados de morteros capaces de alcanzar los muelles de la ciudad de Cádiz, situada en su istmo como un puño apretado que protegiera la bahía. El teniente Theobald, alférez del *Thornside*, se encontraba atareado con un sextante, aunque en lugar de sostenerlo verticalmente, tal como uno haría para encararlo al sol o para intentar atrapar una estrella en los espejos del instrumento, él lo utilizaba de forma horizontal. Bajó el sextante y frunció el ceño. Movi6 los labios mientras realizaba unos cálculos que articuló a medias y luego se acercó a Sharpe y a Harper, que estaban apoyados en la barandilla en medio del barco.

—Desde el barco incendiado hasta el fuerte —anunció Theobald— hay una distancia de tres mil trescientos veintiocho metros.

—¡Demonios! —exclamó Sharpe, impresionado. Si el teniente tenía razón, la granada del mortero había recorrido más de tres kilómetros.

—De los veintiocho metros no respondo.

Otro mortero disparó desde la península del Trocadero. La granada desapareció en las nubes bajas y el humo del mortero flotó sobre el fuerte, una masa baja y oscura en el cabo bordeado de marismas. Se vio una salpicadura blanca muy cerca de la costa de la ciudad.

—¡Más lejos todavía! —dijo Theobald, at6nito—. ¡Eso debe de haber rondado los tres mil cuatrocientos metros! —Eran casi mil metros más de alcance que el de cualquier mortero—. ¡Y las granadas también son enormes! ¡De unos sesenta centímetros de diámetro!

Sharpe pensó en ello.

—Es el mortero francés más grande que haya visto nunca —dijo—, es un doce pulgadas.

—Por Dios que eso es muy grande —terció Harper.

—Éstos los fabrican en Sevilla —explicó Theobald—, o al menos eso es lo que dicen los prisioneros. Son, en efecto, unos artilugios muy grandes. Deben de hacer falta unas veinte libras de pólvora para lanzar un proyectil a semejante distancia. ¡Gracias a Dios que no son precisos!

—Eso dígaselo a esos pobres desgraciados —dijo Sharpe, señalando con un gesto de la cabeza hacia el lugar donde la tripulación del *Santa Catalina* estaba subiendo a una chalupa.

—Ha sido un disparo casual —afirmó Theobald—. ¿Qué tal tiene hoy la cabeza?

—Me duele.

—Nada que un toque femenino no pueda curar —comentó Theobald.

Una granada de mortero cayó a cierta distancia de la aleta de babor, salpicó la cubierta de agua y su mecha humeante dejó una levísima estela gris flotando en el suave viento. El siguiente proyectil cayó a unos cien metros de distancia y el otro lo hizo más lejos aún; entonces los cañones dejaron de disparar porque se hizo patente que la fragata se había puesto fuera de su alcance.

El *Thornside* ancló al sur de la ciudad, cerca de los demás buques de guerra británicos y de la multitud de pequeños barcos mercantes. El general de brigada Moon se acercó ruidosamente a Sharpe con unas muletas que le había hecho el carpintero del barco.

—De momento usted se quedará a bordo, Sharpe.

—Sí, señor.

—Oficialmente a las tropas británicas no se les permite la entrada a la ciudad, de modo que si no podemos encontrar un barco que zarpe hoy o mañana le conseguiré alojamiento en la Isla de León —apuntó hacia el territorio llano al sur del fondeadero—. Mientras tanto iré a presentar mis respetos en la embajada.

—¿La embajada, señor?

Moon le dirigió una mirada de exasperación a Richard Sharpe.

—Tiene ante sus ojos —le dijo— lo que queda de la España soberana. Los franceses dominan el resto de este maldito país exceptuando unas cuantas fortalezas, de manera que ahora mismo nuestra embajada se encuentra aquí en Cádiz en lugar de estar en Madrid o en Sevilla. Le haré llegar las órdenes.

Dichas órdenes llegaron poco después de mediodía y mandaban a Sharpe y a sus hombres a la Isla de León, donde tendrían que esperar hasta que un buque de transporte que se dirigiera al norte abandonara el puerto. La chalupa que los llevaba a la costa se abrió paso entre la flota anclada, que en su mayor parte era de barcos

mercantes.

—Se rumorea que van a llevar un ejército al sur —le explicó a Sharpe el guardiamarina que comandaba la chalupa.

—¿Al sur?

—Quieren desembarcar en algún lugar de la costa —prosiguió el guardiamarina—, marchar sobre los franceses y atacar las líneas de asedio. ¡Por Dios, cómo apestan! —Señaló cuatro buques prisión que hedían como alcantarillas abiertas. Aquellos buques habían sido barcos de guerra, pero ahora estaban desarbolados y sus troneras abiertas se hallaban protegidas por barras de hierro a través de las cuales unos hombres veían pasar el pequeño bote—. Son buques prisión, señor —dijo el guardiamarina—, atestados de franchutes.

—Me acuerdo de ése —terció el contramaestre, que señaló el buque más próximo con la cabeza—. Estuvo en Trafalgar. Lo dejamos hecho astillas. La sangre le manaba del costado. Nunca vi cosa igual.

—Allí los *don* estaban en el bando equivocado —comentó el guardiamarina.

—Ahora están de nuestro lado —dijo Sharpe.

—Esperemos que así sea, señor. Confiamos en ello. Ya está, señor, ha llegado sano y salvo, y espero que se le cure la testa.

La Isla de León albergaba a cinco mil soldados británicos y portugueses que ayudaban a defender Cádiz de los sitiadores franceses. Unos cañonazos desgastados atronaban desde las líneas de asedio situadas a varios kilómetros al este. La pequeña ciudad de San Fernando se encontraba en la isla y allí Sharpe rindió informe a un nervioso comandante que parecía desconcertado por el hecho de que un grupo de vagabundos del 88.º y del South Essex le hubiera llovido del cielo.

—Sus hombres pueden ocupar un sitio en las líneas de tiendas —dijo el comandante—, pero usted se alojará en San Fernando, por supuesto, con los demás oficiales. ¡Dios mío!, ¿qué es lo que queda libre? —revisó la lista de alojamientos.

—Sólo será por una noche o algo así —dijo Sharpe.

—Depende del viento, ¿no? Mientras sople del noroeste no va a poder ni acercarse a Lisboa. Ya lo tengo. Puede compartir una casa con el comandante Duncan. Es artillero, de modo que no le importará. Ahora mismo no está. Se ha ido de caza con sir Thomas.

—¿Sir Thomas?

—Sir Thomas Graham. Está al mando aquí. Le encanta el críquet. El críquet y la caza. Claro que no hay muchos zorros, por lo que en lugar de eso van tras los perros vagabundos. Lo hacen entre las líneas y los franceses son muy amables por no interferir. Supongo que necesitará un espacio para su ordenanza, ¿no?

Sharpe nunca había tenido ordenanza, pero decidió que aquél era el momento de permitírselo.

—¡Harris!

—¿Señor?

—Ahora es usted mi ordenanza.

—¡Qué alegría, señor!

—San Fernando está bastante bien en invierno —dijo el comandante—. En verano hay demasiados mosquitos, pero en esta época del año resulta muy agradable. Hay muchas tabernas, un par de ellas con buenos burdeles. Desde luego, hay sitios peores en los que pasar la guerra.

El viento no cambió aquella noche, ni la siguiente. Sharpe declaró una jornada de arreglos y remiendos para sus soldados y para los hombres del sargento Noolan. Limpiaron y arreglaron uniformes y armas, y a cada momento del día Sharpe rezaba para que el viento soplara del sur o del este. Encontró a un cirujano de regimiento que consideró que examinar la herida de Sharpe causaría más daño que otra cosa.

—Si ese tipo de la marina le volvió a poner el hueso en su sitio —dijo aquel hombre—, hizo todo lo que la medicina moderna puede hacer; Mantenga el vendaje tenso, capitán, manténgalo húmedo, rece sus oraciones y tome ron para mitigar el dolor.

El comandante Duncan, con quien Sharpe compartía entonces alojamiento, resultó ser un escocés afable. Dijo que al menos había media docena de barcos esperando para realizar la travesía hasta Lisboa.

—Así pues, en cuatro o cinco días estará en casa —siguió diciendo—, en cuanto el viento cambie. —Duncan había invitado a Sharpe a la taberna más cercana, insistiendo en que la comida era adecuada y haciendo caso omiso del pretexto de Sharpe de que no tenía dinero—. Los *don* comen muy tarde —dijo Duncan—, de manera que nos vemos obligados a beber hasta que el cocinero se despierta. Es una vida dura. —Pidió una jarra de vino tinto y en cuanto se la trajeron apareció en la puerta de la taberna un joven y delgado oficial con uniforme de caballería.

—¡Willie! —Duncan saludó al soldado de caballería con evidente placer—. ¿Bebe con nosotros?

—Estoy buscando al capitán Richard Sharpe, y supongo que es usted, ¿verdad, señor? —le sonrió a Sharpe y le tendió la mano—. Willie Russell, ayudante de campo de sir Thomas.

—Lord William Russell —dijo Duncan.

—Pero basta con Willie —se apresuró a replicar lord William—. ¿Usted es el capitán Sharpe? En tal caso, señor, se requiere su presencia. Tengo un caballo para usted y debemos cabalgar como el viento.

—¿Mi presencia?

—¡En la embajada, señor! Para conocer al ministro plenipotenciario de su majestad y enviado extraordinario en la corte de España. ¡Dios santo, esto es

matarratas! —Había probado un poco del vino de Duncan—. ¿Alguien se ha meado en él? ¿Está listo, Sharpe?

—¿Me llaman de la embajada? —preguntó Sharpe, confuso.

—Así es, y llega tarde. Ésta es la tercera taberna en la que le he buscado, y tuve que tomarme una copa en cada una, ¿no? La nobleza obliga y todo eso. —Sacó a Sharpe de la taberna—. ¡Debo decir que es un honor conocerle! —dijo lord William, obsequioso, y se percató de la incredulidad de Sharpe—. No, en serio. Estuve en Talavera. Allí me hirieron, ¡pero usted capturó un águila! Eso sí que fue darle en las narices a Boney, ¿eh? Aquí está, su caballo.

—¿De verdad tengo que ir? —preguntó Sharpe.

Durante un segundo lord William Russell adoptó una expresión pensativa.

—Creo que sí —respondió con seriedad—, porque no sucede a diario que un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario mande a buscar a un capitán. Y para ser embajador no es mal tipo. ¿Puede montar?

—A duras penas.

—¿Qué tal la cabeza?

—Me duele.

—Sí, claro. Una vez me caí de un caballo y me golpeé la cabeza contra un tocón de árbol, ¡estuve un mes sin poder pensar! Para serle sincero, no estoy seguro de haberme curado. Suba.

Sharpe se acomodó en la silla y siguió a lord William Russell fuera de la ciudad, hacia el istmo arenoso.

—¿Está muy lejos? —preguntó.

—A unos diez kilómetros. ¡Es un buen paseo! Con la marea baja vamos por la playa, pero esta noche tendremos que ir por el camino. Se reunirá con sir Thomas en la embajada. Es un tipo estupendo. Le gustará. A todo el mundo le gusta.

—¿Y Moon?

—Me temo que también estará allí. Ese hombre es un animal, ¿no le parece? Que conste que conmigo se ha mostrado muy cortés, probablemente porque mi padre es duque.

—¿Duque?

—De Bedford —dijo lord William con una sonrisa—. Pero no se preocupe, yo no soy el heredero, ni siquiera el siguiente al heredero. Yo soy el que tiene que morir por el rey y por la patria. Moon le tiene antipatía, ¿verdad?

—Eso he oído.

—Le está culpando a usted de todos sus males. Dice que perdió su sable. Uno de Bennett, ¿eh?

—Nunca había oído hablar de Bennett —dijo Sharpe.

—Es un cuchillero de Saint James, terriblemente bueno y horriblemente caro.

Dicen que puedes afeitarte con uno de los sables de Bennett, aunque no es que lo haya intentado.

—¿Por eso han enviado a buscarme? ¿Para quejarse?

—¡Por Dios, no! Fue el embajador quien mandó a buscarle. Me imagino que querrá emborracharle.

El istmo se estrechó. A la izquierda de Sharpe quedaba el ancho Atlántico, en tanto que a su derecha se extendía la bahía de Cádiz. El borde de la bahía parecía blanco en la penumbra, una blancura interrumpida por cientos de pirámides relucientes.

—Sal —le explicó lord William—. Aquí hay una gran industria, mucha sal.

De pronto Sharpe sintió vergüenza de su uniforme andrajoso.

—Creía que a los soldados británicos no se les permitía entrar en la ciudad.

—A los oficiales sí, pero sólo a los oficiales. Los españoles están persuadidos de que si apostamos una guarnición en la ciudad nunca nos marcharemos. Creen que convertiríamos el lugar en otro Gibraltar. ¡Ah! Hay una cosa importante que debe saber, Sharpe.

—¿Qué es, milord?

—¡Llámeme Willie, por Dios! Todo el mundo lo hace. Pues la cosa absolutamente importante, la cosa que nunca hay que olvidar, y no hay que romper esta regla aunque esté borracho hasta las cejas, es que nunca se debe mencionar a la esposa del embajador.

Sharpe miró al vivaz lord William con desconcierto.

—¿Por qué tendría que mencionarla? —preguntó.

—No debe hacerlo —replicó lord William con ímpetu— porque sería un acto de muy mal gusto. Se llama Charlotte y se fugó. Charlotte la Ramera. Se largó con Harry Paget. Fue horrible, la verdad. Un escándalo terrible. Si pasa algún tiempo en la ciudad verá unos cuantos de éstos. —Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó un broche—. Tome —añadió lord William, que le lanzó el objeto a Sharpe.

El broche era una baratija hecha de hueso. Representaba un par de cuernos. Sharpe lo miró y se encogió de hombros.

—¿Cuernos de vaca?

—Los cuernos del cornudo, Sharpe. Así es como llaman al embajador, el *Cornudo*. Nuestros enemigos políticos llevan este distintivo para burlarse de él, pobre hombre. Él se lo toma bien, pero estoy seguro de que duele. Así pues, por lo que más quiera, no pregunte por Charlotte la Ramera, sea buen chico.

—No es probable que lo haga, ¿no cree? —le preguntó Sharpe—. Ni siquiera conozco a ese hombre.

—¡Pues claro que lo conoce! —replicó lord William alegremente—. Él lo conoce a usted.

—¿Me conoce? ¿De qué?

—¿De verdad no sabe quién es el Enviado Extraordinario de su Británica Majestad a España?

—¡Pues claro que no!

—¿El hermano menor del ministro de asuntos exteriores? —dijo lord William, y vio que Sharpe seguía sin saber a quién se refería—. También es el hermano menor de Arthur Wellesley.

—¿Arthur Wellesley?, ¿se refiere a lord Wellington?

—El hermano de lord Wellington, en efecto —repuso lord William—, y la cosa empeora. Charlotte se fugó con el repugnante Paget y Henry obtuvo el divorcio, lo cual significa que tuvo que conseguir que el Parlamento aprobara una ley y eso, créame, supuso un montón de problemas, de manera que Henry vino aquí y conoció a una chica particularmente atractiva. Creyó que era respetable y no lo era en absoluto, y le escribió unas cartas. Pobre Henry. Y la muchacha es muy guapa, ¡guapísima! Mucho más guapa que Charlotte la Ramera, pero todo este enredo resulta francamente embarazoso y todos fingimos que nada de esto ha ocurrido nunca. Por lo tanto no diga nada, Sharpe, absolutamente nada. La discreción personificada, Sharpe, eso es lo que se espera de usted. La discreción personificada. —Guardó silencio porque habían llegado a las sólidas puertas y enormes bastiones que protegían la entrada sur de la ciudad. Había centinelas, mosquetes, bayonetas y cañones de larga boca en las troneras. Lord William tuvo que mostrar un pase. Sólo entonces se abrieron los portones con un crujido y Sharpe pudo recorrer los muros, arcos y túneles de las murallas hasta dar a las calles estrechas de la ciudad delimitada por el mar. Había llegado a Cádiz.

* * * *

Para sorpresa de Sharpe, Henry Wellesley le cayó bien. Era un hombre delgado que tendría cerca de cuarenta años, apuesto como su hermano mayor, aunque su nariz no era tan aguileña y tenía el mentón más ancho. No poseía la fría arrogancia de lord Wellington. Él, en cambio, parecía tímido e incluso delicado. Se puso de pie cuando Sharpe entró en el comedor de la embajada y dio la impresión de estar realmente contento de ver al fusilero.

—Mi querido amigo —dijo—, tome asiento. Ya conoce al general de brigada, por supuesto.

—Sí, señor.

Moon le dirigió una mirada muy fría a Sharpe y ni siquiera lo saludó con la cabeza.

—Y permítame que le presente a sir Thomas Graham —dijo Henry Wellesley—.

El teniente general sir Thomas Graham, que está al mando de nuestra guarnición en la Isla de León.

—Me siento honrado de conocerle, Sharpe —dijo sir Thomas. Era un escocés alto, de constitución fuerte, cabello cano, rostro tostado por el sol y una mirada muy astuta.

—Y creo que ya conoce a William Pumphrey —dijo Wellesley cuando le presentó al último comensal.

—¡Dios mío! —exclamó Sharpe sin querer. Conocía a lord Pumphrey, en efecto, pero aun así se había quedado asombrado al verlo. Lord Pumphrey, mientras tanto, le mandó un beso a Sharpe soplándose la punta de los dedos.

—No incomode a nuestro invitado, Pumps —dijo Henry Wellesley, aunque demasiado tarde, pues Sharpe ya se encontraba violento. Lord Pumphrey tenía ese efecto en él, y en bastantes más hombres también. Sharpe sabía que trabajaba para el Ministerio de Asuntos Exteriores, y había coincidido con su señoría en Copenhague y luego en Portugal, y Pumphrey seguía siendo tan extravagante como siempre. Aquella noche iba ataviado con una chaqueta de color lila bordada con hilo de plata y en su enjuta mejilla llevaba un ornamental lunar de terciopelo negro—. William es nuestro primer secretario de estado aquí —explicó Henry Wellesley.

—Lo cierto, Richard, es que me destinaron aquí para asombrar a los nativos —comentó lord Pumphrey lánguidamente.

—Cosa que sin duda ha conseguido —terció sir Thomas.

—Es muy amable, sir Thomas —dijo lord Pumphrey brindándole una reverencia al escocés—, muy amable.

Henry Wellesley se sentó y empujó un plato hacia Sharpe.

—Pruebe las pinzas de cangrejo —le instó—. Son una delicia local, pescados en las marismas. Las rompe y chupa la carne.

—Lamento haber llegado tarde, señor —dijo Sharpe.

A juzgar por los restos que había en la mesa, estaba claro que la cena había terminado, y resultaba igualmente obvio que Henry Wellesley no había comido nada. Vio que Sharpe miraba su plato limpio.

—Tengo que asistir a una cena formal, Sharpe —le explicó el embajador—, y las cenas españolas empiezan sumamente tarde, y la verdad es que no puedo cenar dos veces todas las noches. De todos modos, este cangrejo me tienta. —Tomó una pinza y utilizó un cascanueces para abrir el caparazón. Sharpe se dio cuenta de que el embajador sólo había roto la pinza para mostrarle cómo se hacía y él, agradecido, cogió también un cascanueces—. ¿Cómo tiene la cabeza, Sharpe? —le preguntó Henry Wellesley.

—Va mejorando, señor, gracias.

—Las heridas en la cabeza son una cosa muy fea —comentó el embajador—. En

la India tuve un ayudante que se abrió la cabeza y pensé que el pobre tipo había muerto. Pero en cuestión de una semana ya estaba en pie y andaba por ahí, totalmente curado.

—¿Ha estado en la India, señor? —preguntó Sharpe.

—Dos veces —respondió Henry Wellesley—. En la administración civil, por supuesto. Me gustó ese lugar.

—A mí también —dijo Sharpe. Estaba hambriento y rompió otra pinza, que sumergió en un cuenco de mantequilla derretida. Menos mal que lord William Russell también tenía hambre y los dos compartieron el plato mientras los demás fumaban unos cigarros.

Era febrero pero hacía calor suficiente para tener las ventanas abiertas. El general de brigada Moon no decía nada, conformándose con fulminar a Sharpe con la mirada en tanto que sir Thomas Graham se quejaba amargamente de sus aliados españoles.

—Las embarcaciones adicionales no han llegado de las Baleares —refunfuñó— y no he visto ni uno solo de los mapas que prometieron.

—Estoy seguro de que llegarán ambas cosas —dijo Henry Wellesley.

—Y los barcos que ya tenemos sufren la constante amenaza de lanchas incendiarias. Los franceses están construyendo cinco ingenios de ese tipo.

—Estoy seguro de que tanto usted como el almirante Keats estarán encantados de ocuparse de las lanchas incendiarias —afirmó Henry Wellesley con rotundidad, y entonces miró a Sharpe y cambió de tema—. El general de brigada Moon me ha dicho que se deshicieron del puente sobre el Guadiana.

—Lo hicimos, señor.

—Es un alivio. En general, sir Barnaby —Wellesley se volvió a mirar al general de brigada—, fue una operación de lo más exitosa.

Moon se revolvió en la silla y crispó el rostro al sentir el dolor punzante en la pierna.

—Podría haber salido mejor, su excelencia.

—¿Cómo es eso?

—Tendría que ser soldado para entenderlo —repuso Moon con brusquedad. Sir Thomas frunció el ceño con desaprobación ante la grosería del general, pero Moon no cedió ni un ápice—. Como mucho —prosiguió— sólo fue un éxito imperfecto. Un éxito muy imperfecto.

—Serví en el 40.º de Infantería —dijo Henry Wellesley—. Quizá no fue mi mejor momento, pero no desconozco la vida del soldado. De modo que dígame por qué fue imperfecto, sir Barnaby.

—Las cosas podían haber ido mejor —dijo Moon como si eso zanjara el tema.

El embajador tomó el cigarro con la punta cortada que le ofrecía un criado y se inclinó para encenderlo en la lumbre que éste le brindó.

—Y yo aquí —dijo—, invitándole a que nos hable de su triunfo. Es usted tan reticente como mi hermano, sir Barnaby.

—Me halaga que me compare con lord Wellington, su excelencia —dijo Moon con frialdad.

—En una ocasión Arthur sí que me contó una de sus hazañas —dijo Henry Wellesley—, y no es una de la que salga muy airoso. —El embajador sopló una voluta de humo hacia la araña de cristal. Sir Thomas y lord Pumphrey estaban sentados muy quietos, como si supieran que algo se estaba tramando en la habitación, en tanto que Sharpe, que intuía la tensa atmósfera, dejó las pinzas de cangrejo—. Fue derribado del caballo en Assaye —siguió diciendo el embajador—. Creo que el lugar se llama así. Sea como fuere, quedó atrapado en las filas enemigas, todo el mundo había seguido galopando y Arthur me aseguró que supo que iba a morir. Estaba rodeado de enemigos, todos fieros como ladrones, y entonces apareció de la nada un sargento británico. ¡De la nada, me dijo! —Henry Wellesley agitó el cigarro como si fuera un mago que lo hubiera hecho aparecer de repente—. Y Arthur me contó que lo que ocurrió a continuación fue la mejor actuación militar que había presenciado en su vida. Él calcula que dicho sargento abatió a cinco hombres. Al menos a cinco hombres, me dijo. ¡Ese tipo los mató! Él solo.

—¡A cinco hombres! —exclamó lord Pumphrey con verdadera admiración.

—Al menos cinco —confirmó el embajador.

—Los recuerdos de la batalla pueden ser muy confusos —comentó Moon.

—¡Ah! ¿Cree que Arthur adornó la historia? —preguntó Henry Wellesley con exagerada educación.

—¿Un solo hombre contra cinco? —sugirió Moon—. Me sorprendería mucho, su excelencia.

—Pues preguntémosle al sargento que luchó contra ellos —dijo Henry Wellesley, sorprendiéndoles con su trampa—. ¿Cuántos hombres recuerda usted, Sharpe?

Moon puso la misma cara que si le hubiera picado una avispa mientras que Sharpe, incomodado de nuevo, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y bien, Sharpe? —lo animó sir Thomas Graham.

—Había unos cuantos, señor —contestó Sharpe, nervioso—. Pero debo decir que el general luchó a mi lado, señor.

—Arthur me dijo que estaba aturdido —afirmó Henry Wellesley—. Me dijo que era incapaz de defenderse.

—Ya lo creo que luchó, señor —dijo Sharpe. Lo cierto, sin embargo, era que Sharpe había empujado a un aturdido sir Arthur Wellesley debajo de uno de los cañones indios y lo había refugiado allí. ¿Fueron en realidad cinco hombres? No se acordaba—. Y enseguida vinieron a ayudarnos, señor —siguió diciendo a toda prisa—, enseguida.

—No obstante, tal como usted dice, sir Barnaby —la voz de Henry Wellesley sonó aterciopelada—, los recuerdos de la batalla pueden ser muy confusos. Consideraría un favor si me permitiera ver el informe sobre su gran triunfo en el fuerte José.

—Por supuesto, su excelencia —repuso Moon, y entonces Sharpe comprendió lo que allí había ocurrido. El ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de su majestad había intervenido a favor de Sharpe, haciéndole saber a Moon que lord Wellington estaba en deuda con Sharpe y que, en consecuencia, lo más sensato sería que el general de brigada cambiara su informe. Era un favor, y muy generoso, pero Sharpe sabía que los favores se hacían para que pudieran devolverse con otros.

El reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio las diez y Henry Wellesley suspiró.

—Debo ponerme un disfraz para nuestros aliados —dijo. Las sillas rasparon contra el suelo cuando los invitados se pusieron de pie—. Terminen el oporto y los cigarros —sugirió el embajador, se dirigió a la puerta y allí se detuvo—. ¿Señor Sharpe? ¿Podría hablar con usted un momento?

Sharpe siguió a Henry Wellesley por el pasillo hasta una pequeña habitación iluminada con velas. Un fuego de carbón ardía en el hogar, las paredes estaban forradas de libros y había una mesa con tablero de cuero bajo una ventana que el embajador empujó y abrió.

—Los criados españoles insisten en mantenerme caliente —comentó—. Yo les digo que prefiero el aire frío, pero no me creen. ¿Le he violentado haciéndolo venir aquí?

—No, señor.

—Ha sido por el bien del general de brigada Moon. Me dijo que usted le había fallado, cosa que dudé, no sé por qué. Creo que es un hombre incapaz de compartir ningún mérito. —El embajador abrió un armario y sacó una botella oscura—. Es oporto, Sharpe. Es de Taylor, y no lo encontrará mejor a este lado del paraíso. ¿Quiere que le sirva un vaso?

—Gracias, señor.

—Y hay cigarros en la caja de plata. Debería coger uno. Mi médico dice que van bien para los gases. —Henry Wellesley sirvió un único vaso de oporto y se lo entregó a Sharpe. Entonces se dirigió a una elegante mesa redonda que servía de tablero de ajedrez. Se quedó mirando las piezas, colocadas en mitad de una partida—. Creo que tengo problemas. ¿Juega usted al ajedrez?

—No, señor.

—Yo juego con Duff. Era cónsul aquí y es bastante bueno. —El embajador tocó una torre negra con dedo vacilante, abandonó el juego y fue a sentarse a su mesa, desde la que escrutó al fusilero con mirada astuta—. Dudo que mi hermano llegara a

darle las gracias como es debido por haberle salvado la vida —esperaba una respuesta, pero Sharpe guardó silencio—. Está claro que no lo hizo. Típico de Arthur.

—Me regaló un catalejo magnífico, señor —dijo Sharpe.

—Sin duda era uno que le habían regalado a él —sugirió Henry Wellesley— y que no quería.

—Estoy seguro de que eso no es cierto, señor —dijo Sharpe.

Wellesley sonrió.

—Mi hermano posee muchas virtudes, pero la habilidad para expresar los sentimientos no es precisamente una de ellas. Si le sirve de consuelo, Sharpe, con frecuencia ha expresado su admiración por sus cualidades.

—Gracias, señor —repuso Sharpe, incómodo.

El embajador suspiró, insinuando que la parte más agradable de la conversación había terminado. Vaciló, como si intentara encontrar las palabras adecuadas, luego abrió un cajón y encontró un pequeño objeto que arrojó por encima del tablero de cuero de la mesa. Era uno de esos broches en forma de cornamenta.

—¿Sabe lo que es, Sharpe?

—Me temo que sí, señor.

—Ya me figuraba que Willie Russell se lo contaría. ¿Y qué me dice de esto? —empujó un periódico a lo largo de la mesa. Sharpe lo recogió y vio que se llamaba *El Correo de Cádiz*, pero allí dentro estaba demasiado oscuro y la letra era demasiado pequeña para intentar leer la página mal impresa. Dejó el periódico—. ¿Ha visto eso? —preguntó el embajador.

—No, señor.

—Ha salido a la calle hoy y afirma publicar una carta dirigida por mí a cierta dama. En la carta le digo que los británicos planean anexionarse Cádiz para convertirlo en un segundo Gibraltar. Mi nombre no aparece, pero en una ciudad tan pequeña como ésta apenas si resulta necesario. Y tampoco tengo que decirle que el gobierno de su majestad no tiene los ojos puestos en Cádiz.

—Entonces la carta es falsa, ¿no, señor?

Henry Wellesley no respondió enseguida.

—No exactamente —dijo con cautela. En aquellos momentos no miraba a Sharpe, sino que se había dado la vuelta en la silla y tenía la mirada fija en el jardín oscuro. Dio unas chupadas a su cigarro—. Me imagino que Willie Russell le habló de mis circunstancias.

—Sí, señor.

—Pues no tengo que repetir las excepto para decir que hace algunos meses conocí aquí a una dama que me convenció de su buena cuna. Provenía de las colonias españolas y me aseguró que su padre era rico y respetable, pero no lo era. Y antes de descubrir la verdad fui lo bastante estúpido como para expresar mis sentimientos por

escrito. —Hizo una pausa, sin dejar de mirar por la ventana abierta, esperando que Sharpe dijera algo, pero Sharpe guardó silencio—. A ella le robaron las cartas —siguió diciendo el embajador—, y no fue culpa suya. —Se volvió para mirar a Sharpe con aire desafiante, como si en cierta medida esperara que Sharpe no le creyera.

—Y el ladrón, señor, ¿ha intentado chantajearle?

—Así es —respondió Henry Wellesley—. Ese desgraciado concertó una cita para venderme las cartas, pero asesinaron a mi enviado. A él y a sus dos compañeros. El dinero desapareció, por supuesto, y ahora las cartas se encuentran en manos de nuestros enemigos políticos. —El tono de Wellesley era de resentimiento, y le dio un manotazo al periódico—. Debe entender, Sharpe, que en Cádiz hay personas que creen, con toda sinceridad, que el futuro de España sería mucho más brillante si hicieran las paces con Napoleón. Creen que Gran Bretaña es el enemigo más temible. Creen que tenemos intención de destruir las colonias españolas y apropiarnos de su comercio por el Atlántico. No creen que mi hermano pueda expulsar a los franceses de Portugal, y no digamos ya de España, y se afanan en crear un futuro político que no incluya una alianza con los británicos. Mi trabajo consiste en convencerlos de lo contrario, y estas cartas, sin duda alguna, harán muy difícil la tarea. Puede que incluso la hagan imposible —se detuvo de nuevo, como si invitara a Sharpe a hacer algún comentario, pero el fusilero permaneció sentado, quieto y silencioso—. Lord Pumphrey me ha dicho que es usted un hombre capaz —comentó el embajador en voz baja.

—Es muy amable, señor —dijo Sharpe en tono inexpresivo.

—Y dice que tiene usted un pasado enjundioso.

—No estoy seguro de lo que eso significa, señor.

Henry Wellesley esbozó una sonrisa.

—Perdóneme si me equivoco y créame cuando le aseguro que no es mi intención ofenderlo, pero lord Pumphrey me confirmó que usted fue ladrón.

—Lo fui, señor —admitió Sharpe.

—¿Qué más?

Sharpe vaciló y decidió que el embajador había sido sincero con él, de manera que correspondería a su gentileza.

—Ladrón, asesino, soldado, sargento, fusilero —recitó la lista en tono monótono, aunque Henry Wellesley percibió cierto orgullo en sus palabras.

—Nuestros enemigos, Sharpe —dijo Wellesley—, han publicado una carta, pero dicen que están dispuestos a venderme el resto. Supongo que el precio será exorbitante, pero han dado a entender que no publicarán ninguna más si pagamos el precio. Lord Pumphrey está negociando en mi nombre. Si obtiene un acuerdo, le estaría muy agradecido si le hiciera de guardaespaldas y protector cuando se intercambien las cartas por el dinero.

Sharpe lo consideró.

—¿Dice usted que al hombre que mandó la primera vez lo asesinaron, señor?

—Se llamaba Plummer. Los ladrones afirmaron que intentó llevarse las cartas sin dejar el dinero, y debo decir que parece plausible. El capitán Plummer era un hombre agresivo, Dios lo tenga en su gloria. Lo acuchillaron a él y a sus dos acompañantes en la catedral y luego arrojaron los tres cadáveres por el malecón.

—¿Quién asegura que no volverán a hacerlo, señor?

Wellesley se encogió de hombros.

—Podría ser que el capitán Plummer hubiera suscitado su enojo. Lo cierto es que no se trataba de un diplomático reconocido. Lord Pumphrey sí lo es. Le aseguro que el asesinato de lord Pumphrey suscitaría una respuesta de lo más vigorosa. Y me atrevería a decir que su presencia podría disuadirlos.

Sharpe hizo caso omiso del cumplido.

—Otra cuestión, señor. Mencionó que fui ladrón. ¿Qué tiene eso que ver con mantener con vida a lord Pumphrey?

Henry Wellesley pareció sentirse incómodo.

—Si lord Pumphrey no llega a un acuerdo, espero que esas cartas puedan recuperarse robándolas.

—¿Sabe dónde están, señor?

—Supongo que en el lugar donde se imprime el periódico.

A Sharpe le pareció suponer demasiado, pero lo dejó correr.

—¿Cuántas cartas hay, señor?

—Ellos tienen quince.

—¿Hay más?

—Escribí algunas más, me temo, pero sólo robaron quince.

—Entonces la chica guarda más, ¿no es así, señor?

—Estoy absolutamente seguro de que no las tiene —contestó Henry Wellesley con frialdad—. Tal vez sólo sobrevivieron quince.

Sharpe era consciente de que el embajador le ocultaba algo, pero apreció que no lo descubriría presionándolo.

—Ser ladrón es un trabajo de especialistas, señor —dijo en cambio—, y el chantaje es un asunto muy desagradable. Necesito hombres. Tratamos con asesinos, señor, de manera que necesitaré los míos.

—Muerto Plummer no le puedo ofrecer hombres —dijo el embajador, y se encogió de hombros.

—Yo llevo conmigo cinco fusileros, señor, ellos servirán. Pero tienen que estar aquí, en la ciudad, y necesitan ropa de civil, así como una carta escrita por usted a lord Wellington certificando que están aquí de servicio. Eso es lo que más necesito, señor.

—De acuerdo —dijo Henry Wellesley, cuya voz denotó alivio.

—Lo único que tengo que hacer es hablar con la dama, señor. No tiene sentido robar un paquete de cartas cuando hay otro esperando.

—Me temo que no sé dónde se encuentra —dijo el embajador—. Si lo supiera se lo diría, por supuesto. Parece ser que se ha escondido.

—Aun así necesito saber su nombre, señor.

—Caterina —dijo Henry Wellesley con añoranza—. Caterina Blázquez. —Se frotó el rostro con la mano—. Me siento como un estúpido contándole todo esto.

—Todos nos hemos comportado como estúpidos por las mujeres, señor —dijo Sharpe—. No estaríamos vivos si no lo hubiéramos hecho.

Wellesley sonrió con arrepentimiento ante sus palabras.

—Si lord Pumphrey tiene éxito en las negociaciones, entonces todo habrá terminado —dijo—. Habré aprendido una lección.

—Y si no lo consigue, señor, ¿quiere entonces que robe las cartas?

—Espero que no sea necesario —dijo Wellesley, que se puso de pie y lanzó su cigarro a la noche, donde cayó al oscuro césped con una lluvia de chispas—. De verdad que tengo que ir a vestirme. Uniforme de gala completo, con espada y todo. Pero antes, una última cosa, Sharpe.

—¿Sí, señor? —preguntó Sharpe. Sabía que debía llamar «su excelencia» al embajador, pero se le olvidaba continuamente y a Wellesley no parecía importarle.

—Vivimos, respiramos y desarrollamos nuestra existencia misma en esta ciudad con permiso de los españoles. Así es como debe ser. De manera que, haga lo que haga, Sharpe, hágalo con cuidado. Y por favor, no hable de esto con nadie excepto con lord Pumphrey. Es el único que está al tanto de las negociaciones. —Esto último no era cierto. Había otro hombre que podría ayudar, que estaría dispuesto a hacerlo, aunque Henry Wellesley dudaba de su éxito. Lo cual lo dejaba en manos de aquel granuja vendado y lleno de cicatrices.

—No se lo diré a nadie, señor —dijo Sharpe.

—Entonces buenas noches, Sharpe.

—Buenas noches, señor.

Lord Pumphrey, que olía ligeramente a violetas, se encontraba esperando en el pasillo.

—¿Y bien, Richard?

—Parece ser que tengo un trabajo que hacer aquí.

—Me alegro mucho. ¿Hablamos? —Lord Pumphrey condujo a Sharpe a lo largo del pasillo iluminado por las velas—. ¿De veras fueron cinco hombres, Richard? Dígame la verdad. ¿Cinco?

—Siete —respondió Sharpe, aunque no se acordaba. Tampoco importaba demasiado. Era un ladrón, un asesino, era un soldado y ahora tenía que darle su

merecido a un chantajista.

SEGUNDA PARTE

LA CIUDAD

CAPÍTULO 4

A Sharpe le dieron una habitación en el desván de la embajada. El tejado era plano y en algún momento había tenido muchas goteras, pues faltaba un buen trozo de revoque y el resto estaba peligrosamente agrietado. Había una jarra de agua encima de una mesa pequeña y un orinal debajo de la cama. Lord Pumphrey se había disculpado por el alojamiento.

—El cónsul de Cádiz se encargó de alquilar las viviendas. Seis casas en total. Yo tengo una de ellas, pero pensé que preferiría quedarse en la embajada.

—Sí, así es —se apresuró a decir Sharpe.

—Ya me lo figuraba. Entonces, nos veremos mañana a las cinco de la tarde.

—Necesito ropa de civil —le recordó Sharpe a su señoría, y cuando se fue a la cama encontró un par de pantalones, una camisa y una chaqueta allí dispuestos para él. Imaginó que la ropa había pertenecido al desafortunado Plummer. Las prendas eran de color negro, demasiado grandes, duras y ligeramente húmedas, como si no se hubieran acabado de secar bien después de lavadas.

Sharpe salió de la embajada a las seis de la mañana. Lo supo porque una veintena de campanas de iglesia dieron la hora lanzando una cacofonía de repiques al viento que arreciaba. No llevaba ni espada ni rifle, pues las dos armas llamaban la atención, aunque había pedido prestada una pistola en la embajada.

—No la necesitaré —había dicho lord Pumphrey la noche anterior.

—No me gusta ir desarmado —replicó Sharpe.

—Seguro que sabe lo que hace —había dicho Pumphrey—, pero no asuste a los lugareños, por lo que más quiera. Ya recelan bastante de nosotros tal como están las cosas.

—Sólo voy a explorar —explicó Sharpe. No tenía otra cosa que hacer. Lord Pumphrey aguardaba un mensaje de los chantajistas. Nadie sabía quiénes eran dichos chantajistas, pero la aparición de la carta en el periódico apuntaba a la facción política más interesada en romper la alianza con los británicos—. Si sus negociaciones fracasan —había dicho Sharpe—, empezaremos por el periódico.

—Mis negociaciones nunca fracasan —afirmó lord Pumphrey con aire presuntuoso.

—Aun así iré a echar un vistazo al periódico —insistió Sharpe, de modo que se marchó temprano y, aunque le habían proporcionado indicaciones precisas, no tardó en perderse. Cádiz era un laberinto de callejones estrechos y oscuros y edificios altos. Allí nadie utilizaba carruaje porque las calles no eran lo bastante anchas, de manera que los ricos iban a caballo, eran transportados en palanquines o caminaban.

Aún no había salido el sol y la ciudad dormía. Las pocas personas que estaban despiertas probablemente todavía no se habían acostado o eran criados que barrían

los patios o acarreaban leña. Un gato se le restregó contra los tobillos y Sharpe se agachó para acariciarlo. Luego enfiló otro callejón adoquinado en cuyo extremo encontró lo que necesitaba, frente a una iglesia. Despertó a un mendigo que dormía en los escalones y le dio una guinea, la chaqueta y el sombrero de Plummer. A cambio obtuvo la capa y el sombrero de ala ancha del mendigo. Las dos prendas estaban grasientas y manchadas.

Caminó hacia lo que atisbaba del alba y se encontró en la muralla de la ciudad. La cara exterior caía abruptamente hacia los muelles del puerto, pero la banqueta se encontraba casi al mismo nivel que las calles de la ciudad. Caminó por la ancha parte superior, donde había unos cañones oscuros y encorvados tras las troneras. Un destello de luz apareció al otro lado del agua, en la península del Trocadero, donde los franceses habían emplazado sus morteros gigantescos. Una compañía de soldados españoles se hallaba apostada en la muralla, y al menos la mitad de ellos estaban roncando. Los perros andaban en busca de comida por el borde de la muralla.

El mundo entero parecía estar durmiendo, igual que la ciudad; mas de pronto, por el este, una explosión de luz partió en dos el horizonte. La luz se extendió plana, como un disco, súbita y blanca, y perfiló los pocos barcos anclados cerca de los muelles para desvanecerse después, retorciéndose sus últimos indicios en una gran flor de humo que se alzó por encima de uno de los fuertes franceses, y entonces llegó el ruido. Un trueno retumbó por la bahía y despertó con un sobresalto a los centinelas que dormían, al tiempo que la granada caía al otro lado de los muros, a unos ochocientos metros por delante de Sharpe. Hubo un breve silencio antes de que estallara el proyectil. La ondulante estela de humo que había dejado la mecha ardiendo permaneció flotando bajo las primeras luces del día. La granada había estallado en un pequeño naranjal y, al llegar allí, Sharpe percibió el olor del humo de pólvora. Le dio un puntapié a un fragmento de casco roto que resbaló por el terraplén. Luego bajó de un salto a la hierba chamuscada, atravesó el naranjal y entró en una calle oscura. Las paredes de las casas eran de un blanco sucio ahora que el amanecer brillaba en el este.

Estaba perdido, pero se encontraba en el extremo norte de la ciudad, que era donde quería estar. Explorando las angostas calles encontró por fin la iglesia con el crucifijo pintado de rojo en su pared exterior. Lord Pumphrey le había contado que el crucifijo lo habían traído de Venezuela y no eran pocos los que creían que el día de San Vicente la pintura roja se convertía en sangre. Sharpe se preguntó cuándo sería dicha fiesta. Le gustaría ver cómo la pintura roja se convertía en sangre.

Se acuclilló en el último escalón de la entrada de la iglesia. La capa mugrienta lo envolvía y el sombrero ancho ocultaba su rostro. La calle no tenía más de cinco pasos de ancho y, casi frente a él, había un edificio de cuatro pisos, señalado con una concha de Vieira de piedra unida con cemento a la fachada blanca. Un callejón corría

junto al lateral de la casa, que contaba con otra ornamentada puerta principal flanqueada por dos ventanas. Éstas tenían los postigos cerrados por dentro mientras que por fuera del cristal había unas rejas gruesas pintadas de negro. Cada uno de los pisos superiores disponía de tres ventanas que daban a unos balcones estrechos. Según le había asegurado Pumphrey, allí era donde se imprimía *El Correo de Cádiz*.

—El edificio pertenece a un hombre llamado Núñez, que es el dueño del periódico. Él vive encima de las instalaciones de la prensa.

No se percibía movimiento en la casa de Núñez. Sharpe se agachó y permaneció inmóvil, con un cuenco de madera que había tomado de la cocina de la embajada junto a él en el escalón. Había puesto unas cuantas monedas en el cuenco, pues recordó que era la manera de estimular la generosidad de la gente, aunque como la calle estaba vacía no había generosidad alguna que estimular. Pensó en los mendigos de su niñez. En Michael el Ciego, que podía ver como un halcón, en Kate la Andrajosa, que alquilaba bebés por dos peniques la hora y les quitaba los mantones a las mujeres bien vestidas del Strand. Llevaba un alfiler de sombrero para hacer llorar a los bebés y a veces, en un buen día, había conseguido dos o tres libras que se había gastado bebiendo en una noche. También estaba Moses el Apestoso, que afirmaba haber sido párroco antes de incurrir en deudas. Le decía la buena ventura a la gente por un chelín.

—Diles siempre que tendrán suerte en el amor, chico —había aconsejado a Sharpe—, pues prefieren ser afortunados en la cama que ir al cielo.

Todo estaba extrañamente tranquilo. Sharpe permaneció agachado y, cuando apareció el primer transeúnte, farfulló las palabras que Pumphrey le había sugerido. Por favor, *Madre de Dios*. Repitió las palabras una y otra vez, y de vez en cuando daba las gracias entre dientes cuando una moneda de cobre caía al cuenco con un tintineo. Durante todo aquel tiempo estuvo observando la casa con la concha de Vieira, y se fijó en que la gran puerta principal no se utilizaba nunca y que los postigos tras las pesadas rejas de las ventanas no se abrían, aun cuando las demás casas de la calle abrieran los suyos para aprovechar la poca luz que penetraba por entre los altos edificios. Seis hombres llegaron a la casa y utilizaron una puerta lateral que había en el callejón. Más avanzada la mañana Sharpe se trasladó hacia allí, mascullando su ensalmo mientras caminaba, volvió a acucillarse, en aquella ocasión justo en la boca del callejón, y vio que un hombre se acercaba a la puerta lateral y llamaba. Se abrió una mirilla, se formuló una pregunta que evidentemente se respondió de manera satisfactoria, y la puerta franqueó la entrada. Durante la siguiente hora tres mozos entregaron unos cajones de embalaje y una mujer trajo un atado de ropa limpia. La mirilla se abrió en todas las ocasiones antes de dejar entrar a los visitantes. La lavandera le echó una moneda en el cuenco a Sharpe.

—*Gracias* —dijo él.

A media mañana un sacerdote salió por la puerta del callejón. Era un hombre alto, de cara larga. Echó una moneda en el cuenco de Sharpe y al mismo tiempo le ordenó algo que Sharpe no entendió, pero el sacerdote señaló la iglesia y Sharpe supuso que le había ordenado que se marchara del callejón. Recogió el cuenco, se dirigió a la iglesia arrastrando los pies y allí vio que le aguardaban problemas.

Tres mendigos habían ocupado su lugar en las escaleras. Todos eran hombres. Al menos la mitad de los mendigos varones de Cádiz eran tullidos, supervivientes de batallas contra británicos o franceses. Estaban mutilados, llenos de cicatrices y cubiertos de úlceras. Algunos de ellos portaban unos letreros con el nombre de las batallas en las que habían resultado heridos, en tanto que otros vestían con orgullo los restos de sus uniformes, pero ninguno de los tres hombres que esperaban allí era tullido ni llevaba uniforme, y los tres miraban a Sharpe.

Se había entrometido. Los mendigos de Londres estaban tan bien organizados como un batallón. Si uno ocupaba un puesto en el que otros mendigos solían obtener sus ganancias sería advertido, y si no hacía caso de la advertencia se haría salir de sus guaridas a los señores de los mendigos. Moses el Apestoso siempre había trabajado en la iglesia de Saint Martin in the Fields, y en una ocasión lo asaltaron dos marineros que lo patearon por toda la calle hasta la puerta del asilo de pobres, donde lo habían despojado de sus monedas y le habían quitado su lugar en la escalinata de la iglesia. A la mañana siguiente Moses el Apestoso volvía a estar en la iglesia y en Moons Yard se hallaron dos cadáveres.

Aquellos tres hombres tenían una misión similar. Cuando Sharpe salió del callejón no dijeron nada, se limitaron a rodearlo. Uno de ellos le cogió el cuenco y los otros dos lo agarraron por los codos y lo condujeron rápidamente hacia el oeste hasta que llegaron a un arco ensombrecido.

—*Madre de Dios* —masculló Sharpe. Seguía agachado, como si tuviera dolor de espalda.

El hombre que sostenía el cuenco exigió saber quién era Sharpe. Éste no entendió su español rápido y coloquial, pero se imaginó lo que quería saber, igual que se imaginó lo que iba a suceder a continuación. Un cuchillo centelleante apareció de debajo de la capa raída de aquel hombre y se acercó al cuello de Sharpe. En aquel momento, el mendigo aparentemente lisiado se convirtió en un soldado. Sharpe agarró a aquel hombre por la muñeca y empujó el cuchillo hacia arriba, y luego hacia su propietario, y sonrió cuando la hoja penetró suavemente en la carne blanda de debajo de la barbilla de aquel individuo. Le dio una última sacudida a la muñeca para que el cuchillo le atravesara la lengua hacia el paladar. El hombre profirió una especie de maullido y la sangre empezó a manar de sus labios. Sharpe, que había liberado fácilmente el brazo derecho, tiró entonces del izquierdo para soltarse y el hombre que tenía a ese lado soltó una potente patada; Sharpe le agarró la bota, la empujó hacia

arriba y el hombre se fue hacia atrás, cayó golpeándose con fuerza contra los adoquines y su cabeza hizo el mismo ruido que la culata de un mosquete al caer sobre una piedra. Sharpe le dio un codazo entre los ojos al tercer individuo. Todo había ocurrido en cuestión de segundos. El primer hombre miraba con los ojos desorbitados a Sharpe, quien entonces sacó su pistola. El hombre que había caído se hallaba ahora de rodillas, atontado. Al segundo le salía sangre por la nariz y la pistola apuntaba a la entrepierna del cabecilla. Sharpe amartilló el arma y, debajo del arco de entrada, el sonido fue alarmante.

El hombre, que no podía abrir la boca porque aún llevaba su propio cuchillo clavado en ella, dejó el cuenco en el suelo. Extendió las manos, como si quisiera ahuyentar el peligro.

—Largaos —dijo Sharpe en inglés y, aunque ellos no lo entendían, obedecieron. Retrocedieron lentamente hasta que Sharpe apuntó la pistola y entonces echaron a correr.

—¡Mierda! —exclamó Sharpe. Tenía la cabeza a punto de estallar. Se tocó el vendaje y se estremeció de dolor. Se agachó a recoger las monedas. Al incorporarse se sintió mareado, por lo que se apoyó a un lado del arco de entrada y levantó la vista, pues eso parecía aliviarle el dolor. En la dovela del arco había una cruz grabada. Se le quedó mirando hasta que el dolor fue aminorando. Se guardó la pistola, que seguía sosteniendo sin la debida atención aunque el arco de entrada era lo bastante profundo para ocultarlo de los pocos transeúntes que pasaban por allí. Se fijó en que las malas hierbas crecían a los pies de la verja, sujeta por un candado grande y anticuado, igual que el que protegía el cobertizo de los botes de la marquesa. Este candado estaba oxidado. Sharpe salió a la calle y vio que las ventanas del edificio tenían los postigos cerrados y estaban atrancadas. Una torre de vigilancia se alzaba por encima del edificio, entre cuyas piedras crecían más hierbajos. Era un edificio abandonado y se encontraba a no más de cuarenta pasos de la casa de Núñez—. Perfecto —dijo Sharpe en voz alta, y una mujer que llevaba una cabra sujeta a un trozo de cuerda se santiguó porque creyó que estaba loco.

Era casi mediodía. Pasó largo rato recorriendo las calles en busca del comerciante que quería encontrar y tuvo que ponerse la capa mugrienta y el sombrero bajo el brazo antes de entrar en la tienda, donde compró un candado nuevo. La cerradura procedía de Gran Bretaña y tenía guardas dentro de la caga de acero para que no pudiera forzarse. El tendero le cobró demasiado, probablemente porque su cliente era inglés, pero Sharpe no discutió. El dinero no era suyo, sino que se lo había dado lord Pumphrey de la caja de la embajada.

Regresó al crucifijo milagroso y se acomodó en los escalones bajo su dosel de piedra. Sabía que los tres hombres regresarían, o al menos dos de ellos, pero no sin antes ir en busca de refuerzos, y calculó que eso le daba una o dos horas de margen.

Un perro investigó los interesantes olores de la capa que le habían prestado y después orinó contra la pared. Las mujeres entraban y salían de la iglesia y la mayoría de ellas le echaban calderilla en el cuenco. Otro mendigo, una mujer, gemía al otro extremo de las escaleras. Intentó trabar conversación con Sharpe, pero lo único que decía él era «Madre de Dios», por lo que la mujer abandonó sus intentos. Él sólo miraba a la casa y se preguntaba cómo podía imaginar siquiera que podría robar nada de allí dentro, en el caso improbable de que las cartas estuviesen allí. Era evidente que el lugar estaba bien protegido y Sharpe supuso que la puerta principal y las ventanas de la planta baja estarían atrancadas. Un monje que iba de casa en casa, probablemente recaudando dinero para beneficencia, había golpeado la puerta en vano hasta que el cura de cara larga apareció por el callejón y le gritó que se fuera. Así pues, la puerta principal no se podía abrir, cosa que sugería que la habían bloqueado, al igual que las dos ventanas enrejadas. Los morteros franceses dispararon dos veces más, pero ninguna de sus granadas cayó cerca, en la calle en la que Sharpe estaba esperando. Él permaneció sentado en las escaleras hasta que las calles se vaciaron cuando la gente se fue a dormir la siesta, y entonces caminó arrastrando los pies hacia el edificio abandonado donde aquellos tres hombres habían intentado robarle. Partió el candado con un adoquín suelto, desenredó la cadena y entró.

Se encontró en un pequeño patio enclaustrado. Una parte del claustro se había derrumbado y el resto de la mampostería estaba chamuscada. Algo había atravesado el tejado de una pequeña capilla que había a un lado y quemado todo lo que había en su interior. ¿Una granada de mortero francés? Sin embargo, por lo que Sharpe veía, los grandes morteros franceses no tenían suficiente alcance para llegar hasta ese punto de la ciudad y, además, los daños eran antiguos. En las zonas chamuscadas crecía el moho, y malas hierbas entre las losas del suelo de la capilla.

Subió la escalera de la torre de vigilancia. La línea del horizonte de la ciudad aparecía salpicada de atalayas, había cerca de doscientas, y Sharpe imaginó que se habrían construido para que los comerciantes pudieran observar la llegada de sus embarcaciones aproximándose desde el Atlántico. O quizá se había construido la primera torre cuando Cádiz era joven, cuando los romanos habían guarnecido la península y vigilaban los movimientos de los piratas cartagineses. Después Cádiz fue ocupada por los moros, que a su vez vigilaban a los asaltantes cristianos, y cuando al fin los españoles se habían apoderado de la ciudad, no tuvieron más remedio que estar alerta ante las incursiones de los bucaneros ingleses. A sir Francis Drake lo habían apodado *el Draco*, y el dragón había llegado a Cádiz y había quemado gran parte de la antigua ciudad, de manera que las torres fueron reconstruidas, una tras otra, porque Cádiz nunca andaba corta de enemigos.

Aquella atalaya tenía seis pisos de altura. El piso de arriba era una plataforma con tejado y balaustrada de piedra y Sharpe se asomó al parapeto poco a poco, para que

nadie que estuviera observando percibiera un movimiento repentino. Miró hacia el este y vio que estaba en lo cierto, aquel lugar era perfecto para vigilar la casa de Núñez, la cual se hallaba a tan sólo unos cincuenta pasos de distancia y quedaba unida al edificio abandonado mediante otras viviendas, todas ellas con tejado plano. Casi todas las casas de la ciudad tenían el techo plano, lugares para disfrutar del sol que rara vez llegaba a los profundos y estrechos barrancos obstruidos por balcones que eran las calles. Las chimeneas proyectaban negras sombras y fue en una de ellas donde Sharpe vio al centinela en casa de Núñez: un solo hombre, con una capa oscura, sentado con un mosquete en las rodillas.

Sharpe se quedó observando casi una hora, durante la cual el hombre apenas se movió. Los morteros franceses habían dejado de disparar pero a lo lejos, en dirección sudeste, el humo de la pólvora flotaba sobre las marismas donde los sitiadores franceses se enfrentaban al pequeño ejército británico que protegía el istmo de Cádiz. El sonido de los cañones quedaba amortiguado, era un mero retumbo distante que, al cabo, también cesó.

Sharpe regresó a la calle y allí cerró la verja, volvió a poner la cadena y utilizó su nuevo candado para asegurarla. Se metió la llave en un bolsillo y empezó a caminar en dirección sudeste, alejándose de la casa de Núñez. Mantuvo el océano a la derecha, a sabiendas de que eso le llevaría a la catedral, donde tenía que encontrarse con lord Pumphrey. Mientras caminaba pensó en Jack Bullen. Pobre Jack, prisionero, y recordó el estallido de humo del mosquete de Vandal. Quedaba una venganza pendiente. Le dolía la cabeza. A veces una punzada de dolor le oscurecía la visión del ojo derecho, lo cual era extraño, porque la herida la tenía en el lado izquierdo de la cabeza. Llegó a la catedral antes de tiempo, de modo que se sentó en el malecón y contempló las grandes olas que llegaban del Atlántico para romper contra las rocas y retirarse de nuevo, blancas. Un pequeño grupo de hombres salvaba el recortado arrecife que se extendía al oeste de la ciudad y en cuyo extremo había un faro. Sharpe vio que iban cargados, probablemente con leña para el fuego que se encendía todas las noches en la plataforma del faro. Avanzaban por entre las rocas con paso vacilante y sólo saltaban cuando el mar retrocedía y la espuma blanca se escurría por las piedras.

Un reloj dio las cinco y Sharpe se dirigió a la catedral que, todavía inacabada, se alzaba imponente por encima de las casas más pequeñas. El techo estaba medio cubierto con lonas, por lo que resultaba difícil decir qué aspecto tendría cuando estuviera completo, pero de momento era un feo e inmenso conjunto de piedra de color gris terroso con unas cuantas ventanas y una telaraña de andamios. A la entrada, que daba a una calle estrecha en la que se amontonaba la mampostería, se accedía por un magnífico tramo de escaleras en las que aguardaba lord Pumphrey, que ahuyentaba a los mendigos con un bastón de punta de marfil.

—¡Dios Santo, Richard! —dijo su señoría al saludar a Sharpe—, ¿de dónde ha sacado esa capa?

—De un mendigo.

Lord Pumphrey iba vestido con sobriedad, aunque un olor a lavanda emanaba de su chaqueta oscura y su larga capa negra.

—¿Ha tenido un día provechoso? —preguntó en tono despreocupado mientras se valía del bastón para apartar a los mendigos y llegar a la puerta.

—Tal vez. Todo depende de si las cartas están en ese periódico, ¿no?

—Confío en que no sea necesario —dijo lord Pumphrey—. Confío en que los chantajistas se pongan en contacto conmigo.

—¿Todavía no lo han hecho?

—Todavía no —respondió Pumphrey. Hundió el índice en la pila del agua bendita y se lo pasó por la frente—. No soy papista, por supuesto, pero no se pierde nada por fingirlo, ¿no? El mensaje insinuaba que nuestros oponentes están dispuestos a vendemos las cartas, pero sólo por una gran cantidad de dinero. ¿No resulta espantoso? —esta última pregunta se refería al interior de la catedral, que a Sharpe no le pareció espantoso, sino espléndido, ornamentado e inmenso. Miraba hacia una larga nave flanqueada por grupos de columnas. De los pasillos laterales salían sendas hileras de capillas en las que brillaban las estatuas pintadas, los altares dorados y las velas que encendían los fieles—. Llevan noventa y tantos años construyéndola —dijo lord Pumphrey—, y ahora las obras prácticamente se han detenido a causa de la guerra. Supongo que algún día la terminarán. Quítese el sombrero.

Sharpe se descubrió rápidamente.

—¿Escribió a sir Thomas?

—Sí. —Lord Pumphrey había prometido escribir una nota solicitando que los fusileros de Sharpe permanecieran en la Isla de León en lugar de embarcarlos rumbo al norte, hacia Lisboa. El viento había soplado del sur durante el día y algunas embarcaciones ya habían zarpado hacia el norte.

—Esta noche iré a buscar a mis hombres —dijo Sharpe.

—Tendrán que alojarse en los establos —repuso Pumphrey— y fingir que son criados de la embajada. Vamos al crucero.

—¿Al crucero?

—A la intersección entre el transepto y la nave. Debajo hay una cripta.

—¿El lugar en el que murió Plummer?

—El lugar en el que murió Plummer. ¿No es lo que quería ver?

El extremo más alejado de la catedral todavía estaba sin construir. Un sencillo muro de ladrillo se alzaba allí donde algún día estarían el presbiterio y el altar mayor. El crucero, situado frente a dicho muro, era un espacio elevado, amplio y aireado, con columnas que se elevaban en cada esquina. Por encima de Sharpe se hallaba la cúpula

inacabada en la que trabajaban unos cuantos hombres en los andamios que subían por cada grupo de columnas y que se extendían luego por la base de la cúpula. En lo alto de los andamios de la cúpula se había sujetado una grúa improvisada con la que dos hombres izaban una plataforma de madera cargada con mampostería.

—Me había parecido entender que ya no construían —dijo Sharpe.

—Supongo que necesitan hacer reparaciones —repuso lord Pumphrey con ligereza. Condujo a Sharpe por un púlpito tras el cual se había construido un arco en una de las enormes columnas. Un tramo de escaleras desaparecía abajo—. El capitán Plummer encontró su muerte ahí abajo —lord Pumphrey señaló las escaleras—. Trato de sentir dolor por su fallecimiento, pero debo decir que era un hombre de lo más odioso. ¿Quiere bajar?

—Por supuesto.

—Dudo mucho que vuelvan a elegir este lugar —comentó su señoría.

—Depende de lo que quieran —dijo Sharpe.

—¿Qué quiere decir?

—Si nos quieren muertos entonces elegirán este lugar. Les funcionó una vez, así pues, ¿por qué no volver a utilizarlo? —Fue el primero en descender por las escaleras y salió a una cámara extraordinaria. Era circular, con un techo bajo y abovedado. En un extremo de la cámara había un altar. Tres mujeres se hallaban arrodilladas frente al crucifijo, pasando las cuentas del rosario entre los dedos mientras miraban a Cristo crucificado, y Pumphrey se dirigió al centro de la cripta de puntillas. Una vez allí se llevó un dedo a los labios y Sharpe supuso que su señoría se mostraba reverente; en cambio, Pumphrey golpeó el bastón con fuerza contra el suelo y el sonido resonó una y otra vez.

—¿No es asombroso? —le preguntó lord Pumphrey. «Asombroso», dijo el eco, y otra vez, y otra, y otra. Una de las mujeres se volvió a mirarlos con el ceño fruncido, pero su señoría le sonrió y le brindó una elegante reverencia—. Aquí uno puede cantar en armonía consigo mismo —dijo Pumphrey—. ¿Le gustaría probar?

A Sharpe le interesaban más los arcos que salían de aquella gran estancia. Había cinco. El del centro conducía a otra capilla que tenía un altar iluminado con velas, en tanto que los otros cuatro eran oscuras cavernas. Sharpe exploró la más cercana y descubrió un pasadizo que salía de ella. El pasadizo rodeaba la estancia mayor y llevaba de una caverna a otra.

—Unos cabrones muy listos, ¿no cree? —le dijo a lord Pumphrey, que lo había seguido.

—¿Listos?

—Plummer debió de morir en medio de la estancia más grande, ¿no?

—Allí estaba la sangre, desde luego. Aún se ve si mira con atención.

—Y esos hijos de puta debían de estar en esas cuevas laterales. Y nunca sabes

dónde están porque van dando vueltas por el pasadizo. Sólo hay un motivo para querer reunirse en un lugar como éste. Es una zona de aniquilamiento. ¿Va a negociar con esos cabrones? Dígales que se reúnan con nosotros en un lugar público, a la luz del día.

—Me temo que tenemos motivos para contemporizar con ellos en lugar de hacerlo contrario.

—Lo que sea que signifique eso —dijo Sharpe—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De mil guineas. Como mínimo. Probablemente sea mucho más.

—¡Demonios! —exclamó Sharpe, y soltó una risa forzada—. Así el embajador aprenderá a elegir sus mujeres con más cuidado.

—Henry pagó las trescientas guineas que perdió Plummer —dijo Pumphrey—, pero puede permitírselo. El hombre que le robó a su esposa tuvo que pagarle una fortuna. Sin embargo, a partir de ahora el dinero será del gobierno.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto nuestros enemigos imprimieron la carta se convirtió en un asunto público, de interés general. Ya no se trata de la desafortunada elección de compañera de cama de Henry, sino de la política británica hacia España. Quizá sea éste el motivo por el que han publicado esa única carta. Hizo aumentar el precio y afectó al presupuesto de su majestad. Si éste era su móvil, debo decir que fue muy ingenioso por su parte.

Sharpe regresó a la estancia central. Se imaginó a los enemigos escondidos alrededor, enemigos que se movían por el pasadizo oculto, enemigos que acechaban desde un arco distinto cada pocos segundos. Plummer y sus compañeros debieron de parecer ratas atrapadas, sin saber de qué agujero saldrían los terriers.

—Suponga que le venden las cartas —dijo—. ¿Qué les impediría guardarse unas copias y publicarlas de todos modos?

—Se comprometerán a no hacerlo. Es una de nuestras condiciones inmutables.

—Pamplinas inmutables —apostilló Sharpe con desdén—. ¡No está tratando con diplomáticos como usted, sino con unos malditos chantajistas!

—Lo sé, Richard —repuso Pumphrey—. Lo sé. No es lo más deseable, pero debemos hacer todo lo posible y confiar en que la transacción se realice con honor.

—¿Significa eso que sólo espera que la suerte lo acompañe?

—¿Eso es malo?

—En batalla, milord, espere siempre lo peor. Entonces estará preparado para ella. ¿Dónde está la mujer?

—¿La mujer?

—Caterina Blázquez, ¿no se llama así? ¿Dónde está?

—No tengo ni idea —respondió Pumphrey con aire distante.

—¿Ella participa en esto? —preguntó Sharpe en tono enérgico—. ¿También quiere unas guineas?

—¡Las cartas se las robaron a ella!

—Eso dice.

—Tiene usted una mente muy desconfiada, Richard.

Sharpe no dijo nada. No le gustaba la manera en que Pumphrey utilizaba su nombre de pila. Denotaba algo más que familiaridad. Sugería que Sharpe era un inferior apreciado, una mascota. Era condescendiente y falso. A Pumphrey le gustaba dar impresión de debilidad, ligereza y frivolidad, pero Sharpe sabía que en aquella cabeza bien amueblada había una mente aguda en funcionamiento. Lord Pumphrey era un hombre que se hallaba cómodo en la oscuridad, un hombre que sabía muy bien que los motivos ocultos eran la fuerza que impulsaba el mundo.

—Creo que usted ya sabe, y muy bien, que van a engañarnos, Pumps —dijo, y fue recompensado por el leve movimiento de una ceja.

—Ése es el motivo por el que pedí su ayuda, capitán Sharpe.

Eso ya estaba mejor.

—No sabemos si las cartas están en el edificio del periódico, ¿verdad?

—No.

—Pero si nos engañan, que lo harán, voy a tener que ocuparme de ellos. ¿Cuál es el objetivo, milord? ¿Robarlas o evitar que se publiquen?

—Al gobierno de su majestad le gustarían ambas cosas.

—Y es el gobierno de su majestad quien me paga, ¿no es cierto? Diez chelines y seis peniques al día, menos cuatro chelines y seis peniques por los gastos del comedor.

—Estoy seguro de que el embajador le recompensará —dijo Pumphrey con frialdad.

Sharpe no respondió. Se dirigió al centro de la estancia donde vio la sangre seca y negra entre las losas. Dio unos golpes en el suelo con la punta del pie y escuchó el eco. Pensó en ruido, ruido y balas. En darles un susto de muerte a esos cabrones. Pero tal vez Pumphrey tuviera razón. Quizá su intención fuera vender las cartas. Sin embargo, Sharpe creía que si elegían aquella cripta para el intercambio era porque querían tanto las cartas como el oro. Subió las escaleras para regresar al crucero de la catedral y lord Pumphrey lo siguió. En la pared de ladrillo provisional había una puerta y Sharpe probó a abrirla. Se abrió fácilmente y por ella se accedía al aire libre y a unos grandes montones de mampostería abandonada que esperaba a que se reanudaran las obras en la catedral.

—¿Ya ha visto suficiente? —le preguntó lord Pumphrey.

—Rece para que no quieran vernos en la cripta —repuso Sharpe.

—Suponga que es así.

—Usted rece para que no lo sea —dijo Sharpe, pues nunca había visto un lugar tan adecuado para emboscarse y asesinar.

Recorrieron las callejuelas en silencio. Una granada de mortero estalló sordamente en el otro extremo de la ciudad y al cabo de un momento empezaron a repicar todas las campanas de las iglesias de la ciudad. Sharpe se preguntó si no tocarían a rebato para que los ciudadanos extinguieran un incendio provocado por la granada. Entonces vio que todos los que estaban en la calle se habían detenido. Los hombres se quitaron el sombrero e inclinaron la cabeza.

—Las *oraciones* —dijo lord Pumphrey, que también se descubrió.

—¿Las qué?

—El oficio de vísperas. —La gente se santiguó cuando las campanas dejaron de sonar. Sharpe y Pumphrey siguieron andando pero tuvieron que pegarse a la fachada de una tienda para dejar pasar a tres hombres que portaban a la espalda unos cargamentos de leña gigantescos—. Es toda importada —comentó lord Pumphrey.

—¿La madera?

—No podemos obtenerla de la península, ¿no es cierto? Así pues, van a buscarla a las Baleares o a las Azores. Cuesta mucho dinero cocinar o mantenerse caliente en el invierno de Cádiz. Por suerte, la embajada recibe carbón desde Gran Bretaña.

Leña y carbón. Sharpe se quedó mirando a aquellos hombres hasta que se perdieron de vista. Le dieron una idea. Una manera de salvar al embajador si esos cabrones no vendían las cartas. Un modo de ganar.

* * * *

El padre Salvador Montseny hizo caso omiso de los dos hombres que manejaban la prensa mientras que ellos, en cambio, eran muy conscientes de su presencia. Había algo inquietante en la calma del sacerdote. Su patrono, Eduardo Núñez, que había traído a Montseny a la imprenta, se hallaba sentado en una silla alta en una esquina de la habitación fumando un cigarro mientras Montseny inspeccionaba la estancia.

—Se ha hecho un buen trabajo —dijo Montseny.

—Ahora no vemos nada —Núñez señaló los rectángulos de ladrillos allí donde antes habían estado las dos ventanas—. La luz ya era mala de todos modos. Ahora trabajamos a oscuras.

—Tienen faroles —observó el padre Montseny.

—Se trata de un trabajo muy delicado —dijo Núñez, y señaló a sus dos empleados. Uno de ellos entintaba el molde de la prensa con una bola de piel de cordero mientras el otro recortaba una hoja de papel.

—Pues háganlo con cuidado —comentó Montseny agriamente. Estaba satisfecho. La única entrada al sótano en el que vivían los dos aprendices de impresor era una

trampilla que había en el suelo de la imprenta, que a su vez ocupaba casi toda la planta baja y era accesible únicamente por la puerta que daba al patio. El primer piso era un almacén abarrotado de papel y tinta al que sólo se podía llegar por una escalera abierta que había junto a la trampilla. El segundo y tercer pisos constituían la vivienda de Núñez, y Montseny había bloqueado la escalera que conducía a la azotea, en la que había un guardia apostado a todas horas que subía a su puesto por una escalera de mano desde el balcón del dormitorio de Núñez. A éste no le gustaban todas aquellas disposiciones, pero le pagaban bien con oro inglés.

—¿De verdad cree que nos atacarán? —preguntó Núñez.

—Espero que lo hagan —contestó Montseny.

Núñez se santiguó.

—¿Por qué, padre?

—Porque entonces los hombres del almirante matarán a nuestros enemigos —respondió Montseny.

—No somos soldados —dijo Núñez con nerviosismo.

—Todos somos soldados —replicó Montseny— que luchamos por una España mejor.

Tenía nueve guardias para proteger la imprenta. Ellos vivían en el almacén de arriba y se hacían la comida en el patio, junto al retrete. Eran unos hombres robustos como bueyes, con manos grandes manchadas por los años que habían pasado entre las jarcias alquitranadas de buques de guerra, todos ellos familiarizados con las armas y todos dispuestos a matar por su rey, por su patria y por su almirante.

Junto al taller de la imprenta había una habitación pequeña. Era el despacho de Núñez, un osario de facturas antiguas, papeles y libros, pero Montseny había echado de allí a Núñez y lo había reemplazado por una criatura que le había proporcionado el almirante; una criatura miserable cargada de humo, empapada en alcohol, que apestaba a sudor y que no merecía llamarse hombre: un escritor. Benito Chávez era grueso, nervioso, malhumorado y presuntuoso. Se había ganado la vida escribiendo opiniones para los periódicos, pero cuando el territorio gobernado por los españoles menguó, los periódicos que aceptaban sus opiniones desaparecieron hasta que sólo le quedó *El Correo de Cádiz*, pero ése, al menos, ahora prometía pagarle bien. Volvió la vista cuando Montseny abrió la puerta.

—Magnífico —dijo—, absolutamente magnífico.

—¿Está borracho?

—¿Cómo quiere que esté borracho? ¡Aquí no hay licor! ¡No, me refiero a las cartas! —Chávez se rió—. Son magníficas. ¡Escuche! «No veo el momento de acariciarte.»

—Ya he leído las cartas —lo interrumpió Montseny con frialdad.

—¡Pasión! ¡Ternura! ¡Lujuria! Escribe bien.

—Usted escribe mejor.

—Por supuesto que sí, claro. Pero me gustaría conocer a esta chica. —Chávez le dio la vuelta a una carta— a esta tal Caterina.

—¿Acaso cree que ella querría conocerle a usted? —preguntó Montseny. Benito Chávez era corpulento, iba vestido de forma descuidada y su barba canosa estaba salpicada de briznas de tabaco junto a él tenía un cubo casi lleno de colillas y ceniza. En un platillo sobre la mesa había dos cigarros a medio fumar—. Caterina Blázquez —dijo Montseny— sólo sirve a los mejores clientes.

—Sin duda sabe cómo desgastar un colchón —comentó Chávez haciendo caso omiso del desprecio de Montseny.

—Haga las copias —le dijo Montseny— y cumpla con su trabajo.

—No es necesario hacer las copias —dijo Chávez—. Lo reescribiré todo y podremos imprimirlo de una vez.

—¿De una vez?

Chávez tomó uno de los cigarros, lo volvió a encender en una vela y se rascó la barriga, que le picaba.

—Los ingleses —dijo—, proporcionan los fondos que mantienen la regencia. Los ingleses suministran los mosquetes para nuestro ejército. Los ingleses nos dan la pólvora para los cañones de las murallas de la ciudad. Los ingleses tienen un ejército en la Isla de León que protege Cádiz. Sin Inglaterra, padre, no hay Cádiz. Si contrariamos lo suficiente a los ingleses, convencerán a la regencia para que cierre el periódico, ¿y de qué servirán entonces las cartas? Así pues, ¡disparemos nuestra munición de una vez! Démosles una descarga que acabe con ellos. Todas las cartas, toda la pasión, todo el sudor en las sábanas, todas las mentiras que escribiré, todo de una vez. Acribíllelos con una sola edición. Entonces ya no importará si cierran el periódico.

Montseny se quedó mirando a la criatura miserable. Reconoció que sus palabras tenían cierto sentido.

—Sin embargo, si no cierran el periódico —señaló— no tendremos más cartas.

—Pero hay más —afirmo Chávez con entusiasmo—. Aquí —revisó las hojas de papel— hay una referencia a la última carta de su excelencia y ésa no está aquí. Supongo que esta criatura maravillosa todavía guarda algunas, ¿verdad?

—Así es.

—Pues hágase con ellas —dijo Chávez—, o no, como quiera. No importa. Yo soy periodista, padre, me invento las cosas.

—Publíquelas de una vez —ordenó Montseny con aire pensativo.

—Necesito una semana —anunció Chávez—, y reescribiré, traduciré e inventaré. Diremos que los ingleses están enviando mosquetes a los rebeldes de Venezuela, que tienen planeado imponer las herejías protestantes en Cádiz. —Hizo una pausa y

chupó el cigarro—. Y diremos —continuó más lenta y pensativamente— que están negociando una paz con Francia que le otorgaría la independencia a Portugal al precio de España. ¡Eso servirá! ¡Deme una semana!

—Diez días —dijo Montseny con un resoplido—. Tiene usted cinco.

El ancho rostro de Chávez adoptó una expresión astuta.

—Trabajo mejor con brandy, padre —hizo un gesto hacia la chimenea vacía—, y aquí dentro hace frío.

—Dentro de cinco días, Chávez —repuso Montseny—, tendrá oro, tendrá brandy y tendrá todo el combustible que pueda quemar. Hasta entonces, trabaje —cerró la puerta.

Ya podía saborear la Victoria.

* * * *

El nuevo viento del sur había permitido que una docena de embarcaciones emprendieran su travesía hasta Portugal. El sargento Noolan y sus soldados se habían marchado, pues les habían ordenado embarcar en un balandro de la armada que llevaba despachos a Lisboa, pero la nota que lord Pumphrey le mandó a sir Thomas Graham bastó para que los fusileros de Sharpe permanecieran en la Isla de León. Aquella noche Sharpe fue a buscarlos a las líneas de tiendas. Se había vuelto a poner el uniforme y había tomado prestado uno de los caballos de la embajada. Ya había oscurecido cuando llegó al campamento, y allí encontró a Harper intentando reavivar una fogata que se extinguía.

—En esa botella hay ron, señor —le dijo Harper señalando con un gesto de la cabeza una botella de cerámica que había en la puerta de la tienda.

—¿Dónde están los demás?

—En el mismo lugar en el que estaré yo dentro de diez minutos. En una taberna, señor. ¿Cómo tiene la cabeza?

—Parece a punto de estallarme.

—¿Ya mantiene el vendaje húmedo tal como le dijo el cirujano?

—Me olvidé.

—El sargento Noolan y sus hombres se han marchado —dijo Harper—. Tomaron un balandro de guerra rumbo a Lisboa. Nosotros nos quedamos, ¿no es eso?

—No por mucho tiempo —repuso Sharpe. Se deslizó de la silla torpemente y se preguntó qué demonios iba a hacer con el caballo.

—Sí, recibimos órdenes del mismísimo teniente general sir Thomas Graham —dijo Harper, poniendo énfasis en el rango y título— que nos transmitió nada menos que lord William Russell —le dirigió una mirada burlona a Sharpe.

—Tenemos un trabajo que hacer, Pat —dijo Sharpe—, hay unos cabrones de la

ciudad que necesitan una paliza.

—¿Un trabajo, eh? —la voz de Harper mostraba un deje de resentimiento.

—¿Está pensando en Joana?

—Sí, señor.

—Sólo serán unos cuantos días, Pat, y podría ser que sacáramos algo de dinero. —Se le había ocurrido que lord Pumphrey tenía razón y que bien podía ser que Henry Wellesley les recompensara generosamente si recuperaban las cartas. Se acercó al fuego y se calentó las manos—. Hemos de conseguir ropa de civil para todos y trasladarlos después a Cádiz un día o dos; sólo entonces podremos volver a casa. Joana esperará.

—Eso deseo. ¿Qué hace con ese caballo, señor? Se está alejando.

—¡Maldita sea! —Sharpe recuperó la yegua—. Voy a llevarlo a las dependencias de sir Thomas. Allí habrá establos. De todos modos quiero verle. Tengo que pedirle un favor.

—Iré con usted, señor —dijo Harper. Abandonó el fuego y Sharpe se dio cuenta de que Harper lo había estado esperando. El irlandés corpulento tomó su rifle, su fusil de descarga múltiple y el resto de su equipo de la tienda—. Si nos dejamos algo aquí, señor, estos cabrones lo robarán. En este ejército no hay más que condenados ladrones. —Harper ya estaba más animado, no porque Sharpe hubiese regresado, sino porque su oficial se había acordado de preguntarle por Joana—. Bueno, ¿qué trabajo es ése, señor?

—Hemos de robar una cosa.

—¡Dios salve a Irlanda! ¿Y nos necesitan a nosotros? ¡Este campamento está lleno de ladrones!

—Quieren un ladrón en quien puedan confiar —dijo Sharpe.

—Supongo que eso es difícil. Déjeme llevar el caballo, señor.

—Tengo que hablar con sir Thomas —le explicó Sharpe al tiempo que le pasaba las riendas—. Después nos reuniremos con los demás. Me vendría bien tomar un trago.

—Creo que va a encontrarse con que sir Thomas está ocupado, señor. Se han pasado toda la tarde corriendo por ahí como estorninos, ya lo creo. Algo se está tramando.

Se adentraron en la pequeña ciudad. Las calles de San Fernando eran mucho más espaciaosas que los callejones de Cádiz y las casas más bajas. En algunas esquinas había lámparas encendidas y la luz salía de las tabernas donde los soldados británicos y portugueses bebían, observados por la omnipresente policía militar. San Fernando se había convertido en una plaza fuerte que albergaba a los cinco mil soldados enviados para proteger el istmo de Cádiz. Sharpe le preguntó a uno de los policías dónde estaban los aposentos de sir Thomas y éste le indicó un callejón que conducía a

los muelles junto a un pequeño río que convertía el istmo en una isla. Dos grandes antorchas llameaban en la puerta del cuartel general, iluminando a un grupo de animados oficiales. Sir Thomas era uno de ellos. Se encontraba de pie en el umbral y era evidente que Harper tenía razón: se estaba tramando algo y el general se hallaba ocupado. Estaba dando órdenes, pero en cuanto vio a Sharpe se detuvo.

—¡Sharpe! —gritó.

—¿Señor?

—¡Buen chico! ¿Quiere venir? ¡Buen chico! Willie, cuide de él. —Sir Thomas no dijo nada más, se dio la vuelta bruscamente y, acompañado por media docena de oficiales, se dirigió hacia el río.

Lord William Russell se volvió hacia Sharpe.

—¡Va a venir! —dijo lord William—. ¡Bien!

—¿Adónde? —preguntó Sharpe.

—A cazar ranas, por supuesto.

—¿Necesito un caballo?

—¡Por Dios, no! A menos que sepa nadar.

—¿Puedo guardarlo en la cuadra?

—¡Pearce! —gritó lord William—. ¡Pearce!

—Estoy aquí, su señoría. Estoy aquí, siempre presente y correcto, señor. —Un soldado de caballería patizambo que parecía lo bastante mayor como para ser el padre de lord William apareció por el callejón que había junto al cuartel general—. Su señoría ha olvidado el sable de su señoría.

—¡Dios Santo! ¿Lo he olvidado? Es cierto, Pearce. —Lord William tornó el sable que le ofrecían y lo deslizó en la vaina—. Cuide del caballito del capitán Sharpe, Pearce, ¿quiere? Buen chico. ¿Seguro que no quiere venir con nosotros?

—Tengo que prepararle el desayuno a su señoría.

—Así es, Pearce, así es. Espero que sea filete, ¿no?

—¿Puedo desearle una buena cacería a su señoría? —dijo Pearce al tiempo que sacudía una mota de polvo de una de las charreteras de lord William.

—Aunque raro, resulta muy amable por su parte, Pearce, gracias. Vamos, Sharpe, no podemos entretenernos. ¡Tenemos que atrapar la marea! —Lord William se puso en marcha detrás de sir Thomas con un correteo. Sharpe y Harper, que seguían desconcertados, lo siguieron hasta un largo embarcadero donde, bajo la leve luz de la luna, Sharpe vio unas filas de casacas rojas que subían a unos botes. El general Graham iba vestido con botas negras, bombachos negros, casaca negra y un sombrero bicornio negro. Portaba un *claymore* al cinto y estaba hablando con un oficial de la armada, pero interrumpió su conversación el tiempo suficiente para saludar de nuevo a Sharpe.

—¡Buen chico! ¿Cómo tiene la cabeza?

—Sobreviviré, señor.

—¡Así me gusta! Éste es su bote. Suba.

El bote era una gabarra grande, de fondo plano, tripulada por una veintena de marineros con largos remos. Mediante un salto corto se alcanzaba la amplia cubierta de popa. La bodega de la barcaza ya estaba ocupada por casacas rojas sonrientes.

—¿Qué demonios estamos haciendo? —preguntó Harper.

—¡Que me aspen si lo sé! —repuso Sharpe—, pero necesito hablar con el general y parece que no tendré mejor oportunidad que ésta.

Detrás había otras cuatro gabarras, y poco a poco se iban llenando todas de casacas rojas. Un oficial de ingenieros arrojó un rollo de mecha rápida en una de las barcazas posteriores. Unos cuantos de sus soldados transportaron barriles de pólvora a la bodega. Lord William Russell saltó detrás de Sharpe, mientras que el general Graham, que casi se había quedado solo en el muelle, caminaba por encima de las barcazas.

—¡No fumen, muchachos! —gritó el general—. No podemos permitir que los franceses vean una luz porque ustedes fumen una pipa. Nada de ruido tampoco. Y asegúrense de que sus armas no están amartilladas, maldita sea. Y diviértanse, ¿me oyen? Diviértanse. —Repitió las órdenes a los soldados de todas las barcazas y después bajó a la última de ellas. La amplia cubierta de popa tenía espacio para una docena de oficiales de pie o sentados y todavía quedaba sitio para el marinero que manejaba la larga caña del timón.

—Estos bribones —dijo sir Thomas dirigiéndose a Sharpe e indicando los casacas rojas agachados en la bodega de la gabarra— son del 87. °. ¿Eso es lo que son, muchachos? ¿Unos malditos rebeldes irlandeses?

—¡Lo somos, señor! —respondieron dos o tres de los soldados.

—Y no encontrará mejores soldados a este lado de las puertas del infierno —afirmó sir Thomas en voz lo bastante alta para que lo oyeran los irlandeses—. Bienvenido, Sharpe.

—¿Bienvenido a qué, señor?

—¿No lo sabe? ¿Entonces por qué ha venido?

—He venido a pedirle un favor, señor.

Sir Thomas se echó a reír.

—¡Y yo que pensaba que quería unirse a nosotros! Bueno, el favor tendrá que esperar, Sharpe, tendrá que esperar. Tenemos trabajo que hacer.

Las gabarras habían soltado amarras y ahora los remos las empujaban por un canal a través de las marismas que bordeaban la Isla de León. Por delante de Sharpe, al norte y al este, la llana y alargada silueta negra de la península del Trocadero apenas se percibía en la noche. Unas chispas de luz revelaban la ubicación de los fuertes franceses. Lord William le explicó que había tres fuertes. El más alejado era el

de Matagorda, que a su vez era el más cercano a Cádiz, y era el gigantesco mortero que había en el fuerte de Matagorda el que mayor daño había causado en la ciudad. Al sur de dicho baluarte se encontraba el fuerte de San José y, más al sur todavía, más próximo a la Isla de León, estaba el fuerte de San Luis.

—Lo que estamos haciendo —explicó lord William— es ir remando más allá de San Luis, hasta el río. La desembocadura del río es una cala, y cuando lleguemos allí, Sharpe, nos encontraremos justo entre el San Luis y el San José. Podría decirse que estaremos enfilados.

—¿Y qué hay en la cala?

—Cinco malditas y grandes lanchas incendiarias —sir Thomas Graham había oído la pregunta de Sharpe y la respondió—. Esos cabrones están esperando a que sople un viento fresco del norte para lanzarse contra nuestra flota. No podemos permitirlo. —La flota, formada en su mayor parte por pequeños barcos de cabotaje y unos cuantos mercantes, se estaba congregando para transportar a los hombres de Graham y al ejército español del general Lapeña al sur. Desembarcarían en la costa y marcharían hacia el norte para atacar las líneas de asedio desde la retaguardia—. Hemos previsto quemar las balsas esta noche —prosiguió sir Thomas—. No llegaremos allí hasta pasada medianoche. Quizá pueda conceder al 87.º el honor de su compañía, ¿eh?

—Será un placer, señor.

—¡Comandante Gough! ¿Conoce al capitán Sharpe?

Un oficial de aspecto enigmático apareció al lado de sir Thomas.

—No, señor —dijo Gough—, pero le recuerdo de Talavera, Sharpe.

—Esta noche Sharpe y su sargento tendrán el privilegio de combatir con nuestros muchachos, Hugh —dijo sir Thomas.

—Serán bien recibidos, señor —Gough hablaba con un suave acento irlandés.

—Avisé a sus muchachos de que tendrán la compañía de dos fusileros descarriados, ¿quiere? —le pidió sir Thomas—. No queremos que sus granujas disparen a dos hombres que capturaron un águila francesa.

»Ya está, Sharpe. El comandante Gough desembarcará a sus hombres en el extremo sur de la cala. Allí hay unos cuantos guardias, pero no resultará difícil ocuparnos de ellos. Me figuro que después los franceses enviarán un destacamento de refuerzo desde el fuerte de San Luis, de manera que la cosa tendría que ponerse bastante interesante.

El plan de sir Thomas consistía en desembarcar dos gabarras en la orilla sur y dos en la norte, y los soldados que desembarcaran ahuyentarían a los guardias franceses y defenderían la cala de los esperados ataques. Mientras tanto, la quinta gabarra, la que transportaba a los ingenieros, se dirigiría hacia las lanchas incendiarias que se hallaban a cierta distancia de los campamentos gemelos franceses situados río arriba,

las capturarían y colocarían sus explosivos.

—Parecerá el aniversario de la Conspiración de la Pólvora —dijo sir Thomas con expresión rapaz.

Sharpe se acomodó en cubierta. Lord William Russell había comprado salchicha fría y una botella de vino. Cortaron la salchicha en rodajas y la botella fue pasando de mano en mano mientras los marineros se balanceaban con el oleaje y la gabarra se iba abriendo camino por entre la marejada. De pie junto al timonel había un español.

—Es nuestro guía —le explicó sir Graham—. Un buen tipo.

—¿No nos odia, señor? —preguntó Sharpe.

—¿Odiarnos?

—No dejan de decirme que los españoles nos odian, señor.

—Él odia a los franceses, igual que yo, Sharpe. Si hay una constancia en este valle de lágrimas es la de odiar siempre a los malditos franceses, siempre —sir Thomas habló con verdadero fervor—. Confío en que odiará usted a los franceses, ¿eh, Sharpe?

Sharpe no respondió enseguida. ¿Odiarlos? No estaba seguro de ello.

—No me gustan esos cabrones, señor —contestó.

—Antes, a mí sí —dijo sir Thomas.

—¿Antes? —preguntó Sharpe, desconcertado.

—Antes me gustaban —dijo sir Thomas. El general tenía la mirada fija al frente, dirigida hacia las pequeñas luces que brillaban a través de las troneras de los fuertes—. Me gustaban, Sharpe. Me alegré mucho de su revolución. Creía que sería el despertar de la humanidad. Libertad. Igualdad. Fraternidad. Yo creía en todas esas cosas, y sigo creyendo en ellas, pero ahora odio a los franceses. Los odio desde el día en que murió mi esposa, Sharpe.

Sharpe se sintió casi tan incómodo como cuando el embajador le había confesado su estupidez al escribirle cartas de amor a una prostituta.

—Lo siento, señor —masculló.

—Fue hace diecinueve años —le contó sir Thomas, al parecer ajeno a la inoportuna compasión de Sharpe—, a poca distancia de la costa sur de Francia. El 26 de junio de 1792 fue el día en que mi querida Mary murió. Llevamos su cuerpo a tierra, lo depositamos en un ataúd y mi deseo fue el de que fuera enterrada en Escocia. Así pues, alquilamos una barcaza que nos llevara a Burdeos, donde podríamos encontrar un barco que nos llevara a casa. Y en las afueras de Toulouse, Sharpe —la voz del general se estaba convirtiendo en un gruñido a medida que narraba la historia—, una multitud de granujas franceses medio borrachos se empeñaron en registrar la barcaza. Les mostré mis permisos, les supliqué, les rogué que mostraran respeto, pero no me hicieron caso, Sharpe. Eran soldados que vestían el uniforme de Francia, y rompieron el ataúd y abusaron de mi querida Mary en su

sudario, y desde ese día, Sharpe, mi corazón se ha endurecido contra su maldita raza. Me alisté en el ejército para poder vengarme y cada día le pido a Dios que me deje vivir el tiempo suficiente para ver barrido de la faz de la tierra hasta el último de esos condenados franceses.

—Amén a eso —terció lord William Russell.

—Y esta noche, por mi Mary —anunció sir Thomas con deleite—, mataré a unos cuantos más.

—Amén a eso —dijo Sharpe.

* * * *

El suave viento que soplabla del oeste levantaba unas olas diminutas en la bahía de Cádiz, razón por la cual las cinco gabarras avanzaban lentamente, casi invisibles contra el agua negra. No hacía verdadero frío, sólo fresco, pero Sharpe lamentó no haber llevado puesto un capote. A unos ocho kilómetros al norte y a cierta distancia a su izquierda, las luces de Cádiz brillaban trémulas contra las paredes blancas y creaban una franja pálida entre el mar y el cielo, en tanto que, más cerca, quizás a un kilómetro y medio hacia el oeste, la luz amarilla de los faroles salía por las ventanas de popa de las embarcaciones ancladas. Allí, sin embargo, en las entrañas de la bahía, no había ninguna luz, sólo el chapoteo de las palas de los remos pintados de negro.

—Hubiera sido más rápido —sir Thomas rompió un prolongado silencio— haber ido a remo desde la ciudad, pero si hubiéramos puesto las gabarras contra los muelles de la ciudad, los franceses habrían detectado nuestra presencia. Por eso anoche no le hablé de esta excursión. Si hubiera dicho una sola palabra de lo que estábamos planeando, los franceses se hubiesen enterado de todo antes del desayuno.

—¿Cree que tienen espías en la embajada, señor?

—Tienen espías por todas partes, Sharpe. Toda la ciudad está plagada de ellos. Envían sus mensajes con los barcos de pesca. Esos cabrones ya saben que vamos a mandar un ejército para atacar sus líneas de asedio y sospecho que el mariscal Victor sabe más sobre mis planes que yo mismo.

—¿Los espías son españoles?

—Me imagino que sí.

—¿Por qué sirven a los franceses, señor?

Sir Thomas se rió con la pregunta.

—Bueno, algunos de ellos piensan como yo pensaba antes, Sharpe..., que la libertad, la igualdad y la fraternidad son fines admirables. Y lo son, pero en manos francesas sabe Dios que no. Y hay otros que simplemente odian a los británicos.

—¿Por qué?

—Por muchos motivos, Sharpe. ¡Si hace apenas catorce años bombardeamos

Cádiz, por Dios! ¡Y hace seis años destrozamos su flota en Trafalgar! Y casi todos los comerciantes locales creen que queremos destruir su comercio con Sudamérica y quedárnoslo para nosotros, y tienen razón. Nosotros lo negamos, por supuesto, pero perseveramos en el intento. Y creen que estamos fomentando la rebelión en las colonias sudamericanas, y no van desencaminados. Nosotros impulsamos la rebelión, aunque ahora finjamos que no es cierto. Después está el tema de Gibraltar. Nos odian por haber ocupado Gibraltar.

—Pensaba que nos lo habían dado, señor.

—Sí, así es, por el Tratado de Utrech de 1713, pero fueron unos completos mentecatos al firmar ese pedazo de papel y ellos lo saben perfectamente. Así pues, son bastantes los que nos odian, y ahora los franceses están divulgando el rumor de que también nos anexionaremos Cádiz. Sabe Dios que no es cierto, pero los españoles están dispuestos a creerlo. Además, en España hay gente que cree con fervor que una alianza con Francia le sería más útil a su país que la amistad con los británicos, y no estoy seguro de que se equivoquen. Pero aquí estamos, Sharpe, aliados tanto si nos gusta como si no. Y hay muchos españoles que odian a los franceses más que a nosotros, de modo que todavía hay esperanza.

—Siempre hay esperanza —terció lord William Russell alegremente.

—Sí, Willie, tal vez —dijo sir Thomas—, pero cuando España se reduce a Cádiz y lord Wellington sólo retiene el territorio en tomo a Lisboa resulta difícil ver la manera de arrojar a esos cerdos franceses a sus pocilgas. Si Napoleón supiera maniobrar adecuadamente les devolvería su rey a los españoles para hacer las paces. Entonces nos darían una buena paliza.

—Al menos los portugueses están de nuestro lado —comentó Sharpe.

—¡Cierto! Y son unos tipos magníficos. Tengo dos mil portugueses aquí.

—Si es que combaten —dijo lord William con desconfianza.

—Combatirán —dijo Sharpe—. Estuve en Bussaco. Lucharon.

—¿Qué ocurrió? —preguntó sir Thomas, y la narración de dicha historia acercó la gabarra a la costa de la península del Trocadero, erizada de carrizos. El fuerte San Luis estaba cerca de allí. Se hallaba a unos doscientos o trescientos pasos tierra adentro, donde las marismas daban paso a un terreno lo bastante firme para sostener las sólidas murallas. Al otro lado del foso lleno de agua del fuerte, Sharpe distinguió un pequeño brillo de luz por encima del glacis. Fue un error por parte de los franceses. Sharpe supuso que los centinelas tenían braseros ardiendo en la banqueta para mantenerse calientes, y hasta la leve luz de las brasas les dificultaría la visión de cualquier cosa que se moviera en los negros bajíos. Sin embargo, el mayor peligro no eran los centinelas del fuerte, sino los botes de vigilancia, y sir Thomas advirtió con un susurro que debían permanecer muy alerta.

—Estén atentos por si oyen los remos —sugirió.

Estaba claro que los franceses poseían una docena de botes de vigilancia. Los habían visto al atardecer, cuando patrullaban la baja costa del Trocadero, pero ahora no había ni rastro de ellos. O se habían adentrado más en la bahía o, más probablemente, el frío viento había conducido a su tripulación de vuelta a la cala. Sir Thomas suponía que las tripulaciones de los botes las constituían soldados en lugar de marineros.

—Estos cabrones nos están eludiendo, ¿verdad? —murmuró.

Una mano tocó el hombro de Sharpe.

—Soy el comandante Gough —dijo una voz desde la oscuridad—, y éste es el alférez Keogh. Quédese con él, Sharpe, y le garantizo que no le dispararemos.

—Probablemente —lo corrigió el alférez Keogh.

—Probablemente él no le dispare —el comandante Gough aceptó la corrección.

Un resto de luz delantera permitió que Sharpe viera que el alférez Keogh era demasiado joven, un muchacho con un rostro delgado e impaciente. La luz provenía de las fogatas del campamento, que ardían a unos cuatrocientos metros por delante. Los cinco botes viraron para entrar en la cala, surcando el agua con sigilo para evitar los sauces que señalaban el canal poco profundo, y las fogatas ardían allí donde los centinelas franceses vigilaban las lanchas incendiarias. Los remos negros de las gabarras apenas rozaban el agua. El oficial de la marina que guiaba los botes había calculado el tiempo de manera que la expedición llegara al término de la pleamar para que así el montante llevara las barcazas contra la pequeña corriente del río. Cuando terminara el ataque la marea habría cambiado y el reflujo se llevaría de allí a los británicos a toda prisa. Ningún francés había visto los botes todavía, aunque no había duda de que los centinelas estaban de servicio, pues Sharpe distinguió un uniforme azul con correa blanca junto a una de las fogatas.

—Los odio —dijo sir Thomas en voz baja—. ¡Dios, cómo los odio!

Sharpe divisaba el débil trazo de luz que se filtraba por encima del glacis del fuerte de San José. Parecía encontrarse a unos ochocientos metros de distancia. A un disparo largo de cañón, pensó, sobre todo si los franceses utilizaban metralla, pero el fuerte situado más al sur, el de San Luis, se encontraba mucho más cerca, lo bastante cerca para hacer trizas la cala con botes de metralla, que eran unos proyectiles de balas de mosquete revestidas con cilindros de hojalata que estallaban en la boca del cañón. Las balas, cientos de ellas, se diseminaban como perdigones. Sharpe odiaba los botes de metralla. Todos los soldados de infantería los odiaban.

—Esos desgraciados están dormidos —murmuró lord William.

A Sharpe lo acometió un sentimiento de culpabilidad. Había quedado en encontrarse con lord Pumphrey a mediodía para averiguar si los chantajistas habían mandado algún mensaje, y aunque dudaba que hubiera habido noticias, sabía que su sitio estaba en Cádiz, no allí. Su deber era para con Henry Wellesley, no para con el

general Graham, y sin embargo allí estaba, y lo único que podía hacer era rezar para no quedar destripado por los disparos nocturnos de metralla, Llevó la mano a la empuñadura de la espada y lamentó no haber afilado la hoja antes de salir. Le gustaba entrar en combate con la hoja afilada. Después tocó su rifle. No había muchos oficiales que llevaran un arma larga, pero Sharpe no era como la mayoría de oficiales. Él había nacido, se había criado y había luchado en los bajos fondos.

Entonces la proa de la gabarra rozó suavemente el barro.

—Vamos a matar a unos cuantos cabrones —dijo sir Thomas, resentido.

Y desembarcaron las primeras tropas.

CAPÍTULO 5

Sharpe saltó de la gabarra y el agua le llegó por encima de las botas. Vadeó hasta la orilla siguiendo al alférez Keogh, quien llevaba un bicornio que parecía una reliquia de su abuelo. El sombrero tenía unos picos exageradamente ganchudos de los que colgaban unas borlas pobres y estaba coronado por un enorme penacho azul que hacía juego con las vueltas de las casacas rojas del 87.º.

—Sigan, sigan, sigan —dijo Keogh entre dientes. No se dirigía a Sharpe, sino a un sargento fornido y a una veintena de soldados que por lo visto aquella noche se hallaban bajo su responsabilidad. El sargento se había quedado enredado en una trampa de mimbre para peces y maldecía mientras intentaba sacársela de las botas a puntapiés—. ¿Necesita ayuda, sargento Masterson? —preguntó Keogh.

—¡Por Dios, no, señor! —respondió Masterson, que pisoteó los restos de la trampa—. Ha sido esta maldita cosa, señor.

—¡Calen las bayonetas, muchachos! —ordenó Keogh—. ¡Háganlo sin hacer ruido, ahora!

A Sharpe le pareció extraordinario que unos cuatrocientos o quinientos soldados pudieran desembarcar tan cerca de los campamentos gemelos situados a orillas del río sin que nadie se diera cuenta, pero los franceses seguían ajenos a la presencia de sus atacantes. Sharpe distinguió unas tiendas pequeñas a la luz de las hogueras, y entre las tiendas había unos burdos refugios hechos con ramas y techados con juncos. A las puertas de una tienda combada se distinguían unos cuantos mosquetes agrupados y Sharpe se preguntó por qué, en nombre de Dios, los franceses habían proporcionado tiendas a esos hombres. Se suponía que los soldados tenían que estar vigilando las lanchas, no durmiendo, pero al menos unos cuantos centinelas aún permanecían despiertos. Dos de ellos deambulaban lentamente por el campamento con los mosquetes colgados al hombro y sin sospechar nada, mientras que una segunda gabarra vertía otra compañía de casacas rojas que se sumaron a los soldados del 87.º. Otras dos compañías vadeaban hacia la costa en la orilla norte.

—*For a balla*, muchachos —pareció que decía el comandante Gough en voz baja y tono apremiante por detrás de los soldados de Keogh—, *for a balla!*

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sharpe a Harper con un susurro.

—*Faugh a ballagh*, señor. Significa dejen paso. Quítense de en medio porque vienen los irlandeses. —Harper había desenvainado la bayoneta espada. Al parecer reservaba para más adelante las siete balas del fusil de descarga múltiple—. ¡Y ya lo creo que venimos! —dijo, y encajó la empuñadura metálica de la bayoneta en la boca del rifle de modo que el cañón sostenía entonces casi sesenta centímetros de mortífero acero.

—¡Vamos, vamos, adelante! —el comandante Gough volvió al inglés, pero siguió

hablando en voz baja—. Maten a esos hijos de mala madre. Pero háganlo sin hacer ruido, muchachos. No despierten a esas beldades hasta que no haya más remedio.

El 87.º empezó a avanzar y sus bayonetas destellaron con la débil luz de las hogueras. Los soldados amartillaron sus mosquetes y Sharpe tuvo la seguridad de que los franceses habían oído los chasquidos, pero el enemigo permaneció en silencio. El primero que se percató del peligro fue un centinela de la orilla norte. Quizá viera las formas oscuras de las gabarras en la cala, o quizá percibiera el brillo de las hojas que se acercaban por el oeste pero, fuera lo que fuese lo que lo alarmó, provocó un ahogado grito de asombro seguido por un estallido cuando disparó su mosquete.

—*Faugh a ballagh!* —gritó el comandante Gough—. *Faugh a ballagh!* ¡Duro con ellos, muchachos, duro con ellos! —Una vez perdido el elemento sorpresa, Gough no tenía intención de realizar un avance lento y disciplinado. Sharpe recordaba al batallón de Talavera y sabía que formaban una unidad, pero ahora Gough quería velocidad y violencia—. ¡Adelante, granujas! —gritó—. ¡Acaben deprisa con ellos! ¡Y aúllen como demonios! ¡Aúllen!

Los soldados respondieron a su orden dando voces desaforadas. Empezaron a correr por la marisma, a trompicones por las matas de hierba y saltando pequeñas zanjas. El abanderado Keogh, joven y ágil, corría delante con su espada de oficial de hoja fina en alto.

—*Faugh a ballagh!* —gritaba—. *Faugh a ballagh!* —saltó por encima de una zanja con las piernas muy abiertas y la vaina golpeteando mientras que con la mano derecha sujetaba su descomunal sombrero para que no se le cayera. Tropezó, pero el sargento Masterson, que casi era tan grande como Harper, agarró al alférez de aspecto frágil y le devolvió el equilibrio.

—¡Mátenlos! —gritó Keogh—. ¡Mátenlos! —Los mosquetes estallaron entre las fogatas, pero Sharpe no oyó pasar ni una sola bala ni vio caer a nadie. Los franceses, desperdigados y adormilados, salían como podían de sus tiendas y refugios. Un oficial en cuya espada se reflejaba la luz de las hogueras intentó formar a sus tropas, pero los gritos de los atacantes irlandeses bastaron para que los franceses recién levantados huyeran adentrándose en la oscuridad. Los irlandeses de Gough dispararon algunos mosquetes, aunque casi todo el trabajo lo hizo la mera amenaza de sus bayonetas de cuarenta y tres centímetros. Una mujer con las piernas desnudas hizo un rebujo con la ropa de cama y salió tras su hombre a toda prisa. Dos perros corrían en círculos, ladrando. Sharpe vio un par de hombres a caballo que desaparecían en la oscuridad por detrás de él. Se dio la vuelta rápidamente y alzó el rifle, pero los jinetes ya habían rebasado el flanco irlandés y se habían sumido en la negrura hacia el lugar donde habían tomado tierra las gabarras. Keogh se había adelantado, seguido por sus soldados, y Sharpe lo perdió de vista, pero él se quedó atrás con Harper.

—Nosotros llevamos casacas verdes, Pat —le advirtió—. Si no tenemos cuidado alguien podría tomarnos por franchutes.

Tenía razón. Media docena de soldados con las vueltas de sus casacas rojas de color amarillo aparecieron de repente por entre las fogatas y Sharpe vio un mosquete que se alzaba hacia él.

—¡Noventa y cinco! —gritó—. ¡Noventa y cinco! ¡No disparen! ¿Quiénes son?

—¡Sesenta y siete! —le respondió una voz. El 67.º era un regimiento de Hampshire que había avanzado con más lentitud que los irlandeses pero manteniendo un orden cerrado. Un capitán los dirigía entonces hacia el sudeste para vigilar el perímetro interior del campamento capturado mientras que el comandante Gough les gritaba a sus irlandeses que retrocedieran por entre las tiendas y formaran un cordón similar en el lado de la bahía. Mientras caminaba con Harper hacia donde estaba Gough, Sharpe iba clavando la espada en las pequeñas tiendas y en una de las ocasiones obtuvo un chillido como respuesta. Retiró las portezuelas de lona y dentro vio a dos franceses encogidos de miedo.

—¡Fuera! —gruñó Sharpe. Los franceses salieron arrastrándose y aguardaron a sus pies, temblando—. Ni siquiera sé si tenemos que hacer prisioneros —dijo.

—No podemos matarlos sin más —repuso Harper.

—No voy a matarlos —contestó Sharpe con un gruñido—. ¡En pie! —Pinchó a los hombres con la espada y los condujo hacia otro grupo de prisioneros escoltados por los casacas rojas de Hampshire. Uno de ellos estaba agachado junto a un chico francés que no parecía tener más de catorce o quince años. El muchacho había recibido un balazo en el pecho y estaba muriendo ahogado, golpeando el suelo con los talones en un horrible tamborileo.

—Tranquilo, muchacho —le decía el soldado de Hampshire mientras le acariciaba la mejilla al chico moribundo—. Tranquilo. —En la otra orilla chisporroteó una repentina ráfaga de disparos de mosquete que se desvanecieron con la misma rapidez con la que habían surgido, y se hizo evidente que los casacas rojas habían tenido el mismo éxito allí que sus compañeros en la orilla sur.

—¿Es usted, Sharpe? —era sin duda la voz del comandante Gough.

—Sí, señor.

—Esto ha sido condenadamente rápido —comentó Gough, que parecía decepcionado—. ¡Esos tipos se limitaron a echar a correr! No se resistieron en absoluto. ¿Me hará el honor de informar al general Graham que esta orilla es segura y que no hay ningún contraataque a la vista? Tendría que encontrar al general junto a las balsas.

—Será un placer, señor —respondió Sharpe. Cruzó de nuevo con Harper el campamento capturado.

—Creía que íbamos a combatir un poco —comentó Harper, que parecía tan

decepcionado como Gough.

—Esos cabrones estaban durmiendo, ¿no es cierto?

—¿Y he venido hasta aquí sólo para ver cómo una panda de dublineses despierta a unos franchutes?

—¿Los soldados de Gough son de Dublín?

—Allí se formó el regimiento, señor —Harper vio una mochila francesa abandonada, la recogió y rebuscó en su interior—. ¡Vaya mierda! —exclamó, y volvió a tirarla—. ¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

—El que sea necesario. ¿Una hora, tal vez?

—¿Tanto?

—Los ingenieros tienen mucho trabajo que hacer, Pat —le explicó Sharpe, y de pronto pensó en el pobre Sturridge, que había confiado en que Sharpe lo mantendría con vida en el Guadiana.

Encontraron al general Graham en la orilla en la que estaban amarradas las lanchas incendiarias. La quinta gabarra, la que transportaba a los ingenieros, se había atado a la lancha más próxima, en la que había dos franceses muertos.

Cada una de las cinco lanchas consistía en una gran plataforma cuadrada de madera, con un mástil corto en el que podía sujetarse un retazo de vela. Los franceses se habían mantenido a la espera de una noche oscura, con viento del norte y la marea alta para conducir las lanchas hacia la flota que aguardaba para llevar al ejército al sur. Las lentas y pesadas balsas hubieran estado tripuladas por voluntarios que las habrían guiado hasta una distancia de un cuarto de milla del fondeadero y allí hubieran encendido las mechas de combustión lenta para luego escapar de aquel infierno en sus botes de remos. Si las lanchas hubiesen conseguido meterse entre las embarcaciones británicas y españolas habrían provocado el pánico. Los barcos hubieran cortado los cables del ancla antes que ser pasto de las llamas y, desanclados, el viento los hubiera empujado los unos contra los otros, o hacia las marismas de la Isla de León, y mientras tanto las monstruosas lanchas incendiarias seguirían flotando, provocando más caos. Todas ellas iban cargadas de barriles con munición incendiaria y pedazos de leña, y armadas con viejos cañones en su perímetro. El oído de los cañones estaba conectado a los barriles llenos de munición incendiaria mediante mechas de combustión lenta. Los cañones, algunos de los cuales parecían tener doscientos años, eran todos pequeños, pero Sharpe imaginó que estarían cargados con proyectiles, metralla y cualquier otra cosa que los franceses pudieran meter por sus bocas, de manera que las balsas en llamas escupirían balas, granadas y muerte al tiempo que se adentraban pesadamente en el abarrotado fondeadero.

Los ingenieros se encontraban colocando sus cargas y tendiendo mecha rápida hasta la orilla sur, donde se hallaba el general Graham con sus ayudantes de campo. Sharpe le transmitió el mensaje de Gough y sir Thomas asintió con la cabeza.

—Son unos artefactos infernales, ¿verdad? —dijo, señalando la balsa más cercana con un gesto de la cabeza.

—¡Balgowan! —exclamó una voz desde la orilla norte—. ¡Balgowan!

—¡Perthshire! —respondió sir Thomas con un bramido.

—¡Todo asegurado en este lado, señor! —gritó la voz.

—¡Buen chico!

—¿Balgowan, señor? —preguntó Sharpe.

—Es la contraseña —respondió sir Thomas—. Debería habérselo dicho. Balgowan es el lugar en el que me crié, Sharpe. Es el lugar más hermoso de esta tierra de Dios —hablaba con el ceño fruncido, con la mirada fija hacia el sur, hacia el fuerte de San Luis—. Todo ha resultado demasiado fácil —comentó con preocupación.

Sharpe no dijo nada porque el teniente general sir Thomas Graham no necesitaba sus comentarios.

—Eran tropas malas —sir Thomas se refería a los franceses que presumiblemente se encontraban vigilando las lanchas—. Eso es lo que pasa. Al nivel de batallón, ahí es donde las cosas empiezan a decaer. Le apuesto su paga de un año contra la mía, Sharpe, a que los oficiales superiores del batallón están durmiendo en los fuertes. Tienen camas calientes, fuego en la chimenea y jóvenes lecheras entre las sábanas mientras sus soldados sufren aquí afuera.

—No voy a aceptar la apuesta, señor.

—Sería idiota si lo hiciera —dijo sir Thomas. A la luz de las hogueras francesas que empezaban a extinguirse el general vio las filas de casacas rojas de cara al fuerte. Aquellos soldados quedarían perfilados contra las fogatas y ofrecerían un blanco de primera a la artillería del fuerte—. Willie —dijo—, dígales a Hugh y a John que ordenen a sus hombres que se tumben en el suelo.

—A la orden, mi capitán —respondió lord William con el argot de la marina, y echó a correr hacia el sur. Sir Thomas se metió chapoteando en el barro y subió a bordo de la lancha más cercana.

—¡Venga a echar un vistazo, Sharpe! —lo invitó.

Sharpe y Harper siguieron al general, que utilizó su pesada *claymore* para abrir el barril más próximo. La tapa salió despedida y descubrió media docena de bolas pálidas, todas las cuales tenían aproximadamente el mismo tamaño que una bala de cañón de nueve libras.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó sir Thomas—. Parecen albóndigas gigantes.

—Son balas de humo, señor —dijo un teniente de ingenieros tras echar un rápido vistazo a las bolas. Un sargento de ingenieros y él estaban reemplazando la mecha de combustión lenta de los cañones por mecha rápida.

Sir Thomas levantó una bala de humo y tocó con cuidado el mixto que había bajo ella.

—¿Qué hay en el resto del barril? —preguntó.

—En su mayor parte salitre, señor —contestó el teniente—, probablemente mezclado con azufre, antimonio y brea. Arderá como el mismísimo infierno.

Sir Thomas sopesó la bala de humo. El receptáculo tenía una docena de agujeros y cuando sir Thomas le dio unos golpecitos sonó a hueco.

—¿Cartón piedra? —conjeturó el general.

—Así es, señor. Cartón piedra lleno de pólvora, antimonio y polvo de carbón. Actualmente ya no se ven mucho. Equipo naval. Se supone que las enciendes y las arrojas a través de las portas enemigas, señor, para asfixiar a los artilleros. Claro que lo más probable es que mueras haciéndolo, pero pueden resultar muy desagradables en espacios cerrados.

—¿Y por qué están aquí? —preguntó sir Thomas.

—Me imagino que los franchutes esperaban que arrojaran una nube de humo, la cual flotaría por delante de las balsas y las ocultaría, señor. Y ahora, si me disculpa, señor.

—Por supuesto, hombre. —El general se apartó del camino del teniente. Volvió a poner la bala de humo en el barril y estaba a punto de colocar nuevamente la tapa cuando Sharpe alargó la mano hacia las balas.

—¿Puedo quedármelas, señor?

—¿Las quiere? —preguntó sir Thomas, sorprendido.

—Con su permiso, señor.

Sir Thomas puso cara de pensar que Sharpe era muy extraño, pero luego se encogió de hombros.

—Como quiera, Sharpe.

Sharpe envió a Harper a buscar una mochila francesa. Estaba pensando en la cripta de la catedral, en las cavernas y pasadizos en torno a la cámara subterránea y en hombres acechando en la oscuridad con mosquetes y espadas. Llenó la mochila con las balas de humo y se la dio a Harper.

—Cuídela bien, Pat. Podría salvarnos la vida.

El general Graham había saltado a la siguiente balsa donde un pelotón de ingenieros colocaba mechas nuevas en los cañones cargados y cargas de pólvora en el centro de la lancha.

—Aquí hay más balas de humo, Sharpe —le gritó.

—Tengo suficientes, señor; gracias, señor.

—¿Para qué necesita...? —empezó a preguntar el general, pero se interrumpió bruscamente porque un cañón había disparado desde el fuerte de San Luis. La guarnición se había dado cuenta al fin de lo que ocurría en las marismas y cuando

cesó el retumbo del cañón Sharpe oyó las balas de mosquete que pasaban silbando por encima de sus cabezas. Eso significaba que el cañón estaba cargado con botes de metralla o metralla suelta. El sonido del cañón apenas se había desvanecido cuando el humo de su disparo quedó iluminado por tres violentas explosiones de luz roja de otras piezas que lanzaron sus proyectiles desde las troneras. Una bala de cañón pasó aullando por encima de la cabeza del general y un enjambre de balas de mosquete bulló por el terreno pantanoso.

—No van a utilizar granadas —le dijo Sharpe a Harper—, porque no querrán prender fuego a las balsas.

—No sirve de mucho consuelo, señor —repuso Harper—, teniendo en cuenta que apuntan los cañones directamente hacia nosotros.

—Sólo disparan contra el campamento —dijo Sharpe.

—Y resulta que nosotros estamos en el campamento, señor.

Entonces abrieron fuego los cañones del fuerte de San José, el de la orilla norte. Éstos se hallaban mucho más lejos y la metralla, más que silbar, suspiraba en la oscuridad. Una de las balas cayó en la cala y salpicó de agua la balsa más próxima. Los fogonazos de los cañones se veían ahora tanto en el norte como en el sur e iluminaban la noche con repentinos destellos refulgentes que resplandecían en la arremolinada humareda para luego desvanecerse, deslumbrando a Sharpe. Él sabía que no tenía que haber ido, ni siquiera sir Thomas tendría que estar ahí. Un teniente general no tenía que unirse a un grupo de asalto que debería haber estado a las órdenes de un comandante o, a lo sumo, de un teniente coronel. Pero estaba claro que sir Thomas era un hombre que no podía resistirse al peligro. El general miraba hacia el sur, intentando ver, a la luz intermitente de los fogonazos de las bocas de los cañones, si la infantería francesa había efectuado una salida desde el San Luis.

—¡Sharpe! —gritó.

—¿Señor?

—El capitán Vetch me ha dicho que los ingenieros van a buen ritmo. Vuelva a las gabarras, ¿quiere? Allí encontrará a un capitán de la armada llamado Collins. Dígame que tocaremos retirada en cuestión de veinte minutos. Quizá media hora. ¿Recuerda el santo y seña?

—Balgowan y Perthshire, señor.

—Buen chico. En marcha. ¡Y no he olvidado que necesita pedirme un favor! Hablaremos de ello durante el desayuno.

Sharpe condujo de nuevo a Harper a lo largo de la cala. Los infantes de marina les dieron el alto con la contraseña y Sharpe les gritó la respuesta. El capitán Collins resultó ser un hombre robusto que miraba con recelo a la veintena de prisioneros que habían sido puestos bajo su responsabilidad.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con ellos? —preguntó lastimeramente—.

En las gabarras no hay espacio para llevarlos de vuelta.

—Pues los dejaremos aquí —dijo Sharpe. Le transmitió el mensaje del general. Luego se quedó al lado de Collins y observó los fogonazos de la artillería. Una bala de cañón francesa alcanzó los restos de una fogata, con lo que rescoldos, chispas y llamas se alzaron a unos diez o doce metros por los aires. Algunos fragmentos en llamas cayeron sobre las tiendas e iniciaron pequeños incendios que iluminaron las voluminosas lanchas.

—No me gusta combatir de noche —admitió Collins.

—No es fácil —repuso Sharpe. Todas las sombras parecían moverse y las marismas estaban llenas de ellas, proyectadas por las hogueras. Recordó la víspera de Talavera, la noche en que descubrió que los franceses subían por la colina. Fue una noche de locura y confusión pero hoy, al menos, el enemigo parecía abúlico. La artillería de la fortaleza seguía disparando, no obstante las balas y la metralla caían lejos, a la izquierda de Sharpe.

—Vinieron dos de esos cabrones —dijo Collins—. ¡Los dos a caballo! Sé que no tenemos caballos, pero pensé que podría tratarse de una pareja de nuestros muchachos que habían capturado un par. Se acercaron a mí, con toda la calma que pueda imaginarse, y luego se alejaron al galope. Nadie disparó. Uno de ellos incluso me dio las buenas noches mientras se marchaba, el insolente cabrón.

De modo que los franceses, pensó Sharpe, sabían que las gabarras se hallaban a bastante distancia del campamento, río abajo, y sabían además que estaban vigiladas únicamente por un pequeño piquete de infantes de marina.

—Si no le molesta que se lo sugiera —dijo Sharpe—, yo trasladaría las gabarras río arriba.

—¿Por qué?

—Porque hay un hueco muy grande entre usted y los muchachos irlandeses.

—Tuvimos que desembarcar aquí —dijo Collins—. No podíamos subir directamente hasta el campamento, ¿verdad?

—Podría subir hasta allí ahora —sugirió Sharpe, que movió la cabeza en dirección a los marineros que esperaban en los bancos de los botes.

—Mi trabajo es vigilar estas embarcaciones —repuso Collins con dureza—. No estoy al mando.

—¿Y quién lo está?

Un teniente de la marina estaba al mando de las gabarras, pero al parecer había ido río arriba a bordo del quinto bote y en aquellos momentos se encontraba con los ingenieros, por lo que Collins, sin órdenes directas, no se arriesgaría a trasladar las dos gabarras por propia iniciativa. Pareció ofenderse por el hecho de que Sharpe lo hubiera sugerido siquiera.

—Esperaré a recibir órdenes —declaró, indignado.

—En tal caso le serviremos de piquete —se ofreció Sharpe—. Estaremos allí —señaló hacia el sur—. Advierta a sus muchachos que no nos disparen cuando regresemos.

Collins no respondió. Sharpe le dijo a Harper que dejara la mochila con las balas de humo en la gabarra del general y luego lo llevó hacia el sur.

—Manténgase alerta, Pat.

—¿Cree que vendrán los franceses?

—No pueden quedarse cruzados de brazos y dejar que quememos las balsas, ¿no?

—De momento parecen amodorrados.

Se agacharon entre los juncos. El viento suave venía del lejano océano y traía el olor de las salinas del otro lado de la bahía. Sharpe veía el reflejo de las luces de la ciudad, que cabrilleaba y temblaba en el agua. El cañoneo de los fuertes salpicaba la noche, pero desde aquella distancia resultaba difícil saber si los disparos causaban algún daño en los campamentos capturados. Resultaba difícil ver cualquier cosa. Los soldados de Dublín y Hampshire se hallaban tendidos en el suelo y los ingenieros andaban entre las sombras, atareados con las lanchas.

—Si yo estuviera en el bando de los franchutes —comentó Sharpe— no me preocuparía de las lanchas. Vendría y tomaría estas gabarras. Eso nos dejaría a todos aquí varados, ¿no? Capturarían a un par de centenares de prisioneros, incluido a un teniente general. No sería una mala noche para una panda de cabrones adormilados, ¿eh?

—Usted no está con los franchutes, ¿verdad, señor? Probablemente se estén emborrachando. Dejando que sus artilleros hagan todo el trabajo.

—Pueden permitirse el lujo de perder esas lanchas incendiarias —siguió diciendo Sharpe— si capturan cinco gabarras. Podrían utilizarlas en lugar de las balsas.

—No tardaremos en marcharnos de aquí, señor —terció Harper a modo de consuelo—. No hay necesidad de preocuparse.

—Esperemos que no.

Guardaron silencio. Las aves de las marismas, a las que los disparos habían despertado, chillaban desesperadas en la oscuridad.

—Así pues, ¿qué vamos a hacer en la ciudad? —preguntó Harper al cabo.

—Hay unos cabrones que tienen unas cartas y tenemos que comprárselas para recuperarlas —explicó Sharpe—. O al menos hemos de procurar que nadie haga nada desagradable mientras las compran, y si todo sale mal, que saldrá, tendremos que robar esas condenadas cartas.

—¿Cartas? ¿No hay oro?

—No hay oro, Pat.

—¿Y saldrá mal?

—Seguro. Tratamos con chantajistas. Nunca se conforman con el primer pago,

¿no es verdad? Siempre vuelven a por más, por lo que probablemente vamos a tener que matar a esos cabrones para que todo termine.

—¿De quién son esas cartas?

—Las escribió una puta —contestó Sharpe vagamente. Imaginó que Harper no tardaría en enterarse de la verdad, pero Sharpe sentía la suficiente simpatía por Henry Wellesley como para no divulgar aún más su vergüenza—. Debería ser bastante fácil —prosiguió—, pero a los españoles no les gustará lo que estamos haciendo. Si nos atrapan nos arrestarán. O nos pegarán un tiro.

—¿Nos arrestarán?

—Tendremos que ser listos, Pat.

—Entonces no pasa nada —repuso Harper—. No tenemos ningún problema, ¿verdad?

Sharpe sonrió. El viento movió los juncos. La marea estaba en calma. Los cañones disparaban sin cesar y sus proyectiles caían ruidosamente en el terreno pantanoso o batían la cala.

—¡Ojalá estuviera aquí el condenado 8.º! —comentó Sharpe en voz baja.

—¿Los «Sombreros de cuero»? —preguntó Harper, creyendo que Sharpe se refería a un regimiento de Cheshire.

—No, el 8.º francés, Pat. Los cabrones que nos encontramos en el río. Los que hicieron prisionero al pobre teniente Bullen. Han de regresar aquí, ¿no? Ahora no pueden alcanzar Badajoz sin un puente. Quiero volver a encontrármelos. A ese maldito coronel Vandal. ¡Qué ganas tengo de pegarle un tiro en la cabeza a ese hijo de puta!

—Lo encontrará, señor.

—Tal vez. Pero no aquí. Dentro de una semana nos habremos marchado. Sin embargo, un día, Pat, encontraré a ese cabrón y lo mataré por lo que le hizo al teniente Bullen.

Harper no respondió. En cambio, puso la mano en la manga de Sharpe y éste, en el mismo instante, oyó un roce entre los juncos. No era el sonido de la brisa que agitaba las plantas, éste era más regular. Como pasos. Y estaba cerca.

—¿Ve algo? —susurró.

—No. Sí.

Entonces Sharpe los vio. O más bien percibió unas sombras que corrían agachadas. Divisó el destello de la luz reflejándose en un trozo de metal, quizá la boca de un mosquete. Las sombras se detuvieron y se confundieron con la oscuridad, pero Sharpe vio que más hombres se movían detrás. ¿Cuántos había? ¿Veinte? No, el doble. Se inclinó hacia Harper.

—Fusil de descarga múltiple —murmuró al oído del sargento—. Luego iremos a la derecha. Correremos como locos unos treinta pasos y nos echaremos al suelo.

Harper alzó el fusil de siete cañones despacio, muy despacio. Entonces, con la culata apoyada en el hombro derecho, lo amartilló. El trinquete del cerrojo chasqueó al engranar, los franceses lo oyeron y Sharpe vio que sus rostros pálidos se volvían hacia él, en cuyo momento Harper apretó el gatillo y el fusil atronó las marismas y las iluminó con una ráfaga de fogonazos. El humo ocultó a Sharpe, que echó a correr. Contó los pasos y, cuando llevaba treinta, se tiró al suelo. Oyó gemir a un hombre. Dispararon dos mosquetes, luego una voz gritó una orden y ya no sonaron más disparos. Harper se dejó caer a su lado.

—Ahora los rifles —dijo Sharpe—, y luego vamos hacia los botes.

Oyó que los franceses hablaban unos con otros entre dientes. Las siete balas los habían alcanzado con dureza y sin duda estaban hablando de las bajas, pero entonces guardaron silencio y Sharpe los vio con más claridad, pues de pronto quedaron perfilados contra las llamas de las bocas de los cañones que dispararon desde el fuerte. Hincó una rodilla en el suelo y apuntó su rifle.

—¿Preparado?

—Sí, señor.

—Fuego.

Los dos rifles escupieron hacia las sombras. Sharpe no tenía ni idea de si alguna de las balas había alcanzado un objetivo. Lo único que sabía era que los franceses intentaban capturar las gabarras, que se hallaban peligrosamente cerca de la cala y que los disparos habrían dado la voz de alarma. Esperaba que el capitán de la marina hubiera tenido la iniciativa de ordenar que los botes se dirigieran río arriba.

—Vamos —dijo—, y corrieron torpemente, a trompicones entre las matas de hierba, y Sharpe tuvo la sensación de que los franceses habían prescindido de la cautela y corrían a su derecha. ¡Llévense los botes! —le gritó Sharpe al piquete de la marina—. ¡Llévense los botes! —Le dolía muchísimo la cabeza, pero intentó hacer caso omiso del dolor. Los mosquetes franceses traquetearon en la noche. Una bala penetró en el barro con un ruido sordo a los pies de Harper en el preciso momento en el que los infantes de marina disparaban una descarga irregular contra la oscuridad.

La repentina ráfaga de mosquetería alertó a los marineros, que habían cortado las amarras de los rezones de abordaje que utilizaban como anclas y empujaron las gabarras para alejarlas de la orilla, pero eran unas embarcaciones pesadas y se movían con una lentitud exasperante. La que se hallaba más lejos de Sharpe avanzaba más rápido, pero la más próxima parecía estar medio encallada. Dispararon más mosquetes franceses, escupiendo un humo en el que Sharpe vio el destello de las bayonetas. Los infantes de marina, superados en número, treparon como pudieron a bordo de la gabarra más cercana cuando los franceses llegaron a la orilla. Un soldado de la infantería de marina disparó, un francés de casaca azul salió despedido hacia atrás y otros dos se acercaron a la gabarra y la emprendieron a bayonetazos con los

marineros que intentaban alejar el bote de la orilla con los remos. Los atacantes agarraron los remos. Los prisioneros franceses que habían permanecido bajo vigilancia estaban libres y, aunque desarmados, también trataban de abordar la gabarra. Una pistola disparó con un sonido más seco que el de un mosquete. Entonces se oyeron una docena de chasquidos más fuertes y Sharpe se figuró que a los marineros les habrían proporcionado pistolas pesadas de las que utilizaban las partidas de abordaje. También les habían suministrado alfanjes, aunque seguramente ninguno de ellos sabría cómo utilizarlos, pero ahora los marineros arremetían contra los hombres que intentaban subir por la borda de la gabarra.

Sharpe se encontraba a unos veinte metros de distancia, agachado al borde de la cala. Se dijo que aquélla no era su lucha, que su responsabilidad radicaba en la ciudad cuyas luces titilaban por la amplia bahía. Sin embargo, tenía seis balas de humo a bordo de la gabarra amenazada y quería recuperarlas; además, si los franceses tomaban aunque sólo fuera una de las gabarras, a sir Thomas le resultaría casi imposible la retirada.

—Vamos a tener que echar a esos canallas del bote —dijo Sharpe.

—Deben de ser unos cincuenta, señor. O más.

—Aún hay muchos de los nuestros luchando —repuso Sharpe—. Asustaremos a esos hijos de puta. Tal vez salgan corriendo. —Se puso de pie, se colgó el rifle a la espalda y desenvainó la espada.

—Dios salve a Irlanda —dijo Harper.

El reglamento del ejército decretaba que Sharpe, como oficial de tiradores, debía ir armado con un sable de caballería, pero a él nunca le había gustado dicha arma.

La curva del sable lo hacía bueno para asestar tajos, pero en realidad la mayoría de oficiales portaban las espadas como mera decoración. Él prefería la espada de los soldados de la caballería pesada, una de las más largas que se fabricaban. La hoja era recta, casi un metro de acero de Birmingham. La caballería se quejaba constantemente de dicha arma. Se desafilaba enseguida, la hoja era demasiado pesada y la punta asimétrica la tornaba ineficaz. Sharpe había rebajado el dorso de la hoja para hacer la punta simétrica y el peso del arma le gustaba, pues convertía la espada en un garrote eficaz. Harper y Sharpe se metieron en el bajío de la cala y se acercaron a los franceses por su izquierda. Los hombres de casaca azul no se esperaban un ataque y quizás incluso hubieran creído que los dos soldados de uniforme oscuro eran franceses, pues ninguno de ellos se dio la vuelta para enfrentárseles. Aquellos soldados eran los rezagados franceses, los que no querían meterse en el agua y combatir contra los infantes de marina y los marineros, y ninguno de ellos deseaba luchar. Algunos estaban recargando los mosquetes, pero la mayoría no hacía nada más que observar la lucha por la gabarra cuando Sharpe y Harper cayeron sobre ellos. Sharpe arremetió con la espada contra una garganta, el hombre cayó y la baqueta

traqueteó en el cañón de su mosquete. Sharpe arremetió de nuevo. Harper embestía con la espada bayoneta y gritaba a voz en cuello en gaélico. Una bayoneta francesa brilló a la derecha de Sharpe, quien propinó un fuerte golpe en la cabeza a un soldado con la punta roma de la espada, y de pronto no tuvo delante a ningún enemigo inmediato, sólo un tramo de agua y un grupo de franceses intentando abordar la proa de la gabarra que los infantes de marina defendían con alfanjes y bayonetas. Sharpe se adentró en la cala y le clavó la espada en la espalda a un soldado; supo entonces que se había arriesgado demasiado, pues los hombres que estaban asaltando la gabarra se volvieron contra él con ferocidad. Una bayoneta le rajó la casaca y se quedó allí enredada. Sharpe asestó un tajo lateral en el preciso momento en el que Harper llegó junto a él.

Harper gritaba de forma incoherente. Estrelló la culata de su rifle contra el rostro de un hombre, pero se acercaban más franceses y Sharpe arrastró a Harper lejos de sus armas. Cuatro hombres les atacaban, y no eran de los rezagados. Aquéllos eran soldados que querían matar, y Sharpe vio sus dientes apretados y sus espadas largas. Sharpe efectuó un amplio movimiento de guadaña con la espada y desvió dos arremetidas de bayoneta, tras lo cual volvió a retroceder. Harper estaba a su lado, y los franceses atacaban con fuerza, creyendo que tenían unas víctimas fáciles. Sharpe pensó que al menos el enemigo no tenía los mosquetes cargados. En aquel preciso momento se oyó un disparo y el fogonazo de la boca del arma lo cegó, rodeándolo de humo. Sin embargo, la bala había ido a parar Dios sabe dónde y Sharpe, que se apartó de manera instintiva, cayó de lado en la cala. Los franceses debieron de pensar que estaba muerto, porque no le hicieron caso y atacaron a Harper, que hundió la bayoneta en los ojos de uno de ellos justo cuando arremetía contra él.

El comandante Gough había llevado a su compañía de vuelta a la cala y la primera señal que Sharpe percibió de su llegada fue una descarga que sumió la marisma en un terrible estruendo. A continuación se oyeron los gritos de los casacas rojas que atacaban. Llegaron con sus bayonetas y su furia. «*Faugh a ballagh!*», gritaron, y los franceses obedecieron. El ataque del 87.º desbarató el asalto a la gabarra. Un francés se agachó sobre Sharpe, creyéndole muerto y seguramente con intención de quedarse con su espada, pero Sharpe le pegó un puñetazo en la cara y salió del agua blandiendo la espada, con la que le rajó el rostro a aquel hombre. El francés echó a correr. Sharpe vio que el alférez Keogh arremetía con su espada recta contra un enemigo mucho más corpulento que él, el cual, a su vez, intentaba golpear al delgado oficial con su mosquete. Entonces, el gigantón del sargento Masterson hundió la bayoneta en las costillas de ese hombre. El peso de Masterson derribó al francés. Keogh le clavó la espada al hombre caído y quiso más. Estaba profiriendo un grito agudo cuando vio dos figuras oscuras en el bajío de la cala y se volvió para atacar, gritándoles a sus hombres que lo siguieran.

—*Faugh a ballagh!* —bramó Harper.

—¡Son ustedes! —Keogh se detuvo al borde del agua. Sonrió de repente—. Fue un buen combate.

—Muy desesperado, maldita sea —masculló Harper.

El comandante Gough, a voz en cuello, ordenaba a sus soldados que formaran en línea de cara al sur. Los sargentos tiraban de los casacas rojas para alejarlos de los cadáveres enemigos que estaban desvalijando. Los infantes de marina supervivientes echaban de la gabarra a garrotazos a los pocos franceses que quedaban, pero el capitán Collins había muerto con un alfanje en la mano.

—Tendría que haber movido los dichosos botes, señor —le dijo un sargento de la marina cuando saludó a Sharpe. El sargento escupió un oscuro torrente de jugo de tabaco sobre un cadáver francés—. Está usted empapado, señor —añadió—. ¿Se cayó al agua?

—Me caí al agua —respondió Sharpe, y la primera explosión partió la oscuridad.

El estallido provenía de una de las cinco lanchas incendiarias. Un obelisco de llamas, de un blanco brillante, se alzó hacia el cielo, a lo que siguió una luz roja cuyo fogonazo formó un anillo que aplastó la hierba de la marisma. El fuego inundó la noche. Posteriormente se decidió que una chispa errante de la fogata de uno de los campamentos franceses capturados había prendido en una mecha rápida. Ya se habían dispuesto las cargas y los ingenieros estaban tendiendo la última mecha cuando uno de ellos vio el chisporroteo brillante de una mecha rápida ardiendo. Lanzó un grito de advertencia y saltó de la balsa en el mismo instante en el que estalló el primer barril de pólvora. Las mechas chispearon entonces en todas las lanchas y humearon como sinuosas serpientes de fuego.

El obelisco blanco se retorció disipándose. El retumbo de la explosión se desvaneció por la marisma y sonó una corneta que ordenó a las tropas británicas su regreso a las gabarras. La corneta seguía tocando cuando explotaron las otras cargas, una tras otra, con una fragorosa conflagración que se alzó hacia las nubes y un estruendo que hendió el aire de las marismas, donde los juncos y hierbas se combaron ante aquellos vientos ardientes e inesperados. Empezó a salir humo de las lanchas, donde el material incendiario colocado por los franceses se inflamó y sus llamas iluminaron alas tropas francesas que se habían alejado de las gabarras.

—¡Fuego! —rugió el comandante Gough, y su compañía del 87.º lanzó una descarga, pero las cargas seguían estallando y las lanchas ardían. Los cañones situados en el perímetro de las balsas empezaron a disparar y las balas y la metralla silbaron por la cala y el terreno pantanoso.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritaba sir Thomas Graham. La corneta volvió a sonar. Los casacas rojas abandonaban el campamento en tropel tras cumplir con su deber. Algunos tenían que ayudar a sus compañeros. Al menos había cesado el fuego de

artillería del fuerte, probablemente porque los artilleros estaban mirando los fuegos artificiales de la cala. Pedazos de madera ardiendo daban vueltas en el aire, nuevas ráfagas de fuego atravesaban la noche, y estalló otro cañón. Sharpe tropezó con un cadáver francés medio hundido al borde del agua.

—¡Cuéntenlos al subir! —gritó el comandante Gough—. ¡Cuéntenlos al subir!

—¡Uno, dos, tres! —el alférez Keogh tocaba a los soldados en el hombro a medida que iban subiendo a bordo. Un marinero recuperó uno de los remos que les habían arrebatado los franceses. Se oyó un traqueteo de disparos de mosquete procedente de las marismas y un soldado del 87.º cayó de bruces en el lodo—. ¡Recójalo! —gritó Keogh—. Seis, siete, ocho, ¿dónde está su mosquete, granuja?

Los soldados de Hampshire se encontraban embarcando en la otra gabarra. El general Graham, acompañado por sus dos ayudantes de campo y un grupo de ingenieros, esperaba para subir a bordo en último lugar. Las lanchas estaban totalmente envueltas en llamas. No iban a poder salir de la cala. El humo se alzaba decenas de metros en el cielo nocturno, pero las llamas que alimentaban la humareda bastaban para iluminar las marismas y los artilleros del San Luis podían ver a los casacas rojas agrupados a orillas de la cala. Debían de saber que las gabarras se encontraban allí y de repente los cañones empezaron a disparar de nuevo. Además de balas ahora utilizaban granadas. Una de ellas estalló en la orilla contraria mientras que otra se hundió en el agua y la estela de la mecha trazó un rojo zigzag en la noche inundada de llamas. Una bala de cañón atravesó las filas de los soldados de Hampshire.

—¡Todos presentes! —gritó Keogh.

—¡Sir Thomas! —chilló el comandante Gough, Estalló una granada que mandó barro, juncos y un mosquete francés por los aires. Un cañón de los antiguos abrió fuego desde la lancha más cercana y Sharpe vio avanzar la bala rozando el agua—. ¡Sir Thomas! —gritó de nuevo el comandante Gough, pero sir Thomas esperaba para asegurarse de que todos los soldados de Hampshire hubieran embarcado, y sólo entonces se acercó a la gabarra. Estalló una granada a tan sólo unos pasos de donde estaba, pero milagrosamente los pedazos del casquillo pasaron silbando junto a él sin causarle daños. Los marineros empujaron la gabarra para alejarla de la orilla y el refluo de la marea la llevó hacia la bahía. Las lanchas incendiarias formaban entonces una gigantesca pira incandescente bajo un nubarrón de humo. Los reflejos de las llamas que cabrilleaban en el agua quedaron rotos por una bala de cañón que con su salpicadura empapó a los soldados de las dos barcazas que se alejaban de la orilla norte. La quinta barcaza se encontraba en mitad de la cala y sus marineros movían los remos para escapar del fuego de artillería.

—¡Remen! —gritó un oficial de la marina que iba en el mismo bote que Sharpe—. ¡Remen!

Tres cañones dispararon a la vez desde el San Luis y Sharpe oyó un breve estruendo por encima de sus cabezas. Los fogonazos de unos mosquetes parpadearon en las marismas y unos cuantos casacas rojas se pusieron de pie en el vientre de la barcaza y devolvieron los disparos.

—¡No disparen! —gritó Gough.

—¡Remen! —repitió el oficial de la marina.

—Ésta no es exactamente la retirada ordenada que tenía prevista —comentó sir Thomas. Una granada cuya mecha azotó la oscuridad con su hilo de frenética luz roja cayó en la cala—. ¿Es usted, Sharpe?

—Sí, señor.

—Está empapado, hombre.

—Me caí al agua, señor.

—¡Va a coger una pulmonía! Quítese la ropa. Tome mi capa. ¿Qué tal la cabeza? Me había olvidado de que está usted herido. No debería haberle pedido que viniera.

Otros dos cañones abrieron fuego, y luego otros dos lo hicieron desde el fuerte de San José, al norte, pero cada golpe de los grandes remos llevaba las gabarras más lejos de las llamas, adentrándolas en la negrura de la bahía. Los heridos gemían en las bodegas de los botes. Otros soldados hablaban con excitación y Gough lo permitió.

—¿Cuál es su lista de bajas, Hugh? —preguntó sir Thomas al irlandés.

—Tres soldados muertos, señor —respondió Gough—, y ocho heridos.

—Ha sido una buena noche —dijo sir Thomas—, una muy buena noche.

Porque la flota estaba a salvo y, cuando los españoles estuvieran listos por fin, sir Thomas podría llevarse su pequeño ejército al sur.

* * * *

Las dependencias de sir Thomas Graham en San Fernando eran modestas. Había requisado el taller de un constructor de barcos que tenía encaladas las paredes de piedra. Lo había amueblado con una cama, una mesa y cuatro sillas. El taller poseía una gran chimenea frente a la cual se puso a secar la ropa de Sharpe. Éste también había dejado allí su rifle después de quitarle la platina para que el calor del fuego llegara al muelle real. Iba envuelto en una camisa y una capa que el general Graham se había empeñado en prestarle. Mientras tanto, el general se hallaba dictando su informe.

—Pronto desayunaremos —le dijo el general entre una frase y otra.

—Me muero de hambre —comentó lord William Russell.

—Sea buen chico, Willie, y vaya a ver por qué se retrasa —dijo el general, quien después se prodigó en grandes elogios para los soldados que había comandado hasta la cala. El amanecer perfilaba las colinas del interior, mas el resplandor de las lanchas

ardiendo seguía siendo intenso en las marismas oscuras, y la columna de humo debía de ser visible desde Sevilla, a casi cien kilómetros de distancia—. ¿Quiere que mencione su nombre, Sharpe? —le preguntó sir Thomas.

—No, señor —contestó Sharpe—. Yo no hice nada, señor.

Sir Thomas le dirigió una mirada astuta.

—Si usted lo dice, Sharpe. Y bien, ¿cuál es ese favor que quería pedirme?

—Quiero que me dé una docena de granadas, señor. De doce libras, si tiene; en caso contrario, las de nueve libras servirán.

—Las tengo. Bueno, las tiene el comandante Duncan. ¿Qué le ha pasado a su casaca? ¿Un corte de espada?

—De bayoneta, señor.

—Le diré a mi criado que se lo cosa mientras desayunamos. Doce granadas, ¿eh? ¿Para qué las quiere?

Sharpe vaciló.

—Quizá sea mejor que no lo sepa, señor.

Sir Thomas soltó una risotada ante aquella respuesta.

—Anótelo, Fowler —le dijo al secretario, y lo despachó. Aguardó a que el hombre se marchara y entonces se aproximó al fuego y acercó las manos al calor—. Deje que lo adivine, Sharpe, deje que lo adivine. Hele aquí, huérfano de su batallón, y de repente me ordenan que lo retenga en vez de mandarlo de vuelta al lugar al que pertenece. Y mientras tanto la carta de amor de Henry Wellesley sirve de entretenimiento a los ciudadanos de Cádiz. ¿Acaso están relacionadas ambas cosas?

—Sí, señor.

—¿Hay más cartas? —preguntó sir Thomas con perspicacia.

—Hay muchas más, señor.

—¿Y qué quiere el embajador que haga usted? ¿Qué las encuentre?

—Quiere que las compre para recuperarlas, señor, y si eso no funciona quiere que las robemos.

—¡Robarlas! —Sir Thomas le dirigió a Sharpe una mirada escéptica—. ¿Tiene experiencia en ese negocio?

—Un poco, señor —contestó Sharpe que, tras una pausa, se dio cuenta de que el general quería oír más—. Fue en Londres, señor..., de niño. Aprendí el oficio.

Sir Thomas se rió.

—Una vez me acorraló un asaltante en Londres. Lo derribé. ¿No sería usted, por casualidad?

—No, señor.

—De modo que Henry desea que robe las cartas y usted quiere una docena de mis granadas, ¿no es así? Explíqueme por qué, Sharpe.

—Porque si no se pueden robar las cartas, señor, habrá que destruirlas.

—¿Va a hacer estallar mis granadas dentro de Cádiz?

—Espero que no, señor, pero podría ser necesario.

—¿Y esperará que los españoles se crean que fue una bomba de un mortero francés?

—Espero que los españoles no sepan qué pensar, señor.

—No son idiotas, Sharpe. Los *don* pueden resultar muy poco dispuestos a colaborar, pero no son estúpidos. Si averiguan que hace estallar granadas en Cádiz lo meterán en esa prisión pestilente que tienen en menos que canta un gallo.

—Motivo por el cual es mejor que usted no lo sepa, señor.

—Ahí viene el desayuno —anunció lord William Russell, que irrumpió en la habitación—. Filete de ternera, hígado frito y huevos frescos, señor. Bueno, casi frescos.

—Supongo que querrá que todo eso se entregue en la embajada, ¿no? —Sir Thomas hizo caso omiso de lord William y le habló a Sharpe.

—Si es posible, señor, y dirigidas a lord Pumphrey.

Sir Thomas soltó un resoplido.

—Sentémonos, Sharpe. ¿Le gusta el hígado frito?

—Sí, señor.

—Me encargaré de que la mercancía se embale y se entregue hoy mismo —dijo sir Thomas, y le dirigió una mirada recriminatoria a lord William—. No le servirá de nada mostrar curiosidad, Willie. El señor Sharpe y yo estamos tratando asuntos secretos.

—Puedo ser la discreción personificada —afirmó lord William.

—Puede serlo —coincidió sir Thomas—, pero muy pocas veces lo es.

Se llevaron la casaca de Sharpe para coserla y él tomó asiento frente a un desayuno de filete de ternera, hígado, riñones, jamón, huevos fritos, pan, mantequilla y café fuerte. Aunque sólo iba medio vestido, Sharpe disfrutó de él. A mitad de la comida cayó en la cuenta de que, a pesar de que uno de los compañeros de mesa era el hijo de un duque y el otro un rico terrateniente escocés, él se sentía extrañamente cómodo. No había malicia en lord William, mientras que por otra parte era obvio que a sir Thomas, sencillamente, le gustaban los soldados.

—Nunca pensé que llegaría a ser soldado —le confesó a Sharpe.

—¿Por qué no, señor?

—Porque era feliz tal como estaba, Sharpe, ya era feliz tal como estaba. Cazaba, viajaba, leía, jugaba al críquet y tenía la mejor esposa del mundo. Entonces mi Mary murió. Estuve rumiando un tiempo y se me ocurrió que los franceses son una especie maligna. Predican la libertad y la igualdad pero, ¿ellos qué son? Son degenerados, bárbaros e inhumanos, y comprendí que mi deber era combatirlos. De manera que me puse un uniforme, Sharpe. Tenía cuarenta y seis años cuando me puse la casaca roja

por primera vez, y de eso ya hace diecisiete años. Y debo decir que, en general, han sido unos años felices.

—Sir Thomas —comentó lord William al tiempo que destrozaba el pan con un cuchillo romo— no solamente vistió un uniforme. Creó el 90.º de Infantería de su bolsillo.

—¡Y vaya dispendio! —dijo sir Thomas—. Sólo los sombreros me costaron cuatrocientas treinta y seis libras, dieciséis chelines y cuatro peniques. Siempre me pregunté a qué se debían los cuatro peniques. Y aquí estoy, Sharpe, sigo combatiendo a los franceses. ¿Ha comido bien?

—Sí, señor; gracias, señor.

Sir Thomas se empeñó en acompañar a Sharpe a los establos. Antes de llegar al edificio, el general detuvo a Sharpe.

—¿Juega usted al críquet, Sharpe?

—Solía jugar en Shorncliffe, señor —respondió Sharpe con cautela, refiriéndose a los barracones donde se entrenaban los fusileros.

—Necesito jugadores de críquet —le explicó el general, que frunció el ceño, pensativo—. Henry Wellesley fue un verdadero estúpido —afirmó, cambiando inopinadamente de tema—, pero es un estúpido como es debido. ¿Sabe a qué me refiero?

—Creo que sí, señor.

—Es muy buena persona. Tiene buen trato con los españoles, que pueden llegar a sacarte de quicio. Te prometen el mundo y te entregan las sobras, pero Wellesley tiene paciencia para tratar con ellos y los españoles sensatos saben que pueden confiar en él. Es un buen diplomático y lo necesitamos como embajador.

—A mí me cae bien, señor.

—No obstante, el condenado hizo el ridículo con esa mujer. ¿Ella tiene las cartas?

—Creo que tiene algunas, señor.

—Así pues, la estará buscando, ¿no?

—Sí, señor.

—No va a hacerla volar en pedazos con mis granadas, ¿verdad?

—No, señor.

—Espero que no, porque es una cosita muy hermosa. La vi una vez con él y Henry parecía un gato que hubiera encontrado un cuenco de crema. Ella también parecía feliz. Me sorprende que lo traicionara.

—Lord Pumphrey dice que fue su chulo, señor.

—¿Y usted qué piensa?

—Yo creo que ella se dejó tentar por el oro, señor.

—Claro que, lo que ocurre con Henry Wellesley —dijo sir Thomas, que al parecer no hizo caso de las palabras de Sharpe— es que resulta un hombre

comprensivo. No me sorprendería que siguiera tratándola con dulzura. Bueno, quizás esté diciendo tonterías. Anoche disfruté con su compañía, señor Sharpe. Si termina su trabajo con tiempo suficiente, espero que juegue con nosotros un partido o dos. Tengo un secretario que es un lanzador feroz, pero el condenado se ha torcido el tobillo. Y confío en que me hará el honor de navegar hacia el sur con nosotros. Podemos lanzarle unas cuantas bolas rápidas al mariscal Víctor, ¿eh?

—Eso me gustaría, señor —repuso Sharpe, aunque sabía que no había esperanza de que se convirtiera en realidad.

Fue a buscar a Harper y a los demás fusileros. Encontró una ropavejería en San Fernando donde, con dinero de la embajada, adquirió ropa de civil para sus soldados y después, bajo el humo de las balsas ardiendo que flotaba sobre Cádiz como una gran nube oscura, se dirigieron a la ciudad.

Por la tarde la nube seguía estando allí y doce granadas comunes, embaladas y etiquetadas como si fueran repollos, habían llegado a la embajada.

CAPÍTULO 6

Durante los tres días siguientes no ocurrió nada. El viento sopló del este y trajo una persistente lluvia de febrero que sofocó el fuego de las lanchas incendiarias, aunque el humo siguió manchando las marismas del Trocadero y flotando por la bahía hacia la ciudad, en la que lord Pumphre y esperaba un mensaje de quienquiera que tuviese las cartas en su poder. El embajador temía la publicación de otro ejemplar de *El Correo de Cádiz*. No apareció ninguno.

—Últimamente se publica muy poco —informó al embajador James Duff, el cónsul británico en Cádiz. Duff había vivido en España durante casi cincuenta años y llevaba más de treinta siendo cónsul. Algunas personas consideraban a Duff más español que los españoles, e incluso cuando España estuvo en guerra con Gran Bretaña él pudo evitar los insultos y se le permitió continuar con su negocio de compra y exportación de vino. Ahora que la embajada se había visto obligada a buscar refugio en Cádiz, no había necesidad de un cónsul en la ciudad, pero Henry Wellesley valoraba la sabiduría y el consejo del anciano—. Creo que Núñez está pasando apuros —dijo Duff, refiriéndose al propietario de *El Correo de Cádiz*—. Ahora no tiene más lectores que los de la ciudad, ¿y qué puede publicar? ¿Las noticias de las Cortes? Todo el mundo sabe lo que allí ocurre antes de que Núñez pueda componerlo. Sólo le quedan los rumores de Madrid, las mentiras de París y las listas de barcos que llegan y zarpan.

—¿Y aun así no quiere aceptar nuestro dinero? —preguntó Wellesley.

—Ni un penique —respondió Duff. El cónsul era un hombre enjuto, contrahecho, elegante y astuto. Visitaba al embajador casi todas las mañanas y siempre felicitaba a Henry Wellesley por la calidad de su jerez, que el propio Duff le vendía a la embajada, aunque estando Andalucía ocupada por los franceses las existencias escaseaban—. Sospecho que está a sueldo de otra persona —continuó diciendo Duff.

—¿Le hizo una oferta generosa? —preguntó el embajador.

—Tal como usted indicó, su excelencia —contestó Duff. Había visitado a Núñez en nombre de Wellesley y le había ofrecido dinero si accedía a no publicar más cartas. La propuesta fue rechazada, de manera que Duff le hizo una oferta directa por el propio periódico, una oferta sorprendentemente generosa—. Le ofrecí diez veces lo que valen la casa, la prensa y el negocio, pero no aceptó. Le hubiera gustado hacerlo, estoy seguro, pero el hombre está muy asustado. Creo que no se atreve a vender porque teme por su vida.

—¿Y piensa publicar más cartas?

Duff se encogió de hombros, como para insinuar que no sabía la respuesta.

—Lamento mucho ponerle en este aprieto, Duff. Fue todo culpa de mi estupidez, de mi ceguera.

Duff volvió a encogerse de hombros. Él nunca había estado casado y no simpatizaba con las idioteces que las mujeres provocaban en los hombres.

—Pues sólo nos queda esperar —siguió diciendo el embajador— que lord Pumphrey tenga éxito.

—Bien podría ser que su señoría tenga éxito —comentó Duff—, pero ellos tendrán copias y las publicarán de todos modos. No puede fiarse de su palabra, su excelencia. Hay demasiado en juego.

—¡Dios mío! —Henry Wellesley se frotó los ojos y se dio la vuelta en la silla para mirar la constante lluvia que caía sobre el pequeño jardín de la embajada.

—A menos —dijo Duff a modo de consuelo— que posea las originales y pueda demostrar que el Correo las cambió.

Henry Wellesley hizo una mueca. Quizá fuese cierto que pudiera demostrar la falsificación, mas no podría evitar la vergüenza de lo que no se había falsificado.

—¿Quiénes son? —preguntó con enojo.

—Me figuro que son personas a sueldo de Cárdenas —respondió Duff con calma—. Me huelo que el almirante está detrás de esto, y me temo que es implacable. Supongo que... —hizo una pausa y frunció levemente el ceño—, supongo que ha pensado en una acción directa para evitar la publicación, ¿no?

Wellesley guardó silencio unos segundos, tras los cuales asintió con la cabeza.

—Sí, Duff, he pensado en ello. Sin embargo, no consentiré semejante acción sino con muchas reservas.

—Es sensato ser renuente. He notado un aumento de las patrullas españolas por los alrededores del local de Núñez. Me temo que el almirante Cárdenas ha convencido a la Regencia para que vigilen atentamente el periódico.

—Tal vez podría hablar usted con Cárdenas —sugirió Wellesley.

—Podría hacerlo —asintió Duff—, y él se mostraría cortés, me ofrecería un jerez excelente y luego negaría tener el más mínimo conocimiento del asunto.

Wellesley no dijo nada. No hacía falta. Su rostro revelaba su desesperación.

—Nuestra única esperanza —prosiguió Duff— es que sir Thomas Graham consiga levantar el asedio. Una Victoria como ésa confundirá a los que se oponen a una alianza con Gran Bretaña. El problema, claro está, no es sir Thomas, sino Lapeña.

—Lapeña —Wellesley repitió el nombre con desánimo. Lapeña era el general español cuyas fuerzas acompañarían a los británicos hacia el sur.

—Tendrá más hombres que sir Thomas —continuó diciendo Duff de manera implacable—, por lo cual tendrá que estar al mando. Y si no se le otorga el mando entonces los españoles no aportarán sus tropas. Y Lapeña, su excelencia, es una criatura tímida. Todos debemos esperar que sir Thomas le sirva de estímulo para infundir arrojo. —Duff sostuvo su copa de jerez contra la luz de la ventana—. ¿Éste

es el de la cosecha de 1803?

—En efecto.

—Es muy bueno —dijo Duff. Se puso de pie y, con la ayuda de un bastón, se acercó a la mesa que tenía en el tablero un damero de taracea. Se quedó mirando las piezas de ajedrez unos segundos e hizo avanzar un alfil blanco que mató una torre—. Me temo que esto es jaque, su excelencia. Seguro que la semana que viene me frustrará.

El embajador acompañó cortésmente a Duff hasta el palanquín que lo esperaba en el patio.

—Si publican más cartas —dijo Wellesley, que cubrió al cónsul con un paraguas mientras se acercaban al palanquín—, tendré que dimitir.

—Estoy seguro de que no será necesario —comentó Duff sin mucho convencimiento.

—Pero si lo es, Duff, usted tendrá que cargar con mis responsabilidades hasta que llegue un sustituto.

—Rezo para que siga usted en el cargo, su excelencia.

—Yo también, Duff, yo también.

Al cabo de cuatro días de la destrucción de las lanchas incendiarias las plegarias del embajador recibieron una respuesta. Sharpe se hallaba en los establos, donde se esforzaba por mantener ocupados a sus aburridos soldados reparando el tejado, un trabajo que odiaban pero que era mejor que malgastar el tiempo emborrachándose. El criado de lord Pumphrey encontró a Sharpe pasándole unas tejas al fusilero Slattery.

—Su señoría solicita su presencia, señor —dijo el criado al tiempo que miraba con desagrado los sucios pantalones de peto de Sharpe—, lo antes posible —añadió el criado.

Sharpe se puso la vieja casaca negra del capitán Plummer, una capa, y siguió al criado a través del laberinto de callejones de la ciudad. Halló a lord Pumphrey en la balconada central de la iglesia de San Felipe Neri. La iglesia consistía en una nave ovalada con el suelo cubierto de baldosas de color blanco y negro intenso sobre la cual tres balconadas circundaban el techo abovedado, del que colgaba una araña enorme que estaba apagada, aunque cubierta de estalactitas de cera de las velas. Ahora la iglesia albergaba las Cortes, el parlamento español, y desde la balconada superior, conocida como paraíso, el público podía escuchar los discursos que se pronunciaban abajo. La balconada central estaba destinada a personalidades, clérigos y diplomáticos, mientras que en la inferior se congregaban las familias y amigos de los diputados.

El enorme altar de la iglesia estaba cubierto por una tela blanca y frente a él, allí donde normalmente residía el crucifijo, había expuesto un retrato del rey de España, quien en aquellos momentos se hallaba prisionero en Francia. Delante del altar

cubierto se hallaba el presidente de las Cortes, sentado a una mesa larga flanqueada por un par de tribunas. Los diputados ocupaban las tres hileras de sillas de cara a él. Sharpe se deslizó en el banco junto a lord Pumphrey, quien escuchaba cómo un orador arengaba al clero con estridente vehemencia, aunque resultaba aburrido, pues los diputados abandonaban sigilosamente sus asientos y salían a toda mecha por la puerta principal de la iglesia.

—Está explicando —le susurró lord Pumphrey a Sharpe— el papel crucial que jugó el Espíritu Santo en el gobierno de España.

Un sacerdote se volvió a mirar a Pumphrey con cara de pocos amigos y éste sonrió y saludó al ofendido moviendo los dedos.

—Es una lástima —comentó su señoría— que hayan tapado el altar. Guarda una pintura exquisita de la Inmaculada Concepción. Es de Murillo, y los querubines son encantadores.

—¿Querubines?

—Sí, esas monadas regordetas —dijo lord Pumphrey al tiempo que se recostaba en su asiento. Aquel día olía a agua de rosas, aunque afortunadamente se había resistido a ponerse el lunar de terciopelo e iba austeramente vestido de paño negro—. Yo creo que los querubines mejoran una iglesia, ¿usted no? —El sacerdote se dio la vuelta y les exigió silencio. Lord Pumphrey arqueó una ceja, exasperado, tomó a Sharpe por el codo y lo condujo por la balconada hasta llegar al punto situado directamente encima del altar, de manera que frente a ellos aparecían las tres hileras en las que se encontraban sentados los diputados que quedaban—. Segunda fila —susurró Pumphrey—, lado derecho, cuarta silla. He ahí al enemigo.

Sharpe vio a un hombre delgado con un uniforme de color azul oscuro. Tenía un bastón apoyado en las rodillas y parecía aburrido, pues tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Su mano derecha se abría y cerraba repetidamente sobre la empuñadura del bastón.

—El almirante marqués de Cárdenas —dijo lord Pumphrey.

—¿El enemigo?

—No nos ha perdonado por lo de Trafalgar. Allí lo dejamos lisiado y lo hicimos prisionero. Estuvo muy bien atendido en una buena casa de Hampshire, pero nos odia igualmente y ése, Sharpe, es el hombre que según los rumores está pagando a *El Correo de Cádiz*. ¿Tiene un catalejo?

—Lo tengo en la embajada —respondió Sharpe.

—Por suerte llevo conmigo el equipo básico de un espía —dijo lord Pumphrey, y le dio a Sharpe un pequeño anteojito con el tubo exterior revestido de nácar—. ¿Tendría la bondad de mirar la guerrera del almirante?

Sharpe desplegó el catalejo y enfocó la lente hacia la casaca azul del almirante.

—¿Qué estoy mirando?

—Los cuernos —repuso lord Pumphrey, y Sharpe desvió la lente hacia la derecha y, prendido en la tela oscura, vio uno de los broches en forma de cuernos. La marca de el *Cornudo*, la insignia burlona del enemigo. Alzó entonces el catalejo y vio que el almirante tenía los ojos abiertos y lo estaba mirando directamente a él. A Sharpe le pareció que tenía una expresión dura, avisada y vengativa.

—¿Qué hacemos con el almirante? —le preguntó a lord Pumphrey.

—¿Qué hacemos? —preguntó lord Pumphrey a su vez—. Nada, por supuesto. Es un hombre honorable, un diputado, un héroe de España y un valioso aliado, al menos públicamente. Sin embargo, es cierto que se trata de una criatura agria, animada por el odio, que probablemente ya esté negociando con Bonaparte. Tengo mis sospechas pero no puedo probarlo.

—¿Quiere que mate a ese cabrón?

—Seguro que así mejorarían las relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y España, ¿verdad? —le preguntó Pumphrey con aspereza—. ¿Por qué no he pensado en ello? No, Richard, no quiero que mate a ese cabrón.

El almirante había llamado a un criado y en aquellos instantes le estaba susurrando, señalando a Sharpe mientras lo hacía. El criado se alejó a toda prisa y Sharpe plegó el catalejo.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Marqués de Cárdenas. Posee muchas tierras en el valle del Guadiana.

—Conocimos a su madre —dijo Sharpe—, y es una bruja perversa. También se acuesta con los franceses.

—¿Literalmente?

—No. Pero no han saqueado su propiedad. Y los avisó enseguida cuando llegamos. Intentaron hacernos prisioneros. ¡Bruja!

—De tal palo, tal astilla —dijo Pumphrey—, y no va usted a matarlo. Debemos frustrar sus bellaquerías, por supuesto, pero tenemos que hacerlo sin que nadie se dé cuenta. Va usted muy sucio.

—Estábamos arreglando el tejado del establo.

—Ésa no es precisamente una ocupación propia de un oficial.

—Tampoco lo es recuperar las cartas de un chantajista —replicó Sharpe—, pero lo estoy haciendo.

—¡Ah! Me figuro que será el mensajero —dijo lord Pumphrey. Se hallaba mirando a un hombre que había entrado en la balconada y que se acercaba a ellos con sigilo por detrás de los bancos. El hombre portaba la misma insignia pequeña con forma de cornamenta que el almirante.

—¿Mensajero? —preguntó Sharpe.

—Me dijeron que esperara aquí. Vamos a celebrar una reunión para discutir la compra de las cartas. Temía que no llegara usted a tiempo. —Pumphrey guardó

silencio mientras el hombre se situaba poco a poco detrás de él y se inclinaba para hablarle al oído a su señoría. Le habló brevemente y en voz demasiado baja para que Sharpe pudiera oírlo, luego siguió caminando hacia la segunda puerta de la balconada.

—Hay una cafetería frente a la iglesia —dijo lord Pumphrey—, un enviado se reunirá allí con nosotros. ¿Vamos?

Bajaron las escaleras detrás del mensajero y salieron a una pequeña antecámara de la planta baja donde se encontraba entonces el almirante. El marqués de Cárdenas era un hombre muy alto y delgado y tenía una pierna de madera negra. Se apoyaba en un bastón de ébano. Lord Pumphrey le hizo una reverencia exquisita a la que el almirante respondió con un tenso movimiento de la cabeza antes de darse la vuelta sobre su talón y volver a entrar renqueando en la iglesia.

—El cabrón no se molesta en esconderse de nosotros —comentó Sharpe.

—Ha ganado, Sharpe —dijo lord Pumphrey—. Ha ganado y se regodea con ello.

El viento soplaba por la calle estrecha intentando arrebatarse el sombrero a lord Pumphrey mientras éste se apresuraba bajo la fría llovizna hacia la cafetería. Dentro había una docena de mesas, la mayoría de las cuales estaban ocupadas por hombres que parecían estar hablando todos a la vez. Se gritaban los unos a los otros y gesticulaban exageradamente. Uno de ellos, para enfatizar sus argumentos, hizo trizas un periódico, esparció los pedazos por la mesa y luego se inclinó hacia atrás con aire triunfal.

—Los diputados de las Cortes —le explicó lord Pumphrey. Miró en derredor pero no vio a nadie que pareciera estar esperando, por lo que se abrió paso entre la multitud ruidosa para ocupar una de las mesas vacías situadas al fondo del local.

—La otra silla, milord —dijo Sharpe.

—¿Es usted maniático?

—Quiero ver la puerta desde aquí.

Lord Pumphrey se movió diligentemente y Sharpe tomó asiento de espaldas a la pared. Le pidieron café a una chica y Pumphrey se volvió a mirar a los clientes que discutían bajo una cortina de humo de cigarro.

—Casi todos son abogados —dijo.

—¿Abogados?

—Un gran porcentaje de los diputados son abogados —dijo Pumphrey, que frotaba su rostro delgado con ambas manos—. Esclavos, liberales y abogados.

—¿Esclavos?

Lord Pumphrey se estremeció de forma exagerada y se arrebujó más en su casaca.

—A grandes rasgos, hay dos facciones en las Cortes. Por un lado están los tradicionalistas, compuestos por los monárquicos, los beatos y los anticuados. Los llaman los *serviles*. Es un nombre insultante, es como llamar *tory* a alguien. *Serviles*

se refiere a los esclavos, que desean ver reinstaurado al rey y a la Iglesia triunfante. Son la facción de los terratenientes, privilegiados y aristócratas —volvió a estremecerse—. A los *serviles* se oponen los *liberales* —prosiguió—, que se llaman así porque siempre están hablando de la libertad. Los *liberales* quieren ver una España en la que los deseos de las personas tengan más influencia que los decretos de una Iglesia tiránica o los caprichos de un rey despótico. El gobierno de su Británica Majestad no tiene una opinión oficial sobre estas discusiones. Nosotros simplemente queremos ver un gobierno español dispuesto a continuar con la guerra contra Napoleón.

Sharpe puso cara de menosprecio.

—Ustedes están de parte de los *serviles*, ya lo creo que sí.

—Por extraño que parezca, no es así. En todo caso apoyamos a los *liberales*, siempre y cuando, claro está, sus ideas alocadas no se exporten a Gran Bretaña; Dios no lo quiera. Sin embargo, bastará cualquiera de las dos facciones con tal de que continúen combatiendo a Bonaparte.

—¿Y dónde está la confusión?

—La confusión, Sharpe, es que no les gustamos a ninguno de los dos bandos. Hay tanto *serviles* como *liberales* que creen de todo corazón que el enemigo más peligroso de España no es Francia, sino Gran Bretaña. El cabecilla de dicha facción, por supuesto, es el almirante Cárdenas. Él es un *servil*, naturalmente, pero si puede asustar a suficientes *liberales* y hacerles creer que nos anexionaremos Cádiz, entonces se saldrá con la suya. Quiere que España esté gobernada por un rey católico, asumiendo él mismo el papel de consejero principal del monarca, y para lograrlo necesita hacer las paces con Francia y, en ese caso, ¿adónde iríamos a parar? —Lord Pumphrey se encogió de hombros—. Dígame, ¿por qué el temible sir Thomas Graham me ha mandado un presente compuesto de granadas de artillería? No es que sea un desagradecido, por supuesto que no lo soy, sólo es por curiosidad, ¿sabe? ¡Dios santo! ¿Qué está haciendo?

La pregunta la provocó la repentina aparición de una pistola que Sharpe dejó sobre la mesa. Pumphrey iba a protestar pero se dio cuenta de que Sharpe miraba más allá. Se dio la vuelta y vio un hombre alto vestido de negro que se acercaba a ellos. El hombre tenía un rostro alargado que a Sharpe le resultó familiar, no sabía por qué.

El hombre tomó una silla de otra mesa, le dio la vuelta y se sentó entre Sharpe y Pumphrey. Miró la pistola, se encogió de hombros y le hizo un gesto con la mano a la camarera.

—*Vino tinto, por favor* —dijo con brusquedad—. No he venido aquí a pelear —añadió entonces en inglés—, de modo que puede guardar la pistola.

Sharpe le dio la vuelta al arma de forma que la boca apuntara directamente a aquel hombre, que se quitó la capa húmeda revelando que era sacerdote.

—Soy el padre Salvador Montseny —se dirigió a lord Pumphrey—. Ciertas personas me han pedido que negocie en su nombre.

—¿Ciertas personas? —preguntó lord Pumphrey.

—No esperará que revele su identidad, milord. —El sacerdote echó un vistazo a la pistola de Sharpe y fue entonces cuando éste lo reconoció. Era el sacerdote que había estado en casa de Núñez, el que le ordenó que se marchara del callejón—. No tengo ningún interés personal en este asunto —siguió diciendo el padre Montseny—, pero los que me pidieron que hablara por ellos pensaron que el hecho de que eligieran a un cura les inspiraría confianza.

—Esconda el arma, Sharpe —dijo lord Pumphrey—. Está asustando a los abogados. Creen que podría ser uno de sus clientes. —Aguardó a que Sharpe hiciera descender el percutor y se metiera la pistola debajo de la capa—. Habla usted un inglés excelente, padre.

—Tengo facilidad para los idiomas —repuso Montseny con modestia—. Crecí hablando francés y catalán. Luego aprendí español e inglés.

—¿Francés y catalán? ¿Es usted de la frontera?

—Soy catalán. —El padre Montseny hizo una pausa cuando depositaron café y una jarra de vino en la mesa. Se sirvió vino—. Tengo instrucciones de decirles que el precio es de tres mil guineas de oro.

—¿Está autorizado a negociar? —preguntó lord Pumphrey.

Montseny no dijo nada. En lugar de responder, tomó un pedazo de azúcar de un cuenco y lo dejó caer en su vino.

—Tres mil guineas es un precio hilarante —dijo Pumphrey—, totalmente desmedido. Pero para poner fin a este embarazoso asunto el gobierno de su majestad está dispuesto a pagar seiscientas.

El padre Montseny meneó levemente la cabeza, como para insinuar que la contraoferta era absurda; luego tomó una copa vacía de la mesa de al lado y le sirvió un vaso de vino a Sharpe.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Cuido de él —respondió Sharpe, señalando a lord Pumphrey con la cabeza y deseando no haberlo hecho porque el dolor le azotó el cráneo.

Montseny miró la cabeza vendada de Sharpe. Pareció resultarle gracioso.

—¿Le han dado a un hombre herido? —le preguntó a lord Pumphrey.

—Me dieron lo mejor que tenían —contestó Pumphrey en tono de disculpa.

—A usted no le hace falta protección, milord —dijo Montseny.

—Olvida —repuso lord Pumphrey— que el último negociador que enviamos fue asesinado.

—Resulta lamentable —comentó el sacerdote con severidad—, pero me han asegurado que fue culpa de ese hombre. Intentó apoderarse de las cartas por la fuerza.

Estoy autorizado a aceptar dos mil guineas.

—Mil —dijo Pumphrey—, con la promesa de que no se publicará nada más en *El Correo*.

Montseny se sirvió más vino.

—Mis mandantes —dijo— están dispuestos a utilizar su influencia en el periódico, pero eso les costará dos mil guineas.

—Lamentablemente —dijo Pumphrey— sólo nos quedan mil quinientas en la caja fuerte de la embajada.

—Mil quinientas —repitió el padre Montseny, como si lo considerara.

—Por cuya suma, padre, sus mandantes deben entregarnos todas las cartas y prometer que no publicarán ninguna más.

—Creo que será aceptable —afirmó el padre Montseny. Esbozó una sonrisa, como si estuviera satisfecho con el resultado de las negociaciones, y se reclinó en su asiento—. Si lo desea podría ofrecerle un consejo que les ahorraría dinero.

—Le estaría de lo más agradecido —repuso Pumphrey con exagerada educación.

—Cualquier día de estos su ejército zarpará, ¿no? Desembarcarán sus tropas en algún lugar del sur y se dirigirán al norte para enfrentarse al mariscal Victor. ¿Creen que él no lo sabe? ¿Qué cree usted que ocurrirá?

—Ganaremos —gruñó Sharpe.

El sacerdote le hizo caso omiso.

—¿Qué tendrá Lapeña? ¿Ocho mil hombres? ¿Nueve mil? ¿Y su general Graham llevará a tres o cuatro mil? Así pues, Lapeña tendrá el mando, y ese hombre tiene manías de vieja. El mariscal Victor contará con el mismo número de efectivos, probablemente más, y Lapeña se asustará. Le entrará el pánico y el mariscal Victor lo aplastará. Entonces les quedarán muy pocos soldados para proteger la ciudad y los franceses tomarán las murallas por asalto. Costará muchas vidas, pero en verano Cádiz será francesa. Entonces las cartas no tendrán importancia, ¿no es así?

—En tal caso —dijo lord Pumphrey—, ¿por qué no entregárnoslas sin más?

—Mil quinientas guineas, milord. Tengo instrucciones de decirle que debe traer el dinero usted mismo. Puede llevar a dos acompañantes, ni uno más, y se le hará llegar una nota a la embajada diciéndole dónde tendrá lugar el intercambio. Puede esperar la nota después de las oraciones de hoy. —Montseny apuró la copa, se puso de pie y dejó un dólar en la mesa—. Bueno, ya he cumplido mi función —dijo, saludó con un brusco movimiento de la cabeza y se marchó.

Sharpe hizo girar la moneda de dólar sobre la mesa.

—Al menos pagó el vino que pidió.

—Podemos esperar una nota después del oficio de vísperas —dijo lord Pumphrey, ceñudo—. ¿Significa eso que quiere el dinero esta noche?

—Por supuesto. Es en lo único que puede confiar por parte de ese cabrón —dijo

Sharpe—, pero en nada más.

—¿En nada más?

—Lo vi en el periódico. Está metido en esto hasta el cuello. No va a darle las cartas. Cogerá el dinero y echará a correr.

Pumphrey removió su café.

—Creo que se equivoca. Las cartas son un activo amortizable.

—Sea lo que sea lo que eso signifique.

—Significa, Sharpe, que ese hombre tiene razón. Lapeña estará al mando del ejército. ¿Sabe cómo llaman a Lapeña los españoles? *Doña Manolito*. La señora Manolito. Es un maniático nervioso y Victor le dará una paliza.

—Sir Thomas es bueno —afirmó Sharpe con lealtad.

—Quizá. Pero el que estará al mando del ejército será Doña Manolito, no sir Thomas, y si el mariscal Victor vence a Doña Manolito, Cádiz caerá, y cuando caiga Cádiz los políticos de Londres tropezarán entre ellos en su carrera hacia la cámara de negociaciones. La guerra cuesta dinero, Sharpe, y la mitad del Parlamento ya cree que no podemos ganarla. Si cae España, ¿qué esperanza nos queda?

—Lord Wellington.

—Que está aferrado a un rincón de Portugal mientras Bonaparte domina Europa. Si cae el último pedazo de España, Gran Bretaña hará las paces. Si no, cuando Victor venza a Doña Manolito, los españoles no esperarán a que caiga Cádiz. Negociarán. Preferirán rendir Cádiz a ver la ciudad saqueada. Y cuando se rindan, las cartas no valdrán ni un penique. A esto me refiero cuando digo que son un activo amortizable. El almirante, si es que se trata del almirante, preferirá tener el dinero ahora que unas cuantas cartas de amor sin ningún valor dentro de un mes. De modo que sí, están negociando de buena fe. —Lord Pumphrey añadió unas cuantas monedas al dólar del sacerdote y se puso de pie—. Hemos de ir a la embajada, Richard.

—Ese hombre está mintiendo —le advirtió Sharpe, Lord Pumphrey suspiró.

—En la diplomacia, Sharpe, damos por sentado que todo el mundo miente, siempre. Así es como hacemos progresos. Nuestros enemigos esperan que Cádiz sea francesa dentro de unas semanas, por cuyo motivo quieren el dinero ahora porque dentro de esas pocas semanas ya no habrá dinero. A la ocasión la pintan calva, es tan sencillo como eso.

La lluvia había arreciado y el viento soplaba con fuerza. Los letreros colocados sobre las tiendas se balanceaban peligrosamente y un retumbo de truenos resonó tierra adentro, un sonido asombrosamente parecido al de los proyectiles de la artillería pesada al pasar por lo alto. Sharpe dejó que Pumphrey lo guiara por el laberinto de callejones hasta la embajada. Cruzaron el arco vigilado por un pelotón de soldados españoles aburridos y atravesaron el patio a toda prisa hasta que los frenó una voz desde lo alto:

—¡Pumps! —llamó la voz—. ¡Aquí arriba!

Sharpe, al igual que lord Pumphrey, alzó la vista y vio al embajador asomado a una ventana de la atalaya de la embajada, una modesta estructura de cinco pisos situada en un extremo del patio de los establos.

—¡Suba! —volvió a gritar Henry Wellesley—. ¡Y usted también, señor Sharpe! ¡Vamos! —parecía excitado.

Sharpe salió a la plataforma techada y vio que el general de brigada Moon era el señor de la torre. Tenía una silla y un taburete, y junto a la silla había un catalejo, mientras que en una mesa pequeña había una botella de ron y bajo ella un orinal. La torre estaba provista de ventanas que protegían la plataforma superior de la intemperie, y era evidente que Moon había adoptado el nido. Se había puesto de pie y, apoyado en las muletas, miraba hacia el este con el embajador.

—¡Los barcos! —les dijo Henry Wellesley a Sharpe y a lord Pumphrey a modo de saludo.

Un enjambre de pequeñas embarcaciones surcaba a toda prisa las olas de cresta blanca para entrar en el amplio puerto de la bahía de Cádiz. A Sharpe le resultó extraño el aspecto de dichos barcos. Todos tenían un solo mástil y una única vela gigantesca. Las velas tenían forma de cuña, puntiagudas delante y grandes en la popa.

—Faluchos —dijo el embajador—, una palabra que mejor no intentar pronunciar si vas borracho.

—Tuvieron suerte de llegar antes de que estallara la tormenta —comentó el general de brigada.

Los morteros franceses intentaban hundir los faluchos sin éxito. La lluvia y el viento amortiguaban el ruido de los cañones. Sharpe veía las nubes de humo que salían del fuerte de Matagorda y del fuerte de San José con cada disparo de los morteros, pero no distinguía dónde caían las granadas, pues el agua ya estaba muy turbulenta. Los faluchos avanzaban a sacudidas dirigiéndose al extremo sur de la bahía donde el resto de las embarcaciones se hallaba a cubierto, lejos del alcance de los morteros. Las perseguían oscuras borrascas y lluvias furiosas mientras la tormenta se extendía hacia el sur. Se oyó el chasquido de un rayo a lo lejos, en la costa norte.

—¡Por lo visto los españoles han cumplido su palabra! —exclamó Henry Wellesley con exultación—. ¡Esos barcos han venido desde las Baleares! Un par de días para aprovisionarlos y el ejército podrá embarcar. —Parecía un hombre cuyos problemas estuviesen tocando a su fin. Si el ejército combinado de británicos y españoles podía destruir las obras de asedio francesas y expulsar a las fuerzas de Victor de Cádiz, sus enemigos políticos quedarían neutralizados. Incluso podría ser que las Cortes y la capital española volvieran a capturar Sevilla y el raro sabor de la Victoria se respiraría en el aire—. El plan —explicó Henry Wellesley a Sharpe— es que Lapeña y sir Thomas se encuentren con tropas de Gibraltar, marchen luego hacia

el norte, ataquen la retaguardia de Victor, le den una paliza y expulsen a sus tropas de Andalucía.

—Se supone que todo esto es un secreto —terció el general de brigada mediante un gruñido.

—¡Menudo secreto! —repuso lord Pumphrey con acritud—. Un cura acaba de contármelo.

El embajador pareció alarmarse.

—¿Un cura?

—Que parecía estar muy seguro de que el mariscal Victor está perfectamente informado de nuestros planes de asaltar sus líneas.

—¡Pues claro que está informado! —dijo el general de brigada—. Puede que Victor empezara su carrera como trompeta, pero sabrá contar barcos, ¿no? ¿Por qué si no se está reuniendo la flota? —Se volvió a mirar los faluchos que se hallaban entonces fuera del alcance de los morteros, los cuales habían dejado ya de disparar.

—Creo que tendríamos que hablar, su excelencia —dijo lord Pumphrey—. Tengo una propuesta que hacerle.

El embajador desvió la mirada hacia el general de brigada, que observaba las embarcaciones con atención.

—¿Una propuesta útil?

—De lo más alentadora, su excelencia.

—Por supuesto —dijo Henry Wellesley, y se encaminó hacia las escaleras.

—Venga, Sharpe —le dijo lord Pumphrey imperiosamente, pero cuando Sharpe se dispuso a seguir a su señoría, el general de brigada chasqueó los dedos.

—Quédese aquí, Sharpe —le ordenó Moon.

—Ahora voy —le dijo Sharpe a Pumphrey—. ¿Señor? —le preguntó al general de brigada cuando Wellesley y Pumphrey se fueron.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Ayudando al embajador, señor.

—Ayudando al embajador, señor —repitió Moon imitando a Sharpe—. ¿Por eso se ha quedado? Se suponía que tenía que embarcar de vuelta a Lisboa.

—¿No tenía usted que embarcar también, señor? —le preguntó Sharpe.

—Los huesos rotos se curan mejor en tierra —respondió el general—. Es lo que me dijo el médico. Si lo piensa tiene su lógica. Ir dando bandazos dentro de un barco no contribuye a que se suelde un hueso, ¿no? —soltó un resoplido al sentarse—. Me gusta estar aquí arriba. Ves cosas —le dio unos golpecitos al catalejo.

—¿Mujeres, señor? —preguntó Sharpe. No se le ocurría ningún otro motivo por el cual un hombre con la pierna rota subiera con muchas dificultades a lo alto de una atalaya, y desde la torre Moon dominaba docenas de ventanas.

—Cuidado con lo que dice, Sharpe —dijo Moon—, y explíqueme por qué todavía

sigue aquí.

—Porque el embajador me pidió que me quedara, señor, para ayudarle.

—¿Adquirió su insolencia con la tropa, Sharpe, o ya nació así?

—El cargo de sargento contribuyó a ello, señor.

—¿El cargo de sargento?

—Debes tratar con los oficiales, señor; todos los días.

—¿Y usted no tiene buena opinión de los oficiales?

Sharpe no respondió. En lugar de eso miró los faluchos que se ponían al paio y echaban el ancla. La bahía era un hervidero de ondas espumosas y pequeñas olas embravecidas.

—Si me disculpa, señor.

—¿Tiene algo que ver con esa mujer? —quiso saber Moon.

—¿Qué mujer, señor? —Sharpe se dio la vuelta en las escaleras.

—Sé leer los periódicos, Sharpe —dijo Moon—. ¿Qué están tramando usted y esa condenada Mariquilla?

—¿Mariquilla, señor?

—Me refiero a Pumphrey, idiota. ¿O acaso no se ha dado cuenta? —preguntó con desdén.

—Me he dado cuenta, señor.

—Porque si le ha tomado usted demasiado cariño —dijo el general de brigada con maldad— tiene un rival. —Moon disfrutó con la expresión de indignación de Sharpe—. Tendré los ojos abiertos, Sharpe. Soy un soldado. Será mejor que usted también los mantenga abiertos. ¿Sabe quién visita a Mariquilla en su casa? —Señaló por la ventana. La embajada estaba compuesta de una serie de edificios agrupados en torno a dos patios y un jardín, y el general de brigada indicó una casa situada en el patio más pequeño—. ¡Nada menos que el embajador, Sharpe! Entra a hurtadillas en casa de esa Mariquilla. ¿Qué le parece, Sharpe?

—Me parece que lord Pumphrey es un consejero del embajador, señor.

—¿Y ha de aconsejarle durante la noche?

—No lo sé, señor —contestó Sharpe—. Y ahora, si me disculpa.

—Disculpado —repuso Moon con soma, y Sharpe bajó las escaleras ruidosamente y se dirigió al estudio del embajador, donde encontró a Henry Wellesley mirando al jardín, en el que llovía a cántaros. Lord Pumphrey se hallaba junto a la chimenea, calentándose el trasero.

—El capitán Sharpe opina que el padre Montseny miente —le decía Pumphrey a Wellesley cuando Sharpe entró.

—¿Eso piensa, Sharpe? —preguntó Wellesley sin darse la vuelta.

—No se fíe de él, señor.

—¿De un clérigo?

—Ni siquiera sabemos si es un sacerdote de verdad —dijo Sharpe—, y lo vi en el periódico.

—Sea quien sea —terció lord Pumphrey con aspereza—, necesitamos tratar con él.

—Mil ochocientas guineas, ¡Dios santo! —exclamó el embajador al tiempo que tomaba asiento frente a su mesa. Estaba tan consternado que no vio la mirada que Sharpe le lanzó a lord Pumphrey.

Sin querer, el embajador había revelado el desfalco de Pumphrey, que puso cara de inocente.

—Yo diría, su excelencia, que los españoles vieron los barcos antes que nosotros. Llegan a la conclusión de que nuestra expedición zarpará dentro de uno o dos días. Lo cual significa una batalla en menos de quince días, y están totalmente seguros de la Victoria. Y si las fuerzas que defienden Cádiz son destruidas, las cartas ya no tendrán ningún valor. Les gustaría aprovecharse de ellas antes de que esto ocurra y de ahí que hayan aceptado mi oferta.

—Aun así, son mil ochocientas guineas —dijo Henry Wellesley.

—El dinero no es suyo —comentó Pumphrey.

—¡Pero las cartas sí, Pumps, por Dios!

—Al publicar una carta, nuestros adversarios han convertido la correspondencia en un instrumento de la diplomacia. Por lo tanto, tenemos motivos más que justificados para utilizar los fondos de su majestad con el fin de anular dicho instrumento. —Lord Pumphrey hizo un bonito gesto con la mano derecha—. Perderé el dinero, señor, en las cuentas. No es difícil.

—¡No es difícil! —replicó Henry Wellesley.

—Subvenciones a los guerrilleros —dijo lord Pumphrey con elocuencia—, compra de información a los agentes, sobornos a los diputados de las Cortes. Gastamos cientos, miles de guineas en cosas semejantes y el Tesoro nunca ha llegado a ver ni un solo recibo. No es en absoluto difícil, excelencia.

—Montseny se llevará el dinero —dijo Sharpe con terquedad— y se quedará las cartas.

Los otros dos no le hicieron caso.

—¿Insiste en que efectúe el intercambio usted personalmente? —le preguntó el embajador a lord Pumphrey.

—Me figuro que es su manera de garantizarme que no se contempla la violencia —repuso lord Pumphrey—. Nadie osaría asesinar a uno de los diplomáticos de su majestad. Provocaría demasiado jaleo.

—Mataron a Plummer —terció Sharpe.

—Plummer no era diplomático —replicó lord Pumphrey con brusquedad.

El embajador miró a Sharpe.

—¿Puede robar las cartas, Sharpe?

—No, señor. Probablemente puedo destruirlas, pero están muy bien protegidas para robarlas.

—Destruýalas —dijo el embajador—. Supongo que eso entrañará violencia, ¿no?

—Sí, señor.

—No aceptaré ningún acto que pueda empeorar nuestras relaciones con los españoles, no puedo hacerlo —dijo Henry Wellesley. Se frotó la cara con ambas manos—. ¿Van a cumplir con su palabra, Pumps? ¿No publicarán más cartas?

—Me imagino que el almirante se conforma con el daño que ha causado la primera, milord, y ansía el oro. Creo que mantendrá su palabra. —Pumphrey frunció el ceño cuando Sharpe profirió un ruido de indignación.

—Pues que así sea —dijo Henry Wellesley—. Cómprelas, recupérelas, y le pido disculpas por causar tantos problemas.

—El problema, su excelencia, terminará pronto —dijo lord Pumphrey. Miró el juego de ajedrez del embajador—. Creo que hemos llegado al fin de la cuestión —dijo—. ¿Capitán Sharpe? Supongo que me acompañará, ¿no?

—Allí estaré —respondió Sharpe en tono grave.

—Pues reunamos el dinero —dijo lord Pumphrey con indiferencia— y terminemos con esto.

* * * *

La nota llegó bien entrada la noche. Sharpe se encontraba esperando con sus hombres en un compartimiento vacío de los establos de la embajada. Sus cinco soldados iban vestidos con ropa de civil barata y tenían un aspecto sutilmente distinto. Hagman, que de todos modos era un hombre delgado, parecía un mendigo. Perkins se asemejaba a una desagradable rata callejera, uno de esos chicos de Londres que barrían el estiércol de caballo frente a los transeúntes con la esperanza de conseguir unas monedas. Slattery tenía un aspecto inquietante, propio de un asaltante de caminos que podía volverse violento al menor indicio de resistencia. Harris parecía un hombre al que hubiera abandonado la suerte, tal vez un maestro de escuela borracho que se había visto en la calle, mientras que Harper daba la impresión de ser un campesino recién llegado a la ciudad, grande, tranquilo y fuera de lugar con su gastada chaqueta de paño.

—El sargento Harper viene conmigo —les dijo Sharpe— y los demás aguardarán aquí. ¡No se emborrachen! Puede que los necesite más tarde. —Tenía la sensación de que la aventura de aquella noche acabaría mal. Quizá lord Pumphrey fuera optimista sobre el resultado, pero Sharpe quería estar preparado para lo peor, y los fusileros eran sus refuerzos.

—Si no tenemos que emborracharnos, señor, ¿para qué es el brandy? —preguntó Harris.

Sharpe descorchó las cuatro botellas de brandy que había traído de las provisiones del embajador y vertió su contenido en un cubo del establo. Entonces le añadió una jarra entera de aceite para lámparas.

—Mézclenlo todo y vuelvan a embotellarlo —le dijo a Harris.

—¿Va a encender un fuego, señor?

—No sé qué diablos vamos a hacer. Quizá no hagamos nada. No obstante, manténganse sobrios, esperen y ya veremos qué ocurre.

Sharpe había considerado hablar con todos sus hombres, pero el cura insistió en que Pumphrey trajera sólo dos compañeros, y si su señoría llegaba con más probablemente no ocurriría nada. Sharpe admitió que había una pequeña posibilidad de que Montseny actuara con honestidad, de modo que le daría al sacerdote una pequeña oportunidad con la esperanza de que les entregara las cartas. Lo dudaba. Limpió las dos pistolas de la marina que había cogido del pequeño arsenal de la embajada, engrasó las llaves y las cargó.

Los relojes de la embajada ya habían dado las once cuando lord Pumphrey acudió a los establos. Su señoría llevaba puesta una capa negra y cargaba una bolsa de cuero.

—Es en la catedral, Sharpe —dijo lord Pumphrey—. Otra vez en la cripta. Después de medianoche.

—¡Demonios! —exclamó Sharpe. Se echó agua en la cara y se abrochó el talabarte—. ¿Va armado? —le preguntó a Pumphrey, y su señoría se abrió la capa para mostrarle un par de pistolas de duelo que llevaba metidas en el cinturón—. Bien —dijo Sharpe—, porque esos hijos de puta planean un asesinato. ¿Todavía llueve?

—No, señor —respondió Hagman—. Aunque hace viento.

—Pat, ¿lleva el fusil de descarga múltiple y el rifle?

—Y una pistola, señor —contestó Harper.

—Y éstas —dijo Sharpe. Se acercó a la pared de la que colgaba la mochila francesa y sacó cuatro balas de humo. Recordó lo que dijo el teniente de ingenieros al describirle lo desagradables que podían resultar las balas en espacios reducidos—. ¿Alguien tiene una caja de yesca?

Harris tenía una. Se la dio a Harper.

—¿Por qué no vamos todos, señor? —sugirió Slattery.

—Esperan a tres —dijo Sharpe mirando a Pumphrey, que movió la cabeza a modo de confirmación—, de manera que si ven a más de tres probablemente desaparecerán. Lo harán igualmente cuando tengan lo que hay en esta bolsa. —Señaló la bolsa que llevaba lord Pumphrey—. ¿Pesa?

Pumphrey le dijo que no con la cabeza.

—Unos trece kilos —calculó, levantando la bolsa.

—Pues pesa bastante. ¿Estamos listos?

Las calles adoquinadas estaban mojadas y brillaban bajo la luz intermitente de las antorchas que ardían en los arcos de entrada o en las esquinas. Soplaban un viento frío que tiraba de sus capas.

—¿Sabe qué harán? —le dijo Sharpe a Pumphrey—. Harán que les entreguemos el oro y luego se esfumarán. Tal vez disparen un par de tiros para que no levantemos la cabeza. No conseguirá las cartas.

—Es usted sumamente cínico —repuso Pumphrey—. Para ellos las cartas tienen cada vez menos valor. Si publican más, la Regencia les cerrará el periódico.

—Publicarán más —afirmó Sharpe.

—Preferirán quedarse con esto —replicó lord Pumphrey al tiempo que alzaba la bolsa.

—Lo que preferirán es quedarse con las cartas y el oro —dijo Sharpe—. Quizá no quieran matarle, considerando que es usted diplomático, pero para ellos vale mil quinientas guineas. De modo que lo matarán si tienen que hacerlo.

Pumphrey los condujo en dirección oeste, hacia el mar. El viento era más fresco y el estruendoso gualdrapeo de las lonas que cubrían las partes inacabadas del tejado de la catedral inundaba la noche. Sharpe ya veía la catedral, en cuyo inmenso muro gris parpadeaban parches de luz proyectada por las antorchas de las calles cercanas.

—Llegamos pronto —dijo lord Pumphrey, que parecía nervioso.

—Ya estarán aquí —repuso Sharpe.

—Tal vez no.

—Estarán aquí. Esperándonos. ¿No me debe usted algo?

—¿Le debo algo? —preguntó Pumphrey.

—Un agradecimiento —dijo Sharpe—. ¿Cuánto dinero hay en la bolsa, milord? —le preguntó al ver el desconcierto de lord Pumphrey—. ¿Mil ochocientas o mil quinientas?

Lord Pumphrey miró a Harper, como para sugerirle a Sharpe que no debería hablar de esas cuestiones delante de un sargento.

—Mil quinientas, claro —respondió Pumphrey en voz baja—, y gracias por no decir nada en presencia de su excelencia.

—No significa que no vaya a contárselo mañana —dijo Sharpe.

—Mi trabajo requiere gastos, Sharpe, gastos. Probablemente usted también tenga gastos, ¿no?

—A mí no me incluya, milord.

—Sencillamente hago lo que hace todo el mundo —afirmó lord Pumphrey con precaria dignidad.

—Así que en su mundo todos mienten y son corruptos, ¿no?

—Se llama «servicio diplomático».

—¡Pues doy gracias a Dios de ser solamente un ladrón y un asesino!

El viento los azotó cuando salieron del último callejón y subieron por las escaleras hasta las puertas de la catedral. Pumphrey se dirigió a la de la izquierda, la empujó y la puerta se abrió con un chirrido de bisagras. Harper entró detrás de Sharpe, se santiguó e hizo una breve genuflexión.

Las columnas se extendían hacia el crucero, donde brillaban unas pequeñas luces trémulas. Más velas ardían en las capillas laterales y las llamas parpadeaban con el viento que lograba entrar en aquel vasto espacio. Sharpe fue delante, hacia la nave con el rifle en la mano. No vio a nadie. Había una escoba abandonada contra una columna.

—Si empiezan los problemas —dijo Sharpe— échese al suelo.

—¿No intentamos escapar? —preguntó lord Pumphrey con ligereza.

—Ya los tenemos detrás —respondió Sharpe. Había oído pasos y ahora, al volver la vista atrás, vio a dos hombres en las sombras del extremo de la nave. Entonces oyó el chirrido de los pestillos que se cerraban rápidamente.

Estaban atrapados.

—¡Dios mío! —dijo lord Pumphrey.

—Rece para que esté de nuestro lado, milord. Hay dos hombres detrás de nosotros, Pat, vigilando la puerta.

—Los he visto, señor.

Llegaron al crucero, donde el transepto se cruzaba con la nave. En el altar mayor provisional había más velas encendidas. Los andamios se alzaban en los cuatro enormes pilares y desaparecían en la alta oscuridad de la cúpula inacabada. Pumphrey se había dirigido a las escaleras de la cripta, pero Sharpe lo detuvo.

—Aguarde, milord —le dijo, y se acercó a la puerta del muro provisional construido allí donde algún día se hallaría el presbiterio. La puerta estaba cerrada. No había pestillos en el interior, ni candado ni cerradura, lo cual significaba que estaba asegurada exteriormente, por lo que Sharpe soltó una maldición. Había cometido un error al dar por sentado que la puerta estaría cerrada por el interior, pero cuando exploró la catedral con lord Pumphrey no lo había comprobado, y eso implicaba que tenían cortada la retirada.

—¿Qué pasa? —preguntó lord Pumphrey.

—Necesitamos otra salida —dijo Sharpe. Se quedó mirando las enmarañadas sombras de los andamios que rodeaban el crucero. Recordó haber visto ventanas allí arriba—. Cuando salgamos —dijo—, será subiendo por estas escaleras de mano.

—No habrá ningún problema —dijo lord Pumphrey con nerviosismo.

—Pero si lo hay —repuso Sharpe—, subiremos por las escaleras.

—No se atreverán a atacar a un diplomático —insistió lord Pumphrey con un susurro ronco.

—Por mil quinientas monedas yo atacaría al mismísimo rey —afirmó Sharpe, que empezó a bajar los escalones de la cripta. La luz de las velas brillaba en la gran cámara redonda. Sharpe llegó casi hasta el pie de las escaleras y allí se agachó. Echó hacia atrás el disparador del rifle y el leve ruido resonó. A su derecha vio el segundo tramo de escaleras. También veía tres de los arcos de la caverna, descendió despacio otro peldaño hasta que alcanzó a ver los otros dos pasadizos a su izquierda. No había nadie a la vista, pero una docena de velas ardía en el suelo. Las habían colocado formando un amplio círculo y tenían algo siniestro, como si las hubieran dispuesto para algún ritual bárbaro. Las paredes de piedra aparecían desnudas y en el techo había una cúpula poco profunda de tosca mampostería. Allí abajo no había decoración alguna. La cámara tenía un aspecto tan frío y despojado como una cueva; que lo era, cayó en la cuenta Sharpe, pues la cripta se había excavado en la roca sobre la que se había construido Cádiz—. Vigile nuestras espaldas, Pat —dijo en voz baja, y el sonido de su voz rebotó y volvió a él a través de la amplia cámara.

—Ya vigilo, señor —repuso Harper.

Entonces, por el rabillo del ojo, Sharpe vio fugazmente algo blanco, se dio media vuelta alzando el rifle y vio que era un paquete que habían arrojado desde un pasadizo del otro extremo. El paquete cayó al suelo y el golpe contra las piedras reverberó en múltiples ecos que no se desvanecieron hasta que se hubo deslizado para detenerse casi en el centro del círculo de velas.

—Las cartas —la voz de Montseny sonó desde uno de los pasadizos oscuros—, y buenas noches, milord.

Pumphrey no dijo nada. Sharpe observaba los arcos tenebrosos, pero resultaba imposible saber desde qué caverna hablaba Montseny. El eco ahogaba el sonido, destruyendo cualquier indicio de su fuente.

—Deje el dinero en el suelo, milord —dijo Montseny—, luego coja las cartas y nuestro negocio habrá concluido.

Pumphrey hizo ademán de ir a obedecer, pero Sharpe lo frenó con el cañón del rifle.

—Tenemos que echar un vistazo a las cartas —dijo Sharpe en voz alta. Vio que el paquete estaba atado con cuerda.

—Los tres examinarán las cartas —repuso Montseny— y luego dejarán el oro.

Sharpe seguía sin poder determinar dónde se encontraba Montseny. Le parecía que el paquete había sido arrojado desde el pasadizo más cercano al otro tramo de escaleras, pero tenía la sensación de que Montseny se hallaba en otra cámara. Cinco cámaras. ¿Habría un hombre en cada una? Y Montseny quería que Pumphrey y sus compañeros se situaran en el centro de la estancia donde estarían rodeados de armas. Como ratas en un barril, pensó Sharpe.

—Ya sabe qué hacer —le dijo en voz baja. Bajó el disparador para que el rifle

fuera seguro—. ¿Pat? Agarre a lord Pumphrey del brazo y cuando actuemos, lo haremos deprisa. —Confiaba en que Harper haría lo adecuado, pero imaginaba que lord Pumphrey estaría confuso. Lo importante ahora era mantenerse alejados del paquete de cartas porque estaba en el espacio iluminado, la zona de aniquilamiento. Sharpe sospechaba que Montseny no quería matar, pero sí codiciaba el oro y mataría si tenía que hacerlo. Mil quinientas guineas constituían una fortuna. Podías construir una fragata con ese dinero, podías construir un palacio, podías sobornar a una iglesia llena de abogados—. Primero iremos despacio —dijo en voz muy queda—, y luego deprisa.

Se puso de pie, bajó hasta el último peldaño, hizo ver que conducía a sus compañeros hacia el paquete que estaba en el suelo en el centro de la cámara y entonces viró a la izquierda, hacia el pasaje más próximo, en el que encontraron a un hombre fornido al otro lado del arco de mampostería. El hombre puso cara de asombro cuando Sharpe apareció. Sostenía un mosquete, pero era evidente que no estaba listo para dispararlo, y seguía boquiabierto cuando Sharpe lo golpeó con la culata chapada de su rifle. Fue un golpe fuerte en la mandíbula, y Sharpe agarró el mosquete con la mano izquierda y se lo arrebató de un tirón. El hombre trató de golpearlo, pero Harper intervino y le atizó un culatazo en la cabeza con el fusil de descarga múltiple, se oyó un crujido y el hombre cayó como un buey sacrificado.

—Vigílelo, Pat —le ordenó Sharpe, y se dirigió a la parte de atrás de la cámara donde el pasadizo unía las criptas separadas. Una luz tenue se filtraba allí detrás y una sombra se movió. Sharpe hizo retroceder el disparador del rifle y el sonido hizo que la sombra se moviera de nuevo.

—¡Milord! —exclamó Montseny en tono severo desde la oscuridad.

—¡Cierre la boca, sacerdote! —gritó Sharpe.

—¿Qué hago con este cabrón? —preguntó Harper.

—Sáquelo de aquí a patadas, Pat.

—¡Dejen el oro en el suelo! —gritó Montseny. Ahora ya no parecía tan tranquilo. Las cosas no estaban saliendo tal como él había planeado.

—¡Tengo que ver las cartas! —dijo lord Pumphrey subiendo la voz.

—Pueden examinarlas. Salgan, milord. ¡Todos ustedes! Salgan, traigan el oro e inspeccionen las cartas.

Harper empujó al hombre medio aturdido hacia la luz. Se quedó allí, tambaleándose, y luego cruzó la estancia a toda prisa y se metió en uno de los pasadizos del otro extremo. Sharpe estaba agachado al lado de Pumphrey.

—No se mueva, milord —le dijo Sharpe—. Pat, balas de humo.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó Pumphrey, alarmado.

—Conseguirle las cartas —contestó Sharpe. Se colgó el rifle al hombro y amartilló el mosquete capturado.

—¡Milord! —gritó Montseny.

—¡Estoy aquí!

—¡Dese prisa, milord!

—Dígale que primero se deje ver —susurró Sharpe.

—¡Déjese ver! —le gritó lord Pumphrey.

Sharpe había retrocedido hasta el oscuro pasadizo que rodeaba el borde exterior de las cámaras. Allí no había ningún movimiento. Oyó el chasquido de la caja de yesca de Harper, vio surgir la llama y luego el chisporroteo de la mecha de la primera bala de humo.

—Es usted quien quiere las cartas, milord —dijo Montseny—. ¡Venga, pues, a por ellas!

Se encendieron la segunda, tercera y cuarta mechas. Los gusanos de fuego desaparecieron en el interior de las bolas perforadas, pero no pareció ocurrir nada. Harper se apartó de ellas, como si temiera que fueran a explotar.

—¿Quieren que venga yo a buscar el oro? —gritó Montseny, y su voz reverberó por la cripta.

—¿Por qué no lo hace? —le preguntó Sharpe. No hubo respuesta.

Empezaba a salir humo de las cuatro balas. Al principio no era muy espeso, pero de pronto una de ellas emitió un silbido y el humo empezó a hacerse más denso con una rapidez sorprendente. Sharpe cogió una bala y notó el calor a través del recipiente de cartón piedra.

—¡Milord! —gritó Montseny con enojo.

—¡Ahora venimos! —le dijo Sharpe, que hizo rodar la primera bala hacia la cámara grande. Las otras tres balas arrojaban un humo maloliente y Harper las lanzó tras la primera, con lo que de pronto la gran cripta central no fue un lugar bien iluminado, sino una caverna que se estaba llenando de un humo arremolinado y asfixiante que oscurecía la luz de la docena de velas—. ¡Pat! —dijo Sharpe—. Lleve a su señoría escaleras arriba. ¡Ahora!

Sharpe contuvo el aliento, corrió hasta el centro de la cripta y cogió el paquete. Cuando regresó a las escaleras apareció un hombre por entre la humareda con el mosquete en la mano. Sharpe arremetió contra él con el suyo, estampándole la boca del cañón en los ojos. El hombre cayó y Sharpe corrió hacia la escalera. Harper estaba casi en lo alto, con Pumphrey agarrado del codo. Un mosquete disparó en la cripta y el múltiple eco hizo que sonara como una descarga de un batallón. La bala golpeó el techo por encima de la cabeza de Sharpe e hizo saltar una esquirla de piedra, entonces Sharpe llegó a lo alto de la escalera y Harper estaba allí, esperándolo, y había dos hombres con mosquetes a medio camino de la nave. Sharpe sabía que Harper se estaba preguntando si atacarlos y escapar así por el portón principal de la catedral.

—¡Por la escalera de mano, Pat! —dijo Sharpe. Si bajaban por la nave permitirían que Montseny y sus hombres les dispararan desde atrás—. ¡Vamos! —empujó a Pumphrey hacia la escalera más próxima—. ¡Llévelo arriba, Pat! ¡Vamos! ¡Vamos!

Un mosquete disparó desde la nave. El proyectil pasó junto a Sharpe y se hundió en una pila de telas color púrpura que aguardaban para decorar los altares de la catedral durante la próxima Cuaresma. Sharpe no hizo caso del hombre que había disparado y abrió fuego con su mosquete capturado por las escaleras que bajaban a la cripta. Luego cogió el rifle que llevaba al hombro y también lo disparó. Oyó que los hombres se abrían paso con dificultad por la humareda de abajo, los oyó toser. Se esperaban un tercer disparo, pero no se produjo ninguno porque Sharpe había echado a correr hacia el andamio y trepaba por él para salvar la vida.

CAPÍTULO 7

Sharpe trepó por la escalera a toda prisa. Un mosquete disparó en la nave y las paredes de la catedral amplificaron el sonido. Oyó el chasquido de la bala contra la piedra y su silbido al desviarse hacia el transepto. Hubo entonces un gran estrépito que provocó que sus perseguidores dieran un grito de alarma. Harper había arrojado un sillar de piedra al crucero y la caliza quedó hecha pedazos que resbalaron por el suelo.

—¡Otra escalera, señor! —gritó Harper desde arriba, y Sharpe vio la segunda escalera de mano que se alzaba en la penumbra. Cada una de las sólidas columnas situadas en las esquinas del crucero sostenía una torre de andamios, pero cuando las cuatro endebles torres llegaban a los arcos que se extendían entre los pilares, el andamiaje se ramificaba y se unía para abarcar los muros que se alzaban hasta la base de la cúpula. Disparó otro mosquete y la bala se hundió en un tablón de madera levantando un polvo que casi ahogó a Sharpe mientras trepaba por la segunda escalera que se balanceaba de manera alarmante—. ¡Aquí, señor! —Harper le tendió la mano. El irlandés y lord Pumphrey se encontraban en la amplia cornisa de piedra del tambor, una repisa decorativa que rodeaba el pilar por su mitad. Sharpe calculó que en aquellos momentos distaban del suelo de la catedral unos doce metros, y el pilar todavía ascendía esa misma distancia antes de que los andamios se extendieran bajo la cúpula. Había una ventana en lo alto, en medio de la oscuridad. No la veía, pero la recordaba.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó lord Pumphrey con enojo—. ¡Deberíamos haber negociado! ¡Ni siquiera hemos visto las cartas!

—Puede verlas ahora —dijo Sharpe, que arrojó el paquete de cartas en manos de Pumphrey.

—¿Sabe usted lo mucho que ofenderá esto a los españoles? —El regalo del paquete no amainó la ira de Pumphrey—. ¡Esto es una catedral! ¡Harán venir a los soldados en cualquier momento!

Sharpe dio su opinión al respecto y a continuación se asomó al borde del tambor mientras recargaba el rifle. De momento se hallaban bastante seguros, pues la repisa de piedra era ancha y los protegía de los disparos que se efectuaran desde el crucero, pero Sharpe imaginó que sus enemigos no tardarían en intentar trepar por los andamios y atacarles por los flancos. Oía a unos hombres que hablaban abajo, pero también oía algo extraño, algo que recordaba el fragor de la batalla. Era un retumbo parecido al de los cañonazos. Crujía, aumentaba y disminuía de volumen, y Sharpe cayó en la cuenta de que era el viento azotando las lonas que cubrían el techo inacabado. Un mayor estruendo tapó el retumbo, eran los truenos. El ruido de los disparos en la catedral quedaría ahogado por la tormenta y, además, Montseny había

cerrado las puertas. El sacerdote no avisaría a los soldados. Codiciaba el oro.

Resonó el traqueteo de una descarga de mosquetería y las balas golpetearon alrededor del tambor. Sharpe supuso que los disparos se habían realizado para proteger a alguien que subía por una escalera. Miró, vio la sombra en la columna de enfrente, apuntó el rifle y apretó el gatillo. El hombre cayó de los peldaños de lado y dio contra el suelo, donde fue arrastrándose hasta la sillería del coro para protegerse.

—¿Tiene un cuchillo? —le preguntó Pumphrey.

Sharpe le dio su navaja. Oyó que Pumphrey cortaba la cuerda, y luego el crujido del papel.

—¿Quiere que el sargento Harper encienda una llama? —le ofreció.

—No es necesario —contestó Pumphrey con tristeza. Desplegó una hoja grande de papel. A pesar de la penumbra del tambor, Sharpe vio que el paquete no contenía las cartas, sino un periódico. Seguramente *El Correo de Cádiz*—. Tenía usted razón, Sharpe —reconoció Pumphrey.

—Mil quinientas guineas —dijo Sharpe—, mil quinientas setenta y cinco libras. Hay suficiente para retirarse. Podríamos quedarnos el dinero usted y yo, Pat —Sharpe hizo una pausa para morder el extremo de un cartucho—, podríamos coger un barco rumbo a América, abrir una taberna y vivir bien durante el resto de nuestra vida.

—Con mil quinientas guineas no necesitaríamos una taberna, señor.

—Pero sería estupendo, ¿verdad? —dijo Sharpe—. Una taberna en una ciudad costera, ¿eh? La llamaríamos Lord Pumphrey. —Sacó un parche de cuero de la cartuchera, envolvió la bala con él y la atacó en el cañón—. Pero en América no hay lords, ¿verdad?

—No —respondió lord Pumphrey.

—Entonces quizá deberíamos llamarla El embajador y la puta —dijo Sharpe, que deslizó la baqueta en su lugar bajo el cañón. Cebó y amortilló el rifle. Abajo no se percibía ningún movimiento, lo cual sugería que Montseny estaba considerando su táctica. Él y sus hombres habían aprendido a temer la potencia de fuego que se hallaba sobre ellos, pero eso no los disuadiría durante mucho tiempo cuando había en juego mil quinientas guineas inglesas de oro.

—Usted no haría eso, Sharpe, ¿verdad? —le preguntó Pumphrey en tono nervioso—. Me refiero a que no está pensando en quedarse con el dinero, ¿no?

—Por algún motivo, milord, soy un cabrón leal. Dios sabrá por qué. Sin embargo, el sargento Harper es irlandés. Tiene muchas razones para odiar a los ingleses. Un disparo de su fusil de descarga múltiple y tanto usted como yo seremos carne muerta. Mil quinientas guineas, Pat. Podría hacer muchas cosas con eso.

—Sí que podría, señor.

—Sin embargo, lo que ahora tenemos que hacer —dijo Sharpe— es ir a la izquierda. Trepemos hasta esa ventana —señaló. La vista se le había adaptado a la

oscuridad y distinguió un leve brillo que revelaba la presencia de la ventana bajo la cúpula—. La atravesaremos. Hay andamios en el muro exterior. Bajaremos por ahí y nos largaremos a la ciudad como ratas que vuelven al agujero.

Para llegar hasta allí debían trepar por los andamios situados por encima del tambor, cruzar luego un tablón estrecho y subir por otra escalera que llevaba a una plataforma destartada situada bajo la ventana. Las escaleras, al igual que los postes del andamiaje, se hallaban sujetas con cuerdas. No era una subida larga, no eran más de nueve metros; luego debían cruzar una distancia similar y después ascender aproximadamente la mitad más, pero para hacerlo debían exponerse a los hombres del padre Montseny. Sharpe calculó que habría unos ocho o nueve, todos armados con mosquetes, y a esa distancia hasta un mosquete podría alcanzarles. En cuanto abandonaran la protección de la ancha repisa de piedra, seguramente uno de ellos sería alcanzado por una bala.

—Lo que tenemos que hacer —dijo— es distraer a esos hijos de puta. Es una lástima que no tengamos más balas de humo.

—Funcionaron muy bien, ¿verdad? —comentó Harper alegremente. El humo salía por las escaleras de la cripta y se extendía por el suelo del crucero, pero no lo suficiente para ocultar la alta cúpula.

Sharpe se agachó en el tambor y miró los andamios que rodeaban el crucero, Montseny y sus hombres se encontraban en la nave, fuera de la vista. Sin duda estaban esperando a que Sharpe abandonara la seguridad de la cornisa de piedra. Entonces dispararían una descarga. Sharpe pensó que había que distraerlos, confundirlos, pero ¿cómo?

—¿Tiene usted más piedra, Pat?

—Aquí hay una docena de sillares, señor.

—Arrójelos abajo. Para tenerlos contentos.

—¿Puedo utilizar el fusil de descarga múltiple, señor?

—Sólo si ve a dos o tres de ellos. —El fusil de siete cañones era un arma despiadada, pero costaba tanto recargarlo que una vez disparado era inútil.

—¿Y usted qué hará, señor?

—Tengo una idea —dijo Sharpe. Era una idea desesperada, pero Sharpe había visto la cuerda larga que estaba atada a la base del andamio de enfrente. Se elevaba hacia la penumbra, desaparecía en algún lugar de la cúpula y reaparecía más cerca de él. En su extremo había un gran gancho de hierro que estaba atado al andamio de la derecha de Sharpe y a la plataforma situada por debajo de aquella en la que él se encontraba. La cuerda se utilizaba para izar los bloques de mampostería hasta la cúpula—. Devuélvame el cuchillo —le dijo a Pumphrey—. ¡Ahora, Pat! —dijo, y Harper empujó un sillar de piedra caliza y lo arrojó al transepto. Cuando la piedra se estrelló contra el suelo Sharpe bajó por la escalera. No utilizó los travesaños, sino que

se deslizó por ella como un marinero por la escalera de cámara, con las manos y los pies en el borde exterior, y soltó una maldición cuando se le clavó una astilla en la mano derecha. Golpeó el tablón de la plataforma con fuerza y notó que temblaba. Una segunda piedra se estrelló ruidosamente contra el suelo de la catedral y Montseny debió de pensar que estaban tirando las piedras porque se habían quedado sin munición, pues salió con otros tres hombres, todos armados con mosquetes.

—Que Dios os bendiga —dijo Harper, y disparó el fusil de descarga múltiple. El ruido fue ensordecedor, una gran explosión que resonó por la catedral mientras las siete balas desgarraban el espacio entre los sillares del coro. Abajo un hombre soltó una maldición al mismo tiempo que Sharpe alcanzaba el gancho. Un mosquete le disparó, pero el disparo provenía del extremo más alejado del transepto y la bala pasó a casi un metro de distancia. Sharpe agarró el pesado gancho y cortó la cuerda que lo sujetaba, luego se llevó el gancho y su pesada sogá por el tablón y volvió a subir la escalera hasta el tambor justo cuando estallaron otros dos disparos brillantes en la penumbra de abajo. Le dio el gancho a Harper.

—Tire de él —le dijo—. Sin sacudidas, sólo tire con todas sus fuerzas. —No quería que los hombres de abajo comprendieran lo que estaba ocurriendo, por lo que tenían que tirar de la cuerda de forma gradual.

Un débil chirrido proveniente de la oscuridad de arriba reveló que la cuerda pasaba por un haz de sogas que había en lo alto. Sharpe vio que la cuerda se tensaba y oyó gruñir a Harper. Una sombra se movió abajo y Sharpe agarró el rifle, apuntó con demasiada rapidez y disparó. La sombra desapareció. Harper tiraba con toda su enorme fuerza y Sharpe sacó otro cartucho.

—No se mueve —dijo Harper.

Sharpe terminó de recargar y le dio el rifle y la pistola a lord Pumphrey.

—Distráigalos, milord —le dijo. Se agachó junto a Harper y ambos tiraron de la cuerda. No se movió ni un centímetro. El firme extremo estaba atado a un poste del andamio que parecía inamovible. El nudo se había deslizado hacia arriba, donde había otro poste sujeto transversalmente, y no iba a moverse más. El ángulo tampoco era el adecuado, resultaba demasiado agudo, pero si Sharpe conseguía mover el poste, quizá pudiera tener la distracción que quería.

Lord Pumphrey disparó una de sus pistolas de duelo, luego la otra, y Sharpe oyó un grito en la nave.

—¡Bien hecho, milord! —le dijo. Decidió abandonar la cautela—. Tire —le dijo a Harper, y dieron una serie de fuertes tirones ala cuerda. Sharpe tuvo la impresión de que el poste se movía levemente, sólo una sacudida, y los hombres de abajo debieron de darse cuenta de lo que estaban haciendo, pues uno de ellos salió corriendo de la nave con un cuchillo en la mano. Lord Pumphrey disparó una de las pistolas de la marina y la bala rebotó en el suelo enlosado y salió disparada por la nave con un

silbido. El hombre había llegado al andamio y trepó por él para cortar la cuerda—. ¡Tire! —dijo Sharpe, y Harper y él dieron un fuerte tirón. El poste del andamio se combó hacia fuera. El andamiaje era viejo. Llevaba allí casi veinte años y las cuerdas estaban desgastadas. Algunos de los sillares que había apilados en las plataformas se desplazaron. En cuanto empezaran a moverse ya no se detendrían—. ¡Tire! —repitió Sharpe, y volvieron a tirar de la cuerda. Esta vez el poste del andamio se separó limpiamente del resto de la estructura. Las piedras empezaron a atravesar las tablas con estrépito. El hombre del cuchillo se apartó de un salto para salvar la vida y en aquel preciso momento el resto del andamiaje del otro lado del crucero se vino abajo en un mar de ruido y polvo.

—Ahora —dijo Sharpe.

El ruido fue terrible. Los postes, tablones y piedras chocaron y se rompieron, se astillaron y golpearon cuando casi treinta metros de andamios cayeron en cascada sobre el crucero. Los bloques de piedra partieron postes y tablones, pero lo que resultó más útil fue el polvo. Era más espeso que el humo y surgía de entre la piedra y la madera que se derrumbaba como una oscura nube gris que atenuaba la débil luz de las velas proveniente de las capillas de la catedral. El andamio que cruzaba Sharpe empezó a sacudirse a medida que la destrucción se extendía en torno al crucero. Sharpe empujó a Pumphrey para que subiera por la escalera. Harper ya estaba arriba y utilizaba la culata de su fusil de descarga múltiple para romper la ventana.

—¡Use la capa! —gritó Sharpe. Oyó que alguien gritaba abajo.

Harper puso la capa sobre los fragmentos de cristal roto de la parte inferior de la ventana y tiró de Pumphrey sin ningún miramiento para que subiera a su lado.

—¡Vamos, señor! —Le cogió la mano a Sharpe y la agarró justo cuando los tablones se deslizaron bajo los pies de éste. Cayó lo que quedaba del andamio y la catedral se llenó de más ruido y polvo.

En aquellos momentos se balanceaban peligrosamente en el borde de la ventana. Tras ellos, el crucero era un hervidero de humo que apagó las velas, por lo que la catedral quedó sumida en una completa oscuridad.

—Hay una caída, señor —le advirtió Harper. Sharpe saltó, creyó que no dejaría nunca de caer y de pronto golpeó contra un tejado plano. Pumphrey fue el siguiente, y soltó un bufido de dolor al caer, luego saltó Harper—. Dios salve a Irlanda, señor —dijo el sargento con fervor—. ¡Ha sido una huida desesperada!

—¿Tiene el dinero?

—Sí —contestó Pumphrey.

—Me ha gustado —dijo Sharpe. Le dolía horriblemente la cabeza y le sangraba la mano, pero no podía hacer nada respecto a ninguna de las dos cosas—. Me ha gustado mucho —dijo. El viento tiró de él. Oyó las olas que rompían cerca de allí. Al acercarse al borde del tejado vio la palidez de las grandes y agitadas olas al otro lado

del malecón. Había empezado a llover de nuevo, o tal vez fuera el rocío del mar arrastrado por el viento—. El andamio está en el otro lado —anunció.

—Creo que me he fracturado el tobillo —dijo lord Pumphrey.

—No, no está roto, maldita sea —repuso Sharpe, que no sabía si lo estaba o no, pero aquél no era momento para que su señoría se volviera débil—. Camine y se recuperará enseguida.

La lona de las gigantescas velas golpeaba contra la inacabada corona de la cúpula y por encima del presbiterio por construir. Sharpe se topó con una de las cuerdas que las sujetaban y fue avanzando a tientas hasta el borde del tejado. El resplandor de un farol de un patio inferior le proporcionó luz suficiente para ver dónde estaba el andamio. Vio otros faroles que cabeceaban recorriendo las calles. Alguien debía de haber oído los disparos en la catedral a pesar del ruido de la tormenta, pero quienquiera que fuese a investigar se dirigía a la fachada del este con sus tres puertas. Nadie vigilaba el flanco norte de la catedral, donde Sharpe encontró las escaleras. Harper llevaba el oro y bajaron todos por una escalera tras otra. Los truenos retumbaban en lo alto y un relámpago iluminó el intrincado ensamblado de postes y tablones por el que descendían. Lord Pumphrey casi besó los adoquines cuando llegaron abajo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creo que sólo me lo he torcido.

—Ya le dije que no estaba roto —le dijo Sharpe. Sonrió—. Al final todo ha sido un poco precipitado, pero ha salido bien.

—Era una catedral —dijo Harper.

—Dios le perdonará —repuso Sharpe—. Puede que no perdone a esos cabrones que había dentro, pero a usted le perdonará. Dios ama a los irlandeses, ¿no? ¿No es eso lo que siempre me dice?

No estaban lejos de la embajada. Llamaron a la puerta y un portero soñoliento les abrió.

—¿El embajador está esperando? —preguntó Sharpe a Pumphrey.

—Por supuesto.

—Entonces puede devolverle el dinero de su majestad —dijo Sharpe—, menos seis guineas. —Abrió la bolsa y la encontró llena de saquitos de cuero. Desató uno, contó seis guineas y le dio el resto a Pumphrey.

—¿Seis guineas? —preguntó lord Pumphrey.

—Puede que necesite sobornar a alguien —respondió Sharpe.

—Me lo imagino. Su excelencia querrá verle por la mañana —dijo Pumphrey. Parecía abatido.

—Ya sabe dónde encontrarme —le dijo Sharpe. Se fue andando a los establos, pero se detuvo bajo el arco y vio que lord Pumphrey no se dirigía hacia el edificio donde la embajada tenía sus oficinas y Henry Wellesley sus dependencias. Se

encaminó, en cambio, hacia las casas más pequeñas, hacia su propia casa. Sharpe se quedó mirando a su señoría hasta que éste desapareció, luego escupió.

—Creen que soy tonto, Pat.

—¿Eso creen, señor?

—Todos lo creen. ¿Está cansado?

—Podría dormir un mes entero, señor, ya lo creo que podría.

—Pero ahora no, Pat. Ahora no.

—¿No, señor?

—¿Cuándo es el mejor momento de atacar a un hombre?

—¿Cuando está desprevenido?

—Cuando está desprevenido —coincidió Sharpe. Había trabajo que hacer.

* * * *

Sharpe entregó una guinea a cada uno de sus fusileros. Se hallaban profundamente dormidos cuando Harper y él regresaron a los establos, pero se despertaron cuando Sharpe encendió un farol.

—¿Cuántos de ustedes están borrachos? —les preguntó Sharpe.

Los rostros lo miraron con resentimiento. Nadie dijo nada.

—No me importa si lo están —aclaró—. Sólo quiero saberlo.

—Yo bebí un poco —dijo Slattery.

—¿Y está borracho?

—No, señor.

—¿Harris?

—No, señor. Tomé un poco de vino tinto, señor, pero no mucho.

Perkins miraba su guinea con el ceño fruncido. Podría ser que no hubiera visto nunca ninguna.

—¿Qué significa M, B, F, ET, H, REX, F, D, B, ET, L, D, S, R, I, A, T, ET, E? —preguntó. Había leído la inscripción de la moneda y se atrancó con las letras, recordándolas a medias de una lejana época de estudiante.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —preguntó Sharpe.

—Rey de Gran Bretaña, Francia e Irlanda —dijo Harris—. Defensor de la Fe, Duque de Brunswick y Lüneburg, Architesorero y Elector, por supuesto.

—¡Diantre! —exclamó Perkins, impresionado—. ¿Y ése quién es?

—El rey Jorge, idiota —contestó Harris.

—Guárdesela —le dijo Sharpe a Perkins. No estaba seguro de por qué les había dado las guineas, excepto que no veía ningún motivo por el que sus fusileros no debieran beneficiarse de una noche en la que una gran suma de dinero había sido tratada con tanta ligereza—. Necesitarán todos gabanes y sombreros.

—¡Por Dios! —terció Harris—. ¿Vamos a salir? ¿Con esta tormenta?

—Necesito las granadas de doce libras —dijo Sharpe—, y las últimas dos balas de humo. Métenlas en sus mochilas. ¿Han rellenado las botellas con brandy y aceite de lámpara?

—Sí, señor.

—Las botellas también nos hacen falta. Y sí, vamos a salir. —Él no quería. Quería dormir, pero el mejor momento de atacar era cuando el enemigo se hallaba desprevenido. Montseny se había llevado al menos seis hombres, tal vez más, a la catedral, y dichos hombres probablemente siguieran enredados con los restos del andamiaje y atrapados en las preguntas de las tropas que habrían ido a averiguar la causa de la conmoción. ¿Significaba eso que el periódico se hallaba sin vigilancia? Con vigilancia o sin ella, la tormenta era una bendición del cielo—. Vamos a salir —repitió.

—Tome, señor. —Hagman le acercó una botella de cerámica.

—¿Qué es esto?

—Vinagre, señor, para su cabeza, señor Quítese el sombrero. —Hagman se empeñó en empaparle el vendaje con vinagre—. Le hará bien, señor.

—Apesto.

—Todos apestamos, señor. Al fin y al cabo, somos soldados de su majestad.

La tormenta arreciaba. Había empezado a llover de nuevo y la lluvia caía cada vez con más fuerza, arrastrada por un viento que hacía batir las violentas olas contra los malecones de la ciudad. Los truenos retumbaban como cañonazos por encima de las torres de vigilancia y los relámpagos se desataban por la bahía donde aguardaba la flota, que se sacudía en su ancladero.

Sharpe calculó que debían de ser más de las dos de la madrugada cuando llegó al edificio abandonado cercano a la casa de Núñez. La lluvia era pernicioso. Sharpe rebuscó en el bolsillo y sacó la llave, abrió el candado y empujó la puerta para abrirla. Sólo se había perdido dos veces durante el camino y al final había encontrado el lugar tomando una ruta a lo largo del muro del puerto. Allí había soldados españoles que se refugiaban junto a los cañones enfilados hacia la entrada de la bahía, y Sharpe temió por un momento que le preguntaran qué hacía allí, de manera que había hecho marchar a sus cinco soldados como si fueran un pelotón. Le pareció que así los centinelas españoles supondrían que los cinco hombres eran un destacamento de la guarnición obligado a soportar el mal tiempo y los dejarían en paz. La treta funcionó, y ahora se hallaban en el interior del edificio abandonado. Sharpe cerró las puertas y corrió los pestillos interiores.

—¿Tiene el farol? —le preguntó a Perkins.

—Sí, señor.

—No lo encienda hasta que no esté dentro de la casa —le indicó Sharpe. Luego

dio órdenes precisas a Harper y se llevó a Hagman a la torre de vigilancia. Avanzaron a tientas por la oscuridad y subieron las escaleras. Una vez en lo alto resultaba difícil ver nada porque la noche era muy oscura. Sharpe estaba buscando un Centinela en el tejado de la casa de Núñez, pero no veía nada. Había traído consigo a Hagman porque el viejo cazador furtivo era el que tenía la mejor vista de todos sus fusileros.

—Si está allí, señor —dijo Hagman—, se mantendrá a cubierto del viento y la lluvia.

—Es probable.

Un rayo iluminó el interior de la atalaya. Luego el trueno resonó por la ciudad. Llovía a cántaros, y la lluvia silbaba en los tejados inferiores.

—¿Encima de la imprenta vive gente, señor? —preguntó Hagman.

—Creo que sí —contestó Sharpe. La mayor parte de las casas de la ciudad parecían tener tiendas o talleres en la planta baja y viviendas encima.

—Suponga que allí dentro hay mujeres y niños.

—Por eso tengo las balas de humo.

Hagman lo consideró.

—¿Quiere decir que los hará salir con el humo?

—Ésa es la idea, Dan.

—Es que no me gustaría matar a niños pequeños, señor.

—No tendrá que hacerlo —le dijo Sharpe, esperando estar en lo cierto.

Relampagueó de nuevo.

—Allí no hay nadie, señor —afirmó Hagman, señalando el tejado de la casa de Núñez con un gesto de la cabeza—. En el tejado, señor —añadió al darse cuenta de que Sharpe podría no haber visto su indicación.

—Fueron todos a la catedral, ¿no?

—¿Fueron, señor?

—Estoy hablando solo, Dan —le explicó Sharpe, mirando hacia la lluvia y el viento. Vio un centinela en el tejado a la luz del día y dio por sentado que también habría uno por la noche; sin embargo, ¿estaría aún el hombre en la catedral? ¿O simplemente se habría metido dentro de la casa para mantenerse seco y caliente? Sharpe tenía pensado arrojar las balas de humo por las chimeneas. El humo haría salir a la calle a cualquiera que estuviera dentro del edificio. Después Sharpe arrojaría las granadas para que causaran el mayor daño posible. Se le había ocurrido la idea de utilizar las chimeneas cuando vio transportar leña por las calles de la ciudad. No obstante, consideró la posibilidad de entrar en casa de Núñez

—Cuando terminemos con esto, señor —preguntó Hagman—, ¿volveremos al batallón?

—Eso espero —contestó Sharpe.

—Me pregunto quién estará al mando de la compañía ahora, señor. En lugar del

pobre señor Bullen.

—El teniente Knowles, diría yo.

—Se alegrará de vernos de vuelta, señor.

—Yo también me alegraré de verle. Y ya falta poco, Dan. ¡Allí! —Sharpe había visto un atisbo de luz justo debajo de la torre. Duró un segundo y luego desapareció, pero le indicó a Sharpe que Harper había encontrado la manera de subir al tejado—. Bajemos.

—¿Cómo tiene la cabeza, señor?

—Sobreviviré, Dan.

A Sharpe le parecía que aquellos tejados planos eran el sueño de cualquier ladrón. Se podía recorrer Cádiz a cuatro pisos por encima de las calles, y pocas había que fueran demasiado anchas para no poder saltarlas. La tormenta también resultaba muy útil. La lluvia y el viento ahogarían cualquier ruido, aunque de todos modos les dijo a sus hombres que se quitaran las botas.

—Llévenlas encima —dijo. Aun con la tormenta las botas harían demasiado ruido por los tejados de las casas situadas entre la torre de vigilancia y el periódico.

Unos muros bajos separaban los tejados, pero tardaron menos de un minuto en cruzarlos y descubrir que no había ningún centinela en casa de Núñez. Encontraron una trampa, pero estaba firmemente cerrada por dentro. En su primer reconocimiento Sharpe había visto la escalera que subía desde el balcón. Le dio las botas a Perkins, se colgó el rifle al hombro y bajó. La escalera pasaba por un lado del balcón, para que los grandes postigos de madera que cubrían la puerta tuvieran espacio para abrirse. Ahora los postigos estaban cerrados, con el pasador puesto. Sharpe buscó a tientas el punto de unión y colocó el cuchillo entre ellos. La hoja se deslizó con facilidad porque la madera se había podrido. Encontró el pasador, lo empujó hacia arriba y uno de los postigos atrapó el viento y se abrió violentamente, golpeando contra la pared. Los postigos habían protegido una puerta medio acristalada que empezó a traquetear con el viento. Sharpe puso el cuchillo en el hueco que había entre las puertas, pero aquella madera era sólida. El postigo volvió a golpear. «Rompe el cristal —pensó—. Es fácil. Pero supón que haya pestillos al pie de la puerta.»

Estaba a punto de agacharse y empujar la parte inferior de la puerta cuando vio un brillo de luz dentro de la habitación. Por un instante creyó haberlo imaginado, luego se preguntó si no sería el reflejo de un rayo distante en el cristal, pero el brillo volvió a aparecer. Era una chispa. Sharpe se hizo a un lado. La luz desapareció por segunda vez, reapareció nuevamente y Sharpe pensó que había alguien dentro que estaba durmiendo. Los golpes del postigo los habían despertado y ahora estaban utilizando un yesquero para encender una vela. La llama ardió de pronto y se mantuvo cuando encendieron la vela.

Sharpe aguardó, cuchillo en mano. La lluvia caía ruidosamente sobre su sombrero, el mismo que le había comprado al mendigo. Oyó que se descorrían los pestillos. Tres pestillos. Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre en camisa de dormir. Era un hombre mayor, de cuarenta o cincuenta años, con el pelo alborotado y cara de pocos amigos. El hombre alargó la mano para coger el postigo que batía y el viento hizo parpadear la vela tras él. En aquel momento vio a Sharpe y abrió la boca para gritar. La hoja del cuchillo le rozó la garganta.

—*Silencio* —dijo Sharpe entre dientes. Empujó al hombre hacia dentro. Había una cama arrugada, ropa amontonada en una silla, un orinal y nada más—. ¡Pat! ¡Hágalos bajar!

Los fusileros llenaron la habitación. Eran figuras oscuras, empapadas, que se volvían a poner las botas. Sharpe cerró los postigos y corrió los pestillos. Harris, que era el que mejor dominaba el español, estaba hablando con el prisionero, que gesticulaba exageradamente al hablar.

—Se llama Núñez, señor —dijo Harris—, y dice que hay dos hombres en la planta baja.

—¿Dónde están los demás? —Sharpe sabía que tenía que haber más de dos guardias.

Hubo un torrente de palabras en español.

—Dice que salieron, señor —dijo Harris.

De modo que Montseny había despojado el lugar de centinelas con la esperanza de conseguir un beneficio impío.

—Pregúntele dónde están las cartas.

—¿Las cartas, señor?

—Usted pregúnteselo. Él lo entenderá.

Una expresión astuta cruzó por el rostro de Núñez, seguida de otra expresión de alarma absoluta cuando Sharpe se volvió hacia él con el cuchillo. Miró a Sharpe a los ojos y flaqueó. Habló con rapidez.

—Dice que están abajo, señor —tradujo Harris—, con el escritor. ¿Tiene sentido?

—Tiene sentido. Ahora dígale que guarde silencio.

Perkins, usted se quedará aquí a vigilarlo.

—¿Lo atamos, señor? —sugirió Harris.

—Y amordácenlo también.

Sharpe encendió una segunda vela y la llevó a la habitación de al lado, donde vio un tramo de escaleras que ascendían hasta la trampilla cerrada. Otro tramo bajaba al segundo piso donde había una pequeña cocina y una sala. Una puerta daba a la siguiente escalera, que conducía a un enorme almacén lleno de pilas de papel. Se veía luz en la planta baja. Sharpe dejó la vela en uno de los peldaños, se dirigió a lo alto de la segunda escalera y vio la prensa enorme y negra bajo él, y junto a ella una mesa en

la que se habían dejado unos naipes. Un hombre dormía en el suelo en tanto que otro, con un mosquete sobre las rodillas, se hallaba repantigado en una silla. Contra la pared había un montón enorme de periódicos recién impresos.

Henry Wellesley había insistido en que Sharpe no hiciera nada que ofendiese a los españoles. Le había explicado que eran unos aliados muy quisquillosos, resentidos por el hecho de que la defensa de Cádiz precisara de tropas británicas.

—Hay que manejarlos sin apenas tirar de las riendas —había dicho el embajador. Wellesley había declarado que no tenía que haber violencia. «¡A la mierda!», dijo Sharpe en voz alta, y echó hacia atrás el percutor del rifle. El sonido hizo que el hombre de la silla se sobresaltara.

El hombre hizo ademán de alzar el mosquete, pero vio el rostro de Sharpe. Lo bajó con manos temblorosas.

—Pueden bajar, muchachos —gritó Sharpe hacia lo alto de la escalera. Todo resultaba muy fácil. ¿Muy fácil? Si no fuera porque mil quinientas guineas constituían un poderoso incentivo para bajar la guardia y sin duda el padre Montseny seguía intentando explicar los destrozos en la catedral.

Desarmaron a los dos hombres. Harper descubrió a dos aprendices de impresor durmiendo en el sótano, los hicieron subir y los dejaron en un rincón con los guardias mientras que al escritor, una ruina de hombre con una barba descuidada, lo arrastraron fuera de una habitación más pequeña.

—Harris —dijo Sharpe—, dígame a ese miserable hijo de puta que le quedan dos minutos de vida a menos que me dé las cartas.

Benito Chávez gritó cuando Harris le puso una espada bayoneta en la garganta. Harris obligó a ese desgraciado a retroceder contra la pared y empezó a interrogarlo mientras Sharpe exploraba la habitación. La puerta que daba a la calle se hallaba bloqueada con tosca mampostería mientras que la puerta trasera, que presumiblemente daba al patio, estaba cerrada con grandes pestillos de hierro. Ello significaba que Sharpe y sus hombres disponían del lugar para ellos solos.

—¿Sargento? Todo ese papel que hay en el primer piso arrójelo aquí abajo. ¿Slattery? Guárdese uno de esos periódicos —señaló los ejemplares recién impresos que había amontonados contra la puerta principal bloqueada— y esparza el resto. Y quiero las granadas.

Sharpe colocó las granadas en la cama de la imprenta e hizo bajar la platina para que quedaran sujetas como en un torno. Harper y Hagman tiraban el papel al suelo y Sharpe metió unas hojas apretadas en los huecos que quedaban entre las granadas para que, al arder, el papel encendiera las mechas.

—Dígale a Perkins que haga bajar a Núñez —ordenó Sharpe.

Núñez bajó por las escaleras y comprendió de inmediato las intenciones de Sharpe. Empezó a suplicar.

—Dígale que se calle —le dijo Sharpe a Harris.

—Éstas son las cartas, señor —Harris le tendió un fajo de papeles que Sharpe se metió en el bolsillo—. Y dice que hay más.

—¿Más? ¡Pues tráigalas!

—No, señor, dice que la chica aún debe conservarlas —Harris señaló con el pulgar a Chávez, que intentaba torpemente encender un cigarro—. Y dice que quiere beber algo, señor.

Había una botella medio vacía de brandy en la mesa junto a los naipes. Sharpe se la dio al escritor, que bebió de ella desesperadamente. Hagman vertía la mezcla de brandy y aceite de lámpara sobre el papel que cubría el suelo. Las dos balas de humo que quedaban estaban junto a la puerta trasera, listas para llenar la casa de humo e impedir cualquier intento de extinguir el incendio. Sharpe creía que el fuego destruiría el interior de todo el edificio. Las letras de plomo, cuidadosamente colocadas en sus cajas altas, se fundirían, las granadas destruirían la prensa y el fuego subiría por las escaleras. Las paredes de piedra de los lados de la casa mantendrían el fuego encerrado y, cuando ardiera el tejado, la furiosa lluvia sofocaría las llamas. Sharpe había planeado apoderarse de las cartas sin más, pero sospechaba que podría haber copias. Una prensa intacta todavía podría seguir imprimiendo las mentiras, de modo que era mejor quemarlo todo.

—Échelos fuera —ordenó a Harper con un gesto hacia los prisioneros.

—¿Fuera, señor?

—A todos. Al patio trasero. Échelos de un puntapié. Luego vuelva a cerrar la puerta con pestillo.

Empujaron a todos los prisioneros por la puerta, corrieron los pestillos de nuevo y Sharpe mandó a sus hombres al piso superior. Él se acercó al pie de las escaleras y utilizó una vela para encender los papeles más cercanos. Durante unos segundos la llama ardió tímidamente. Luego prendió en varias hojas empapadas de brandy y aceite de lámpara y el fuego se extendió a una velocidad sorprendente. Sharpe subió las escaleras corriendo, perseguido por el humo.

—Por la trampilla, al tejado —dijo a sus hombres.

Sharpe fue el último en subir por la trampilla. La habitación ya estaba llena de humo. Sabía que las balas de humo hervirían en medio de las llamas. Entonces estalló la primera granada y dio la sensación de que temblaba todo el edificio. Sharpe se aferró al borde de la trampilla mientras una creciente sucesión de golpetazos intensos y retumbante humareda pasó junto a él como un puñetazo para anunciar que el resto de las granadas habían prendido. Pensó que aquél era el fin de *El Correo de Cádiz*, cerró la trampilla de golpe y siguió a Hagman por los tejados hacia el edificio vacío de la iglesia.

—Bien hecho, muchachos —dijo cuando estuvieron de vuelta en la capilla—.

Ahora lo único que tenemos que hacer es volver a casa —les dijo—, regresar a la embajada.

Sonaba la campana de una iglesia, probablemente tocando a rebato para que los hombres acudieran a extinguir las llamas. Ello implicaba que en las calles reinaría el caos, lo cual sería perfecto porque en medio de la confusión nadie se fijaría en Sharpe y sus hombres.

—Escondan las armas —les dijo, y los condujo al otro lado del patio. Sentía la cabeza a punto de estallar y la lluvia caía con fuerza, pero experimentó un enorme alivio al haber terminado el trabajo. Tenía las cartas, había destruido la prensa y ahora, pensó, sólo faltaba ocuparse de la chica, aunque no le parecía que eso fuera un problema.

Corrió los pesados cerrojos y tiró de la puerta. Sólo quería abrirla unos centímetros, lo justo para asomarse, pero antes de que la hubiera movido siquiera fue empujada hacia dentro con tanta fuerza que Sharpe retrocedió tambaleándose contra Harper. De repente unos hombres se aglomeraron en la puerta. Eran soldados. La gente que vivía en aquella calle había encendido lámparas y abierto los postigos para ver qué ocurría en casa de Núñez.

Había luz más que suficiente y Sharpe distinguió los uniformes de color azul pálido, los corrajes blancos y media docena de largas bayonetas que relucían, cuando un séptimo soldado apareció con un farol. Tras él iba un oficial que llevaba una guerrera de un azul más oscuro y un fajín amarillo en torno a la cintura. El oficial espetó una orden que Sharpe no entendió, pero comprendía perfectamente lo que significaban las bayonetas. Retrocedió.

—Nada de armas —dijo dirigiéndose a sus hombres.

El oficial español le preguntó algo con un gruñido, pero hablaba demasiado deprisa.

—Limítense a hacer lo que ellos quieran —dijo Sharpe. Estaba intentando calcular las posibilidades que tenían, pero no eran buenas. Sus hombres tenían armas, pero las llevaban ocultas bajo las capas o abrigos y aquellos soldados españoles parecían eficientes, completamente despiertos y vengativos. El oficial habló de nuevo.

—Quiere que nos metamos en la capilla, señor —tradujo Harris. Dos de los soldados españoles entraron primero para asegurarse de que ninguno de los hombres de Sharpe sacara un arma en cuanto se hallaran a cubierto de la lluvia. Sharpe pensó en atacar a esos dos, matarlos y luego defender la entrada de la capilla, pero desechó la idea al instante. Dudaba que pudiera escapar de la capilla, seguramente habría muertos y el revuelo político sería terrible.

—Lo lamento, muchachos —dijo, sin estar seguro de lo que podía hacer.

Retrocedió hacia las escaleras del altar vacío. Los soldados españoles se alinearon

enfrente, sus rostros graves y sus bayonetas apuntando. El farol se dejó en el suelo y bajo su luz Sharpe vio que los mosquetes estaban amartillados. Dudaba que las armas dispararan. Llovía demasiado, y ni siquiera el mejor cerrojo de mosquete podía evitar que la lluvia fuerte humedeciera la pólvora.

—Si esos cabrones aprietan el gatillo —dijo— pueden defenderse. Pero no antes.

El oficial tenía aspecto de contar unos veintitantos años de edad, quizá fuera unos diez años más joven que Sharpe. Era alto, de facciones anchas e inteligentes y barbilla pronunciada. Su uniforme, aun mojado como estaba, revelaba que se trataba de un hombre acaudalado, pues estaba magníficamente confeccionado con tela rica. Le hizo una atropellada pregunta y Sharpe se encogió de hombros.

—Nos estábamos resguardando de la lluvia, señor —respondió Sharpe en inglés.

El oficial hizo otra pregunta en un español impenetrable.

—Sólo nos resguardábamos de la lluvia, señor —insistió Sharpe.

—La pólvora debe de haberseles humedecido, señor —comentó Harper en voz baja.

—Lo sé. Pero no quiero que muera nadie.

El oficial ya había visto sus armas. Espetó una orden.

—Dice que tenemos que dejar las armas en el suelo, señor —dijo Harris.

—Háganlo —repuso Sharpe. Era un maldito fastidio, pensó. Lo más probable era que terminaran en una cárcel española, en cuyo caso lo importante era destruir las cartas, pero aquél no era lugar para intentarlo. Dejó su espada en el suelo—. Sólo nos resguardábamos de la lluvia, señor —repitió.

—No, no es cierto —de pronto el oficial se puso a hablar en buen inglés—. Estaban incendiando la casa del señor Núñez.

Sharpe se quedó tan sorprendido por el brusco cambio de idioma que no supo qué decir. Todavía estaba medio agachado, con la mano en la espada.

—¿Sabe qué lugar es éste? —le preguntó el español.

—No —respondió Sharpe con cautela.

—El Priorato de la Divina Pastora. Antes era un hospital. Me llamo Galiana, capitán Galiana. ¿Y usted es?

—Sharpe —contestó Sharpe.

—Sus hombres lo llaman «señor», por lo que supongo que posee usted graduación, ¿no?

—Capitán Sharpe.

—*Divina Pastora* —dijo Galiana—. La Divina Pastora. Los monjes vivían aquí y los pobres recibían atención médica. Era una obra de beneficencia, capitán Sharpe, un lugar de caridad cristiana. ¿Sabe qué le ocurrió? No, claro que no. —Dio un paso adelante y propinó un puntapié a la espada de Sharpe para ponérsela fuera del alcance—. Lo que ocurrió bien lo sabe su querido almirante Nelson. Fue en el 97.

Bombardeó la ciudad y éste fue el peor daño que causó. —Galiana señaló con un gesto la capilla chamuscada—. Una bomba, siete monjes muertos y un incendio. El priorato cerró porque no había dinero para iniciar las reparaciones. Mi abuelo fundó este lugar y mi familia lo hubiera arreglado, pero nuestra fortuna proviene de Sudamérica y su armada puso fin a dicha fuente de ingresos. Esto es lo que ocurrió, capitán Sharpe.

—Estábamos en guerra cuando pasó —dijo Sharpe.

—Pero ahora no estamos en guerra —repuso Galiana—. Somos aliados. ¿O acaso se le ha pasado por alto?

—Nos estábamos refugiando de la lluvia —afirmó Sharpe.

—Pues han tenido suerte de encontrar el priorato abierto, ¿no?

—Mucha suerte —dijo Sharpe.

—¿Y qué me dice de la desgracia del señor Núñez? Es un hombre viudo, capitán Sharpe, que a duras penas se gana la vida, y ahora su negocio está en ruinas. —Galiana señaló hacia la puerta de la capilla, tras la cual Sharpe oyó el alboroto que había en la calle.

—Yo no sé nada del señor Núñez —dijo Sharpe.

—En tal caso lo pondré al corriente —replicó Galiana—. Posee, o mejor dicho, poseía un periódico llamado *El Correo de Cádiz*. El periódico no es nada del otro mundo. Hace un año se leía por toda Andalucía, pero ahora no. Ahora sólo vende unos cuantos ejemplares. Solía publicarlo dos veces a la semana, pero ahora tiene suerte si encuentra noticias suficientes para un ejemplar quincenal. Hace una lista de los barcos que llegan y salen del puerto y describe sus cargas. Publica qué sacerdotes predicarán en las iglesias de la ciudad. Describe las sesiones de las Cortes. Asuntos de poca monta, ¿no lo dicen ustedes así? Sin embargo, en el último número, capitán Sharpe, había algo mucho más interesante. Una carta de amor. No estaba firmada. El señor Núñez dijo simplemente que era una carta traducida del inglés, que la había encontrado tirada en la calle y que si el verdadero propietario la quería tendría que ir al periódico. ¿Es ésa la razón de su presencia allí, capitán? ¡No! Por favor, no me diga que se estaban refugiando de la lluvia.

—Yo no escribí ninguna carta de amor —dijo Sharpe.

—Todos sabemos quién la escribió —repuso Galiana con desdén.

—Soy soldado. Yo no me ocupo del amor.

Galiana sonrió.

—Lo dudo, capitán, lo dudo. —Se volvió cuando un hombre entró por la puerta de la capilla. Una pequeña multitud hacía frente a la lluvia para observar los trabajos de extinción del incendio y algunas personas, al ver abiertas las puertas del priorato, habían entrado al patio. Una de ellas, una criatura empapada y desaliñada con una barba manchada de tabaco, entró en la capilla.

—¡Fue él! —gritó aquel hombre en español, señalando a Sharpe. Era el escritor, Benito Chávez, que se las había arreglado para conseguir otra botella de brandy. Estaba casi borracho, pero no tanto como para que no pudiera reconocer a Sharpe—. ¡Fue él! —repitió sin dejar de señalar—. ¡El de la cabeza vendada!

—Arréstenlo —les ordenó Galiana a sus hombres.

Los soldados españoles dieron un paso al frente y Sharpe pensó en intentar recoger su espada, pero antes de que pudiera moverse siquiera vio que Galiana hacía un gesto hacia Chávez. Los soldados vacilaron, no estaban seguros de lo que quería su oficial.

—¡Arréstenlo! —dijo Galiana señalando a Chávez. El escritor se puso a protestar a gritos, pero dos de los hombres de Galiana lo empujaron contra la pared y lo mantuvieron allí sujeto—. Está borracho —le explicó Galiana a Sharpe—, y está haciendo acusaciones perjudiciales contra nuestros aliados, de modo que puede pasar el resto de la noche contemplando su propia estupidez en una celda.

—¿Aliados? —Sharpe estaba tan confundido como Chávez.

—¿No somos aliados? —preguntó Galiana con fingida inocencia.

—Creía que sí lo éramos —respondió Sharpe—, pero a veces no estoy seguro.

—A usted le pasa lo mismo que a los españoles, capitán Sharpe, que está confundido. Cádiz está lleno de políticos y abogados que animan la confusión. Discuten. ¿Deberíamos ser una república? ¿O tal vez una monarquía? ¿Queremos unas Cortes? Y si es así, ¿deberían tener una sola cámara o dos? Algunos quieren un parlamento como el de Gran Bretaña. Otros insisten en que España está mejor gobernada por Dios y por un rey. Se pelean como niños por estas cosas, pero en realidad sólo hay una verdadera polémica.

Entonces Sharpe entendió que Galiana había estado jugando con él. El español era un aliado de verdad.

—La polémica —dijo Sharpe— es sobre si España se opone a Francia o no, ¿verdad?

—Exacto —respondió Galiana.

—¿Y usted cree que España debería hacer frente a Francia? —inquirió Sharpe con cautela.

—¿Sabe usted lo que los franceses le han hecho a nuestro país? —le preguntó Galiana—. ¿Violar a las mujeres, matar a los niños, profanar las iglesias? Sí, creo que deberíamos combatirlos. También creo, capitán Sharpe, que los soldados británicos tienen prohibido entrar en Cádiz. Ni siquiera se les permite entrar sin el uniforme. Debería arrestarlos a todos, pero supongo que se habrán perdido, ¿verdad?

—Nos hemos perdido —asintió Sharpe.

—Y sólo estaban refugiándose de la lluvia, ¿no?

—Así es.

—Entonces los escoltaré hasta su embajada, capitán Sharpe.

—¡Caray! —exclamó Sharpe con alivio.

Tardaron una media hora en llegar a la embajada. Cuando llegaron a la puerta el viento había amainado un poco y la lluvia no era tan intensa. Galiana se llevó aparte a Sharpe.

—Me ordenaron que vigilara el periódico —dijo— por si alguien intentaba destruirlo. Creo, y confío en que no me esté equivocando, que al fracasar en dicho cometido he contribuido a la guerra contra Francia.

—Lo ha hecho —repuso Sharpe.

—Creo también que me debe usted un favor, capitán Sharpe.

—Se lo debo —asintió Sharpe con fervor.

—Ya encontraré uno. Puede estar seguro de ello, encontraré uno. Buenas noches, capitán.

—Buenas noches, capitán —respondió. El patio del interior de la embajada estaba a oscuras y en las ventanas no se veía ninguna luz. Sharpe tocó las cartas que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, tomó el periódico que guardaba Slattery y se fue a la cama.

CAPÍTULO 8

Henry Wellesley parecía cansado, lo cual era comprensible. Se había pasado media noche en una recepción en honor del embajador portugués y luego lo habían despertado poco después del alba, cuando una delegación indignada llegó a la embajada británica. El hecho de que dicha delegación hubiera llegado tan temprano, mucho antes de que la mayoría de la ciudad se hubiese levantado, daba una idea de la urgencia de su protesta. Los dos diplomáticos de más edad, ambos vestidos de negro, habían sido enviados por la Regencia, el consejo que gobernaba lo que quedaba de España, y en aquellos momentos estaban los dos sentados muy rígidos en el salón del embajador donde el fuego recién encendido humeaba en el hogar a sus espaldas. Lord Pumphrey, que se había vestido a toda prisa y estaba pálido, tomó asiento a un lado de la mesa de Wellesley mientras que el intérprete permaneció de pie en el otro.

—Una pregunta, Sharpe —Wellesley recibió bruscamente al fusilero.

—¿Señor?

—¿Dónde estuvo anoche?

—En la cama, señor, toda la noche, señor —respondió Sharpe con actitud impasible. Lo dijo con el tono de voz que había aprendido siendo sargento, la voz que se utilizaba para mentir a los oficiales—. Me acosté temprano, señor, por la cabeza. —Se tocó el vendaje. Los dos españoles lo miraron con desagrado. A Sharpe lo acababa de despertar un criado de la embajada y se había puesto el uniforme a toda prisa, pero iba sin afeitarse, tenía un aspecto sucio y cansado y estaba exhausto.

—¿Estuvo en la cama? —preguntó Wellesley.

—Toda la noche, señor —dijo Sharpe con la vista al frente a un par de centímetros por encima de la cabeza del embajador.

El intérprete repitió el diálogo en francés, el idioma de la diplomacia. El intérprete sólo estaba allí para traducir las palabras de Sharpe, porque todos los demás decían lo que tenían que decir en francés. Wellesley miró a la delegación y enarcó una ceja como para sugerir que no podían esperar enterarse de nada más por el capitán Sharpe.

—Le pregunto esto, Sharpe —le explicó el embajador—, porque anoche ocurrió lo que no deja de ser una pequeña tragedia. Un periódico ardió hasta los cimientos. Quedó destruido, lamentablemente. Por suerte nadie resultó herido, pero es triste.

—Muy triste, señor.

—Y el propietario del periódico, un hombre llamado...

—Wellesley hizo una pausa para mirar unas notas que había garabateado.

—Núñez, su excelencia —le brindó lord Pumphrey amablemente.

—Núñez, eso es, un hombre llamado Núñez afirma que lo hicieron unos británicos, y que dichos británicos estaban a las órdenes de un caballero con la cabeza

vendada.

—¿Un caballero, señor? —preguntó Sharpe, insinuando que a él nunca lo confundirían con un caballero.

—He utilizado la palabra en sentido amplio, capitán Sharpe —dijo Wellesley con una aspereza sorprendente.

—Yo estaba en la cama, señor —insistió Sharpe—. Pero hubo rayos, ¿verdad? Me parece recordar una tormenta, ¿o quizá lo soñara?

—Hubo rayos, en efecto.

—Un rayo pudo provocar el incendio, señor, es lo más probable.

El intérprete explicó a la delegación que había habido rayos y uno de los diplomáticos visitantes señaló que habían encontrado pedazos de casquillo de granada entre los rescoldos. Los dos hombres volvieron a mirar a Sharpe mientras se traducían sus palabras.

—¿Granadas? —preguntó Sharpe con fingida inocencia—. Entonces debieron de ser los morteros franceses, señor.

La sugerencia de Sharpe provocó un torrente de palabras que el embajador resumió:

—Los morteros franceses, Sharpe, no tienen alcance suficiente para llegar a esa parte de la ciudad.

—Si les pusieran doble carga sí llegarían, señor.

—¿Doble carga? —inquirió lord Pumphrey con delicadeza.

—El doble de pólvora de lo habitual, milord. Arrojaría la granada mucho más lejos, pero a riesgo de hacer estallar el cañón. O quizás hayan encontrado una pólvora buena, ¿no, señor? Hasta ahora han estado utilizando una porquería que no era más que polvo, pero un barril de pólvora de carbón aumentaría su alcance. Es lo más probable, señor —Sharpe dijo esta tontería con confianza. Al fin y al cabo, él era el único soldado que había en la habitación y posiblemente era el que sabía más de pólvora, por lo que nadie cuestionó su opinión.

—Entonces probablemente fuera un mortero —sugirió Wellesley, y los diplomáticos aceptaron educadamente la ficción de que los cañones franceses habían destruido el periódico. Era evidente que no creían la historia e igualmente evidente que, a pesar de su indignación, no les importaba demasiado. Habían protestado porque tenían que hacerlo, pero no conseguirían nada con prolongar una discusión con Henry Wellesley quien, de hecho, era el hombre que financiaba el gobierno español. La ficción de que los franceses se las habían arreglado para aumentar el alcance de sus morteros en casi quinientos metros bastaría para aplacar la furia de la ciudad.

Los diplomáticos se marcharon con sendas expresiones de arrepentimiento y consideración. En cuanto se fueron, Henry Wellesley se reclinó de nuevo en su silla.

—Lord Pumphrey me ha contado lo que ocurrió en la catedral. Fue una pena, Sharpe.

—¿Una pena?

—¡Hubo bajas! —dijo Wellesley con severidad—. No sabemos cuántas, y no me atrevo a mostrar demasiado interés en averiguarlo. De momento nadie nos acusa directamente de ser los causantes de los daños, pero lo harán, lo harán.

—Conservamos el dinero, señor —dijo Sharpe—, y no iban a darnos las cartas. Estoy seguro de que lord Pumphrey ya se lo ha contado.

—Se lo he contado —confirmó Pumphrey.

—¿Y fue un sacerdote el que intentó engañarles?

—Wellesley parecía horrorizado.

—El padre Salvador Montseny —dijo lord Pumphrey agriamente.

Wellesley hizo girar la silla para mirar por la ventana. Era un día gris y una niebla fina emborronaba el pequeño jardín.

—Quizá podría haber hecho algo respecto al padre Montseny —comentó sin dejar de mirar la niebla—. Podría haber ejercido presión, podría haber hecho que lo destinaran a una misión en alguna Ciénaga dejada de la mano de Dios en las Américas, pero ahora resulta imposible. Sus actos en el periódico, Sharpe, lo han hecho imposible. Esos caballeros fingieron creernos, pero saben perfectamente que lo hizo usted, maldita sea. —Se dio la vuelta y su rostro mostró una repentina furia—. Le advertí que debíamos andarnos con cuidado. Le dije que no desacatara las convenciones. No podemos ofender a los españoles. Saben que el periódico se destruyó en un intento por evitar que las cartas se publicaran, y no estarán muy contentos con nosotros. ¡Puede que incluso lleguen al extremo de proporcionarles otra prensa a los hombres que tienen las cartas! ¡Dios santo, Sharpe! Hemos quemado una casa, destruido un negocio, profanado una catedral, herido a varios hombres, ¿y para qué? ¡Dígamelo! ¿Para qué?

—¿Para qué, señor? —dijo Sharpe, y dejó el ejemplar de *El Correo de Cádiz* en la mesa del embajador—. Creo que es una nueva edición, señor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Henry Wellesley. Se había ruborizado al volver las páginas y verlas llenas con sus cartas, columna tras columna—. ¡Oh, Dios mío!

—Éste es el único ejemplar —dijo Sharpe—. Quemé el resto.

—¿Quemó? —empezó a decir el embajador, pero le falló la voz al ver que Sharpe había empezado a dejar las imprudentes cartas del embajador encima del periódico, una tras otra, como si estuviera repartiendo los naipes en una partida.

—Éstas son sus cartas, señor —dijo Sharpe, todavía con su tono de voz de sargento—, y hemos destruido la prensa que las publicó, señor, y hemos quemado los periódicos y les hemos enseñado a esos cabrones a no tomarnos a la ligera, señor. Tal como me dijo lord Pumphrey, señor, hemos frustrado sus bellaquerías. Aquí tiene,

señor —dejó la última carta.

—¡Dios mío! —exclamó Henry Wellesley con la mirada fija en las cartas.

—Dios del cielo —terció lord Pumphrey débilmente.

—Podría ser que tuvieran copias, señor —comentó Sharpe—, pero sin las originales no pueden demostrar que las cartas sean reales, ¿verdad? Y de todos modos ahora no tienen forma de publicarlas.

—¡Dios mío! —repitió Wellesley, esta vez levantando la vista hacia Sharpe.

—Ladrón, asesino y pirómano —declaró Sharpe con orgullo. El embajador no dijo nada, simplemente se lo quedó mirando—. ¿Alguna vez ha oído hablar de un oficial español llamado capitán Galiana, señor? —le preguntó Sharpe.

Wellesley había vuelto a bajar la vista a las cartas y no parecía haber oído a Sharpe. Entonces dio un respingo, como si acabara de despertarse.

—¿Fernando Galiana? Sí, era un oficial de enlace del predecesor de sir Thomas. Un joven espléndido. ¿Aquí están todas las cartas?

—Todas las que ellos tenían, señor.

—Dios mío —dijo el embajador, que de repente se puso de pie, agarró las cartas y el periódico y los llevó hacia la chimenea. Lo arrojó todo a los carbones y observó cómo brillaba al arder—. ¿Cómo? —empezó a decir, pero decidió que lo mejor era que algunas preguntas quedaran sin respuesta.

—¿Esto es todo, señor? —preguntó Sharpe.

—Debo darle las gracias, Sharpe —dijo Wellesley sin dejar de mirar las cartas que se quemaban.

—Y a mis hombres, señor, a los cinco. Los voy a llevar de vuelta a la Isla de León, señor, y allí esperaremos un barco.

—Claro, claro, por supuesto. —El embajador se dirigió a toda prisa a su escritorio—. ¿Sus cinco hombres le ayudaron?

—Mucho, señor.

Se abrió un cajón y Sharpe oyó tintinear unas monedas. Fingió indiferencia. El embajador, que no quería que su generosidad, o su falta de ella, fuera evidente, envolvió las monedas en un trozo de papel que llevó a Sharpe.

—Quizá podría usted transmitir mi agradecimiento a sus compañeros.

—Por supuesto, señor; gracias, señor —Sharpe aceptó las monedas que le ofrecía.

—Pero, por su aspecto, parece que ahora debería irse a la cama —dijo Wellesley.

—Usted también, señor.

—Ahora ya estoy del todo despierto. Lord Pumphrey y yo nos quedaremos levantados. ¡Siempre hay trabajo que hacer! —De pronto Wellesley se mostraba contento, invadido por el alivio y la conciencia de que una pesadilla había terminado—. Y por supuesto, escribiré a mi hermano elogiándolo en los mejores términos. Tenga la seguridad de que lo haré, Sharpe.

—Gracias, señor.

—¡Dios mío! Se acabó. —El embajador miró las últimas llamas pequeñas que parpadeaban sobre el revoltijo ennegrecido de papeles que había sobre los rescoldos—. ¡Se acabó!

—Salvo por la dama, señor —dijo Sharpe—. Caterina. Ella aún conserva algunas cartas, ¿no?

—¡Oh, no! —repuso el embajador alegremente—. No, no. ¡Se acabó de verdad! Gracias, Sharpe.

Sharpe se marchó de allí. Se dirigió al patio y allí olió el aire. Era una mañana gris, exhausta tras la lluvia nocturna. La veleta de la atalaya de la embajada indicaba que el viento soplaba del oeste. Un gato se le restregó contra los tobillos y Sharpe se inclinó para acariciarlo, luego desenvolvió las monedas. Quince guineas. Supuso que tenía que darle una a cada uno de sus hombres y quedarse el resto. Se las metió en el bolsillo, sin estar seguro de si era una recompensa generosa o no. Decidió que probablemente no lo fuera, pero de todos modos sus hombres se pondrían muy contentos. Les daría dos guineas a cada uno y con eso podrían comprar una gran cantidad de ron.

—Ve a buscar un ratón —le dijo al gato—, porque es lo que estoy haciendo yo.

Cruzó el arco y entró en el patio más pequeño donde los criados barrían las escaleras y ordeñaban la vaca de la embajada. La puerta trasera de casa de lord Pumphrey estaba abierta y una mujer bajó por la escalera para recoger la leche. Sharpe aguardó hasta que la mujer se volvió de espaldas, en cuyo instante subió las escaleras corriendo y entró en la cocina donde acababan de encender el fogón. Subió también las siguientes escaleras de dos en dos y abrió la puerta que había en lo alto para encontrarse en un pasillo embaldosado. Subió más escaleras, éstas mullidamente alfombradas, pasando frente a pinturas de paisajes españoles de casas blancas, rocas amarillas y cielos azules. En el descansillo había una estatua de un cuerpo desnudo en mármol blanco. La estatua era de tamaño natural y tenía un sombrero bicornio puesto en la cabeza. Había una puerta abierta y Sharpe vio a una mujer que quitaba el polvo de un dormitorio, que supuso que sería el de su señoría. Pasó con sigilo y la mujer no lo oyó. El siguiente tramo de escaleras era más estrecho y conducía a un rellano con tres puertas cerradas. La primera de ellas daba a otra escalera ascendente que probablemente condujera a las dependencias del servicio. La segunda era la puerta de un trastero abarrotado de muebles que no se utilizaban, maletas y sombrereras. La última puerta daba a un dormitorio.

Sharpe se metió dentro y cerró la puerta. Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la penumbra, pues los postigos de las dos ventanas altas estaban cerrados, pero luego vio una tina vacía frente a la chimenea, donde humeaban los restos del fuego de la noche anterior. Había un escritorio, dos sofás, un armario

ropero grande con espejos en las puertas y una cama con dosel y con las cortinas bordadas corridas.

Sharpe caminó por las mullidas alfombras, abrió los postigos que tenía más cerca y, más allá de los tejados, vio la bahía de Cádiz, donde unos haces errantes de acuosa luz solar se abrían paso por los huecos entre las nubes para teñir de plata las pequeñas olas.

Alguien gruñó en la cama y gimió levemente, como si le molestara haber sido despertado por la nueva luz que se filtraba por las colgaduras de la cama. Sharpe se acercó a la otra ventana y abrió los postigos. Dispuestas en el asiento de la ventana, colocadas en unos soportes de caoba, había seis pelucas doradas. En uno de los sofás habían dejado un vestido azul junto con un collar y unos pendientes de zafiros. Volvió a oírse el gemido y Sharpe se acercó a la cama y retiró la cortina de un tirón.

—¡Buenos días! —dijo alegremente.

Y Caterina Verónica Blázquez abrió la boca para gritar.

—Me llamo Sharpe —dijo antes de que la mujer alarmara a los habitantes de la casa.

Caterina cerró la boca.

—Richard Sharpe —añadió.

Ella asintió con la cabeza. Tenía la ropa de cama aferrada, cubriendo su cuerpo hasta la barbilla. La cama era ancha y estaba claro que otra persona la había ocupado durante la noche, pues las almohadas todavía mostraban la señal de su cabeza. Sharpe estaba seguro de que había sido la cabeza del embajador. El general de brigada Moon lo había visto venir a la casa, y Sharpe no podía culpar a Henry Wellesley por ser incapaz de entregar a su puta porque Caterina Blázquez era una auténtica belleza. Tenía unos rizos cortos y dorados que eran bonitos incluso alborotados, unos grandes ojos azules, una nariz pequeña, una boca generosa y una piel suave y pálida. En una tierra de mujeres de ojos oscuros, cabello oscuro y piel morena, ella relucía como un diamante.

—La he estado buscando —dijo Sharpe—. Y no soy el único.

Ella movió levemente la cabeza, lo cual, junto a su expresión asustada, expresó que tenía miedo de quienquiera que la buscara.

—Me entiende, ¿verdad? —le preguntó Sharpe.

Un ligero asentimiento con la cabeza. Alzó más las sábanas y se tapó la boca. Era un buen lugar para esconderla, pensó Sharpe. Aquí la mujer no corría peligro; ninguno por parte de lord Pumphrey, por supuesto, y vivía con la comodidad de la que un hombre querría que disfrutara su amante. Aquí estaba segura, al menos hasta que los chismes de los criados revelaran su presencia en casa de Pumphrey. Caterina estaba examinando a Sharpe, recorriendo con la mirada su uniforme raído, viendo la espada, volviendo de nuevo la vista a su rostro y sus ojos, cuando menos, estaban un

poco más abiertos.

—Anoche estuve ocupado —dijo Sharpe—. Fui a buscar unas cartas. ¿Recuerda las cartas?

Otro ligero asentimiento con la cabeza.

—No se preocupe, las he recuperado. Se las he entregado al señor Wellesley, claro. Las quemó.

Ella bajó la ropa de cama un par de centímetros y lo recompensó con un atisbo de sonrisa. Sharpe intentó calcularle la edad. ¿Veintidós? ¿Veintitrés? En todo caso era joven. Joven y, a juzgar por lo que estaba viendo, perfecta.

—No obstante, hay más cartas, ¿verdad, querida?

La joven enarcó ligeramente las cejas cuando Sharpe la llamó «querida», luego lo negó con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

Sharpe suspiró.

—Sé que soy un oficial británico, querida, pero no soy tonto. ¿Sabe lo que significa tonto?

Ella asintió.

—Pues permítame que le cuente un cuento. Henry Wellesley le escribió un montón de cartas que no debería haber escrito y usted las guardó. Las guardó todas, querida. Pero su chulo se las quitó casi todas, ¿verdad? E iba a venderlas y a compartir el dinero con usted, pero lo asesinaron. ¿Sabe quién lo hizo?

Dijo que no con la cabeza.

—Un sacerdote. El padre Salvador Montseny.

Ella volvió a enarcar ligeramente las cejas.

—Y el padre Montseny mató al hombre que mandaron para comprárselas —prosiguió Sharpe—, y anoche intentó matarme a mí, lo que pasa es que yo soy mucho más duro de pelar. Así pues, perdió las cartas, perdió el periódico que las publicaba y ahora es un sacerdote muy enojado, querida. Pero sabe una cosa. Sabe que usted no destruyó todas las cartas. Sabe que guardó algunas. Las guardó por si acaso necesitaba el dinero. Pero cuando mataron a su chulo usted se asustó, ¿verdad? Por lo que fue corriendo a Henry y le contó una sarta de mentiras. Le dijo que le habían robado las cartas, y le dijo que no había más. Pero hay más, y las tiene usted, querida.

La mujer lo negó de un modo poco convincente, con un levísimo movimiento, suficiente para hacer temblar sus rizos.

—Y el sacerdote está enojado, encanto —continuó diciendo Sharpe—. Quiere esas otras cartas. De un modo u otro encontrará una prensa, pero primero tendrá que conseguir las cartas, ¿no? Así pues, vendrá a por usted, Caterina, y es un hombre malvado armado con un cuchillo. Le rajará su bonito vientre de un extremo a otro.

Otro temblor de sus rizos. Levantó más la ropa de cama para taparse la nariz y la boca.

—¿Cree que no puede encontrarla? —le preguntó Sharpe—. Yo he dado con usted. Y sé que tiene las cartas.

Esta vez no hubo ninguna reacción, sólo los grandes ojos mirándole. No había miedo en esos ojos. Sharpe se dio cuenta de que era una muchacha que había aprendido el enorme poder que entrañaba su físico y ya sabía que Sharpe no iba a hacerle daño.

—Así pues, querida, dígame dónde están las otras cartas y habremos terminado —dijo Sharpe.

Lentamente, la mujer retiró la ropa de cama para descubrirse la boca. Se quedó mirando a Sharpe con aire de gravedad, por lo visto pensando en su respuesta, y luego frunció el ceño.

—Dígame, ¿qué se hizo en la cabeza? —le preguntó.

—Me interpose en el camino de una bala.

—Fue una estupidez por su parte, capitán Sharpe —esbozó una sonrisa que desapareció enseguida. Tenía una voz lánguida y pronunciaba las vocales con acento norteamericano—. Pumps me habló de usted. Dijo que es peligroso.

—Lo soy, y mucho.

—No, no lo es. —Le sonrió y luego se dio media vuelta en la cama para mirar la esfera de un ornamentado reloj que hacía tictac en la repisa de la chimenea—. ¡Si ni siquiera son las ocho!

—Habla usted bien el inglés.

La mujer se recostó en la almohada.

—Mi madre era norteamericana. Papá era español. Se conocieron en Florida. ¿Ha oído hablar de Florida?

—No.

—Se encuentra al sur de los Estados Unidos. Antes pertenecía a Gran Bretaña, pero ustedes tuvieron que devolvérsela a España tras la guerra de la independencia. Allí no hay muchas cosas aparte de indios, esclavos, soldados y misioneros. Papá era capitán de la guarnición en San Agustín —frunció el ceño—. Si Henry lo encuentra aquí se enfadará.

—Esta mañana no volverá —dijo Sharpe—. Está trabajando con lord Pumphrey.

—¡Pobre Pumps! —dijo Caterina—. Me cae bien. Habla mucho conmigo. Dese la vuelta.

Sharpe obedeció y luego fue desplazándose poco a poco hacia un lado para poderla ver en los espejos de las puertas del ropero.

—Y apártese de los espejos —añadió Caterina.

Sharpe la obedeció otra vez.

—Ahora ya puede volverse —le dijo. Se había puesto una chaqueta azul de seda que se anudó a la barbilla dirigiéndole una sonrisa a Sharpe—. Cuando traigan el

desayuno y el agua tendrá que esperar ahí dentro —señaló una puerta que había junto al armario ropero.

—¿Bebe agua para desayunar? —le preguntó Sharpe.

—El agua es para el baño —repuso ella. Tiró de un cordón que hacía sonar una campanilla en el interior de la casa—. También les diré que reaviven el fuego —prosiguió—. ¿Le gusta el jamón? ¿Pan? Si las gallinas han puesto también habrá huevos. Les diré que estoy hambrienta —escuchó hasta que oyó unos pasos en las escaleras—. Escóndase —le ordenó a Sharpe.

Sharpe entró en una pequeña habitación inundada de ropa de Caterina. Había una mesa con espejo abarrotada de bálsamos, cosméticos y lunares artificiales. Detrás del espejo había una ventana y, al asomarse al exterior donde clareaba el día, Sharpe vio que la flota levaba anclas y salía de la bahía rumbo al norte. El ejército se había puesto en marcha. Se quedó mirando los barcos y pensó que su lugar estaba allí, con los soldados, mosquetes, cañones y caballos metidos en las bodegas. Los soldados iban a la guerra y allí estaba él, en el vestidor de una puta.

El desayuno llegó al cabo de media hora, cuando el fuego ya ardía y el baño estaba lleno de agua humeante.

—Los criados odian llenar el baño —comentó Caterina, que tomó asiento en un montón de almohadas— porque les supone mucho trabajo, pero yo insisto en bañarme cada día. Ahora el agua estará demasiado caliente, de modo que puede esperar. Desayunemos un poco. Sharpe tenía un hambre canina. Se sentó en la cama para comer y entre bocado y bocado hacía preguntas:

—¿Cuándo se marchó de...? ¿Cómo lo ha llamado, Florida?

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. Papá nos había dejado mucho antes. No quería quedarme allí.

—¿Por qué no?

—¿Quedarme en Florida? —se estremeció al pensarlo—. No es más que un pantano caluroso lleno de serpientes, caimanes e indios.

—¿Y cómo vino aquí?

—En barco —respondió ella con una seria mirada en sus ojos grandes—. Era un camino demasiado largo para hacerlo nadando.

—¿Usted sola?

—Me trajo Gonzalo.

—¿Gonzalo?

—El hombre que murió.

—¿El hombre que iba a vender las cartas?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y ha estado trabajando con Gonzalo desde entonces?

Volvió a asentir.

—En Madrid, Sevilla y ahora aquí.

—¿Al mismo juego?

—¿Juego?

—¿Fingir ser de buena cuna, conseguir unas cartas y venderlas?

La mujer sonrió.

—Obtenemos mucho dinero, capitán Sharpe. Más de lo que podría soñar.

—Yo no necesito soñar, querida. Una vez robé las joyas de un rey indio.

—¿De modo que es rico? —preguntó ella con un brillo en los ojos.

—Lo perdí todo.

—Es usted un descuidado, capitán Sharpe.

—¿Y ahora qué hará sin Gonzalo?

Ella puso mala cara.

—No lo sé.

—¿Se quedará con Henry? ¿Será su amante?

—Él es muy bueno conmigo —dijo Caterina—, pero no creo que me lleve de vuelta a Londres. Y acabará regresando, ¿no es cierto?

—Regresará —confirmó Sharpe.

—Pues tendré que encontrar a otra persona —dijo—, pero no usted.

—¿Yo no?

—Alguien rico —respondió con una sonrisa.

—Y tiene que mantenerse alejada del padre Salvador Montseny —le dijo Sharpe.

Ella se estremeció de nuevo.

—¿De verdad es un asesino? ¿Un sacerdote?

—Es un hombre de lo más desagradable, querida. Y quiere sus cartas. La matará para conseguirlas.

—Pero usted también quiere mis cartas.

—Sí.

—Y Pumps dice que es usted un asesino.

—Lo soy.

Caterina pareció considerar su dilema un momento, luego señaló el baño con un gesto de la cabeza.

—Es hora de lavarse —dijo.

—¿Quiere que vuelva a entrar en esa habitación? —le preguntó Sharpe.

—Por supuesto que no. El baño es para usted. Apesta. Desnúdese, capitán Sharpe, yo le frotaré la espalda.

Sharpe era un buen soldado. Obedeció.

* * * *

—Me gusta Henry Wellesley —comentó Sharpe.

—A mí también —dijo Caterina—, pero es... —hizo una pausa mientras pensaba— serio.

—¿Serio?

—Triste. Su esposa le hizo daño. Pumps dice que no era hermosa.

—No puedes creerte todo lo que diga Pumps.

—Pero creo que tiene razón. Algunas mujeres no son hermosas y sin embargo vuelven locos a los hombres. Ella ha vuelto triste a Henry. ¿Vas a dormir?

—No —contestó Sharpe. La cama era la más cómoda que había probado nunca. Un colchón de plumas, sábanas de seda, almohadas grandes y Caterina—. Debo marcharme.

—El uniforme no está seco. —Ella se había empeñado en lavar el uniforme en el agua usada para el baño y la ropa estaba entonces apoyada en dos sillas frente al fuego.

—Hemos de marcharnos —se corrigió Sharpe.

—¿Hemos?

—Montseny quiere encontrarte. Y para obtener las cartas te hará daño.

Ella lo pensó.

—Cuando murió Gonzalo —dijo—, vine aquí porque estaba asustada. Y porque éste es un lugar seguro.

—¿Crees que Pumps te protegerá?

—Nadie osaría entrar aquí. ¡Es la embajada!

—Montseny osará —afirmó Sharpe—. La puerta principal de la casa de lord Pumphrey no está vigilada, ¿verdad? Y si los criados ven a un sacerdote confiarán en él. Montseny puede entrar fácilmente. Yo lo hice.

—Pero, si me voy contigo, ¿cómo viviré? —preguntó.

—Igual que todo el mundo.

—Yo no soy todo el mundo —repuso ella con indignación—, ¿y acaso no me has dicho que vas a regresar a Lisboa en barco?

—Sí, pero tú estarás más segura en la Isla de León. Allí hay muchos soldados británicos para defenderte. También puedes venir a Lisboa conmigo. —Ella le recompensó la sugerencia con una sonrisa y el silencio—. Ya lo sé —siguió diciendo Sharpe—, no soy lo bastante rico. Dime, ¿por qué le has mentido a Henry?

—¿Mentirle? —abrió los ojos, grandes e inocentes.

—Cuando llegaste aquí, cariño, le dijiste que no tenías ninguna carta. Le dijiste que habías perdido las que Gonzalo no tenía. Mentiste.

—Pensé que quizá, si las cosas salían mal... —empezó a decir, y se encogió de hombros.

—¿Todavía tendrías algo que poder vender?

—¿Es algo malo?

—Pues claro que es malo —respondió Sharpe en tono severo—, aunque resulta de lo más prudente. ¿Cuánto quieres por ellas?

—Se te está chamuscando el uniforme —dijo. Salió de la cama y fue a darle la vuelta a la guerrera y los pantalones. Sharpe la observó. Era una belleza. «Vuelve locos a los hombres», pensó. Ella regresó a la cama y volvió a deslizarse a su lado.

—¿Cuánto? —le preguntó Sharpe.

—Gonzalo dijo que me conseguiría cuatrocientos dólares.

—Te estaba engañando —dijo Sharpe.

—No lo creo. Pumps dijo que no podía conseguir más de setecientos.

Sharpe tardó un momento en comprender lo que estaba diciendo.

—¿Lord Pumphrey dijo eso?

Ella asintió, muy seria.

—Dijo que podía ocultar el dinero en las cuentas. Diría que era para sobornos, pero que sólo podía ocultar setecientos.

—¿Y te daría eso por las cartas?

Ella volvió a asentir.

—Dijo que conseguiría setecientos dólares, se quedaría doscientos y me daría quinientos. Pero tendría que esperar, hasta que se encontraran las otras cartas. Dijo que las mías no serían valiosas hasta que no fueran las únicas.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Sharpe.

—Te has escandalizado —a Caterina le hacía gracia.

—Lo suponía honesto.

—¿Pumps? ¿Honesto? —se rió—. Me cuenta sus secretos. No debería hacerlo, pero él quiere saber los míos. Quiere saber lo que Henry dice sobre él, de modo que hago que me cuente cosas primero. ¡No es que Henry me cuente ningún secreto! De modo que le digo a Pumps lo que quiere oír. Me contó un secreto sobre ti.

—Yo no tengo secretos con lord Pumphrey —dijo Sharpe con indignación.

—Él tiene uno sobre ti —insistió ella—. ¿Una chica en Copenhague? ¿Llamada Ingrid?

—Astrid.

—Astrid, eso es. Pumps hizo que la mataran —dijo Caterina.

Sharpe se la quedó mirando.

—¿Que hizo qué? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Astrid y su padre. Pumps hizo que les cortaran el cuello. Está muy orgulloso de ello. Me hizo prometer que no se lo diría a nadie.

—¿Mató a Astrid?

—Me dijo que ella y su padre sabían demasiados secretos que los franceses querían averiguar y que no podía confiar en que mantuvieran la boca cerrada, por lo

que les dijo que se fueran a Inglaterra y no quisieron, de modo que los hizo matar.

Habían pasado cuatro años desde que Sharpe estuvo en Copenhague durante la invasión del ejército británico. Él quiso quedarse en Dinamarca, abandonar el ejército y establecerse con Astrid, pero el padre de la muchacha había prohibido el matrimonio y ella era una chica obediente. Así pues, Sharpe abandonó el sueño y volvió a Inglaterra.

—Su padre solía mandar información a Gran Bretaña —explicó Sharpe—, pero se disgustó con nosotros cuando capturamos Copenhague.

—Pumps dice que estaba al tanto de muchos secretos.

—Así es.

—Ahora ya no sabe ninguno —dijo Caterina con crueldad—, y Astrid tampoco.

—Hijo de puta —dijo Sharpe, pensando en lord Pumphrey—, maldito hijo de puta.

—¡No debes hacerle daño! —exclamó Caterina con expresión seria—. Me gusta Pumps.

—Dile a Pumps que el precio de las cartas es de mil guineas.

—¡Mil guineas!

—En oro —dijo Sharpe—. Díselo, y dile que puede entregarte el dinero en la Isla de León.

—¿Por qué allí?

—Porque yo estaré allí —repuso Sharpe—, y tú también. Y mientras yo esté allí estarás a salvo de ese sacerdote asesino.

—¿Quieres que me marche de aquí? —preguntó ella.

—Tienes las cartas —dijo Sharpe—, ya es hora de que saques dinero de ellas. Si te quedas aquí será otro quien haga el negocio. Y lo más probable es que te maten para conseguir las cartas. De manera que dile a Pumps que quieres mil guineas y que si no te las da me contarás lo de Astrid.

—¿Estabas enamorado de ella?

—Sí —contestó Sharpe.

—¡Qué bonito!

—Dile a lord Pumphrey que si quiere seguir con vida tiene que pagarte mil guineas. Pide dos mil y quizá te las dé.

—¿Y si no paga?

—Le cortaré el cuello.

—Eres un hombre muy malo —le dijo ella al tiempo que le ponía el muslo izquierdo sobre las piernas.

—Ya lo sé.

Caterina se quedó pensando unos segundos y adoptó una expresión compungida.

—A Henry le gusta tenerme aquí. Se disgustará si me voy a la Isla de León.

—¿Te importa?

—No —escrutó el rostro de Sharpe—. ¿De verdad Pumps pagará mil guineas?

—Probablemente pagará más —contestó Sharpe, y le dio un beso en la nariz.

—¿Y tú qué quieres? —le preguntó ella.

—Lo que tú quieras darme.

—¡Ah, eso! —repuso.

* * * *

Zarpó toda la flota menos los faluchos españoles, que no pudieron vencer el embate de las terribles olas vestigio de la tormenta y que por lo tanto volvieron a la bahía perseguidos por las inútiles salpicaduras de las granadas de mortero francesas. Las embarcaciones británicas de mayor tamaño se abrieron paso por la mar gruesa y se dirigieron al sur, una multitud de velas bordeando Cádiz para desaparecer más allá de cabo de Trafalgar. El viento seguía soplando del oeste y al día siguiente los españoles se encontraron con un mar más propicio y las siguieron.

Al marcharse la mayor parte del ejército, San Fernando quedó vacía. Seguían presentes algunos batallones en la Isla de León, pero guarnecían las largas construcciones defensivas de la cala pantanosa que protegía la isla y la ciudad del ejército del mariscal Victor, aunque dicho ejército abandonó sus líneas de asedio dos días después de que zarparan los faluchos españoles. El mariscal Victor conocía perfectamente los planes de los aliados. El general Lapeña y el general Graham zarparían con sus tropas rumbo al sur y luego, tras desembarcar cerca de Gibraltar, marcharían hacia el norte para atacar las construcciones de asedio francesas. Victor no tenía ninguna intención de permitir que sus líneas fueran atacadas por la retaguardia. Llevó a gran parte de su ejército hacia el sur en busca de un lugar donde pudiera interceptar a las fuerzas británicas y españolas. Dejó algunos hombres vigilando las líneas francesas, al igual que los británicos habían dejado algunos protegiendo sus propias baterías. Cádiz aguardaba.

El viento cambió, tornándose en un frío viento del norte. La bahía de Cádiz estaba despoblada de barcos en su mayor parte, excepto por las pequeñas embarcaciones pesqueras y los buques prisión desprovistos de mástiles. Los fuertes franceses del Trocadero disparaban granadas de mortero con desgana, pues con la ausencia del mariscal Victor las guarniciones parecían haber perdido el entusiasmo. El viento siguió soplando obstinadamente del norte y los barcos no pudieron zarpar rumbo a Lisboa. Sharpe, de nuevo en la Isla de León, esperó.

Una semana después de que hubiera zarpado el último de los barcos aliados y un día después de que el mariscal Victor se hubiera alejado de las construcciones de asedio, Sharpe cogió prestados dos caballos del establo de sir Thomas Graham y

cabalgó hacia el sur siguiendo la orilla, por donde el mar rompía blanco en la arena infinita. Lo habían invitado a montar por la playa e iba acompañado de Caterina.

—Baja los talones —le dijo ella—. Baja los talones y endereza la espalda. Montas como un campesino.

—Soy un campesino. Odio los caballos.

—A mí me encantan —dijo ella. Caterina montaba como un hombre, a horcajadas, tal como había aprendido a hacer en la América española—. Detesto montar a mujeriegas —le explicó. Llevaba pantalones, una chaqueta y un sombrero de ala ancha sujeto con un pañuelo—. No soporto el sol —dijo—. Te vuelve la piel correosa. ¡Deberías ver a las mujeres en Florida! Parecen caimanes. Si no llevara sombrero tendría un rostro como el tuyo.

—¿Estás diciendo que soy feo?

Ella se rió, rozó las espuelas contra los flancos de la yegua y viró para acercarse al agitado borde del mar. Los cascos de los caballos levantaban una espuma blanca allí donde las olas bullían en la playa. Dio la vuelta y se acercó a Sharpe con los ojos brillantes. Había llegado a San Fernando el día anterior, viajando en un coche alquilado de los establos que había a la entrada de la ciudad, cerca del Observatorio Real; detrás del coche tres mozos de cuadra llevaban caballos cargados con sus ropas, cosméticos y pelucas. Caterina había saludado a Sharpe con un beso recatado, luego señaló al cochero y a los mozos.

—Hay que pagarles —dijo con ligereza antes de entrar en la casa que Sharpe había alquilado. Había muchas casas vacías ahora que el ejército se había marchado. Sharpe pagó a los hombres y luego miró, compungido, las pocas monedas que le quedaban.

—¿El embajador se ha disgustado contigo? —le preguntó Sharpe a Caterina cuando se reunió con ella en la casa.

—Henry está callado. Siempre se vuelve silencioso cuando se disgusta. Pero le dije que tenía miedo de quedarme en Cádiz. ¡Qué casa más mona!

—¿Henry quería que te quedaras?

—Por supuesto que quería que me quedara. Pero yo insistí.

—¿Y lord Pumphrey?

—Dijo que traería el dinero. —Ella le brindó una sonrisa deslumbrante—. ¡Dos mil doscientas guineas!

El sargento Harper había observado la llegada de Caterina con un semblante inexpresivo.

—¿Ahora forma parte del personal, señor?

—Estará un tiempo con nosotros —respondió Sharpe.

—¡Qué sorpresa!

—Y si ese maldito sacerdote se asoma por aquí, mátelo.

Sharpe dudaba que Montseny se acercara siquiera a la Isla de León. El sacerdote había sido derrotado y si tenía un poco de sentido común abandonaría la lucha. Ahora, lo mejor que podía esperar su facción era que el mariscal Victor venciera al ejército aliado, pues entonces Cádiz caería inevitablemente y los políticos que habitaban sus muros desearían hacer la paz con Francia antes de que ocurriera el desastre.

Eso era asunto de otros. Sharpe montaba a caballo por una larga playa azotada por el mar. Al este quedaban las dunas de arena y, tras ellas, las marismas. Al oeste tenía el Atlántico y al sur, allí donde terminaba la playa en la desembocadura de un río, había soldados españoles con sus uniformes de color azul cielo. Desde el extremo más alejado de las marismas llegaba un retumbo de disparos, el sonido de los cañones franceses bombardeando las baterías británicas que protegían la Isla de León. El sonido era débil e intermitente como el de truenos distantes.

—Pareces contento —dijo Caterina.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque esto está limpio —contestó Sharpe—. No me gustaba Cádiz. Demasiados callejones, demasiada oscuridad, demasiada traición.

—Pobre capitán Sharpe —se mofó ella con una sonrisa radiante—. ¿No te gustan las ciudades?

—No me gustan los políticos. Todos esos malditos abogados aceptando sobornos y pronunciando discursos pomposos. Lo que va a ganar la guerra es eso de ahí —movió la cabeza para indicar el lugar donde los soldados de casaca azul trabajaban en el agua poco profunda. Había dos faluchos anclados en la desembocadura del río y unas chalupas transportaban a los soldados hasta la playa. Los faluchos iban cargados hasta los topes de vigas de madera, anclas y cadenas, y montones de tablones, los materiales necesarios para hacer un puente de botes. No eran pontones propiamente dichos, pero las chalupas servirían y el puente resultante sería estrecho aunque, debidamente anclado, resultaría bastante seguro.

El capitán Galiana se contaba entre los oficiales. Fue Galiana quien había invitado a Sharpe al extremo de la playa y entonces se adelantó a caballo para saludar al fusilero.

—¿Qué tal su cabeza, capitán?

—Va mejorando. Ya no me duele tanto como antes. Es el vinagre, que la cura. ¿Me permite que le presente a la señorita Caterina Blázquez? Capitán Fernando Galiana.

Si Galiana se sorprendió por el hecho de que una joven no tuviera acompañante, lo ocultó, haciendo en cambio una reverencia y dirigiéndole una sonrisa cordial a Caterina.

—Lo que estamos haciendo —explicó en respuesta a la primera pregunta que le hizo ella— es construir un puente y protegerlo con un fuerte en la otra orilla.

—¿Por qué? —preguntó Caterina.

—Porque si el general Lapeña y sir Thomas no consiguen llegar a las construcciones de asedio francesas, señorita, necesitarán un puente para regresar a la ciudad. Confío en que el puente no sea necesario, pero el general Lapeña consideró prudente hacerlo. —Galiana le dirigió una mirada atribulada a Sharpe, como si deplorara semejante derrotismo.

Caterina consideró la respuesta de Galiana.

—Pero si pueden construir un puente, capitán, ¿por qué llevar el ejército hacia el sur en barco? —preguntó—. ¿Por qué no cruzar aquí y atacar a los franceses?

—Porque éste, señorita, no es un buen lugar para combatir. Si se cruza el puente, aquí no encuentras nada más que playa delante y una cala a la izquierda. Si cruzamos por aquí los franceses nos atraparían en la playa. Sería una matanza.

—Navegaron hacia el sur —le explicó Sharpe—, para así poder marchar tierra adentro y atacar a los franceses por la retaguardia.

—¿Y lamentas no estar con ellos? —le preguntó Caterina a Sharpe. Había percibido un deje de envidia en su voz.

—¡Ojalá estuviera allí! —dijo Sharpe.

—Ojalá estuviera yo también —intervino Galiana.

—Hay un regimiento en el ejército francés —dijo Sharpe— con el que tengo una cuenta pendiente. El 8.º regimiento de línea. Quiero volver a encontrármelos.

—Quizá lo haga —dijo Galiana.

—No, estoy en el lugar equivocado —repuso Sharpe con amargura.

—Pero el ejército avanzará desde allí —Galiana señaló tierra adentro— y los franceses marcharán para enfrentarse a él. Creo que un hombre resuelto podría cabalgar rodeando el ejército francés y reunirse con nuestras fuerzas. Un hombre resuelto que, supongamos, conozca el terreno.

—Que es usted —dijo Sharpe—, no yo.

—Yo conozco el terreno —dijo Galiana—, pero quienquiera que esté al mando del fuerte tendrá órdenes de evitar que crucen el puente tropas españolas no autorizadas. —Hizo una pausa mirando a Sharpe—. Sin embargo, no tendrán órdenes de detener a los ingleses.

—¿Cuántos días tardarán en llegar? —preguntó Sharpe.

—¿Tres? ¿Cuatro?

—Tengo órdenes de embarcar rumbo a Lisboa.

—Ahora no va a zarpar ningún barco hacia Lisboa —le dijo Galiana con seguridad.

—Podría cambiar el viento —dijo Sharpe.

—No tiene nada que ver con el viento —replicó Galiana—, sino con la posibilidad de que el general Lapeña resulte derrotado.

Por lo que Sharpe había oído, todo el mundo esperaba que Lapeña, Doña Manolito, recibiera una paliza a manos de Victor.

—¿Y si resulta vencido? —preguntó en tono apagado.

—Entonces querrán que todas las embarcaciones disponibles se preparen para evacuar la ciudad —respondió Galiana—, por cuyo motivo no se permitirá que salga ningún barco hasta que se haya decidido la situación.

—¿Y usted espera una derrota? —le preguntó Sharpe crudamente.

—Lo que yo espero es que usted me pague el favor que me debe —contestó Galiana.

—¿Llevándolo al otro lado del puente?

Galiana sonrió.

—Éste es el favor, capitán Sharpe. Lléveme al otro lado del puente.

Y Sharpe pensó que aún podría ser que volviera a encontrarse con el coronel Vandal.

TERCERA PARTE

LA BATALLA

CAPÍTULO 9

Aquello era un caos. Un maldito caos. Resultaba exasperante.

—Era absolutamente previsible —comentó lord William Russell con calma.

—¡Maldita sea! —explotó sir Thomas Graham.

—En todos y cada uno de los detalles —dijo lord William, mostrándose más sensato de lo que cabría esperar por sus veintiún años—, exactamente lo que suponíamos.

—¡Y maldito sea usted también! —exclamó sir Thomas. Su caballo echó las orejas hacia atrás ante la vehemencia de su amo—. ¡Maldito sea! —repitió sir Thomas, que se golpeó la bota derecha con la fusta—. Usted no, Willie, él. ¡Él! ¡Ese condenado!

—¿Quién es ese condenado? —preguntó con seriedad el comandante John Hope, sobrino y primer edecán de sir Thomas.

Sir Thomas reconoció el verso de Macbeth^[1], pero estaba demasiado furioso para decirlo. En cambio, espoleó su caballo, hizo señas a sus ayudantes de campo y empezó a dirigirse hacia la cabeza de la columna, donde el general Lapeña había dado el alto una vez más.

Tendría que haber sido todo muy sencillo. La mar de sencillo. Desembarcar en Tarifa y reunirse allí con las tropas británicas enviadas desde la plaza fuerte de Gibraltar, lo cual tuvo lugar según lo planeado, en cuyo punto se suponía que todo el ejército debía marchar hacia el norte. Salvo que no podían salir de Tarifa porque los españoles no habían llegado, de manera que sir Thomas esperó dos días, dos días consumiendo raciones que tenían que reservarse para la marcha. Y cuando las tropas de Lapeña llegaron, sus botes no quisieron arriesgarse a cruzar el oleaje hasta la playa, por lo que las tropas españolas se vieron obligadas a vadear hasta la orilla. Llegaron empapados, temblando, hambrientos, y no estaban en condiciones de marchar, de modo que se perdió otro día.

Aun así, tendría que haber sido fácil. Sólo tenían que recorrer unos ochenta kilómetros que, aun con los cañones y el bagaje, no deberían haberles llevado más de cuatro días. La ruta se dirigía al norte, siguiendo un río al pie de la Sierra de Fates. Entonces, una vez hubieran dejado atrás esas montañas, tendrían que haber cruzado la llanura por un buen camino que llevaba a Medina Sidonia, donde el ejército aliado viraría hacia el oeste para atacar las líneas de asedio francesas ancladas en la ciudad de Chiclana. Esto es lo que debería haber ocurrido, pero no fue así. Los españoles encabezaban la marcha y eran lentos, tan lentos que exasperaban. Sir Thomas, que iba a caballo a la cabeza de las tropas británicas, las cuales constituían la retaguardia, se fijó en las botas hechas pedazos que se habían desechado y dejado a un lado del camino. Algunos españoles cansados habían abandonado la formación, sumándose a

las botas rotas, y se limitaban a ver pasar a los soldados de casaca roja y guerrera verde. Y tal vez esto no hubiera importado si hubieran llegado a Medina Sidonia suficientes españoles, descalzos o no, para expulsar a cualquier guarnición que los franceses hubiesen apostado en la ciudad.

El general Lapeña había dado la impresión de estar igual de ansioso que sir Thomas cuando se inició la marcha. Comprendía la necesidad de apresurarse hacia el norte y de virar hacia el oeste antes de que el mariscal Victor encontrara un lugar en el que oponer resistencia. Se suponía que el ejército aliado tenía que aparecer como una tormenta sobre la retaguardia desprotegida de las líneas de asedio francesas. Sir Thomas se imaginó a sus hombres arrasando los campamentos franceses, asolando los parques de artillería, haciendo estallar los polvorines y hostigando al ejército roto para que saliera de sus construcciones defensivas y se pusiera al alcance de los cañones de la línea británica que protegían la Isla de León. Lo único que hacía falta era rapidez, rapidez y más rapidez, pero entonces, el segundo día, Lapeña decidió que sus tropas descansaran los pies doloridos y marcharan en cambio durante la noche siguiente. Incluso esto habría servido, de no ser porque los guías españoles se perdieron y el ejército deambuló trazando un gran círculo bajo el intenso brillo de las estrellas.

—¡Maldita sea! —exclamó sir Thomas—. ¿Es que no ven la estrella polar?

—Hay pantanos, sir Thomas —alegó el oficial de enlace español.

—¡Que se limiten a seguir el camino, maldita sea!

Pero no se había seguido el camino y el ejército anduvo sin rumbo fijo, luego se detuvo y los soldados se sentaron en los campos donde algunos de ellos intentaron dormir. El suelo estaba mojado y la noche resultó sorprendentemente fría, de modo que fueron pocos los que consiguieron descansar algo. Los británicos encendieron unas pipas cortas de arcilla y los asistentes de los oficiales llevaban de un lado a otro los caballos de sus amos en tanto que los guías discutieron hasta que, finalmente, unos gitanos a los que habían despertado en su campamento situado en un alcornocal, les indicaron el camino a Medina Sidonia. Las tropas habían marchado durante doce horas y, cuando acamparon a mediodía ni siquiera habían recorrido diez kilómetros, aunque al menos la caballería de la Legión Alemana del Rey, que servía a las órdenes de sir Thomas, había logrado sorprender a medio batallón de infantería francés que forrajeaba, matando a una docena de enemigos y capturando al doble.

El general Lapeña, en un arrebatado de energía, propuso iniciar de nuevo la marcha aquella misma tarde, pero los soldados estaban exhaustos tras una noche perdida y las raciones aún se estaban distribuyendo. Así pues, acordó con sir Thomas esperar hasta que los soldados comieran, y entonces decidió que debían dormir antes de emprender la marcha al amanecer; sin embargo, fue el propio Lapeña quien, llegada la hora del alba, no estaba preparado. Por lo visto un oficial francés, uno de los que había

capturado la caballería alemana, reveló que el mariscal Victor había reforzado la guarnición de Medina Sidonia, de modo que ahora la formaban más de tres mil hombres.

—No podemos ir allí —había declarado Lapeña. Era un hombre lúgubre, ligeramente encorvado, con unos ojos nerviosos que rara vez paraban quietos—. ¡Tres mil hombres! Podemos derrotarlos pero ¿a qué precio? A costa de retraso, sir Thomas, retraso. ¡Nos van a retrasar mientras Victor maniobra para rodearnos! —Sus manos realizaban unos movimientos extravagantes, trazando un cerco, hasta terminar apretujadas una con otra—. Tenemos que ir a Vejer. ¡Hoy mismo! —tomó la decisión con magnífica contundencia—. Desde Vejer podemos atacar Chiclana por el sur.

Era un plan viable. El oficial francés capturado, un capitán con gafas llamado Brouard, bebió demasiado vino del general Lapeña y reveló alegremente que en Vejer no había guarnición. Sir Thomas sabía que de la ciudad salía un camino hacia el norte, lo cual significaba que el ejército aliado podía acceder a las construcciones de asedio francesas por el sur en lugar de por el este, y aunque no le gustaba la decisión, reconoció que tenía su lógica.

Así pues, una vez se hubieron cambiado las órdenes, empezaron a marchar cuando ya casi era mediodía y para entonces el ejército era un caos. Resultaba irritante tanta incompetencia.

Ya se distinguía Vejer al otro lado de la llanura, una ciudad de casas blancas en lo alto de una repentina colina en el horizonte del noroeste; sin embargo, los guías habían empezado a dirigir al ejército hacia el sudeste. Sir Thomas acercó su caballo a Lapeña y, con suma diplomacia, señaló la ciudad sugiriendo que sería mejor ir en esa dirección. Tras una larga consulta Lapeña asintió, de modo que el ejército invirtió el sentido de la marcha, cosa que llevó tiempo porque la vanguardia española tuvo que retroceder por un camino lleno de tropas atascadas. Al final consiguieron avanzar en la dirección correcta, pero ahora habían vuelto a pararse. Se habían detenido sin más. Nadie se movía. No se transmitió ningún mensaje por la columna explicando la parada. Los soldados españoles rompieron filas y encendieron sus rollos de papel llenos de tabaco húmedo.

—¡Maldito sea! —volvió a decir sir Thomas mientras cabalgaba al encuentro del general Lapeña. Cuando se efectuó la parada él estaba en la retaguardia de la columna porque le gustaba ir de un lado a otro junto a sus tropas. Podía decir mucho de sus hombres por la manera en que éstos marchaban y se sentía satisfecho de su pequeño ejército. Sabían que los estaban dirigiendo mal, sabían que se hallaban sumidos en el caos, pero se mostraban muy animados. Cerraban la columna los Coliflores, más formalmente conocidos como el segundo batallón del 47.º Regimiento de línea. Sus casacas rojas tenían las vueltas blancas que les daban su sobrenombre, aunque los oficiales de los *Coliflores* preferían llamar a los soldados de Lancashire «los de

Wolfe» en recuerdo del día en que consiguieron echar a los franceses de Canadá. Los Coliflores, un sólido batallón de la guarnición de Cádiz, se hallaba reforzado por dos compañías de los *Deshollinadores*, los soldados de casaca Verde del tercer batallón del 95.º. Sir Thomas se descubrió para saludar a los oficiales y volvió a hacerlo ante los soldados de los dos batallones portugueses que habían venido en barco desde Cádiz. Le sonrieron y él se quitó el sombrero una y otra vez. Se fijó con aprobación en que los cazadores portugueses, soldados de infantería ligera, se encontraban de magnífico humor. Uno de sus capellanes, un hombre con la sotana manchada de barro, armado con mosquete y con un crucifijo colgado al cuello, exigió saber cuándo podrían empezar a matar franceses.

—¡Pronto! —le prometió sir Thomas, esperando que fuera cierto—. ¡Muy pronto!

Delante de los portugueses se hallaba el Batallón de Flanco de Gibraltar, que era una unidad improvisada, formada por las compañías ligeras y de granaderos de tres batallones de la guarnición de Gibraltar. Tropas de élite todas ellas. Dos compañías del 28.º, un regimiento de Gloucestershire, dos del 82.º, que era de Lancashire, y las dos compañías de flanco del 9.º, muchachos de Norfolk conocidos como *los Santos* porque la placa de su chacó estaba decorada con una representación de Britania que los españoles tomaron por una imagen de la virgen María. Cuando los Santos marchaban por España, las mujeres hacían una genuflexión y se santiguaban. Más allá de los Flanqueadores de Gibraltar estaban los *Faughes*, el 87.º, y sir Thomas se llevó la mano al sombrero en respuesta al saludo del comandante Gough.

—Esto es un caos, Hugh, un caos —admitió sir Thomas.

—Ya le daremos sentido, sir Thomas.

—Sí, lo haremos, lo haremos.

Delante del 87.º iba el segundo batallón del 67.º, soldados de Hampshire recién llegados de Inglaterra que no habían sufrido bajas hasta la noche en que asaltaron las lanchas incendiarias. Sir Thomas lo consideraba un buen regimiento, igual que a las ocho compañías que quedaban del 28.º y que aguardaban frente a ellos. El 28.º era otro sólido regimiento de los condados rurales. Procedían de la guarnición de Gibraltar y sir Thomas se alegró de verles porque recordaba a los soldados de Gloucestershire de La Coruña. Aquel día combatieron duramente y también murieron de la misma forma, desdiciendo de su mote: los *Petimetres de Cola Plateada*. Sus oficiales se empeñaban en llevar unos faldones más largos en sus casacas, unos faldones magníficamente bordados en hilo de plata. El 28.º prefería que se le conociera como a los *Rebanadores*, en solemne recuerdo del día en que le habían cortado las orejas a un irritante abogado francés en Canadá. El teniente coronel de los Rebanadores estaba hablando con el coronel Wheatley, quien estaba al mando de todas las tropas que se hallaban rezagadas en el camino y Wheatley, al ver que sir Thomas se acercaba a caballo, mandó que le trajeran el suyo.

El comandante Duncan y sus dos baterías de artillería, con cinco cañones cada una, aguardaba por delante de los Cola Plateada. Duncan, que descansaba apoyado en un armón, alzó las cejas cuando pasó sir Thomas y fue recompensado con un rápido encogimiento de hombros.

—¡Desbrozaremos este enredo! —le gritó sir Thomas, y de nuevo esperó no equivocarse.

Delante de los cañones se hallaba su primera brigada y él sabía lo afortunado que era al estar al mando de una unidad como aquélla. Constaba tan sólo de dos batallones, pero ambos eran fuertes. El de más atrás era otro batallón amalgamado, éste compuesto por dos compañías de la Guardia de Coldstream, dos más de fusileros y tres compañías del Tercero de la Guardia de Infantería. ¡Escoceses! Era la única infantería escocesa que tenía a sus órdenes y sir Thomas se descubrió ante ellos. En su opinión, con escoceses como aquéllos podría echar abajo las puertas del infierno, y se le hizo un nudo en la garganta al pasar junto a las casacas rojas con vueltas azules. Sir Thomas era un sentimental. Amaba a los soldados. Hubo un tiempo en el que pensaba que todos los que vestían la casaca roja eran granujas y ladrones, roña de las alcantarillas, y desde que se había alistado en el ejército aprendió que tenía razón, pero también había aprendido a amarlos. Amaba su paciencia, su ferocidad, su resistencia y su valentía. Sir Thomas pensaba a menudo que si moría prematuramente e iba a reunirse con su querida Mary en su cielo escocés, quería morir entre esos hombres tal como sir John Moore, otro escocés, había muerto en La Coruña. Sir Thomas guardaba el fajín rojo de Moore como recuerdo de aquel día, y el tejido tenía las manchas oscuras de la sangre de su héroe. Caviló que la muerte de un soldado era feliz, porque aun con el dolor atroz de la agonía, uno moría en la mejor compañía del mundo. Se dio la vuelta en la silla para mirar a su sobrino.

—Cuando muera, John —le dijo—, encárgate de que se lleven mi cuerpo para que pueda estar junto a tu tía Mary.

—No va a morirse, señor.

—Enterradme en Balgowan —dijo sir Thomas, y tocó el anillo de boda que todavía llevaba—. Hay dinero para pagar el coste del traslado de mi cadáver a casa. Encontrarás que hay dinero suficiente. —Tuvo que tragar saliva al pasar junto a los escoceses y dirigirse al lugar donde el segundo batallón del Primero de Guardia de Infantería encabezaba su columna. ¡El Primero de la Guardia de Infantería! Los llamaban los *Carboneros* porque, años atrás, habían llevado carbón a sus oficiales para que se calentaran en un gélido invierno londinense, y el de los Carboneros era un batallón de lo más magnífico que había marchado nunca sobre la tierra. Toda la Guardia estaba a las órdenes del general de brigada Dilkes, que se llevó la mano al pico de su sombrero bicornio y se unió al coronel Wheatley para seguir a sir Thomas, pasando junto a las tropas españolas, hasta el lugar en el que el general Lapeña,

desconsolado e impotente, permanecía sentado a lomos de su caballo.

Lapeña miro a sir Thomas con tristeza y suspiró, como si hubiera estado esperando la llegada del escocés y la considerara una molestia. Hizo un gesto hacia la distante Vejer, que brillaba blanca en su colina.

—*Inundación* —dijo Lapeña, pronunciando lenta y claramente, y trazó unos círculos con la mano, como para dar a entender que todo era inútil. No se podía hacer nada. El destino había decretado un fracaso. Se había terminado.

—El camino, sir Thomas —tradujo innecesariamente el oficial de enlace—, está inundado. El general lo lamenta, pero así es. —El general español no había expresado su pesar, pero el oficial de enlace creyó prudente sugerir lo contrario—. Es una pena, sir Thomas. Una pena.

El general Lapeña miró apesadumbrado a sir Thomas, pero había algo en su expresión que parecía insinuar que todo era culpa del escocés.

—*Inundación* —repitió, y se encogió de hombros.

—El camino está inundado, en efecto —asintió sir Thomas en español. El trozo anegado se hallaba allí donde el camino cruzaba un pantano que bordeaba un lago y, aunque la vía se había construido en un paso elevado, las fuertes lluvias habían aumentado el nivel del agua de modo que ahora el pantano, el paso elevado y unos cuatrocientos metros de calzada se hallaban sumergidos—. Está inundado —dijo sir Thomas con paciencia—, pero me atrevería a decir, señor, que vamos a encontrarnos con que es transitable. —No aguardó la respuesta de Lapeña, sino que espoleó su montura y se dirigió al paso elevado. El caballo chapoteó y se adentró en el agua que iba subiendo de nivel. El animal se fue poniendo nervioso, sacudía la cabeza y ponía los ojos en blanco, pero sir Thomas mantuvo un firme control sobre él mientras seguía la línea de ramas atascadas a los bordes del paso elevado. Frenó al caballo a mitad de camino en el agua, que entonces le llegaba por encima de los estribos, y gritó hacia la orilla este con una voz acostumbrada a azuzar por los ventosos campos de caza escoceses—. ¡Deberíamos seguir adelante! ¿Me oye? ¡Sigán adelante!

—Los cañones no lo conseguirán —dijo Lapeña—, y no pueden rodear el agua —señaló con expresión triste hacia el norte, donde el terreno pantanoso se extendía más allá de la zona anegada.

Se lo repitió a sir Thomas cuando éste regresó al trote. Sir Thomas asintió con la cabeza y llamó al capitán Vetch, el oficial de ingenieros que había quemado las lanchas incendiarias y al que habían destinado con la guardia avanzada precisamente para que efectuara valoraciones como aquélla.

—Reconozca el terreno, capitán —le ordenó sir Thomas—, y dígame si los cañones pueden utilizar el camino.

El capitán Vetch llevó su caballo por el tramo inundado y regresó con un confiado informe de que la ruta era perfectamente transitable, pero el general Lapeña insistió

en que el paso elevado podría haber resultado dañado por el agua, que había que inspeccionarlo como era debido y, si era necesario, repararlo antes de poder arrastrar los cañones hasta el otro lado del lago.

—Pues al menos mande a la infantería —sugirió sir Thomas, y al cabo de un rato se llegó al vacilante acuerdo de que quizá la infantería podía arriesgarse a cruzar.

—Traigan aquí a sus muchachos —ordenó sir Thomas al general de brigada Dilkes y al coronel Wheatley—. Quiero a sus dos brigadas cerca de la orilla. No las quiero desplegadas a lo largo del camino. —No había peligro de que sus brigadas se extendieran y se perdieran en la distancia, pero sir Thomas esperaba que bajo la atenta mirada de las tropas británicas y portuguesas los españoles mostraran cierta presteza.

Las dos brigadas se acercaron a la orilla del lago, dejando los cañones en el camino, pero la llegada de los soldados de sir Thomas no tuvo ningún efecto entre los españoles. Sus soldados se empeñaron en quitarse las botas y los calcetines antes de pisar con cuidado la vía inundada. La mayoría de los oficiales de Lapeña no tenían caballos, pues se habían embarcado pocas monturas en los faluchos, y los que iban a pie exigían que sus hombres los llevaran a cuestas. Avanzaron todos con una lentitud exasperante, como si temieran que el suelo fuera a ceder bajo sus pies y las aguas fueran a engullirlos.

—¡Por el amor de Dios! —refunfuñó sir Thomas mientras observaba a un grupo de oficiales españoles a caballo que, estando ya a medio camino, tanteaban la calzada oculta con unos palos largos, nerviosos. Se volvió hacia su sobrino— John, salude de mi parte al comandante Duncan. Dígale que quiero que traiga los cañones ahora mismo y que quiero que a media tarde estén todos al otro lado de este maldito lago.

El comandante Hope cabalgó para ir a buscar los cañones. Lord William Russell desmontó, sacó un catalejo de la alforja y lo apoyó en la grupa de su caballo para escudriñar el paisaje septentrional. Era un terreno llano cuyo horizonte estaba bordeado de colinas desnudas en las que los pueblos reflejaban el sol invernal. La llanura se hallaba salpicada por una extraña vegetación de hoja perenne que asemejaba el dibujo que haría un niño de un árbol. Eran árboles espigados con un tronco negro y desnudo y un bullón de follaje oscuro que se extendía en lo alto.

—Me gustan esos árboles —comentó sin dejar de mirar por el catalejo.

—*Sciadopitys verticillata* —dijo sir Thomas en tono despreocupado, y entonces vio que lord William lo miraba con sobrecogimiento y asombro—. Mi querida Mary quedó prendada de ellos durante nuestros viajes —explicó sir Thomas—, e intentamos plantar unos cuantos en Balgowan, pero no prendieron. Se diría que los pinos tendrían que crecer bien en Perthshire, ¿verdad? Pues estos no. Se secaron durante el primer invierno. —Parecía relajado, pero lord William se fijó en que el general tamborileaba los dedos con impaciencia en el pomo de la silla. Lord William

volvió a mirar por el catalejo, desplazó la lente más allá de un pequeño pueblo medio oculto por la tracería de un olivar y entonces la detuvo. Se quedó mirando.

—Nos están observando, sir Thomas —dijo.

—Sí, ya me lo imagino. El mariscal Victor no es idiota. Son dragones, ¿verdad?

—Un escuadrón. —Lord William hizo girar el largo tubo para enfocar mejor la lente—. No son muchos. Quizá una veintena —veía los uniformes verdes de los jinetes contra las paredes blancas de las casas—. Sí, señor, son dragones, y están en un pueblo situado entre dos montañas bajas. A unos cinco kilómetros de distancia. —Se vio un destello de luz en un tejado y lord William supuso que un francés los estaba mirando con otro catalejo—. Parece ser que nos observan.

—Observan e informan —dijo sir Thomas con abatimiento—. Tendrán órdenes de no molestarnos, Willie, sólo de mantenernos vigilados de cerca, y apuesto el ducado de tu padre contra una de las cabañas de mi guardabosque a que el mariscal Victor ya ha iniciado la marcha.

Lord William escudriñó las colinas a ambos lados del pueblo, pero no se veía a ningún enemigo en las bajas cimas.

—¿Deberíamos decírselo a Doña Manolito? —preguntó.

Por una vez, sir Thomas no puso objeciones al mote burlón.

—Dejémosle en paz —repuso en voz baja al tiempo que miraba al general español—. Si sabe que lo acechan hombres de verde lo más probable es que se dé la vuelta y eche a correr. No se lo cuente a nadie, Willie.

—Soy la discreción personificada, señor —dijo lord William, que plegó el catalejo y volvió a meterlo en la alforja—. Sin embargo, si Victor ha iniciado la marcha, señor... —añadió pensando en las consecuencias de ello, pero dejó la pregunta sin terminar.

—¡Nos bloqueará el paso! —exclamó sir Thomas, que por fin parecía contento—, y eso significa que tendremos que combatir. Y necesitamos combatir. Si echamos a correr esos estúpidos abogados de Cádiz dirán que no se puede vencer a los franceses. Harán un llamamiento a la paz y después nos echarán de Cádiz e invitarán a entrar a los franceses. Tenemos que combatir, Willie, y tenemos que demostrarles a los españoles que podemos ganar. Mire esas tropas —señaló hacia el lugar en el que esperaban los soldados de casaca roja y los de guerrera verde—. Son los mejores soldados del mundo, Willie, ¡los mejores del mundo! Así pues, provoquemos una batalla, ¿eh? ¡Hagamos lo que hemos venido a hacer!

La infantería española que esperaba para cruzar por el paso elevado tuvo que apartarse del camino a toda prisa para dejar pasar a las dos baterías de cañones británicos. Las piezas se acercaron con un ruidoso tintineo de las cadenas de los tirantes y el golpeteo de los cascos de los caballos. El general Lapeña, al ver que sus hombres se dispersaban, espoleó su montura para acercarse a sir Thomas y, con

indignación, exigió saber por qué los diez cañones, con sus armones y cureñas, habían roto el orden de marcha.

—Los necesita en la otra orilla —le dijo sir Thomas en tono alentador— por si los franceses vienen mientras sus valientes soldados están cruzando —indicó por señas que hicieran avanzar el primer cañón por el paso elevado—. ¡Con brío! —exclamó dirigiéndose al oficial al mando del cañón—. ¡Obligüe a esos jodidos a darse prisa!

—Sí, señor —respondió el teniente con una sonrisa.

Mandaron a una compañía de fusileros para que escoltaran los cañones. Dichos soldados se despojaron de las cartucheras y caminaron por el agua hasta el paso elevado, donde se alinearon en los bordes con la intención de calmar con su presencia a los tiros de caballos. La primera batería, con el capitán Shenley al mando, cruzó a buen ritmo. El agua llegaba por encima de los ejes de las piezas, pero cuatro cañones de nueve libras y un obús de cinco pulgadas y media, cada una de las armas tirada por ocho caballos, cruzaron sin ningún percance. Los armones tuvieron que vaciarse para que el agua no estropeará las cargas de pólvora que transportaban. Las cargas se colocaron en uno de los carros de la batería que era lo bastante alto para mantenerlas secas y que transportaba además otros cien proyectiles de repuesto.

—¡Ahora la segunda batería! —ordenó sir Thomas. En esta ocasión se mostraba de buen humor porque la batería de Shenley, con las cadenas tintineando y las ruedas levantando crestas de rocío, había acosado a los españoles rezagados hasta la otra orilla. De pronto había una sensación de urgencia.

Entonces, el primer cañón de la segunda batería patinó y se salió del paso elevado. Sir Thomas no vio lo ocurrido. Después se enteró de que uno de los caballos había tropezado, el tiro giró a la izquierda, los conductores habían tirado de ellos y la pieza, balanceándose detrás de su armón, se había deslizado fuera del camino, había dado un tumbo por encima del margen y había caído al agua, arrojando a los artilleros del armón y haciendo que los caballos se detuvieran de repente en medio del encharcamiento.

El general Lapeña volvió la cabeza muy lentamente para dirigirle una mirada acusadora a sir Thomas.

Los artilleros fustigaron a los caballos, los caballos tiraron y el cañón no se movía.

Y al otro lado de la llanura, más allá de la gran extensión de terreno pantanoso, un destello de la luz del sol se reflejaba en algo metálico.

Dragones.

* * * *

Todo terminó aquella noche, todo excepto la lucha que determinaría si Cádiz

sobrevivía o caía. Sin embargo, la parte traicionera acabó cuando lord Pumphrey fue a la casa que Sharpe había alquilado en San Fernando. Llegó después de anochecer, con la misma bolsa que había llevado a la cripta de la catedral, y a Sharpe le pareció que su señoría estaba más nervioso si cabe que cuando había bajado la escalera para ir al encuentro del padre Montseny que aguardaba en la oscuridad. Pumphrey entró poco a poco en la habitación y abrió un poco más los ojos cuando vio a Sharpe sentado junto a la chimenea.

—Pensé que tal vez estuviera aquí —dijo. Le dirigió una sonrisa forzada a Caterina y luego paseó la mirada por la habitación. Era pequeña y estaba escasamente amueblada con una mesa oscura y unas sillas de respaldo alto. Las paredes encaladas mostraban retratos de obispos y un viejo crucifijo. La luz provenía de una fogata pequeña y de un farol parpadeante colgado bajo una de las vigas negras que cruzaban el techo—. No son éstas las comodidades que le gustan, Caterina —comentó Pumphrey con indiferencia.

—Comparado con el hogar en que me crié esto es un paraíso.

—Es eso, por supuesto —dijo lord Pumphrey—. Se me olvida que creció en una plaza fuerte. —Le dirigió una mirada preocupada a Sharpe—. Me ha dicho que sabe castrar cerdos, Sharpe.

—Debería ver lo que sabe hacerles a los hombres —repuso Sharpe.

—No obstante, estaría mucho más cómoda si volviera a la ciudad —le dijo Pumphrey a Caterina sin hacer caso de las agrias palabras de Sharpe—. No tiene nada que temer del padre Montseny.

—¿Ah no?

—Resultó herido cuando cayeron los andamios de la catedral. He oído que no volverá a caminar, nunca —Pumphrey volvió a mirar a Sharpe esperando una reacción. No obtuvo ninguna, por lo que le sonrió a Caterina, puso la bolsa encima de la mesa, se sacó un pañuelo de la manga, le quitó el polvo a una silla y se sentó—. De manera que los motivos por los que abandonó la ciudad, querida, ya no existen. Cádiz es un lugar seguro.

—¿Y qué pasa con mis motivos para quedarme aquí? —preguntó Caterina.

Pumphrey posó brevemente la mirada en Sharpe.

—Esos motivos son asunto suyo, querida, pero vuelva a Cádiz.

—¿Acaso es el alcahuete de Henry? —preguntó Sharpe con desdén.

—En cierto modo —repuso Pumphrey con aire de falsa dignidad—, su excelencia se siente aliviado de que la señorita Blázquez se haya marchado. Creo que tiene la sensación de que un capítulo desafortunado de su vida ha llegado a su fin. Puede ser olvidado. No, simplemente deseo que Caterina vuelva para así poder disfrutar de su compañía. Somos amigos, ¿no es verdad? —apeló a Caterina.

—Somos amigos, Pumps —dijo ella afectuosamente.

—Pues como amigo tengo que decirle que las cartas ya no tienen ningún valor — le sonrió—. Dejaron de tener valor en el momento en el que Montseny quedó tullido. Me enteré de las desafortunadas consecuencias esta misma mañana. Nadie más intentará publicarlas, se lo aseguro.

—¿Entonces por qué ha traído el dinero, milord? —preguntó Sharpe.

—Porque lo había retirado antes de enterarme de la triste noticia sobre el padre Montseny, y porque está más seguro conmigo que si lo dejo en mi casa, y porque su excelencia está dispuesto a pagar una suma más pequeña a cambio de las cartas.

—Una suma más pequeña —repitió Sharpe en tono apagado.

—Porque tiene buen corazón —añadió lord Pumphrey.

—¿Cómo de pequeña? —preguntó Sharpe.

—Cien guineas —propuso Pumphrey—. La verdad es que resulta muy generoso por parte de su excelencia.

Sharpe se puso de pie y lord Pumphrey hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo de su gabán. Sharpe se rió.

—¡Ha traído una pistola! ¿De veras cree que puede enfrentarse a mí? —La mano de lord Pumphrey quedó inmóvil y Sharpe se puso detrás de él—. Su excelencia no sabe un carajo sobre estas cartas, milord. Usted no se lo contó. Usted quiere quedárselas.

—No sea absurdo, Sharpe.

—Porque podrían resultar valiosas, ¿no? Como una pequeña palanca que sostener sobre la familia Wellesley para siempre, ¿verdad? ¿Qué hace el hermano mayor de Henry?

—El conde de Mornington —contestó Pumphrey con frialdad— es secretario de asuntos exteriores.

—En efecto —dijo Sharpe—, y es un hombre útil para tenerlo en deuda con usted. ¿Por eso quiere las cartas, milord? ¿O acaso tiene previsto vendérselas a su excelencia?

—Posee usted demasiada imaginación, capitán Sharpe.

—No. Tengo a Caterina, y Caterina tiene las cartas, y usted tiene dinero. A usted le resulta fácil conseguir dinero, milord. ¿Cómo lo dijo? Subvenciones para los guerrilleros y sobornos para los diputados, ¿no? Pero ahora el oro es para Caterina, quien representa una causa mucho más importante que la de llenarles los bolsillos a una panda de jodidos abogados. Y hay otra cosa, milord.

—¿Sí? —preguntó lord Pumphrey.

Sharpe le puso una mano en el hombro a Pumphrey, con lo que su señoría se estremeció. Sharpe se inclinó para susurrarle al oído de su señoría con voz ronca:

—Si no le paga, le haré lo que usted ordenó que le hicieran a Astrid.

—¡Sharpe!

—Degollar cuesta más que castrar cerdos pero te ensucias casi lo mismo —dijo Sharpe, y desenfundó la espada unos centímetros dejando que la hoja raspara contra la boquilla de la vaina. Notó un estremecimiento en el hombro de lord Pumphrey—. Tendría que hacérselo a usted, milord, por Astrid, pero Caterina no quiere. Bueno, ¿le entrega el dinero?

Pumphrey se quedó inmóvil.

—No va a cortarme el cuello —dijo con una calma sorprendente.

—¿Ah no?

—La gente sabe que estoy aquí, Sharpe. Tuve que preguntar a dos policías militares dónde se alojaba. ¿Cree que van a olvidarme?

—Soy arriesgado, milord.

—Motivo por el cual es usted valioso, Sharpe, aunque no idiota. Si mata a uno de los diplomáticos de su majestad morirá usted. Además, tal como ha dicho, Caterina no dejará que me mate.

Caterina no dijo nada. Se limitó en cambio a menear levemente la cabeza, aunque Sharpe no sabía si era para negar la confiada aseveración de lord Pumphrey o una señal de que no quería que lo matara.

—Caterina quiere dinero —dijo Sharpe.

—Un motivo que comprendo perfectamente —repuso Pumphrey, y empujó la bolsa hacia el centro de la mesa—. ¿Tiene las cartas?

Caterina le dio las seis cartas a Sharpe, éste se las mostró a su señoría y las acercó al fuego.

—¡No! —exclamó Pumphrey.

—Sí —replicó Sharpe, que las arrojó al fuego hecho con restos de maderas que el mar depositaba en la playa. Las cartas llamearon con repentina brillantez, inundando la habitación de un oscilante resplandor que iluminó el pálido rostro de lord Pumphrey—. ¿Por qué mató a Astrid? —le preguntó Sharpe.

—Para proteger los secretos de Gran Bretaña —respondió Pumphrey con dureza—, ése es mi trabajo. —Se puso de pie bruscamente y su frágil figura asumió un súbito aire de autoridad—. Usted y yo somos iguales, capitán Sharpe, sabemos que en la guerra, como en la vida, sólo hay una regla. Ganar. Lamento lo de Astrid.

—No, no es verdad —dijo Sharpe.

Pumphrey hizo una pausa.

—Tiene razón, no es verdad —sonrió de repente—. Juega usted muy bien, capitán Sharpe, lo felicito. —Le lanzó un beso a Caterina y se marchó sin decir nada más.

—Me gusta Pumps —comentó Caterina cuando su señoría se hubo marchado—, y me alegro de que no lo mataras.

—Debería haberlo hecho.

—No —dijo ella con rotundidad—. Él es como tú, un granuja, y los granujas deben ser leales entre sí. —Estaba haciendo montones con las guineas, jugando con las monedas, y la luz de la lámpara que colgaba de la viga se reflejaba en el oro y proyectaba un brillo amarillento en su piel.

—¿Ahora volverás a Cádiz? —le preguntó Sharpe.

Ella asintió con la cabeza.

—Probablemente —respondió, e hizo girar una moneda.

—¿Buscarás un hombre?

—Un hombre rico —dijo ella, mirando la moneda que daba vueltas—. ¿Qué puedo hacer si no? Pero antes de encontrarle me gustaría ver una batalla.

—¡No! —exclamó Sharpe—. No es lugar para una mujer.

—Es posible —se encogió de hombros y sonrió—. Bueno, ¿cuánto quieres, Richard?

—Lo que tú quieras darme.

Empujó un generoso montón por encima de la mesa.

—Eres un estúpido, capitán Sharpe.

—Es probable. Sí.

En algún lugar del sur marchaban dos ejércitos. Sharpe consideraba que existía una posibilidad de poder reunirse con ellos, y el oro no le serviría de nada allí, pero el recuerdo de una mujer siempre era reconfortante.

—Llevemos el dinero arriba —sugirió él.

Y así lo hicieron.

* * * *

Uno de los edecanes del general Lapeña había visto a los dragones. Los observaba mientras ellos salían en fila del distante olivar y se dirigían hacia las tropas que aguardaban en el extremo más alejado del paso elevado. El general Lapeña pidió prestado un catalejo e hizo que un ayudante de campo situara su caballo junto a él para poder apoyar el catalejo en el hombro del edecán.

—Dragones —dijo torvamente.

—No son muy numerosos —terció sir Thomas con brusquedad—, y están muy lejos. ¡Dios mío! ¿Es que no pueden mover ese cañón?

No podían. El cañón, un nueve libras con un tubo de casi dos metros de largo, estaba muy atascado. La mayor parte de la pieza se hallaba bajo el agua y sólo eran visibles la punta de la rueda izquierda y la parte superior de la recámara. Uno de los caballos se sacudía, en tanto que un artillero intentaba mantenerle la cabeza por encima del agua. Los fusileros apostados al borde del paso elevado sujetaban a los demás caballos, pero las bestias estaban cada vez más inquietas y el caballo asustado

amenazaba con empujar aún más tanto el cañón como el armón por el terraplén inundado.

—¡Suelte el armón, hombre! —bramó sir Thomas, y cuando su orden no tuvo un efecto inmediato, espoleó su montura para acercarse al paso elevado—. ¡Quiero a una docena más de hombres! —gritó dirigiéndose a la infantería más cercana.

Un pelotón de soldados de infantería portugueses siguieron a sir Thomas, que frenó su montura junto al cañón volcado.

—¿Qué problema hay? —preguntó en tono brusco.

—Aquí abajo parece que hay una alcantarilla, señor —respondió un teniente. El hombre estaba aferrado a la rueda hundida y saltaba a la vista que temía que la pesada arma se le cayera encima—. La rueda ha quedado atrapada en la alcantarilla, señor —añadió el teniente. Un sargento y tres artilleros empujaban el cañón, intentando levantar el ojo del timón por el cual se sujetaba al armón y cada empujón hundía un poco más la pieza, pero al final consiguieron levantar el timón y liberar la clavija, de manera que el armón salió disparado hacia el camino con un chapoteo de cascos. El cañón quedó atrás pero se sacudió de manera peligrosa, y el teniente abrió desmesuradamente los ojos de miedo antes de que el arma se asentara, aunque ahora la recámara estaba sumergida por completo.

Sir Thomas se desabrochó el talabarte y se lo arrojó, junto con la vaina y la escarcela, a lord William, que había seguido a su superior con diligencia hasta el paso elevado. Sir Thomas también entregó el sombrero bicornio a su edecán y el suave viento agitó su cabello cano. Entonces se deslizó de la silla y se sumergió hasta el pecho en el agua.

—No está ni mucho menos tan fría como la del río Tay —dijo—. Vamos, muchachos.

El agua le llegaba entonces a las axilas a sir Thomas. Apoyó el hombro en la rueda en tanto que unos sonrientes fusileros y soldados rasos portugueses se unían a él. Lord William se preguntó por qué sir Thomas había permitido que soltaran la pieza de su tiro de caballos, y entonces comprendió que el general no quería que el arma, al liberarse, diera un salto adelante y aplastara a alguien bajo la rueda. Esta tarea había que realizarla sin prisa pero sin pausa.

—¡Apoyen la espalda! —gritó el general a los soldados que había en torno a él—. ¡Empujen! ¡Vamos, ahora!

El cañón se movió. La recámara volvió a aparecer y luego salió del agua la parte superior de la rueda derecha. Un fusilero resbaló, se deslizó debajo, sacudió los brazos para volver a salir y empujó el rayo de una rueda. Los artilleros habían atado una correa al timón y tiraban desde el camino como si jugaran al tira y afloja.

—¡Ya sale! —gritó sir Thomas triunfalmente, y el cañón subió dando sacudidas hasta el borde y avanzó hasta el paso elevado—. ¡Engánchenlo! —ordenó sir Thomas

—. ¡Y en marcha! —Se limpió las manos en la casaca empapada mientras volvía a ensamblarse el ojo del timón. Se oyó el restallido de un látigo y el cañón volvió a ponerse en camino. Un sargento portugués, al ver que el general tenía problemas para montar en su caballo debido a la ropa mojada, se apresuró a ayudarlo y empujó a sir Thomas hacia arriba—. Muchas gracias, se lo agradezco mucho —dijo sir Thomas, que recompensó al hombre con una moneda antes de acomodarse en la silla—. Así se hacen las cosas, Willie.

—Va a coger una pulmonía, señor —dijo lord William con genuina preocupación.

—Sí, bueno, si la cojo, el comandante Hope ya sabe lo que hay que hacer con mi cadáver —dijo sir Thomas. Estaba empapado pero sonreía ampliamente—. ¡El agua estaba fría, Willie! ¡Condenadamente fría! Asegúrese de que esos soldados de infantería se cambien de ropa. —De pronto se echó a reír—. Cuando era un muchacho, Willie, perseguimos a un zorro hasta el Tay. Yo era sólo un niño y los perros no hacían nada más que ladrarle al animal, de modo que metí el caballo en el río y lo atrapé con mis propias manos. ¡Pensé que era un héroe! Mi tío me dio una azotaina por eso. Nunca hagas el trabajo de los perros, me dijo, pero a veces tienes que hacerlo, a veces simplemente tienes que hacerlo.

Los dragones habían virado hacia el norte y en ningún momento se acercaron a menos de kilómetro y medio de las tropas que cruzaban el paso elevado, y cuando la caballería ligera de la Legión Alemana del Rey trotó hacia ellos, los dragones se alejaron al galope. Cruzó el resto de la infantería española, que todavía avanzaba con una lentitud exasperante, por lo que atardecía cuando las dos brigadas de sir Thomas llegaron al otro lado y ya había oscurecido del todo cuando el ejército reanudó la marcha. El camino ascendía a un ritmo continuo y poco dramático hacia las luces de Vejer, que parpadeaban y centelleaban en lo alto de la colina bajo las estrellas. El ejército marchó hacia el norte de la ciudad, siguiendo un camino que lo llevó a un campamento levantado a medianoche en un olivar donde sir Thomas se despojó por fin de la ropa mojada y se agachó junto a una hoguera para entrar en calor.

Al día siguiente salieron unas partidas de forrajeadores que regresaron con una manada de bueyes flacuchos y un rebaño de ovejas preñadas y cabras rebeldes. Sir Thomas estaba inquieto, ansioso por ponerse en marcha y, a falta de otra actividad, cabalgó con un escuadrón de la caballería alemana para descubrir que las colinas del norte y el este se encontraban pobladas de jinetes enemigos. Un escuadrón de la caballería española avanzó a medio galope siguiendo la orilla de un río para reunirse con los hombres de sir Thomas. Su comandante era un capitán que vestía pantalones de peto y chaleco amarillos y una casaca azul con vueltas rojas. Se llevó la mano al sombrero para saludar a sir Thomas.

—Nos están observando —dijo en francés, dando por sentado que sir Thomas no sabía español.

—Es su trabajo —contestó sir Thomas en español. Se había preocupado de aprender el idioma la primera vez que lo destinaron a Cádiz.

—Capitán Sarasa —se presentó el español, y luego sacó un cigarro de su alforja. Uno de sus soldados prendió una llama en la caja de yesca y Sarasa se inclinó sobre ella hasta que el cigarro tiró adecuadamente—. Tengo órdenes de no entablar combate con el enemigo —dijo.

Sir Thomas percibió el tono huraño y comprendió que Sarasa se sentía frustrado. Él quería llevar a sus hombres hasta las cimas de las bajas montañas para que midieran sus fuerzas contra los centinelas franceses.

—¿Tiene órdenes? —inquirió sir Thomas en tono apagado.

—Órdenes del general Lapeña. Hemos venido a proteger a las partidas de forrajeadores, nada más.

—¿Usted preferiría luchar?

—¿Acaso no estamos aquí para eso? —preguntó Sarasa con malhumor.

A sir Thomas le caía bien Sarasa. Era joven, probablemente no había cumplido aún los treinta, y poseía una agresividad que animó a sir Thomas, que creía que los españoles combatirían como diablos si se les daba la oportunidad y, quizás, un buen líder. Hacía tres años, en Bailén, una fuerza española había derrotado a todo un cuerpo francés y lo había obligado a rendirse. Incluso habían capturado un águila, de manera que eran capaces de combatir muy bien, y si el capitán Sarasa era un ejemplo, ellos querían combatir, pero por una vez sir Thomas se encontró con que estaba de acuerdo con Lapeña.

—¿Qué hay al otro lado de la colina, capitán? —le preguntó.

Sarasa dirigió la mirada hacia la cima más cercana en la que se veía a dos *vedettes*. Un *vedette* era un puesto de centinelas de caballería apostado para observar al enemigo. Había doce soldados en los dos *vedettes* mientras que sir Thomas, reforzado ahora por los espadachines de Sarasa, tenía más de sesenta.

—No lo sabemos, sir Thomas —admitió.

—Probablemente no haya nada al otro lado —dijo sir Thomas— y podríamos perseguir a esos tipos y echarlos, y si lo hiciéramos, los veríamos en una colina más lejana y pensaríamos que no se pierde nada en echarlos de allí también, y así seguiríamos hasta que nos habríamos alejado ochenta kilómetros al norte y las partidas de forrajeadores estarían muertas.

Sarasa chupó su cigarro.

—Me ofenden —dijo con vehemencia.

—A mí me asquean —afirmó sir Thomas—, pero los combatimos allí donde escogemos o donde debemos, no siempre cuando queremos.

Sarasa le brindó una breve sonrisa, como para decirle que había aprendido la lección. Dio unos golpecitos en el cigarro para que cayera la ceniza.

—El resto de mi regimiento, sir Thomas —le dijo—, tiene órdenes de reconocer el camino a Conil —hablaba cansinamente.

—¿Conil? —preguntó sir Thomas, y Sarasa asintió. El español seguía mirando a los lejanos dragones, pero era muy consciente de que sir Thomas sacaba un mapa plegado de la alforja. Era un mapa malo, pero mostraba Gibraltar y Cádiz, y entre ellos señalaba Medina Sidonia y Vejer, la ciudad que se hallaba justo al sur. Sir Thomas deslizó el dedo hacia el oeste desde Vejer hasta llegar al océano Atlántico—. ¿Conil? —preguntó de nuevo dando unos golpecitos en el mapa.

—Conil de la Frontera. —Sarasa confirmó la ubicación dando el nombre completo a la ciudad—. Conil junto al mar —añadió con voz más enojada.

Junto al mar. Sir Thomas miró el mapa. Conil se hallaba en la costa, en efecto. A unos dieciséis kilómetros al norte había un pueblo llamado Barrosa y desde allí un camino llevaba en dirección este a Chiclana, que era la base de las líneas de asedio francesas, pero sir Thomas ya sabía que el general Lapeña no tenía intención de utilizar dicha ruta porque, a poco más de tres kilómetros al norte de Barrosa, se encontraba el río Sancti Petri donde, por lo visto, la guarnición española se dedicaba a construir un puente de pontones. Cruzando dicho puente el ejército regresaría a la Isla de León y con otras dos horas de marcha los hombres de Lapeña volverían a estar en Cádiz, a salvo de los franceses.

—No —dijo sir Thomas con enojo, y su caballo se movió, nervioso.

El camino que salía de Vejer hacia el norte era el que había que tomar. Atravesar el cordón de centinelas franceses y marchar con rapidez. Victor iba a defender Chiclana, por supuesto; sin embargo, bordeando la ciudad por el este, el ejército aliado podría lograr que el mariscal francés saliera de la posición que tenía preparada para obligarlo a combatir en el terreno que ellos eligieran. ¿En cambio el general español estaba pensando en dar un paseo por mar? ¿Pensando en replegarse a Cádiz? Sir Thomas no se lo podía creer, pero sabía que un ataque sobre Chiclana desde Barrosa era insostenible. Supondría avanzar por malos caminos rurales para enfrentarse a un ejército en posiciones preparadas y Lapeña nunca contemplaría semejante riesgo. Doña Manolito sólo quería irse a casa, pero para irse a casa haría marchar a su ejército por una vía costera y lo único que tendrían que hacer los franceses era avanzar por dicho camino para atrapar a los aliados contra el mar.

—¡No! —repitió sir Thomas, e hizo dar la vuelta a su caballo para dirigirse al campamento situado a lo lejos. Espoleó a su montura para alejarse pero entonces la frenó bruscamente y se volvió a mirar a Sarasa—. No tiene que entablar combate..., son sus órdenes, ¿verdad?

—Sí, sir Thomas.

—Pero si esos cabrones lo amenazan, entonces su obligación es la de defenderse, ¿no es así?

—Así es, sir Thomas.

—¡No cabe duda de que sí! Y estoy seguro de que usted cumplirá con su obligación, capitán, ¡pero no los persiga! ¡No abandone a los forrajeadores! No vaya más allá de la línea del horizonte, ¿me oye? —Sir Thomas siguió adelante y pensó que sólo con que uno de los centinelas franceses levantara la mano, Sarasa atacaría. Así al menos moriría algún enemigo, aunque por lo visto Doña Manolito quería que el resto viviera para siempre—. Maldito sea —refunfuñó sir Thomas para sus adentros—, maldito, maldito sea. —Y cabalgó para salvar la campaña.

* * * *

—Anoche vi a su amiga —le dijo el capitán Galiana a Sharpe.

—¿Mi amiga?

—Bailando en casa de los Bachica.

—¡Ah! ¿Caterina? —dijo Sharpe. Caterina había regresado a Cádiz en un coche alquilado con una bolsa llena de dinero.

—No me dijo que era viuda —le comentó Galiana en tono reprobatorio—. ¡La llamó señorita!

Sharpe se quedó mirando a Galiana con la boca abierta.

—¡Viuda!

—Iba vestida de negro, con un velo —dijo Galiana—. Lo cierto es que no bailó, por supuesto, pero estuvo mirando el baile. —Sharpe y él se encontraban en un guijarral en el extremo de la bahía. El viento del norte traía el hedor de los buques prisión anclados a cierta distancia frente a las salinas. Dos botes de vigilancia remaban lentamente junto a los buques.

—¿Y dice que no bailó? —preguntó Sharpe.

—Es viuda. ¿Cómo iba a bailar? Es demasiado pronto. Me dijo que su esposo sólo llevaba tres meses muerto. —Galiana hizo una pausa, al parecer recordando a Caterina cabalgando por la playa, donde su vestimenta y conducta no habían sido ni mucho menos propias de alguien afligido por la muerte de un ser querido. Decidió no comentar nada al respecto—. Fue de lo más cortés conmigo —dijo en cambio—. Me gusta.

—Es muy agradable —comentó Sharpe.

—También estaba allí su general de brigada —dijo Galiana.

—¿Moon? No es mi general de brigada —repuso Sharpe—, y supongo que él tampoco estaba bailando.

—Llevaba muletas —dijo Galiana— y me dio órdenes.

—¡A usted! ¡No puede darle órdenes! —Sharpe arrojó una piedra al agua haciéndola girar, con la esperanza de que diera saltitos por encima de las olas, pero se

hundió al instante—. Espero que le dijera que se fuera al infierno y se quedara allí.

—Estas órdenes —añadió Galiana al tiempo que extraía un pedazo de papel del bolsillo de su uniforme y se lo entregaba a Sharpe, a quien sorprendentemente iban dirigidas dichas órdenes.

El papel era una invitación al baile en la que había, garabateadas de cualquier manera, unas palabras escritas a lápiz. El capitán Sharpe y los soldados que tenía bajo su mando debían apostarse en el Río Sancti Petri hasta nueva orden o hasta que las fuerzas que en aquel momento comandaba el teniente general Graham hubieran regresado a la Isla de León sin ningún percance. Sharpe leyó los garabatos de la nota una segunda vez.

—No estoy seguro de que el general de brigada Moon pueda darme órdenes —dijo.

—Sin embargo, lo ha hecho —repuso el capitán Galiana—, y yo iré con usted, por supuesto.

Sharpe le devolvió la invitación al baile. No dijo nada, se limitó a lanzar otra piedra a la superficie del agua y, en esta ocasión, logró que rebotara una vez antes de desaparecer. A eso se le llamaba rasar. Un buen artillero sabía cómo hacer que una bala de cañón fuera dando saltitos para aumentar su alcance efectivo. Las balas rasaban el suelo, levantaban polvo y te daban de lleno, con fuerza, sangrientas.

—Es una precaución —explicó Galiana mientras doblaba la tarjeta.

—¿Contra qué?

Galiana seleccionó una piedra, la arrojó con rapidez a poca altura y observó cómo saltaba una docena de veces.

—El general Zayas se encuentra en el puente del Sancti Petri —respondió—, con cuatro batallones. Tiene órdenes de impedir que nadie de la ciudad cruce el río.

—Ya me lo explicó —dijo Sharpe—, pero ¿por qué iban a impedirle el paso a usted?

—Porque en la ciudad hay gente que son *afrancesados* —le aclaró Galiana—. ¿Sabe qué significa?

—Que están con el bando francés.

Galiana asintió con la cabeza.

—Y algunos de ellos, lamentablemente, son oficiales de la guarnición. El general Zayas tiene órdenes de evitar que dichas personas ofrezcan sus servicios al enemigo.

—Pues que deje marchar a esos cabrones —dijo Sharpe—, tendrán menos bocas que alimentar.

—Sin embargo, no detendrá a las tropas británicas.

—Eso también me lo explicó, y yo le dije que lo ayudaría. Así pues, ¿por qué demonios necesita recibir órdenes de ese condenado de Moon?

—En mi ejército, capitán —contestó Galiana—, uno no puede creerse con

derecho a hacer lo que le venga en gana. Requiere órdenes. Ahora usted tiene órdenes, de modo que puede llevarme al otro lado del río y así encontraré a nuestro ejército.

—¿Y usted qué? —le preguntó Sharpe—. ¿Usted tiene órdenes?

—¿Yo? —Galiana pareció sorprendido por la pregunta y entonces hizo una pausa porque uno de los grandes morteros franceses había disparado desde los fuertes del Trocadero. El sonido les llegó monótono y amortiguado desde el otro lado de la bahía y Sharpe aguardó a ver dónde caía la granada, pero no oyó ninguna explosión. El proyectil debía de haber caído en el mar—. Yo no tengo órdenes —admitió Galiana.

—Entonces, ¿por qué va?

—Porque hay que aplastar a los franceses —respondió Galiana con súbita vehemencia—. ¡España debe liberarse! ¡Debemos luchar! Pero yo soy como su general de brigada; al igual que la viuda, yo no puedo unirme al baile. El general Lapeña odiaba a mi padre y a mí me detesta y no quiere que me distinga, por esa razón me deja atrás. Pero yo no voy a quedarme atrás. Voy a luchar por España —la grandilocuencia de sus últimas palabras tenía un deje apasionado.

Sharpe miró la nube de humo que había dejado el disparo del mortero y que se dispersaba empujada por el viento. Trató de imaginarse a sí mismo diciendo que lucharía por Gran Bretaña con esa misma intensidad del sentimiento y no pudo. Él luchaba porque no servía para otra cosa, porque se le daba bien y porque tenía un deber para con sus hombres. Entonces pensó en aquellos fusileros. No se alegrarían de que les mandaran lejos de las tabernas de San Fernando, y era lógico, pero acatarían las órdenes.

—Yo... —empezó a decir.

—¿Qué?

—Nada —contestó Sharpe. Había estado a punto de decir que no podía ordenarles a sus fusileros que tomaran parte en una batalla que no era asunto suyo. Sharpe combatiría si veía a Vandal, pero ésa era una cuestión personal; sin embargo, a sus fusileros ni les iba ni les venía, su batallón se encontraba a kilómetros de distancia y todo era demasiado complicado para explicárselo a Galiana. Además, no era probable que Sharpe viajara con Galiana para reunirse con el ejército. Podría llevar al español al otro lado del río pero, a menos que el ejército aliado se encontrara a la vista, Sharpe tendría que traer de vuelta a sus hombres. El español podía cabalgar campo traviesa para ir al encuentro de Lapeña, pero Sharpe y sus soldados no disponían del lujo de un caballo.

—¿Le contó todo esto a Moon? ¿Lo de que quería luchar?

—Le dije que quería incorporarme al ejército del general Lapeña y que si iba con tropas británicas Zayas no me impediría el paso.

—¿Y él escribió las órdenes sin más?

—Era renuente a hacerlo —admitió Galiana—, pero quería algo de mí, de manera que accedió a mi petición.

—Quería algo de usted —dijo Sharpe, que entonces sonrió al caer en la cuenta de qué debía de ser ese algo—. Así que le presentó a la viuda.

—Exacto.

—Y es un hombre rico —dijo Sharpe—, muy rico. —Lanzó otra piedra y pensó que Caterina iba a desollar vivo al general de brigada.

* * * *

Sir Thomas Graham halló al general Lapeña excepcionalmente alegre. El comandante español había tomado una granja como cuartel general y como hacía un soleado día de invierno y la casa protegía el patio del viento del norte, Lapeña estaba comiendo en una mesa colocada fuera. Compartía la mesa con tres de sus edecanes y con el capitán francés que habían capturado de camino a Vejer. A los cinco hombres les habían servido platos de pan y alubias, queso y un jamón oscuro, y tenían una jarra de cerámica con vino tinto.

—¡Sir Thomas! —Lapeña pareció alegrarse de verlo—. ¿Quiere unirse a nosotros tal vez? —habló en francés. Sabía que sir Thomas dominaba el español, pero él prefería usar el francés. Al fin y al cabo era el idioma en el que se comunicaban los caballeros europeos.

—¡Conil! —Sir Thomas estaba tan enojado que no se molestó en mostrarse cortés. Se deslizó de la silla y le arrojó las riendas a un ordenanza—. ¿Quiere marchar hacia Conil? —le dijo en tono acusador.

—¡Ah, Conil! —Lapeña chasqueó los dedos para llamar a un criado y le indicó que quería que trajeran otra silla de la granja—. Tuve bajo mi mando a un sargento que era de Conil Solía hablar de la pesca de la sardina. ¡Qué munificencia!

—¿Por qué Conil? ¿Acaso tiene apetito de sardinas?

Lapeña miró a sir Thomas con tristeza.

—¿No conoce al capitán Brouard? Nos ha prestado juramento, por supuesto. —El capitán, que llevaba el uniforme azul francés y una espada al costado, era un hombre alto y delgado de rostro inteligente. Tenía los ojos llorosos, medio ocultos detrás de sus gafas de gruesos cristales. Se puso de pie al ser presentado y le hizo una reverencia a sir Thomas.

Sir Thomas no le hizo caso.

—¿Cuál es el propósito de marchar a Conil? —preguntó apoyando las manos sobre la mesa para inclinarse hacia Lapeña.

—¡Ah, el pollo! —Lapeña sonrió cuando una mujer trajo un pollo asado de la cocina de la granja y lo depositó en la mesa—. Garay, ¿quiere trincharlo usted?

—Permítame el honor, excelencia —se ofreció Brouard.

—El honor es todo nuestro, capitán —contestó Lapeña, que le entregó ceremoniosamente el cuchillo de trinchar y un tenedor largo al francés.

—Hemos alquilado unos barcos —gruñó sir Thomas haciendo caso omiso de la silla que habían colocado junto al lugar que Lapeña ocupaba en la mesa— y precisamente hemos esperado a que se reuniera la armada. Hemos esperado a tener el viento a favor. Hemos navegado hacia el sur. Hemos desembarcado en Tarifa porque eso nos permitía alcanzar la retaguardia de las posiciones francesas. ¿Y ahora nos dirigimos a Conil? ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué nos molestamos entonces con la flota? ¿Por qué simplemente no cruzamos el río Sancti Petri y fuimos directos a Conil? ¡Nos hubiera llevado una corta jornada y no habiéramos necesitado ni un solo barco!

Los edecanes de Lapeña miraron con resentimiento a sir Thomas. Brouard fingió no hacer caso de la conversación y se concentró en trinchar el ave, cosa que hacía con una destreza admirable. Había partido la osamenta en pedazos y ahora cortaba una loncha perfecta tras otra.

—Las cosas cambian —respondió Lapeña con vaguedad.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —quiso saber sir Thomas.

Lapeña suspiró. Hizo una señal con el dedo a uno de sus ayudantes de campo, quien al final comprendió que su superior quería ver un mapa. Apartaron los platos, extendieron el mapa sobre la mesa y sir Thomas observó que era una carta mucho mejor que la que le habían proporcionado los españoles.

—Nosotros estamos aquí —dijo Lapeña colocando una alubia justo al norte de Vejer—, el enemigo está aquí —puso otra alubia encima de Chiclana— y tenemos tres caminos por los que podemos aproximarnos al enemigo. El primero y más largo cae al este, por Medina Sidonia —otra alubia sirvió para señalar dicha ciudad—. Sin embargo, sabemos que los franceses mantienen una guarnición allí. ¿No es así, *monsieur*? —apeló a Brouard.

—Una guarnición formidable —contestó Brouard mientras separaba el muslo con la habilidad de un cirujano.

—De manera que nos encontraremos entre el ejército del mariscal Victor, aquí —Lapeña tocó la alubia que señalaba Chiclana—, y la guarnición de aquí —indicó Medina Sidonia—. Podemos evitar la guarnición, sir Thomas, tomando el segundo camino. Éste va hacia el norte desde aquí y se aproxima a Chiclana desde el sur. Es un camino complicado. No es directo. Sube por estas montañas —dio unos golpecitos con el dedo sobre un sombreado— y los franceses tendrán piquetes apostados allí. ¿No es verdad, *monsieur*?

—Muchos piquetes —respondió Brouard sacando la espoleta—. Debería informar a su chef, *mon général*, de que si retira la espoleta antes de cocinar el ave, el

trinchado resulta más fácil.

—Es bueno saberlo —repuso Lapeña, que volvió a mirar a sir Thomas—. Los piquetes informarán al mariscal Victor de nuestra llegada y estará preparado. Se enfrentará a nosotros en mejores condiciones. Sinceramente, sir Thomas, no puedo utilizar ese camino si queremos obtener la victoria por la que ambos rezamos. Por fortuna hay una tercera ruta, una que va siguiendo el mar. Aquí. —Lapeña hizo una pausa y colocó otra alubia en la costa—. Es un lugar llamado... —vaciló, pues no estaba seguro de qué lugar era el que señalaba la alubia y el mapa no le ayudó.

—Barrosa —terció un edecán.

—¡Barrosa! Se llama Barrosa. Desde allí, sir Thomas, arrancan senderos que cruzan el monte hasta Chiclana.

—Y los franceses sabrán que vamos a utilizarlos y estarán preparados —comentó sir Thomas.

—¡Cierto! —Lapeña pareció alegrarse de que sir Thomas hubiera comprendido un punto tan elemental—. Sin embargo, sir Thomas, aquí —desplazó el dedo hasta la desembocadura del Sancti Petri— se encuentra el general Zayas con todo un cuerpo de soldados. Si marchamos hacia... —volvió a interrumpirse.

—Barrosa —recordó el edecán.

—Barrosa —repitió Lapeña con energía—, entonces podremos combinarnos con el general Zayas. ¡Juntos superaremos en número a los franceses! En Chiclana tienen ¿qué?, ¿dos divisiones? —le planteó la pregunta a Brouard.

—Tres divisiones —confirmó el francés—, es lo último que he oído.

—¡Tres! —Lapeña pareció alarmado, pero agitó una mano como para desechar la noticia—. ¿Dos? ¿Tres? ¿Qué importa eso? ¡Los atacaremos por el flanco! —dijo Lapeña—. Nos acercaremos a ellos por el oeste, los destruiremos y obtendremos una gran victoria. Perdone mi entusiasmo, capitán —añadió dirigiéndose a Brouard.

—¿Se fía de él? —le preguntó sir Thomas a Lapeña, señalando al francés con un gesto de la cabeza.

—¡Es un caballero!

—También lo era Poncio Pilatos —replicó sir Thomas. Clavó uno de sus grandes dedos en la costa—. Si utiliza este camino —dijo— colocará a su ejército entre los franceses y el mar. El mariscal Victor no va a esperar en Chiclana. Va a venir a por nosotros. ¿Quiere ver cómo sus hombres se ahogan en el oleaje?

—¿Y qué sugiere usted? —le preguntó Lapeña en tono glacial.

—Marchar hasta Medina Sidonia —contestó sir Thomas— y aplastar a la guarnición —se detuvo para comerse la alubia que señalaba dicha ciudad— o dejar que se pudran tras sus muros. Atacar las líneas de asedio. Obligar a Victor a marchar hacia nosotros en vez de ser nosotros quienes marchemos hacia él.

Lapeña miró sorprendido a sir Thomas.

—Le admiro —dijo al cabo de una pausa—. De verdad. Su fervor, sir Thomas, es una inspiración para todos nosotros. —Sus edecanes asintieron solemnemente y hasta el capitán Brouard inclinó la cabeza con educación—. Pero permítame que me explique —siguió diciendo Lapeña—. El ejército francés, estará usted de acuerdo, está aquí. —Había cogido un puñado de alubias y las dispuso en forma de media luna por la bahía de Cádiz, desde Chiclana al sur, pasando por las líneas de asedio y terminando en los tres grandes fuertes de los pantanos del Trocadero—. Si atacamos desde aquí —Lapeña dio unos golpecitos en el camino que salía de Medina Sidonia— hostigaremos el centro de sus líneas. Indudablemente avanzaremos a buen ritmo, pero el enemigo convergerá en nosotros por ambos flancos. Correríamos el riesgo de quedar cercados —alzó una mano para detener la inminente protesta por parte de sir Thomas.

»Si venimos por aquí —continuó diciendo Lapeña, que en esta ocasión indicó el camino que iba hacia el sur desde Vejer— atacaremos en Chiclana, por supuesto, pero no habrá nada, sir Thomas, absolutamente nada que evite que los franceses marchen sobre nuestro flanco derecho. —Hizo un pequeño montón con las alubias para demostrar que los franceses podrían arrollar su ataque—. Sin embargo, desde el este, desde... —dudó.

—Barrosa, señor.

—Desde Barrosa —prosiguió Lapeña—, golpearemos su flanco. ¡Les daremos duro! —Estampó un puño contra la palma de la otra mano para indicar la fuerza con la que preveía realizar el ataque—. Aun así intentarán marchar contra nosotros, está claro, ¡pero entonces sus soldados tendrán que atravesar la ciudad! Cosa que les resultará difícil, y nosotros nos ocuparemos de destruir las fuerzas de Victor mientras sus refuerzos todavía estarán abriéndose paso por las calles. ¡Ya está! ¿Lo he convencido? —Sonrió, pero sir Thomas no dijo nada. No es que el escocés no tuviera nada que decir, pero se estaba esforzando para decirlo aunque sólo fuera con un deje de cortesía—. Además —añadió Lapeña—, yo estoy al mando y estoy convencido de que la victoria que ambos deseamos se conseguirá mejor marchando a lo largo de la costa. No podíamos saber todo esto cuando embarcamos la flota, pero es el deber de un comandante ser flexible, ¿no? —No aguardó una respuesta, sino que le dio unos golpecitos a la silla vacía—. Coma un poco de pollo con nosotros, sir Thomas. La Cuaresma empieza el miércoles y no habrá más pollo hasta Pascua, ¿eh? Además, el capitán Brouard ha trinchado el ave a la perfección.

—¡A la mierda el ave! —espetó sir Thomas en inglés, y se volvió hacia su caballo.

Lapeña se quedó mirando al escocés mientras éste se alejaba. Meneó la cabeza pero no dijo nada. Mientras tanto, el capitán Brouard alargó la mano, aplastó la alubia de Barrosa con el pulgar y luego embadurnó la costa con la pulpa de manera que se

veía rojiza en el mapa. Sangre en el mar.

—¡Qué torpe soy! —se lamentó Brouard—. Sólo quería quitarla de ahí.

A Lapeña no le preocupó que el mapa se hubiera ensuciado un poco.

—Es una lástima que Dios en su sabiduría decretara que los ingleses debían ser nuestros aliados. ¡Son... —hizo una pausa— tan molestos!

—Son criaturas sin pelos en la lengua —comentó el capitán Brouard, comprensivo—. Carecen de la sutileza de las razas francesa y española. Permítame su excelencia que le dé un poco de pollo. ¿Prefiere pechuga?

—¡Tiene razón! —El general Lapeña estaba encantado con la perspicacia del francés—. No tienen sutileza, capitán, ni refinamiento, ni... —se interrumpió mientras buscaba la palabra adecuada— gracia. Pechuga. Es usted muy amable. Le estoy agradecido.

Y también estaba decidido. Tomaría el camino que ofrecía la ruta más corta hasta Cádiz. Marcharía hacia Conil.

* * * *

Por la tarde hubo otra discusión. Lapeña quería marchar aquella misma noche y sir Thomas protestó diciendo que ya estaban cerca del enemigo y que si se tropezaban con él los soldados debían estar frescos, no exhaustos tras pasarse la noche andando a tientas por un terreno que no conocían.

—Pues marchemos a última hora de la tarde —cedió generosamente Lapeña— y acampemos para pasar la noche. Al amanecer, sir Thomas, estaremos descansados. Estaremos preparados.

Pero pasó la medianoche, pasó el resto de la madrugada y al alba todavía seguían marchando. La columna se había vuelto a perder. Las tropas se habían detenido, habían descansado, se habían despertado, habían marchado, habían vuelto a parar, contramarchar, habían dado la vuelta, reposado unos incómodos minutos, se habían despertado y habían vuelto sobre sus pasos. Los soldados iban cargados con mochilas, morrales, cartucheras y armas y cuando se detenían no se atrevían a desabrocharse el equipo por miedo a que los volvieran a hacer avanzar apresuradamente en cualquier momento. Nadie descansó como era debido, por lo que al alba todos se hallaban exhaustos. El caballo de sir Thomas levantó pequeñas nubes de polvo cuando éste pasó cabalgando junto a sus soldados buscando al general Lapeña. La columna había vuelto a detenerse. Los casacas rojas estaban sentados junto al sendero y miraron al general con resentimiento, como si fuera culpa suya que no les hubieran dado el necesario descanso.

El general Lapeña y sus ayudantes de campo se hallaban en un pequeño collado boscoso en el que había una docena de civiles discutiendo. El general español saludó

con la cabeza a sir Thomas desde lejos.

—No están seguros del camino a seguir —dijo Lapeña señalando a los civiles.

—¿Quiénes son?

—Nuestros guías, por supuesto.

—¿Y no saben el camino?

—Sí lo saben —dijo Lapeña—, pero conocen distintas rutas. —Lapeña sonrió y se encogió de hombros como si insinuara que esas cosas eran inevitables.

—¿Dónde está el mar? —preguntó sir Thomas. Los guías lo miraron con aire de gravedad y todos señalaron al oeste y coincidieron en que el mar estaba en esa dirección—. Lo cual tiene sentido —dijo sir Thomas en tono mordaz, e hizo un gesto con la cabeza hacia el este, donde la luz del nuevo día teñía el cielo—, porque el sol tiene la costumbre de salir por el este y el mar se encuentra al oeste, lo cual significa que nuestra ruta hacia Barrosa es por ahí —señaló hacia el norte.

Lapeña pareció ofendido.

—Por la noche, sir Thomas, no hay sol para guiarnos.

—¡Eso es lo que ocurre cuando se marcha por la noche! —gruñó sir Thomas—. Que te pierdes.

Se inició de nuevo la marcha, esta vez siguiendo unos senderos que atravesaban un ondulante brezal salpicado de pinares. El mar apareció a la vista poco después de la salida del sol. El camino llevaba al norte por encima de una larga playa de arena en la que el oleaje rompía y bullía antes de retirarse para encontrarse con la siguiente ola que reventaba. Mar adentro un barco navegaba hacia el sur y sólo sus gavias eran visibles por encima del horizonte. Sir Thomas, que cabalgaba en el flanco interior de su primera brigada, subió a una colina arenosa y vio tres atalayas que salpicaban la costa que tenían delante, reliquias de la época en que los piratas árabes navegaban desde el estrecho de Gibraltar para asesinar, robar y esclavizar.

—La más cercana, sir Thomas, es la torre de Puerco —le explicó su oficial de enlace—. Más allá está la torre de Barrosa y la más lejana es la de Bermeja.

—¿Dónde está Conil?

—Ah, bordeamos Conil durante la noche —dijo el oficial de enlace—. Ahora lo tenemos detrás.

Sir Thomas miró a sus cansadas tropas que marchaban con la cabeza gacha y en silencio. Volvió nuevamente la vista hacia el norte y más allá de la torre de Bermeja vio el largo istmo que llevaba hasta Cádiz y que era una mancha blanca y borrosa en el horizonte.

—Hemos perdido el tiempo, ¿verdad? —dijo.

—¡Oh no, sir Thomas! Estoy seguro de que el general Lapeña tiene intención de atacar.

—Está marchando de vuelta a casa y usted lo sabe —afirmó sir Thomas en tono

cansado. Se inclinó sobre el pomo de la silla y de pronto sintió todos y cada uno de sus sesenta y tres años. Sabía que Lapeña se apresuraba a volver. Doña Manolito no tenía intención de torcer hacia el este para atacar a los franceses; él sólo quería estar en Cádiz donde, sin duda, alardearía de haber marchado por Andalucía desafiando al mariscal Victor.

—¡Sir Thomas! —Lord William Russell espoleó su caballo para acercarse al general—. Allí, señor.

Lord William señalaba al nordeste. Le dio un catalejo a sir Thomas. El general extendió los tubos y, utilizando el hombro de lord William como apoyo ligeramente inestable, vio al enemigo. En esta ocasión no eran dragones sino infantería. Una concentración de infantería medio oculta por los árboles.

—Ésas son las fuerzas que ocultan Chiclana —declaró el oficial de enlace con seguridad.

—O las fuerzas que marchan para interceptarnos, ¿no? —sugirió sir Thomas.

—Sabemos que tienen tropas en Chiclana —dijo el oficial.

Sir Thomas no alcanzaba a ver si las distantes tropas estaban marchando o no. Plegó el catalejo.

—Vaya al encuentro del general Lapeña —ordenó al oficial de enlace—, salúdelo de mi parte y dígame que tenemos infantería francesa en nuestro flanco derecho. —El oficial de enlace hizo dar la vuelta a su caballo pero sir Thomas lo frenó. El escocés estaba mirando hacia delante y vio una colina más al interior de Barrosa, una colina en cuya cima había unas ruinas, un lugar que ofrecería una posición fuerte. Si los franceses estaban planeando un ataque, aquél era el lugar idóneo para apostar soldados. Hacer que las fuerzas de Victor combatieran en lo alto de la colina, hacer que murieran en la ladera y, una vez vencidas, marchar sobre Chiclana—. Dígame al general —instó al oficial de enlace— que estamos listos para dar media vuelta y atacar cuando dé la orden. ¡En marcha!

El oficial de enlace se marchó. Sir Thomas volvió a mirar la colina que se alzaba sobre Barrosa y creyó que la breve y hasta el momento desastrosa campaña aún podía salvarse. Pero en aquel momento, desde mucho más adelante, llegó un traqueteo de disparos. La intensidad del sonido aumentó y descendió en el viento, en ocasiones casi ahogado por el estrépito de las interminables olas; sin embargo, el ruido era inconfundible, era el chasquido de las descargas de mosquetería, un crepitar como el de espinos ardiendo. Sir Thomas se puso de pie en los estribos y miró. Esperaba ver el denso humo de la pólvora que revelara dónde tenía lugar el combate, y al final lo vio. Manchaba la playa más allá de la tercera torre de vigilancia, pero antes del puente de pontones que llevaba de vuelta a la ciudad. Lo cual significaba que los franceses ya les habían cortado el paso, que en aquellos momentos bloqueaban el camino a Cádiz y lo que era aún peor, mucho peor: casi seguro que estaban

avanzando desde el flanco interior. El mariscal Victor tenía a la fuerza aliada exactamente donde quería: entre su ejército y el mar. Los tenía a su merced.

CAPÍTULO 10

—Este combate no es cosa nuestra, señor —dijo Harper.

—Ya lo sé.

La admisión de Sharpe contuvo al corpulento irlandés, que no se esperaba que lo reconociera tan fácilmente.

—Deberíamos estar en Lisboa —insistió.

—Sí, deberíamos y estaremos allí, pero no hay ningún barco que vaya a Lisboa, ni lo habrá hasta que no se haya terminado con esta gente. —Sharpe movió la cabeza en dirección al Sancti Petri. Hacía más o menos una hora que había amanecido y a un kilómetro y medio, playa abajo, al otro lado del río, se distinguían uniformes azules. No era el color azul claro que llevaban los españoles, sino el azul más oscuro de los franceses. El enemigo había venido por el monte desde el interior y su aparición repentina motivó que las tropas del general Zayas formaran en batallones que ahora esperaban en la ribera norte del río. Lo extraño era que los franceses no hubiesen atacado el improvisado fuerte construido al otro lado del puente de pontones, sino que se encontraran mirando al sur, en dirección contraria al fuerte. Desde allí un cañón intentó disparar un proyectil contra las tropas francesas, pero la bala se quedó bastante corta y se clavó en la arena, y aquel disparo fallido convenció al comandante del fuerte de ahorrar munición.

—Lo que quiero decir, señor —siguió diciendo Harper—, es que sólo porque el señor Galiana quiera luchar...

—Ya sé lo que quiere decir —lo interrumpió Sharpe con aspereza.

—Entonces, señor, ¿qué diablos hacemos aquí?

Sharpe no dudaba de la valentía de Harper, sólo un idiota lo haría. No era cobardía lo que provocaba la protesta del fornido irlandés, sino un sentimiento de agravio. Lo único que explicaba que los franceses se hallaran de espaldas al río era que las fuerzas aliadas se encontraran más al sur, lo cual implicaba que el ejército del general Lapeña, lejos de marchar hacia el interior para atacar las construcciones de asedio de los franceses desde el este, había optado en cambio por avanzar siguiendo la costa. Así pues, dicho ejército se enfrentaba ahora a lo que, en opinión de Sharpe, parecían ser cuatro o cinco batallones de infantería francesa. Y ésa era la lucha de Lapeña. Si los quince mil hombres a las órdenes de Doña Manolito no conseguían aplastar a la fuerza más pequeña de la playa, entonces no había nada que Sharpe y cinco fusileros pudieran hacer para ayudar. A juicio de Sharpe, arriesgar esas cinco vidas era una irresponsabilidad; esto era lo que Harper quería decir, y Sharpe estaba de acuerdo con él.

—Le diré qué hacemos aquí —dijo Sharpe—. Estamos aquí porque le debo un favor al capitán Galiana. Todos nosotros le debemos un favor. De no ser por él

estaríamos todos en una cárcel de Cádiz. De modo que, a cambio de eso, lo acompañamos al otro lado del río y en cuanto lo hayamos hecho habremos terminado.

—¿Al otro lado del río? ¿Eso es todo, señor?

—Eso es todo. Lo llevaremos al otro lado, le diremos a cualquier inútil español que se entrometa que salte al río y habremos terminado.

—¿Y por qué tenemos que acompañarlo al otro lado?

—Porque así nos lo ha pedido. Porque cree que le impedirán el paso si no va con nosotros. Porque ése es el favor que le debemos.

Harper parecía recelar.

—Entonces, si lo acompañamos al otro lado, señor, ¿podemos regresar a la ciudad?

—¿Echa de menos la taberna? —le preguntó Sharpe. Sus hombres habían acampado en el extremo de la playa hacía ya dos noches: dos días de constantes refunfuños por las raciones españolas que Galiana había dispuesto y dos días de añoranza por las comodidades de San Fernando. Sharpe lo comprendía, pero en el fondo se alegraba de que estuvieran incómodos. Los soldados ociosos se embarcan en alguna fechoría y los borrachos se meten en problemas. Era mejor que refunfuñaran—. En cuanto lo hayamos dejado sano y salvo al otro lado —dijo Sharpe— podrá regresar con los muchachos. Le daré órdenes por escrito. Y disponga una botella de ese vino tinto para aguardar mi llegada.

Harper, que ya había recibido lo que quería, puso cara de preocupación.

—¿Esperando su llegada? —preguntó cansinamente.

—No nos llevará mucho tiempo. Todo podría terminar al caer la noche. De modo que vamos, vaya a decirles a los muchachos que podrán volver en cuanto hayamos llevado al capitán Galiana al otro lado del puente.

Harper no se movió.

—¿Y usted qué va a hacer, señor?

—Oficialmente —dijo Sharpe haciendo caso omiso de la pregunta— nos han ordenado a todos que nos quedemos aquí hasta que ese condenado general de brigada, Moon, no diga lo contrario, pero no creo que le importe si ustedes regresan. No lo sabrá, ¿verdad?

—¿Pero usted por qué se queda, señor? —insistió Harper.

Sharpe tocó el extremo del vendaje que le sobresalía por debajo del chacó. El dolor de cabeza había desaparecido e imaginaba que no habría ningún peligro en quitarse el vendaje, aunque todavía notaba la herida tierna, de modo que se lo había dejado y lo empapaba escrupulosamente con vinagre cada día.

—Por el 8.º de línea, Pat —respondió—, por eso.

Harper miró hacia la costa donde los franceses permanecían en silencio.

—¿Está allí?

—No sé dónde están esos cabrones. Lo que sí sé es que los enviaron al norte y no pudieron ir al norte porque les volamos su maldito puente, de manera que lo más probable es que regresen aquí. Y si están aquí, Pat, entonces quiero saludar al coronel Vandal. Con esto —levantó el rifle.

—Entonces, ¿va a...?

—Sólo voy a deambular por la playa —lo interrumpió Sharpe—. Voy a buscarlo. Si lo veo le pegaré un tiro, eso es todo. Nada más, Pat, nada más. Me refiero a que no es nuestra lucha, ¿no es cierto?

—No, señor, no lo es.

—Pues eso es lo único que voy a hacer, y si no puedo encontrar a ese hijo de puta regresaré. Usted téngame preparada esa botella de vino. —Sharpe le dio una palmada en el hombro a Harper y se dirigió al lugar donde estaba el capitán Galiana a lomos de un caballo—. ¿Qué está ocurriendo, capitán?

Galiana disponía de un pequeño catalejo y estaba mirando hacia el sur.

—No lo entiendo —contestó.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Allí hay tropas españolas. Detrás de las francesas.

—¿Los soldados del general Lapeña?

—¿Por qué están ahí? —preguntó Galiana—. ¡Deberían de estar marchando hacia Chiclana!

Sharpe miró al otro lado del río, por la larga playa. Los franceses formaban en tres filas, con sus oficiales a caballo y sus águilas relucientes bajo el sol de primera hora. Entonces, de forma absolutamente repentina, en lugar de estar recortándose contra el cielo, dichas águilas se vieron envueltas de humo. Sharpe vio la humareda de los mosquetes que se alzaba espesa y silenciosa hasta que, al cabo de unos segundos, el traqueteo llegó a sus oídos.

Tras aquella primera gran descarga el mundo quedó en silencio, salvo por el reclamo de las gaviotas y el bullir de las olas.

—¿Por qué están aquí? —volvió a preguntar Galiana, y entonces los mosquetes dispararon por segunda vez, más numerosos en esta ocasión, y el fragor de la batalla inundó la mañana.

* * * *

Aproximadamente a unos cien pasos río arriba desde el puente de pontones, un riachuelo con régimen de marea se ramificaba del río Sancti Petri en dirección sur. Dicho riachuelo se conocía como el Almansa y era un lugar poblado de juncos, hierba, agua y terrenos pantanosos donde cazaban las garzas reales. El riachuelo se adentraba hacia el interior, disponiendo así que un ejército que se dirigiera hacia el

norte por la costa se encontrara en una franja de tierra y playa que se estrechaba hasta terminar en el río Sancti Petri. El Almanza tenía un kilómetro y medio de longitud con la marea baja y el doble con la marea alta, y su presencia convertía el estrecho embudo de tierra en una trampa si otro ejército pudiera situarse detrás del primero y empujarlo hacia el norte, hacia el río. La trampa sería aún más letal si otra fuerza pudiera vadear el riachuelo y bloquear así la retirada por el puente de pontones.

El Almanza no suponía una barrera importante, pues podía vadearse casi en cualquier punto excepto en su desembocadura y, a las nueve y media de la mañana del día 5 de marzo de 1811, la marea apenas había empezado a subir y la infantería francesa pudo cruzarlo fácilmente. Chapotearon por las marismas, se deslizaron por la embarrada orilla, vadearon el lecho arenoso del riachuelo y luego ascendieron hasta las dunas y la playa que había más allá. Sin embargo, aunque el riachuelo no suponía un obstáculo para los soldados y los caballos, la artillería no podía franquearlo. Los cañones pesaban demasiado. Un doce libras francés, la pieza más conocida del arsenal del emperador, pesaba una tonelada y media, y para llevar un cañón, su armón, su cureña y sus servidores al otro lado del pantano harían falta ingenieros. Cuando el mariscal Victor ordenó a la división del general Villatte que vadeara el Almanza no había tiempo para llamar a los ingenieros, y menos para que éstos construyeran un camino improvisado que cruzara el río, de modo que la fuerza que Villatte condujo a bloquear la retirada de Lapeña estaba formada únicamente por infantería.

El mariscal Victor no era idiota. Adquirió su fama en Marengo y en Friedland, y desde que llegó a España había derrotado a dos ejércitos españoles: en Espinosa y en Medellín. Ciertamente lord Wellington le había dado una buena paliza en Talavera, pero *le beau soleil*, el bello sol, como lo llamaban sus hombres, consideró ese revés como un capricho de la veleidosa fortuna.

—Un soldado que nunca ha sido derrotado no ha aprendido nada —le gustaba decir.

—¿Y qué aprendió usted de lord Wellington? —llegó a preguntarle el general Ruffin, un gigantón que estaba al mando de una de las divisiones de Victor.

—¡No volver a perder nunca, François! —respondió Victor, que se había echado a reír. Claude Victor era una persona simpática, extrovertida y jovial. Sus soldados lo adoraban. Él también había sido soldado raso. Sí, había sido artillero, que no era precisamente lo mismo que ser soldado de infantería, pero conocía a la tropa, los quería y esperaba que lucharan con la misma dureza con la que él los dirigía. Todos los soldados franceses decían que era un hombre bueno y valiente. *Le beau soleil*. Y no era idiota. Sabía que la infantería de Villatte, sin el apoyo cercano de la artillería, no podría hacer frente a los españoles que se aproximaban, pero podía retrasar a Lapeña. Podía contener a las fuerzas de Lapeña en la estrecha playa mientras las otras

dos divisiones de Victor, las de Leval y Ruffin, rodeaban su retaguardia para cerrar la trampa. Obligarían al ejército aliado a permanecer en el embudo de tierra que terminaba en el río Sancti Petri y, aunque los soldados de Villatte sin duda tendrían que ceder frente a una presión cada vez mayor, las otras dos divisiones acudirían por detrás como ángeles vengadores. Sólo unos cuantos españoles y británicos podrían esperar cruzar el puente de pontones; al resto los apiñarían y los masacrarían hasta que, inevitablemente, los supervivientes se rindieran. ¡Y sería sencillo! El ejército aliado, al parecer ajeno al destino que le aguardaba, seguía formado en línea de marcha, extendido a lo largo de unos tres kilómetros por el camino de la costa. El mariscal había observado su avance desde Tarifa con creciente asombro. Tras verlos vacilar, cambiar de dirección, detenerse, avanzar y volver a cambiar el rumbo, comprendió que se oponía a unos generales enemigos que no sabían hacer su trabajo. Todo sería muy fácil.

Ahora Villatte se encontraba al otro lado del riachuelo y en posición. Él era el yunque. Y las dos almádenas, Leval y Ruffin, estaban preparadas para atacar. El mariscal Victor, desde la cima de una colina situada en el monte interior, inspeccionó por última vez el campo de batalla que había elegido y lo que vio le gustó. A su derecha, más cercano a Cádiz, se encontraba el río Almansa, que podía cruzar con infantería pero no con artillería, por lo que dejaría que Villatte librara su batalla allí sólo con mosquetería. En el centro, al sur del arroyo, había una extensión de monte que terminaba en un denso pinar que le impedía ver el mar. Los exploradores informaron de que la columna enemiga se hallaba en su mayor parte desplegada por el camino que penetraba en el bosque de pinos, por lo que el mariscal Victor enviaría a la división del general Leval a que atacara el pinar y se abriera paso hasta la playa de más allá. Un ataque como aquél quedaría amenazado en su flanco izquierdo por una colina que también ocultaba el mar. Ni siquiera podía llamársele colina, pues Victor calculó que no debía de alzarse más de sesenta metros por encima del monte circundante, pero era bastante empinada y estaba coronada por una capilla en ruinas y un grupo de árboles combados por el viento. En la colina no había tropas, lo cual resultaba asombroso, aunque Victor no creía que sus enemigos fueran tan idiotas como para dejarla desprotegida. Ocupada o no, había que tomar la colina y capturar el pinar. Entonces las dos divisiones de Victor podrían dirigirse al norte siguiendo la costa y conducir a los restos del ejército aliado a la más completa derrota en el estrecho espacio entre el mar y el riachuelo.

—¡Será como cazar conejos! —prometió Victor a sus edecanes—. ¡Como cazar conejos! ¡De modo que apresúrense! ¡Dense prisa! ¡Quiero tener a mis conejitos en la olla a la hora de comer!

* * * *

Sir Thomas tenía la mirada fija en la colina coronada por unas ruinas. Galopó por el sendero lleno de baches que serpenteaba por la falda de la colina que daba al mar y allí encontró a una brigada española en marcha. Formaban la brigada cinco batallones de tropas y una batería de artillería, todos los cuales estaban a las órdenes de sir Thomas porque seguían al bagaje y con Lapeña habían acordado que todas las unidades que fueran detrás del bagaje estarían bajo la autoridad de sir Thomas. Ordenó a los españoles, tanto a la infantería como a la artillería, que subieran a lo alto de la colina.

—Permanezcan allí —ordenó al comandante. La brigada era la tropa más cercana a la colina, pues la casualidad hizo que se encontraran allí cuando sir Thomas decidió guarnecer el cerro, pero el escocés estaba nervioso por tener que confiar la retaguardia del ejército a una brigada española que le era desconocida. Hizo dar la vuelta a su caballo, cuyos cascos levantaron la arena, y encontró al batallón de compañías de flanco de la guarnición de Gibraltar—. ¡Comandante Browne!

—¡A su servicio, sir Thomas! —Browne se descubrió rápidamente. Era un hombre fornido, de tez colorada y excelente humor.

—¿Sus muchachos son tenaces, Browne?

—Hay un héroe en cada uno, sir Thomas.

Sir Thomas se dio la vuelta en la silla. Se encontraba en el camino de la costa, allí donde éste atravesaba un mísero pueblo llamado Barrosa. En aquel lugar había una torre construida hacía mucho tiempo para defenderse de los piratas berberiscos, y aunque había enviado a un edecán a lo alto de la torre, la vista tierra adentro no era muy buena. En aquel punto la costa estaba bordeada de pinares que impedían la visión hacia el este, pero el sentido común le decía a sir Thomas que los franceses no tenían más remedio que atacar la colina, que era el punto más alto en la costa.

—Esos diablos están ahí en alguna parte —dijo sir Thomas señalando hacia el este—, y nuestro amo y señor me dice que no van a venir aquí, pero yo no lo creo, comandante. Y no quiero a esos diablos en la colina. ¿Ve a esos españoles? —Hizo un gesto con la cabeza hacia los cinco batallones que ascendían penosamente por la ladera—. Refuércelos, Browne, y retenga la colina.

—La retendremos —repuso Browne alegremente—, ¿y usted qué hará, sir Thomas?

—Nos han ordenado ir al norte —sir Thomas señaló la siguiente torre de vigilancia que había en la costa—. Me han dicho que bajo esa torre hay un pueblo llamado Bermeja. Nos concentraremos allí. Pero no abandone la colina, Browne, hasta que hayamos llegado todos. —Sir Thomas parecía decepcionado. Lapeña se escabullía rápidamente y sir Thomas no dudaba que sus dos brigadas tendrían que emprender un combate de retaguardia en Bermeja. Él hubiera preferido combatir aquí, donde la colina daba ventaja a sus tropas, pero el oficial de enlace le había

traído las órdenes de Doña Manolito y éstas eran muy precisas. El ejército aliado debía retirarse hacia Cádiz. Ya no se hablaba de dirigirse tierra adentro para atacar Chiclana; ahora se trataba únicamente de poner en marcha una retirada ignominiosa. ¡Toda la campaña desperdiciada! Sir Thomas estaba enojado por ello pero no podía desobedecer una orden directa, de modo que retendría la loma para proteger la retaguardia del ejército mientras éste marchaba en dirección norte hacia Bermeja. Envío a unos edecanes a decir al general Dilkes y al coronel Wheatley que continuaran hacia el norte por el camino oculto en los pinares. Sir Thomas siguió adelante y salió del pueblo para adentrarse en los árboles, mientras el comandante Browne llevaba a sus Flanqueadores de Gibraltar a lo alto de la colina que se llamaba el Cerro del Puerco, aunque eso no lo sabía Browne ni ninguno de sus soldados.

La cima del Cerro del Puerco era como una ancha cúpula poco profunda. En el lado del mar destacaba una capilla en ruinas, así como un grupo de árboles azotados por el viento. Browne encontró a los cinco batallones españoles alineados frente a las ruinas. Tentado estuvo de pasar de largo junto a los españoles y apostarse a la derecha de su línea, pero estimó que sus oficiales protestarían si ocupaba ese lugar de honor, de modo que se conformó con situar a su pequeño batallón a la izquierda de la línea y allí desmontó y se dirigió al frente de sus hombres. Contaba con las compañías ligeras y de granaderos de los regimientos 9.º, 28.º y 82.º, soldados de élite de Lancashire, los Cola Plateada de Gloucestershire y los Santos de Norfolk. Las compañías de granaderos constituían la infantería pesada, pues eran soldados corpulentos y fuertes, seleccionados por su estatura y sus aptitudes para el combate, mientras que las compañías ligeras eran los tiradores. Se trataba de un batallón artificial, reunido solamente para esta campaña, pero Browne confiaba en su capacidad. Miró a los españoles y vio que habían desplegado la batería de cañones en el centro de la línea.

La línea británica y española, formada en la cima del Cerro del Puerco que daba al mar, quedaba oculta a quienquiera que mirara desde tierra adentro, lo cual significaba que los batallones no verían si se acercaban tropas francesas por el este. Claro que tampoco podrían bombardearlos los cañones enemigos si los franceses asaltaban la loma, por lo que Browne se contentó con dejar que sus Flanqueadores permanecieran donde estaban. Sin embargo, quería ver si algo amenazaba la colina, de modo que hizo una señal a su ayudante y los dos se abrieron camino por la hierba áspera.

—¿Cómo van sus forúnculos, Blakeney? —le preguntó Browne.

—Mejorando, señor.

—Son un asunto muy desagradable, los forúnculos. Sobre todo los del trasero. Y encuentro que las sillas de montar no ayudan mucho.

—No son demasiado dolorosos, señor.

—Haga que el cirujano los saje —le sugirió Browne— y será un hombre nuevo. ¡Dios mío!

Los dos hombres habían llegado al este de la cima y por debajo de ellos vieron la gran extensión de monte ondulado hacia Chiclana. Las últimas dos palabras del comandante habían sido provocadas por la visión de la infantería en la distancia. Vio a esos cabrones medio ocultos por árboles y montículos lejanos, pero no pudo dilucidar adónde se dirigían esos diablos de casaca azul. En una posición más inmediata vio a tres escuadrones de dragones franceses, diablos de casaca verde que cabalgaban hacia la colina.

—¿Cree usted que esos franceses quieren jugar con nosotros, Blakeney?

—Parece que se dirigen hacia aquí, señor.

—Entonces les daremos la bienvenida —repuso Browne, que dio media vuelta bruscamente y se dirigió hacia la capilla en ruinas. Frente a él había entonces una batería de cinco cañones y cuatro mil mosquetes españoles y británicos. Consideró que era más que suficiente para retener la loma.

Un estrépito de cascos proveniente del sur lo alarmó durante unos momentos. Entonces vio que la caballería aliada había llegado a lo alto de la colina. Había tres escuadrones de dragones españoles y dos de húsares de la Legión Alemana del Rey, todos ellos a las órdenes del general Whittingham, un inglés al servicio español. Whittingham se acercó a caballo a Browne, que seguía desmontado.

—Es hora de irse, comandante —le dijo Whittingham en tono cortante.

—¿Hora de irse? —Browne creyó haber oído mal—. ¡Me han ordenado que retenga esta colina! Y ahí abajo hay doscientos cincuenta dragones franceses —dijo Browne señalando hacia el noreste.

—Ya los he visto —repuso Whittingham. Tenía un rostro surcado de arrugas profundas, ensombrecido por su sombrero bicornio bajo el cual fumaba un cigarro fino al que no dejaba de dar golpecitos aunque no hubiera ceniza en la punta—. Es hora de retirarse —dijo.

—Tengo órdenes de retener la colina —insistió Browne— hasta que sir Thomas haya llegado al próximo pueblo. Y no lo ha hecho.

—¡Se han ido! —Whittingham señaló hacia la playa donde la cola del tren de bagaje avanzaba pesadamente hacia el norte del Cerro del Puerco.

—¡Retendremos la colina! —insistió Browne—. ¡Son mis órdenes, maldita sea!

Un cañón situado a unos cincuenta pasos a la derecha de Browne disparó de pronto y el caballo de Whittingham se fue hacia un lado y agitó la cabeza frenéticamente. Whittingham calmó al animal y volvió a acercarse a Browne. Chupó su cigarro y observó a los dragones que habían aparecido en la línea del horizonte del este, o al menos las cabezas con casco del escuadrón que iba en cabeza habían aparecido por encima de la línea y los artilleros españoles les dieron la bienvenida

con una bala de cañón que silbó por el cielo del este. Un trompeta dio un toque desde las filas francesas, pero el hombre estaba tan sorprendido o tan nervioso que las delicadas notas se quebraron y tuvo que volver a empezar. El toque de trompeta no dio lugar a ninguna actividad extraordinaria por parte de los dragones que, sorprendidos al ver que los aguardaba tan magna fuerza, se quedaron debajo de la cima este. Dos de los batallones españoles hicieron avanzar a sus tiradores y estos soldados de la infantería ligera iniciaron un esporádico fuego de mosquete.

—Están demasiado lejos —comentó Browne en tono mordaz, y miró a Whittingham con el ceño fruncido—. ¿Por qué no carga contra esos cabrones? —le preguntó—. ¿No es eso lo que se supone que tiene que hacer? —Whittingham disponía de cinco escuadrones mientras que los franceses sólo tenían tres.

—Si se queda aquí, Browne, quedará aislado —dijo Whittingham dando unos golpecitos al cigarro—. Aislado, así quedará. Nuestras órdenes son claras. Esperar hasta que el ejército haya pasado y luego seguir.

—Mis órdenes son claras —insistió Browne—. ¡Retengo la colina!

Se hicieron avanzar más tiradores españoles. La aparente inactividad de los dragones alentaba a las compañías ligeras. Browne pensó que los jinetes franceses se retirarían, pues debían de ser conscientes de que no tenían ninguna posibilidad de echar a toda una brigada de la cima de una colina, sobre todo cuando dicha brigada estaba reforzada por su propia artillería y caballería. Algunos de los jinetes enemigos cabalgaron entonces hacia el norte y desenvainaron las carabinas que portaban en la silla.

—Esos hijos de puta quieren hacernos frente —dijo Browne—. ¡Por Dios que no me importa! Su caballo se está meando en mis botas.

—Lo siento —dijo Whittingham, e hizo avanzar un paso a su montura. Miró a las compañías ligeras españolas. Su mosquetería no estaba causando daños significativos—. Tengo órdenes de retirarme —dijo tenazmente— en cuanto el ejército haya dejado atrás la colina y eso es lo que han hecho, han dejado atrás la colina —dio otra chupada al cigarro.

—¿Ve eso? Esos cabrones buscan una escaramuza —dijo Browne. Estaba mirando más allá de Whittingham, hacia el lugar donde al menos treinta de los franceses con casco habían desmontado y estaban avanzando en una línea de tiradores para oponerse a los españoles—. No se ve a menudo, ¿verdad? —preguntó Browne con la misma indiferencia, como quien percibe algún fenómeno durante un paseo por el campo—. Se supone que los dragones son infantería montada, lo sé, pero casi siempre se quedan en la silla, ¿no le parece?

—Hoy en día no existe la infantería montada —declaró Whittingham sin tener en cuenta el hecho de que los dragones estaban desmintiendo su afirmación—. No funciona. No es ni carne ni pescado. No puede quedarse aquí, Browne —continuó

diciendo. Volvió a dar unos golpecitos al cigarro y por fin un poco de ceniza le cayó en las botas—. Nuestras órdenes son seguir al ejército hacia el norte y no quedarnos aquí.

El cañón español que había disparado se recargó entonces con metralla y sus servidores hicieron girar la pieza para apuntar a los dragones desmontados que avanzaban en una línea de tiradores por la cima de la colina. Los artilleros no se atrevían a disparar todavía porque sus propios tiradores se hallaban en medio. El sonido de los mosquetes resultaba poco sistemático. Browne vio que dos de los tiradores españoles se reían.

—Lo que tendrían que hacer —dijo— es acercarse a esos canallas, herirlos y provocar una carga. Entonces podrían matar a todos esos condenados.

Los dragones desmontados abrieron fuego. Sólo fueron unas cuantas balas de mosquete que hendieron el aire sobre la cima y ninguna de ellas causó daño, pero su efecto fue extraordinario. De pronto, en los cinco batallones españoles se empezaron a dar órdenes enérgicas. Hicieron retroceder a las compañías y avanzar a las dotaciones de los cañones y, ante el completo asombro del comandante Browne, los cañones y los cinco batallones sencillamente huyeron. Siendo amable lo hubiera podido llamar una retirada precipitada, pero no estaba de humor para ser amable. Huyeron. Se marcharon con toda la rapidez y cobardía de la que fueron capaces, bajando a trompicones por la ladera que daba al mar, rodeando las casuchas de Barrosa y enfilando hacia el norte.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío! —Los dragones enemigos parecían estar igual de atónitos que el comandante Browne ante el efecto de su insignificante descarga, pero los soldados desmontados corrieron de nuevo hacia sus caballos.

—¡Formen en cuadro! —gritó el comandante Browne, consciente de que un solo batallón en una línea de dos en fondo constituiría un objetivo tentador para tres escuadrones de dragones. Las espadas de hoja recta, largas y pesadas, ya estarían saliendo de sus vainas con un susurro—. ¡Formen en cuadro!

—¡No debe quedarse aquí, Browne! —le gritó Whittingham al comandante mientras éste se alejaba. Su caballería había seguido a los españoles y el general espoleó el caballo y fue tras ellos.

—¡Tengo mis órdenes! ¡Tengo mis órdenes! ¡Formen en cuadro, muchachos! — Los Flanqueadores de Gibraltar formaron en cuadro. Era un batallón poco numeroso, de poco más de quinientos mosquetes, pero en cuadro estarían bastante protegidos contra los dragones—. ¡Súbanse los pantalones, muchachos —gritó Browne— y calen bayonetas!

Todos los dragones habían vuelto a montar y se acercaban por la cima. Llevaban las espadas desenvainadas. Sus guiones, unos banderines triangulares, portaban una N de Napoleón bordada en oro. Sus cascos estaban bruñidos.

—Tienen buen aspecto, ¿no es cierto, Blakeney? —comentó Browne mientras volvía a encaramarse a la silla. El general Whittingham había desaparecido, Browne no lo veía, y al parecer los Flanqueadores estaban solos en el Cerro del Puerco. La primera fila del cuadro hincó una rodilla en el suelo. Los dragones habían formado tres líneas. Estaban vigilando el cuadro, conscientes de que la primera descarga del mismo podría acabar con su primera fila, pero preguntándose de todos modos si podrían desbaratar a los casacas rojas—. Quieren morir, muchachos —gritó Browne—, y vamos a complacerles. Es nuestro sagrado deber.

Entonces, por detrás de la capilla en ruinas, llegó un único escuadrón de húsares de la Legión Alemana del Rey. Cabalgaban en dos filas, llevaban pantalones de peto grises, casacas azules, cascos bruñidos e iban armados con sables. Montaban apiñados, bota con bota, y al pasar junto a la esquina del cuadro de Browne la primera fila se puso al galope. Los dragones los superaban en número, pero ellos fueron a la carga y Browne oyó el sonido metálico del sable contra la espada. Los dragones, que no habían iniciado su avance, fueron obligados a retroceder. Cayó un caballo, un dragón salió del combate con un corte en el rostro que le llegaba hasta el hueso y un húsar regresó al cuadro con una espada clavada en el vientre. El húsar cayó de la silla a unos cincuenta metros de la primera fila de Browne y su caballo regresó inmediatamente a la refriega, un completo barullo de soldados, caballos y polvo. Los húsares, habiendo rechazado la primera línea de dragones, dieron la vuelta y los franceses salieron tras ellos, pero entonces la trompeta lanzó a la segunda línea de alemanes contra los franceses y los dragones se vieron arrojados hacia atrás por segunda vez. El primer semiescuadrón volvió a formar y el caballo sin jinete ocupó su puesto en la línea. Un sargento y dos soldados de los Santos colocaron al húsar herido dentro del cuadro. Estaba claro que el hombre se estaba muriendo. Levantó la mirada hacia Browne, mascullando en alemán.

—¡Sáquele esa maldita espada! —le espetó Browne al cirujano del batallón.

—Eso lo matará, señor.

—¿Y si se la deja?

—Morirá.

—¡Pues rece por el alma de ese pobre hombre! —dijo Browne.

Los húsares ya habían regresado. Los dragones se habían retirado dejando seis cadáveres en la colina. Quizá fueran más numerosos que el único escuadrón de alemanes, pero mientras éstos permanecieran cerca de la infantería de casacas rojas los dragones eran vulnerables a las descargas cerradas, por lo que su comandante los llevó ladera abajo para esperar refuerzos.

Browne aguardó. Oía disparos de mosquete a lo lejos, hacia el norte. Eran descargas cerradas, pero se trataba del combate de otro, de modo que no hizo caso del ruido. Le habían encomendado mantener la colina y, dada su proverbial terquedad, se

quedó bajo el pálido cielo por el que el viento traía el olor del mar. El jefe del escuadrón de húsares, un capitán, solicitó educadamente entrar en el cuadro y saludó a Browne tocando el borde del casco con la mano.

—Creo que ahora los dragones ya no le molestarán —dijo.

—Le estoy muy agradecido, capitán, agradecido de veras.

—Soy el capitán Dettmer —dijo el oficial.

—Lamento lo de este muchacho —comentó Browne señalando con la cabeza al húsar moribundo.

Dettmer miró al húsar.

—Conozco a su madre —informó con tristeza, y volvió de nuevo la mirada a Browne—. Hay infantería aproximándose a la colina —siguió diciendo—. Los he visto cuando combatíamos.

—¿Infantería?

—Demasiada —afirmó Dettmer.

—Vamos a ver —dijo Browne, y ordenó que dos filas abandonaran el cuadro y condujo al capitán Dettmer a través del hueco. Los dos hombres se dirigieron al trote hasta el borde oriental de la colina y Browne contempló el desastre que se aproximaba.

—¡Dios mío! —exclamó—. No tiene buena pinta.

La última vez que había inspeccionado el monte éste era un páramo de arena, hierba, pinos y matorrales. Había divisado infantería en la distancia, pero ahora el monte entero estaba cubierto de azul. Todo el ancho mundo era una masa de casacas azules y blancos cinturones cruzados. Vio un batallón tras otro de franceses cuyas águilas relucían bajo el sol de la mañana mientras su ejército avanzaba hacia el mar.

—¡Dios mío! —volvió a decir Browne.

Porque sólo la mitad del ejército francés marchaba por el pinar que los ocultaba desde el mar. La otra mitad iba a por Browne y a por sus quinientos treinta y seis mosquetes.

Venían directamente a por él. Eran miles.

Sharpe trepó a la duna de arena más alta que había a la vista y apuntó el catalejo hacia el otro lado del río Sancti Petri. Vio las espaldas de los franceses en la playa y el humo oscuro de los mosquetes en tomo a sus cabezas, pero la imagen se agitaba porque la lente no estaba firme.

—¡Perkins!

—Traiga aquí su hombro. Sea útil.

Perkins le sirvió de apoyo para el catalejo. Sharpe se acercó al ocular. Incluso con el antejo bien apoyado resultaba difícil saber qué estaba ocurriendo porque los franceses formaban una línea de tres en fondo y la humareda de su pólvora no dejaba ver nada más allá. Disparaban continuamente. Sharpe no veía toda la línea francesa,

pues las dunas ocultaban su flanco izquierdo, pero al menos delante de sí tenía a un millar de soldados. Vio dos águilas y supuso que había al menos dos batallones más ocultos por las dunas.

—Son lentos, señor —Harper se había acercado y se quedó detrás de él.

—Sí, son lentos —coincidió Sharpe. Los franceses estaban disparando por batallones, lo cual significaba que los tiradores más lentos marcaban el ritmo de los disparos. Calculó que ni siquiera conseguían tres disparos por minuto, aunque parecía bastarles porque los franceses sufrían muy pocas bajas. Fue moviendo el catalejo muy despacio a lo largo de su línea y vio que sólo habían arrastrado a seis cuerpos tras las filas, donde los oficiales montaban y desmontaban. Oyó los mosquetes españoles, aunque no los vio, y en una o dos ocasiones, cuando el humo empezaba a disiparse, distinguió un atisbo de los españoles con su uniforme azul claro y le pareció que su línea se encontraba a unos trescientos pasos como mínimo de los franceses. A esa distancia sería lo mismo que si escupieran—. No están lo bastante cerca —dijo Sharpe entre dientes.

—¿Puedo mirar, señor? —preguntó Harper.

Sharpe reprimió un comentario ácido al estilo de que ésta no era la lucha de Harper y en cambio le cedió el puesto en el hombro de Perkins. Harper dirigió el catalejo hacia el mar y miró allí donde las olas se agitaban alrededor de una pequeña isla coronada por las antiguas ruinas de un fuerte. Una docena de barcos de pesca se hallaban más allá de la línea del oleaje que corría hacia la playa. Los pescadores estaban mirando el combate y había más espectadores que, atraídos por el traqueteo de los mosquetes, se acercaban a caballo desde San Fernando. Sin duda no tardarían en llegar curiosos desde Cádiz.

Sharpe le cogió el catalejo a Harper, lo plegó y deslizó los dedos por la pequeña placa metálica engastada en el tubo más largo, revestido de nogal. En la placa se leía CON GRATITUD, AW, 23 DE SEPTIEMBRE, 1803, y Sharpe recordó la actitud frívola de Henry Wellesley al decir que el catalejo, un magnífico instrumento hecho por Matthew Berge de Londres, no era el generoso regalo que Sharpe siempre había creído, sino un catalejo de más que lord Wellington no quería. No es que eso importara. 1803, pensó. ¡Cuánto tiempo había transcurrido! Intentó acordarse del día en que lord Wellington, entonces sir Arthur Wellesley, quedó aturdido y Sharpe lo protegió. Creía haber matado a cinco hombres en la refriega, pero no estaba seguro.

Los ingenieros españoles se encontraban colocando los tabloncillos sobre los últimos nueve o diez metros del puente de pontones. Los tabloncillos, que formaban la pasarela del puente, se guardaban en la orilla de Cádiz para evitar que nadie cruzara sin autorización, pero era evidente que ahora el general Zayas quería abrir el puente y Sharpe vio, con aprobación, que había tres batallones españoles preparándose para cruzar. Estaba claro que Zayas había decidido atacar a los franceses por su

retaguardia.

—Pronto nos marcharemos —le dijo a Harper.

—Perkins —gruñó Harper—, vaya con los demás.

—¿No puedo mirar por el catalejo, sargento? —le rogó Perkins.

—No es lo bastante mayor. Muévase.

Los tres batallones tardaron mucho en cruzar. El puente, construido a partir de botes más que de pontones, era estrecho y se balanceaba de modo alarmante. Cuando Sharpe y sus hombres se reunieron con el capitán Galiana ya casi había un centenar de espectadores curiosos llegados de San Fernando o de Cádiz, y algunos de ellos intentaban convencer a los centinelas de que les permitieran cruzar el puente. Otros treparon a las dunas para enfocar sus catalejos hacia los distantes franceses.

—A nadie le permiten cruzar el puente —comentó Galiana, nervioso.

—No van a dejar que crucen los civiles, ¿no? —dijo Sharpe—. Pero dígame una cosa, ¿qué hará en el otro lado?

—¿Qué voy a hacer? —dijo Galiana, y estaba claro que no tenía la respuesta—. Echar una mano —sugirió—. Es mejor que no hacer nada, ¿no cree? —El último batallón de españoles había cruzado ya y Galiana avanzó a caballo. Desmontó a poca distancia del puente y se preparó para guiar a su caballo por los inestables tablones pero, antes de llegar a la pasarela, un pelotón de soldados españoles empujaron una barricada improvisada que bloqueó el acceso. Un teniente levantó una mano hacia Galiana a modo de advertencia.

—Viene conmigo —dijo Sharpe antes de que Galiana pudiera decir nada. El teniente, un hombre alto de mentón grande y sin afeitado, lo miró con aire amenazador. Estaba claro que no comprendía el inglés, pero no iba a echarse atrás—. He dicho que viene conmigo —repitió Sharpe.

Galiana habló con rapidez en español y señaló a Sharpe.

—¿Tiene órdenes? —cambió al inglés mirando a Sharpe.

Sharpe no tenía órdenes. Galiana volvió a hablar, explicando que a Sharpe le habían encomendado entregar un mensaje al teniente general sir Thomas Graham y las órdenes estaban en inglés, idioma que, por supuesto, el teniente hablaba, ¿no? El propio Galiana, explicó el capitán español, era el oficial de enlace de Sharpe. Éste ya había sacado su autorización para obtener raciones que le permitía llevarse de los almacenes del cuartel general de San Fernando ternera, pan y ron para cinco fusileros. Le tendió el papel con brusquedad al teniente quien, al verse enfrentado a fusileros hostiles y al conciliatorio Galiana, no tuvo más remedio que ceder. Ordenó que retiraran los obstáculos.

—Al final lo he necesitado —dijo Galiana. Sostenía las riendas muy cerca de la cabeza de la yegua y le daba palmaditas en el cuello continuamente mientras el animal avanzaba con cautela por la pasarela de tablones. El puente, mucho menos

robusto que el que Sharpe había volado en el Guadiana, temblaba a su paso y se combaba contra la corriente bajo la presión de la pleamar. En cuanto llegaron sanos y salvos a la otra orilla, Galiana montó y condujo a Sharpe hacia el sur, pasando junto a los terraplenes de arena del fuerte provisional construido para proteger los pontones.

El general Zayas había formado a sus tres batallones en una línea perpendicular a la playa, por donde en aquellos momentos avanzaban lentamente. De vez en cuando el oleaje bañaba las botas de los soldados de las filas que daban a la derecha. Los sargentos ordenaban a voz en cuello a sus hombres que mantuvieran la formación. Los estandartes españoles brillaban contra el cielo pálido. Se oyó el estallido de un cañón en la distancia, un sonido más grave que el de los mosquetes, un retumbo en el aire. Se desvaneció, pero por encima del constante chasquido de los mosquetes más cercanos, Sharpe creyó oír otros mosquetes que disparaban, aunque mucho más lejos.

—Ahora ya pueden volver —le dijo a Harper.

—Veamos primero qué hacen estos muchachos —respondió Harper, señalando a los tres batallones españoles con un movimiento de la cabeza.

Lo único que tuvieron que hacer los mentados muchachos fue aparecer. El general Villatte, al ver que sus hombres estaban a punto de ser atacados por la retaguardia, les ordenó replegarse hacia el este al otro lado del río Almanza. Se llevaron a sus heridos. Al ver que se marchaban, los españoles profirieron gritos de victoria y luego cambiaron de frente hacia las dunas para hostigar a los franceses que se retiraban y que ahora se encontraban casi doblados en número. Galiana, de pie en los estribos, estaba exultante. Seguro que las fuerzas combinadas españolas, sumándose desde el norte y el sur, podrían entonces perseguir a los franceses hasta el otro lado del riachuelo y hacerlos retroceder por los senderos que llevaban a Chiclana, pero en aquel preciso momento la artillería abrió fuego desde la otra orilla del río Almanza. Se había emplazado una batería de doce libras en el suelo firme hacia el este y su primera salva fue de granadas comunes que estallaron levantando chorros de arena y humo. El avance español se vio frenado y los soldados se pusieron a cubierto tras las dunas. Los cañones dispararon por segunda vez y las balas surcaron las filas que no se habían refugiado a tiempo. Los últimos miembros de la infantería francesa ya habían vadeado el riachuelo y estaban formando una nueva línea para enfrentarse a los españoles desde el otro lado de la marea que subía. Los cañones quedaron en silencio y la humareda flotó por encima del agua, cuyo nivel aumentaba lentamente. Los franceses se conformaron entonces con esperar. La fuerza con la que habían bloqueado la retirada del ejército aliado había sido rechazada, pero sus cañones todavía podían arrojar granadas y balas contra cualquier otra fuerza que marchara hacia el puente. Trajeron una segunda batería y esperaron a que empezara la derrota aplastante desde el sur mientras los batallones españoles, satisfechos con haber echado al enemigo de la playa, se apostaban entre las dunas.

Galiana, decepcionado por el hecho de que no se hubiera seguido con la persecución al otro lado del Almansa, cabalgó hacia un grupo de oficiales españoles y regresó entonces con Sharpe.

—El general Graham está al sur con órdenes de traer hasta aquí la retaguardia.

Sharpe vio una bruma de humo de mosquete que se alejaba flotando de una colina situada a unos tres kilómetros o más hacia el sur.

—Como todavía no viene podría ir yo a su encuentro —dijo—. Ahora ya puede marcharse, Pat.

Harper lo consideró.

—¿Y qué va a hacer usted, señor?

—Voy a dar un paseo por la playa.

Harper miró a los demás fusileros.

—¿Alguien quiere dar un paseo por la playa conmigo y el señor Sharpe? ¿O quieren regresar y convencer a ese teniente tan desagradable de que nos deje cruzar el puente?

Los fusileros no dijeron nada hasta que sonó otro cañón a lo lejos, en dirección sur. Entonces Harris frunció el ceño.

—¿Qué está pasando ahí abajo? —preguntó.

—No tiene nada que ver con nosotros —le contestó Sharpe.

En ocasiones Harris podía ser un abogado cuartelero, y estaba a punto de protestar diciendo que el combate no era asunto suyo. Entonces cruzó su mirada con la de Harper y decidió no decir nada.

—Sólo vamos a dar un paseo por la playa —dijo Harper—, hace un buen día para dar un paseo —vio la mirada socarrona que le dirigió Sharpe—. Estaba pensando en los Faughs, señor. Están allí arriba, todos esos pobres muchachos de Dublín, allí están, y pensé que quizá les gustara ver a un irlandés como es debido.

—¿Acaso vamos a combatir? —quiso saber Harris.

—¿Qué cree usted que es, Harris? ¿Un maldito soldado? —preguntó Harper mordazmente. Se cuidó mucho de no cruzar su mirada con la de Sharpe—. Pues claro que no vamos a combatir. Ya ha oído al señor Sharpe. Daremos un paseo por la playa, eso es lo único que vamos a hacer, maldita sea.

Y eso hicieron. Fueron a dar un paseo por la playa.

* * * *

Sir Thomas, convencido de que su retaguardia se hallaba bien protegida por la brigada apostada en el Cerro del Puerco, estaba animando a sus tropas por el camino que atravesaba el largo pinar que bordeaba la playa.

—¡No está lejos, muchachos! —gritaba sir Thomas cabalgando a lo largo de la

línea—. ¡No tenemos que ir muy lejos! ¡Vamos, ánimo! —Miraba a la derecha cada pocos segundos, esperando a medias la aparición de un soldado de caballería que le trajera noticias de un avance enemigo. Whittingham se había encargado de apostar vedettes en la linde interior del bosque, pero no aparecía ninguno de esos hombres y sir Thomas imaginó que los franceses se contentaban con dejar que el ejército aliado se retirara ignominiosamente a Cádiz. Más adelante, habían cesado los disparos. Era evidente que una fuerza francesa había bloqueado la playa, pero ya los habían echado; por otra parte, también se habían detenido los disparos desde el sur. Sir Thomas consideraba que sólo se había tratado de una mera discusión, probablemente una patrulla de caballería se había acercado demasiado a la gran brigada española en la cima del Cerro del Puerco.

Se detuvo para ver marchar a los casacas rojas y se fijó en que los soldados, cansados, erguían la espalda al verle.

—No falta mucho, muchachos —les dijo. Pensó en lo mucho que apreciaba a aquellos hombres—. Que dios les bendiga, muchachos —gritó—, ya falta poco. —«Ya falta poco, ¿para qué?», se preguntó con amargura. Aquellos soldados exhaustos llevaban marchando toda la noche cargados con mochilas, morrales, armas y raciones, y todo para nada, todo para escabullirse en retirada a la Isla de León.

Se oyó una confusión de gritos al norte. Un soldado dio el alto a alguien y sir Thomas miró camino abajo pero no vio nada ni oyó ningún disparo. Al cabo de un momento un oficial montado de los Cola Plateada se acercó con un retumbo por el camino, con dos jinetes detrás. Eran civiles armados con mosquetes, sables, pistolas y cuchillos. Guerrilleros, pensó sir Thomas, dos de los hombres que tanto complicaban la vida a los ejércitos franceses que ocupaban España.

—Quieren hablar con usted, señor —dijo el oficial de los Cola Plateada.

Los dos guerrilleros empezaron a hablar de inmediato. Hablaban deprisa, con excitación, y sir Thomas los calmó.

—Mi español es flojo —les dijo—, de manera que háblenme más despacio.

—Los franceses —dijo uno de ellos, que señaló hacia el este.

—¿Por dónde han venido ustedes? —preguntó sir Thomas. Uno de los hombres explicó que formaban parte de un grupo mayor que llevaba siguiendo de cerca a los franceses los últimos tres días. Seis de ellos habían salido a caballo de Medina Sidonia y éstos dos eran los únicos supervivientes porque unos dragones los habían sorprendido poco después del alba. Los habían perseguido a los dos hacia el mar y ellos habían cruzado el monte a caballo.

—Que está lleno de franceses —dijo el otro hombre con seriedad.

—Que vienen hacia aquí —añadió el primero.

—¿Cuántos franceses hay? —preguntó sir Thomas.

—Todos —respondieron los dos hombres al unísono.

—Pues echemos un vistazo —dijo sir Thomas, y condujo a los dos hombres y a sus edecanes hacia el interior a través de los pinos. Tuvo que agacharse para pasar bajo las ramas. El bosque era ancho y profundo, espeso y umbroso. El suelo, de arena, estaba cubierto de pinocha que amortiguaba el ruido de los cascos de los caballos.

El bosque terminaba bruscamente, dando paso al monte ondulado que se extendía bajo el sol de la mañana. Y allí, llenando el ancho mundo, había cinturones cruzados blancos sobre casacas azules.

—¿Señor? —dijo uno de los guerrilleros señalando a los franceses, como si los hubiera hecho aparecer él mismo.

—¡Dios mío! —exclamó sir Thomas en voz baja. Después estuvo un rato sin decir nada, limitándose a observar al enemigo que se acercaba. Los dos guerrilleros creyeron que el general se había quedado mudo de la impresión. Al fin y al cabo estaba viendo cómo se aproximaba el desastre.

Pero sir Thomas estaba pensando. Se estaba fijando en que los franceses marchaban con los mosquetes colgados. No veían tropas enemigas delante de ellos así que, en lugar de marchar para entablar batalla, marchaban hacia la batalla. Había una diferencia. Unos soldados que marcharan hacia la batalla podían llevar los mosquetes cargados, pero no amartillados. La artillería no estaba desplegada y a los franceses les llevaría tiempo hacerlo, puesto que las pesadas piezas de los cañones tenían que alzarse desde la posición de marcha a la posición de disparo. En resumen, aquellos franceses no estaban preparados para combatir, concluyó sir Thomas. Esperaban que hubiera un combate, pero todavía no. Sin duda creían que primero debían cruzar el pinar y sólo entonces esperarían el principio de la matanza.

—Deberíamos seguir al general Lapeña —dijo el oficial de enlace con nerviosismo.

Sir Thomas no le hizo ningún caso. Todavía estaba pensando, tamborileando con los dedos en el pomo de la silla de montar. Si continuaba hacia el norte, los franceses cortarían el paso a la brigada en la colina situada por encima de Barrosa. Harían conversión derecha y atacarían por la playa, por lo que sir Thomas se vería obligado a intentar una defensa improvisada con su flanco izquierdo expuesto a un ataque. Pensó que no, que sería mejor enfrentarse a esas tropas allí. No sería un combate fácil, pues se convertiría en una terrible barahúnda, pero era mejor eso que continuar hacia el norte y que su sangre tiñera el mar de rojo.

—Milord —miró a lord William Russell con una formalidad inusitada—, salude de mi parte al coronel Wheatley y dígame que traiga aquí su brigada y se enfrente a esos tipos. Dígame que mande a sus tiradores lo antes posible. Quiero que los chicos de la ligera entablen combate mientras viene el resto de la brigada. Los cañones han de situarse aquí. Justo aquí —apuntó con la mano al suelo que pisaba su caballo—.

¡Dese prisa, no hay tiempo que perder! —Hizo señas a otro edecán para que se acercara, un joven capitán que llevaba la casaca roja con vueltas azules del Primero de la Guardia de Infantería—. James, salude de mi parte al general Dilkes y dígame que quiero que traiga aquí su brigada —señaló a la derecha—. Debe ocupar su posición entre los cañones y la colina. ¡Ordénele que primero envíe a sus tiradores! ¡Enseguida! ¡Tan pronto como pueda!

Los dos edecanes se perdieron de vista entre los árboles. Sir Thomas se quedó un momento mirando a los franceses que se acercaban y que en aquel momento se encontraban a menos de ochocientos metros de distancia. Se iba a arriesgar mucho. Quería caer sobre ellos mientras se hallaran desprevenidos, pero sabía que llevaría tiempo hacer llegar a sus batallones a través de la espesura, motivo por el cual había pedido que las compañías ligeras acudieran primero. Podían formar una línea de tiradores en el monte, podían empezar a matar a los franceses, y lo único que podría hacer sir Thomas sería esperar que los tiradores contuvieran al enemigo el tiempo suficiente para que llegara el resto de los batallones e iniciaran sus mortíferas descargas cerradas. Miró al oficial de enlace.

—Hágame el favor —le dijo— de ir al encuentro del general Lapeña y decirle que los franceses se acercan al pinar, que es mi intención entablar combate y que sería un honor —estaba eligiendo las palabras con cuidado— que el general pudiera conducir a los soldados hacia el flanco derecho del enemigo.

El español salió al galope y sir Thomas volvió la mirada hacia el este. Los franceses se acercaban en dos enormes columnas. Tenía pensado enfrentarse a la columna del norte con la brigada de Wheatley, en tanto que el general Dilkes y sus guardias se enfrentarían a la columna más cercana al Cerro del Puerco. Eso le hizo pensar en los españoles de la colina. Seguro que los franceses mandarían a su columna meridional a ocupar dicha loma y no podía permitirse que lo hicieran, de lo contrario podrían bajar en tropel desde la cima para atacar el flanco derecho de su precipitada defensa. Dio la vuelta y se encaminó hacia el sur, conduciendo a los edecanes que quedaban hacia el Cerro del Puerco.

Mientras cabalgaba de vuelta entre los pinos pensó que aquella loma era su única ventaja. En su cima había cañones españoles que podían disparar contra los franceses de abajo. La colina era una fortaleza que protegía su vulnerable flanco derecho, y si conseguían contener a los franceses en la llanura, la brigada de la colina podía utilizarse para atacar el flanco enemigo. «Gracias a Dios que aún mantenemos la colina», eso pensaba cuando salió de entre los árboles.

Cuál no fue su sorpresa al comprobar que el Cerro del Puerco había quedado abandonado y, mientras sir Thomas había cabalgado hacia el sur, los primeros batallones franceses empezaron a subir por la ladera del este. Ahora el enemigo ocupaba el Cerro del Puerco y las únicas tropas aliadas a la vista eran los quinientos

hombres de los Flanqueadores de Gibraltar. En lugar de ocupar el terreno elevado, se encontraban formando una columna de marcha al pie de la colina.

—¡Browne! ¡Browne! —gritó sir Thomas mientras se dirigía a medio galope hacia la columna—. ¿Por qué está aquí? ¿Qué ocurre?

—La mitad del ejército francés está trepando por la maldita loma, sir Thomas.

—¿Dónde están los españoles?

—Echaron a correr como conejos.

Sir Thomas se quedó mirando fijamente a Browne durante un segundo.

—Bueno, mal asunto, Browne —dijo—, pero tiene que volver a dar media vuelta ahora mismo y atacar.

El comandante Browne abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quiere que ataque a la mitad de su ejército? —preguntó, incrédulo—. ¡He visto venir a seis batallones y una batería de artillería! Yo sólo tengo quinientos treinta y seis mosquetes. —Browne, abandonado por los españoles, observó la concentración de infantería y de cañones que se acercaba a la colina y decidió que la retirada era mejor que el suicidio. No había más tropas británicas a la vista y no tenía esperanzas de que le mandaran refuerzos, de manera que resolvió conducir a sus Flanqueadores de Gibraltar hacia el norte, alejándose de la colina. Y ahora le estaban diciendo que volviera, y él respiró hondo, como si se armara de valor para enfrentarse a la dura prueba—. Si tenemos que hacerlo —dijo, aceptando su suerte con estoicismo— lo haremos.

—Deben hacerlo —dijo sir Thomas—, porque necesito la colina. Lo siento, Browne, la necesito. Pero no se preocupe, el general Dilkes viene hacia aquí. Yo mismo lo haré venir en su ayuda.

Browne se volvió hacia su ayudante.

—¡Comandante Blakeney! ¡Línea de tiradores! ¡Volvemos colina arriba! ¡Echaremos a esos diablos!

—¿Sir Thomas? —lo interrumpió un edecán que señaló hacia la cima, donde ya empezaban a aparecer los primeros batallones franceses. Comenzaban a verse casacas azules contra la línea del horizonte, un gran despliegue de casacas azules dispuestos a bajar por la ladera y a abrirse camino por el pinar.

Sir Thomas miró a los franceses.

—La división ligera no los detendrá, Browne —dijo—. Tendrá que lanzarles unas cuantas descargas.

—¡Orden cerrado! —les gritó Browne a sus soldados, que ya habían empezado a desplegarse para formar una línea de tiradores.

—Ahí arriba tienen una batería de cañones, sir Thomas —comentó el edecán en voz baja.

Sir Thomas hizo caso omiso de la información. Daba igual si los franceses tenían

toda la artillería del emperador en la cima; aun así había que atacarlos. Había que echarlos de la colina, lo cual implicaba que las únicas tropas disponibles tenían que ascender por la ladera y efectuar un asalto que mantuviera a los franceses en su lugar hasta que los guardias del general Dilkes vinieran en su ayuda.

—Vaya con Dios, Browne —dijo sir Thomas en voz tan baja que el comandante no lo oyó. Sir Thomas sabía que estaba enviando a la muerte a los hombres de Browne, pero tenían que morir para dar tiempo a que llegara la Guardia. Mandó a un edecán a buscar a los hombres de Dilkes—. Dígame que no haga caso de mi última orden —dijo sir Thomas— y que traiga a sus hombres aquí con suma rapidez. ¡Con suma rapidez! ¡Vaya!

Sir Thomas había hecho lo que había podido. La costa entre los pueblos de Barrosa y Bermeja era tres kilómetros de confusión, en los que se desarrollaban dos ataques franceses: uno contra el pinar, mientras que el otro ya había capturado la crucial colina. Sir Thomas, consciente de que el enemigo se encontraba al borde de la victoria, debía jugárselo todo a la capacidad ofensiva de sus hombres. Sus dos brigadas estarían en inferioridad numérica, y una de ellas tenía que atacar cuesta arriba. Si cualquiera de las dos fracasaba, todo el ejército estaría perdido.

Los primeros rifles y mosquetes dispararon por detrás de él, en el monte abierto del otro lado del pinar.

Y Browne condujo a sus hombres ladera arriba.

CAPÍTULO 11

Sharpe y sus fusileros, acompañados todavía por el capitán Galiana, caminaron a través del ejército español, que en su mayor parte parecía estar descansando en la playa. Galiana desmontó al llegar al pueblo de Bermeja y guió a su caballo por entre las casuchas. Allí se encontraban el general Lapeña y sus ayudantes de campo, protegiéndose del sol bajo un armazón en el que había unas redes tendidas para secarse. En el pueblo había una torre de vigilancia cuya cúspide se hallaba atestada de oficiales españoles que miraban hacia el sur con catalejos. El sonido de los mosquetes provenía de esa dirección, pero llegaba muy amortiguado y en el ejército español nadie parecía particularmente interesado en él. Galiana volvió a montar al salir del pueblo.

—¿Ése era el general Lapeña? —preguntó Sharpe.

—Lo era —respondió Galiana con amargura. Había llevado el caballo al paso para evitar que el general se percatara de su presencia.

—¿Por qué le tiene antipatía? —le preguntó Sharpe.

—Por mi padre.

—¿Qué hizo su padre?

—Estaba en el ejército, como yo. Retó a Lapeña a un duelo.

—Lapeña no quiso batirse. Es un cobarde.

—¿Por qué discutieron?

—Por mi madre —repuso Galiana de manera cortante.

La playa al sur de Bermeja se hallaba vacía salvo por algunos botes de pesca arrimados a la arena. Los botes estaban pintados de azul, amarillo y rojo y tenían unos grandes ojos oscuros en las amuras. El sonido de los disparos de mosquete seguía siendo amortiguado, pero Sharpe vio alzarse humo al otro lado de los pinos que se extendían espesos tras las dunas. Anduvieron en silencio hasta que, quizás a unos ochocientos metros pasado el pueblo, Perkins afirmó haber visto una ballena.

—Lo que has visto —le dijo Slaterry— ha sido tu maldita ración de ron. La viste y te la bebiste.

—¡La vi, en serio señor! —apeló a Sharpe, pero a Sharpe no le importaba lo que Perkins hubiera visto o dejado de ver y no le hizo el menor caso.

—Una vez vi una ballena —terció Hagman—. Estaba muerta. Apestaba.

Perkins volvía a mirar el mar con la esperanza de ver lo que fuera que hubiese tomado por una ballena.

—¿Acaso tenía un espinazo de comadreja? —sugirió Harris. Todos se lo quedaron mirando.

—Otra vez se pasa de listo —dijo Harper con altivez—. No le hagan caso.

—Es Shakespeare, sargento.

—Por mí como si es el maldito arcángel san Gabriel; sólo está presumiendo.

—Había un tal sargento Shakespeare en el 48.º —comentó Slattery—, y era un sinvergüenza de marca mayor. Se asfixió con una nuez.

—¡No te mueres por una nuez! —terció Perkins.

—Él se murió. Se le puso la cara azul. Le estuvo bien empleado. Era un hijo de puta.

—¡Dios salve a Irlanda! —exclamó Harper. Sus palabras no las había provocado el fallecimiento del sargento Shakespeare, sino una cabalgada que bajaba ruidosamente por la playa hacia ellos. Las mulas del bagaje, que se estaban retirando por la playa en lugar de por el camino del pinar, se habían desbocado.

—¡No se muevan! —dijo Sharpe. Permanecieron en un grupo compacto y las mulas se separaron para pasar por ambos lados. Al pasar los muleros, el capitán Galiana les preguntó a gritos qué había pasado, pero ellos siguieron adelante.

—No sabía que hubieses estado en el 48.º, Fergus —dijo Hagman.

—Tres años, Dan. Luego se fueron a Gibraltar, pero yo caí enfermo y me quedé en los barracones. Casi me muero, ya lo creo.

Harris intentó agarrar una mula que pasaba, pero la mula lo esquivó.

—¿Y cómo es que te uniste a los Rifles? —preguntó.

—Yo era el criado del capitán Murray —respondió Slattery— y cuando se pasó a los Rifles me llevó con él.

—¿Qué hace un irlandés en el 48.º? Son de Northamptonshire.

—Los reclutan en Wicklow —repuso Slattery.

El capitán Galiana había logrado detener a un mulero y el fugitivo le explicó una historia confusa sobre un abrumador ataque francés.

—Dice que el enemigo ha tomado esa colina —dijo Galiana, señalando el Cerro del Puerco.

Sharpe sacó el catalejo y, utilizando de nuevo a Perkins como apoyo, miró a lo alto de la colina. En la cima vio una batería francesa y al menos cuatro batallones de casacas azules.

—Están allí arriba —confirmó. Desplazó la lente hacia el pueblo situado entre la colina y el mar y allí vio caballería española. También había infantería española, dos o tres mil, pero habían marchado un pequeño trecho hacia el norte y en aquellos momentos descansaban entre las dunas de la parte superior de la playa. Ni la caballería ni la infantería parecían preocupadas por la procesión francesa de la colina y el sonido de la batalla no provenía de sus laderas, sino del otro lado del pinar, a la izquierda de Sharpe.

Sharpe le ofreció el catalejo a Galiana, mas éste lo rechazó mediante una señal de su cabeza.

—Ya tengo el mío —dijo—, ¿qué están haciendo?

—¿Quiénes? ¿Los franceses?

—¿Por qué no atacan colina abajo?

—¿Qué están haciendo esas tropas españolas? —preguntó Sharpe.

—Nada.

—Lo cual significa que no les necesitan, y eso probablemente implica que hay muchos soldados esperando a que los franchutes bajen por la colina, y mientras el combate se libre allí —hizo un gesto con la cabeza hacia el pinar—, allí es donde voy a ir. —El tropel de mulas asustadas ya había pasado de largo. Los muleros seguían apresurándose hacia el norte, recogiendo las hogazas de pan duro que se habían caído de las alforjas de los animales. Sharpe tomó una y la partió por la mitad.

—¿Estamos buscando al 8.º, señor? —le preguntó Harper mientras caminaban hacia los pinos.

—Sí, lo busco, pero no creo que lo encuentre —respondió Sharpe. Una cosa era manifestar la aspiración de encontrar al coronel Vandal, y otra bien distinta dar con él en medio de aquel caos. Ni siquiera sabía si el 8.º francés estaba allí y, de ser así, podían estar en cualquier parte. Sabía que unos cuantos franceses merodeaban al otro lado del riachuelo, donde amenazaban la ruta del ejército hacia Cádiz. Había muchos más en aquella distante colina y estaba claro que otro contingente se hallaba al otro lado del pinar. Allí era donde se oían los disparos, de modo que Sharpe iría en esa dirección. Caminó hacia lo alto de la playa, subió por un risco arenoso y se adentró en la sombra de los pinos. Galiana, que no parecía tener ningún plan salvo el de permanecer con Sharpe, desmontó de nuevo porque las ramas de los pinos le molestaban.

—Usted no tiene que venir, Pat —dijo Sharpe.

—Ya lo sé, señor.

—Quiero decir que no tiene nada que hacer aquí —puntualizó Sharpe.

—Está el coronel Vandal, señor.

—Si lo encontramos —dijo Sharpe sin confianza—. La verdad es, Pat, que estoy aquí porque me gusta sir Thomas.

—Todo el mundo habla bien de él, señor.

—Y éste es nuestro trabajo, Pat —añadió Sharpe en tono más áspero—. Hay un combate y somos soldados.

—¿De modo que tenemos algo que hacer aquí?

—Claro que sí, maldita sea.

Harper anduvo unos pasos en silencio.

—Entonces, no iba a dejarnos regresar, ¿verdad?

—¿Se hubiera marchado?

—Estoy aquí, señor —dijo Harper, como si con eso respondiera a Sharpe. Los disparos de mosquete que se oían por delante de ellos se intensificaron. Hasta

entonces habían sonado como en una escaramuza, el chasquido de la infantería ligera disparando de manera independiente, pero ahora penetraba entre los árboles el poderoso ruido de las descargas cerradas. Por detrás de él Sharpe oyó el nítido clamor de las trompetas y el ritmo de los tambores, mas no reconoció la melodía, por lo que supo que la banda que tocaba debía de ser francesa. Una serie de estrépitos más fuertes anunciaron que los cañones estaban disparando. Las balas pasaron silbando entre los árboles, abatiendo ramas y hojas de pino. Los franceses disparaban metralla y la atmósfera olía a resina y a humo de pólvora.

Alcanzaron un camino lleno de rodadas de las cureñas. Había unas cuantas mulas sujetas a los árboles, vigiladas por tres casacas rojas con vueltas amarillas.

—¿Ustedes son los Hampshire? —preguntó Sharpe.

—Sí, señor —contestó un soldado.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé, señor. Nos acaban de ordenar que vigilemos las mulas.

Sharpe siguió adelante. Los cañones disparaban sin parar y las descargas retumbaban rítmicamente, pero los dos bandos no se habían acercado todavía puesto que los tiradores seguían desplegados. Sharpe lo supo por el sonido. Las balas de mosquete y de metralla pasaban rápidamente por entre los árboles, agitando las ramas como un viento repentino.

—Esos malditos cabrones están disparando alto —comentó Harper.

—Siempre lo hacen, gracias a Dios —repuso Sharpe. El fragor de la batalla se fue intensificando a medida que se acercaban a la linde del bosque. Un fusilero portugués, cuyo uniforme pardo se había teñido de negro con la sangre, yacía muerto junto a un tronco de pino. Era evidente que se había arrastrado hasta allí, pues había dejado un rastro de sangre en la pinocha. Retenía un crucifijo en la mano izquierda y el rifle todavía en la derecha. A unos cinco pasos más allá había un casaca roja tendido en el suelo, temblando y ahogándose, con un oscuro agujero de bala en la vuelta amarilla de su guerrera.

Entonces Sharpe salió de los árboles.

Y se encontró una terrible carnicería.

* * * *

El comandante Browne subió por la colina a pie y dejó el caballo atado al tronco de un pino. El comandante iba cantando mientras subía. Tenía buena voz, muy valorada en las actuaciones con las que mataban el tiempo en la plaza fuerte de Gibraltar.

—«¡Ánimo, valientes! —cantaba—. Pues vamos hacia la gloria, para sumar algo más a este maravilloso año. Os llamamos para obtener honor, no para acosaros como a esclavos, pues ¿quién hay más libre que los hijos de las olas?» —Era una canción

de la marina, cantada con mucha frecuencia por las tripulaciones que habían desembarcado en Gibraltar, y sabía que no era del todo apropiada para aquel ataque por la ladera norte del Cerro del Puerco, pero al comandante le gustaba *Corazón de roble*—. ¡Quiero oírles! —gritó, y las seis compañías de su improvisado batallón entonaron el estribillo.

—«Nuestros barcos tienen el corazón de roble, nuestros soldados tienen el corazón de roble —cantaron en tono desigual—. Siempre estamos listos, ¡preparados, muchachos, preparados! Lucharemos y conquistaremos una y otra vez.»

En el breve silencio que siguió al estribillo el comandante oyó claramente el chasquido de los disparadores de las armas que se montaron en la cima de la colina. Distinguía cuatro batallones de infantería francesa allí arriba y sospechaba que habría más, pero los cuatro que podía ver estaban amartillando los mosquetes, preparándose para matar. Hacían avanzar un cañón a pulso para que su boca apuntara cuesta abajo. Una banda tocaba en la cima. Tocaba una canción alegre, música para matar, y Browne se sorprendió a sí mismo tamborileando con los dedos en la empuñadura de la espada al ritmo de la melodía francesa.

—¡Un asqueroso ruido francés, muchachos —gritó—, no le hagáis ni caso! —«Ya falta poco, falta muy poco», pensó, deseando tener su propia banda para tocar una melodía británica como era debido. No tenía músicos, por lo que en lugar de eso cantó el último verso de *Corazón de roble* con voz estentórea—: «Seguiremos asustándolos, seguiremos haciéndolos huir, los aniquilaremos en tierra como hicimos en el mar. ¡Ánimo, muchachos! ¡Y con una sola voz cantemos, nuestros soldados, nuestros marineros, nuestros jefes, nuestro rey!»

Los franceses abrieron fuego.

La cima de la colina desapareció en una riada de asfixiante humo de pólvora de un color gris blanquecino, y en el centro, allí donde estaba desplegada la batería, el humo era más denso aún, un repentino estallido de una arremolinada oscuridad surcada por unas llamas en medio de las cuales estallaban los botes de metralla y las balas pasaban silbando ladera abajo y a Browne, que iba pegado a sus hombres, le pareció que habían caído casi la mitad. Vio una niebla de sangre sobre sus cabezas, oyó los primeros gritos ahogados y supo que pronto empezaría los chillidos. Entonces, los sargentos y cabos encargados de cerrar las filas gritaron ordenando a los soldados que se concentraran en el centro.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas!

—¡Arriba, chicos, arriba! —gritó Browne—. ¡Démosles una paliza! —Había empezado con quinientos treinta y seis mosquetes. Ahora tenía poco más de trescientos. Los franceses tenían al menos mil más y Browne, al pasar sobre un cuerpo abatido, vio titilar las baquetas enemigas en la humareda que empezaba a disiparse. Pensó que era un milagro que estuviera vivo. Un sargento pasó

tambaleándose por su lado; le habían arrancado la mandíbula inferior de un disparo y la lengua le colgaba como si fuera una barba de sangre chorreante—. ¡Arriba, muchachos —gritó Browne—, hacia la victoria! —Disparó otro cañón y tres soldados salieron despedidos hacia atrás, chocando con las filas traseras y manchando la hierba con densos goterones de sangre—. ¡Vamos rumbo a la gloria! —exclamó Browne, y cuando los mosquetes franceses empezaron a disparar de nuevo vio que un muchacho que estaba cerca de él se agarraba el vientre con los ojos muy abiertos y la sangre se deslizaba entre sus dedos—. ¡Adelante! —gritó Browne—. ¡Adelante! —Una bala alcanzó su sombrero bicornio haciéndolo girar. Él llevaba la espada desenvainada. Los franceses disparaban los mosquetes en cuanto los recargaban, no aguardaban las órdenes para lanzar descargas cerradas, y la humareda se inflaba en la cima. Browne oía el sonido de las balas que alcanzaban su blanco en la carne de los soldados, que golpeaban contra las culatas de los mosquetes, y supo que había cumplido con su deber y que no podía hacer más. Sus soldados supervivientes se refugiaron en los más leves desniveles de la cuesta o detrás de los matorrales y empezaron entonces a defenderse, sirviendo de línea de tiradores, y no podían hacer más que eso. Faltaba la mitad de sus hombres, estaban tendidos en la ladera, o regresaban cojeando, o morían desangrados, o lloraban de dolor— y las balas de mosquete seguían zumbando, silbando y machacando las filas rotas.

El comandante Browne caminó de un lado a otro de la línea. Aunque mal se le podía llamar línea. Las filas y columnas habían desaparecido, destrozadas por la artillería o acribilladas por las balas de mosquete, pero los vivos no se habían retirado. Estaban devolviendo el fuego. Cargando y disparando, formando pequeñas nubes de humo que los ocultaban al enemigo. Tenían en la boca la acritud del salitre de la pólvora y las mejillas quemadas por las chispas de las llaves de sus armas. Los soldados heridos subían como podían para unirse a la línea, donde cargaban y disparaban.

—¡Bien hecho, muchachos! —gritó Browne—. ¡Bien hecho! —Creía que iba a morir. Sentía tristeza por ello pero su deber era seguir en pie, recorrer la línea, dar gritos de ánimo y esperar la metralla o la bala de mosquete que pusiera fin a su vida—. «¡Ánimo, muchachos! —cantó—. Pues vamos rumbo a la gloria, para sumar algo más a este maravilloso año; os llamamos para obtener honor, no para acosaros como a esclavos, pues ¿quién es más libre que los hijos de las olas?» —Un cabo cayó de espaldas con los sesos derramándose por su frente. El soldado debía de estar muerto, pero su boca siguió moviéndose de manera compulsiva hasta que Browne se inclinó y le empujó suavemente la mandíbula hacia arriba.

Blakeney, su ayudante, seguía vivo y, al igual que Browne, milagrosamente ileso.

—Nuestros valientes aliados —dijo Blakeney tocándole el codo a Browne y señalando colina abajo. Browne se volvió a mirar y vio que la brigada española que

había huido de la colina estaba descansando a menos de cuatrocientos metros de distancia, sentados en las dunas. Apartó la mirada. Tanto podía ser que vinieran como que no, y Browne sospechaba que no lo harían—. ¿Quiere que vaya a buscarlos? —preguntó Blakeney, gritando por encima del ruido de los mosquetes.

—¿Cree usted que vendrán?

—No, señor.

—Y yo no puedo darles órdenes —dijo Browne—. No tengo el rango suficiente. Y esos cagones están viendo que necesitamos ayuda y no se mueven. Prescindamos de esos hijos de puta —siguió andando—. ¡Los están conteniendo, muchachos! —gritó—. ¡Los están conteniendo!

Y era cierto. Los franceses habían roto el ataque de Browne. Habían destrozado las filas rojas, habían hecho pedazos a los Flanqueadores de Gibraltar, pero los franceses no avanzaban cuesta abajo hacia el lugar donde los supervivientes de Browne hubieran sido presa fácil de sus bayonetas. Ellos en cambio disparaban, arremetiendo a tiros contra el desbaratado batallón en tanto que los casacas rojas, los soldados de Lancashire, los Santos de Norfolk y los Cola Plateada de Gloucestershire, respondían a los disparos. El comandante Browne los veía morir. Un chico de los Cola Plateada retrocedió tambaleándose cuando los afilados restos de un bote de metralla le arrancaron el brazo izquierdo, de manera que éste le quedó colgando por los tendones y las costillas rotas asomaban, blancas, por entre el rojo amasijo de su pecho destrozado. Se desplomó y empezó a jadear llamando a su madre. Browne se arrodilló y le sostuvo la mano al chico. Quiso contener la herida, pero era demasiado grande, de modo que el comandante, que no sabía de qué otra forma consolar al muchacho, le cantó.

Y al pie de la colina, allí donde el pinar tenía su caótico fin, la brigada del general Dilkes formó en dos filas. Estaban allí el segundo batallón del Primero de la Guardia de Infantería, tres compañías del segundo batallón del 3.º de la Guardia de Infantería, dos compañías de fusileros y la mitad del 67.º de Infantería, que de algún modo se había enredado con los hombres de Dilkes y, en lugar de ir a reunirse con el resto de su batallón, se habían quedado para combatir con los Guardias y los Deshollinadores. El general Dilkes desenvainó la espada y se enroscó el ceñidor con borla en la muñeca. Tenía órdenes de tomar la colina. Miró hacia arriba y vio la cuesta plagada de soldados heridos de la unidad de Browne. Vio también que sus hombres se hallaban en terrible inferioridad numérica y dudaba que pudieran echar a los franceses de la cima, pero tenía órdenes que cumplir. Sir Thomas Graham, que era quien le había dado dichas órdenes, iba detrás de los brillantes estandartes del 3.º de la Guardia de Infantería, los escoceses, y en aquel momento estaba mirando a Dilkes con preocupación, como si sospechara que estaba retrasando la orden de atacar.

—¡Hágalos avanzar! —dijo Dilkes con gravedad.

—¡La brigada avanzará! —bramó el ayudante de brigada. Un tambor dio un golpe, luego un redoble, respiró hondo y empezó a marcar el ritmo—. ¡Por el centro! ¡Marchen!

Empezaron a ascender.

* * * *

Mientras su colega el general Ruffin atacaba la colina, el general Leval avanzó hacia el pinar. Disponía de seis batallones que, entre todos, contaban con cuatro mil hombres que marchaban en un ancho frente. Leval mantuvo a dos batallones detrás de los cuatro que avanzaban en columnas de divisiones. Los batallones franceses sólo contaban con seis compañías y una columna de divisiones tenía dos compañías de ancho y tres de fondo. Sus tambores les marcaban el paso.

El coronel Wheatley disponía de dos mil hombres para enfrentarse a aquellos cuatro mil y empezó de una manera desorganizada. Cuando se dio la orden de hacer conversión derecha y prepararse para el combate, sus unidades se encontraban en orden de marcha allí donde había reinado la confusión entre los pinos. Dos compañías de la Guardia de Coldstream marchaban entre los soldados de Wheatley, pero no había tiempo para mandarlos al sur para que se reunieran con las unidades de Dilkes a las que pertenecían, de modo que marcharon hacia la batalla a las órdenes de Wheatley. Faltaba la mitad del 67.º de Hampshire. Estas cinco compañías se habían encontrado a las órdenes de Dilkes, mientras que las cinco restantes estaban en el lugar que les correspondía con Wheatley. En resumidas cuentas, aquello era un caos, y la espesura de los pinos implicaba que los oficiales de batallón no pudieran ver a sus hombres, pero los oficiales de compañía y los sargentos hicieron bien su trabajo y llevaron a los casacas rojas hacia el este a través de los árboles.

Los primeros en salir de los pinos fueron cuatrocientos fusileros y trescientos tiradores portugueses que llegaron a toda marcha. Muchos de sus oficiales iban a caballo y los franceses, asombrados al ver salir del bosque al enemigo, pensaron que la caballería estaba a punto de atacar. Dicha impresión se reforzó cuando diez tiros de artillería, ochenta caballos en total, aparecieron de repente de entre los árboles a la izquierda del frente francés. Seguían un camino que conducía a Chiclana, pero en cuanto salieron de los árboles viraron bruscamente a la derecha levantando una nube de arena y polvo. Los dos batallones franceses más cercanos, como sólo veían caballos en medio de una polvareda, formaron en cuadro para rechazar a la caballería.

Los artilleros saltaron de los arzones, alzaron los timones de los cañones y apuntaron las bocas mientras llevaban a los caballos a cubierto de los pinos.

—¡Utilicen granadas! —gritó el comandante Duncan. Se trajeron las granadas de los arzones y los oficiales cortaron las mechas. Las dejaron cortas porque los

franceses se hallaban cerca. Entre los franceses reinó también una repentina confusión. Dos batallones habían formado en cuadro, listos para recibir a una caballería inexistente, y el resto vacilaba cuando los cañones británicos abrieron fuego. Las granadas recorrieron con un silbido los casi trescientos metros de monte, dejando todas ellas su pequeña estela temblorosa del humo de la mecha, y Duncan, que colocó bien su caballo a un lado de las baterías para que el humo de las bocas no le tapara la visión, vio que las granadas apartaban violentamente a los soldados de uniforme azul y que luego estallaban en el centro de sus cuadros—. ¡Bien! ¡Bien! —gritó, y en aquel preciso momento abrió fuego la línea de tiradores formada por fusileros y cazadores cuyos rifles y mosquetes traquetearon y los franceses parecieron retroceder ante la descarga. Las primeras filas de las columnas devolvieron el fuego, pero los tiradores se hallaban diseminados por todo el frente francés y suponían un blanco muy pequeño para los torpes mosquetes, mientras que los franceses estaban formados en orden cerrado y los rifles difícilmente podían fallar. Las baterías gemelas situadas a la derecha de la línea británica dispararon de nuevo. Entonces Duncan vio unos tiros de caballos franceses que eran conducidos a toda prisa por el monte. Contó seis cañones—. ¡Carguen balas! —exclamó—. ¡Tuerzan a la derecha! —Los soldados movieron los timones de los cañones con espeques para cambiar de objetivo—. ¡Disparen a su artillería! —ordenó Duncan.

Los franceses se estaban recuperando. Los dos batallones formados en cuadro se habían percatado de su error y se estaban desplegando de nuevo en columnas. Los edecanes galopaban entre los batallones, ordenándoles que avanzaran, que dispararan, que rompieran la delgada línea de tiradores con descargas de mosquete concentradas. Los tambores empezaron a sonar de nuevo, tocando el *pas de charge* y haciendo pausas para dejar que los soldados gritaran: *Vive l'empereur!* El primer intento fue débil, pero los oficiales y sargentos ordenaron a voz en cuello a sus hombres que gritaran más fuerte, así que la segunda vez el grito de guerra fue firme y desafiante. *Vive l'empereur!*

«*Tirez!*», gritó un oficial francés, y las primeras filas del 8.º de línea lanzaron una descarga contra los tiradores portugueses que tenían delante. «*Marchez! En avant!*» Era el momento de asumir las bajas y aplastar a los tiradores. Los cañones británicos habían dirigido su fuego contra la batería francesa, por lo que no cayeron más granadas sobre las tropas. «*Vive l'empereur!*» Las ocho filas situadas detrás de los soldados que iban al frente de cada columna pasaron sobre los muertos y moribundos. «*Tirez!*». Otra descarga de mosquetería. Cuatro mil soldados marchaban contra setecientos. La batería francesa disparó botes de metralla contra el frente de las columnas y la hierba se inclinó violentamente, como barrida por una repentina ráfaga de viento. Los cazadores portugueses y los fusileros británicos saltaron por los aires y cayeron de nuevo, ensangrentados. La línea de tiradores se estaba retirando. Los

mosquetes franceses se encontraban demasiado cerca y los seis cañones enemigos los enfilaban. Hubo un breve respiro cuando los artilleros franceses, a punto de verse entorpecidos por las columnas que avanzaban, agarraron las cuerdas de arrastre y, a pesar de que los proyectiles surcaban el aire a su alrededor, desplazaron sus cañones unos cien pasos más adelante. Dispararon de nuevo y más tiradores quedaron convertidos en unos andrajos ensangrentados. Los franceses intuían la victoria y los cuatro batallones que iban en cabeza apretaron el paso. Sus disparos eran irregulares porque resultaba difícil cargar el arma en marcha, así que algunos soldados calaron las bayonetas. Los tiradores británicos retrocedieron a toda marcha, casi hasta la linde del bosque. Los dos cañones situados a la izquierda de Duncan se percataron del peligro, dieron la vuelta y lanzaron botes de metralla contra el frente del batallón francés más cercano. Los soldados de sus primeras filas fueron abatidos en medio de una neblina de sangre, como guadañados por una dalla gigante.

De pronto la orilla del bosque se llenó de soldados. Los Cola Plateada estaban a la izquierda de la línea de Wheatley y junto a ellos se encontraban las dos compañías huérfanas de los Coldstream. Los irlandeses de Gough se hallaban a la derecha de los Guardias, después estaba la mitad restante del 67.º y, por último, al lado de los cañones, dos compañías de los Coliflores, el 47.º.

—¡Alto! —tres gritos resonaron a lo largo de la línea de árboles.

—¡Esperen! —bramó un sargento. Algunos soldados habían alzado sus mosquetes—. ¡Esperen la orden!

—¡Formen a la derecha! ¡A la derecha!

Era una confusión de voces, las de los oficiales que gritaban desde sus caballos y las de los sargentos que volvían a formar las filas agitadas por la prisa en cruzar el bosque.

—¡Miren eso, muchachos! ¡Miren eso! ¡Una alegría matutina! —El comandante Hugh Gough, montado en un caballo castrado zaino del condado de Meath, cabalgaba detrás de su batallón del 87.º—. ¡Tenemos prácticas de tiro, queridos míos! —gritó—. Pero esperen un poco, esperen un poco.

Los batallones recién llegados recuperaron su formación.

—¡Háganlos avanzar! ¡Háganlos avanzar! —gritaron los ayudantes de campo de Wheatley, y la línea de dos en fondo penetró en el monte hacia los tiradores muertos y moribundos. Una bala de cañón francesa atravesó el 67.º, cortó a un soldado casi por la mitad, roció a una docena de ellos con la sangre del muerto y se llevó por delante el brazo de uno de la última fila—. ¡Cierren filas! ¡Cierren filas!

—¡Alto! ¡Apunten!

—*Vive l'empereur!*

—¡Fuego!

Las leyes inexorables de las matemáticas se impusieron entonces en el combate.

Los franceses superaban en número a los británicos en una proporción de dos a uno; sin embargo, los cuatro batallones franceses que iban en cabeza estaban desplegados en columnas de divisiones, lo cual significaba que cada batallón estaba formado en nueve filas con una media de unos setenta y dos soldados en cada una. Cuatro batallones con unas filas delanteras de setenta y dos hombres constituían un frente de menos de trescientos mosquetes. Ciertamente que los soldados de la segunda fila podían disparar por encima del hombro de sus compañeros, pero aun así, los cuatro mil hombres de Leval sólo podían utilizar seiscientos mosquetes contra la línea británica en la que todos los soldados podían disparar, y la línea de Wheatley contaba entonces con mil cuatrocientos efectivos. Los tiradores, que habían hecho su trabajo retrasando el avance francés, corrieron hacia los flancos. Entonces disparó la línea de Wheatley.

Las balas de mosquete azotaron el frente de las unidades francesas. Los casacas rojas quedaron ocultos por la humareda tras la cual recargaron.

—¡Disparen por secciones! —gritaron los oficiales, con lo que entonces empezarían las descargas escalonadas. Media compañía dispararía a la vez y luego lo haría la otra media, de manera que las balas nunca cesaban.

—¡Disparen bajo! —gritó un oficial.

La metralla hendió el humo. Un soldado retrocedió tambaleándose, había perdido un ojo y su rostro era una máscara ensangrentada, pero había mucha más sangre en los batallones franceses, donde las balas estaban convirtiendo las filas delanteras en osarios.

—¡Diantre! —exclamó Sharpe. Había salido del bosque a mano derecha de la línea británica. Delante de él, a su derecha, estaban los cañones de Duncan, todos los cuales retrocedían tres pasos o más con cada disparo. Junto a los cañones se hallaban los restos de los tiradores portugueses, que seguían disparando, y a su izquierda quedaba la línea de casacas rojas. Sharpe se unió a los portugueses de casaca parda. Tenían un aspecto demacrado, el rostro manchado de pólvora y los ojos blancos. Eran un batallón nuevo y nunca habían entrado en batalla hasta entonces, pero habían hecho su trabajo y ahora eran los casacas rojas los que disparaban descargas; no obstante, los portugueses habían sufrido de un modo horrible y Sharpe vio muchos cadáveres de casaca parda tendidos frente a los batallones franceses. También había casacas verdes, todos a la izquierda de la línea británica.

Los batallones franceses estaban extendiendo su frente. No lo estaban haciendo bien. Todos los soldados intentaban encontrar un lugar para disparar el mosquete, o si no trataban de encontrar refugio detrás de compañeros más valientes, y los sargentos los hacían salir a empujones sin orden ni concierto. Los botes de metralla pasaron aullando en torno a Sharpe, que volvió la vista atrás de manera instintiva para asegurarse de que ninguno de sus hombres fuera alcanzado. Estaban todos sanos y salvos, pero un tirador portugués que estaba agachado junto a Sharpe cayó de

espaldas con la garganta desgarrada.

—¡No sabía que estaba con nosotros! —exclamó una voz, y al volverse, Sharpe vio al comandante Duncan a lomos de un caballo.

—Aquí estoy —dijo Sharpe.

—¿Sus fusileros pueden desanimar a los artilleros?

Los seis cañones franceses estaban al frente. Dos de ellos ya habían quedado inutilizados, alcanzados por las balas de Duncan, pero los otros castigaban el ala izquierda de la línea británica con sus odiados botes de metralla. El problema de disparar contra la artillería era la enorme nube de humo sucio que quedaba flotando tras cada disparo, un problema que la distancia empeoraba. Estaban muy lejos, incluso para un rifle, pero Sharpe hizo avanzar a sus hombres con los portugueses y les dijo que dispararan contra los artilleros franceses.

—Es una tarea segura, Pat —le dijo a Harper—; a esto no se le puede llamar combatir.

—Siempre es un placer matar a un artillero, señor —dijo Harper—. ¿No es verdad, Harris?

Harris, que era el que más había expresado su deseo de no entablar ningún combate, amortilló su rifle.

—Siempre un placer, sargento.

—Pues dese un gusto. Mate a un maldito artillero.

Sharpe miró hacia la infantería francesa pero no pudo ver mucho porque el humo de los mosquetes flotaba frente a ella. Distinguió dos águilas a través de la humareda y tras ellas las pequeñas banderas fijadas en las alabardas que llevaban los hombres encargados de proteger las águilas. Oyó que los tambores seguían tocando el *pas de charge* aun cuando los franceses habían detenido su avance. El verdadero estrépito provenía de los mosquetes, del martilleo de las descargas cerradas, el ruido incesante, y si aguzaba el oído percibía el golpe de las balas contra los mosquetes o al hundirse en la carne. También oía los gritos de los heridos y los chillidos de los caballos de los oficiales abatidos por las balas. Y quedó asombrado, como siempre, por el coraje de los franceses. Les estaban dando duro y sin embargo allí seguían. Se hallaban detrás de un montón desordenado de hombres muertos, se apartaban poco a poco para dejar que los heridos retrocedieran arrastrándose, recargaban y disparaban y mientras tanto las descargas no dejaban de caer sobre ellos. Sharpe vio que el enemigo no mantenía ningún orden de batalla. Las columnas hacía rato que se habían roto para formar una línea densa que se extendía cada vez más a medida que los soldados encontraban espacio para utilizar sus mosquetes, pero aun así, la improvisada línea seguía siendo más densa y más corta que la británica. Sólo los británicos y los portugueses combatían en dos filas. Se suponía que los franceses lo hacían en tres filas cuando se desplegaban en línea, pero aquélla estaba amontonada, con seis o siete soldados en

fondo en algunos puntos.

Fue alcanzado un tercer cañón francés. Una bala destrozó una rueda y la pieza se inclinó hacia abajo al tiempo que los artilleros se apartaban de un salto.

—¡Buen disparo! —gritó Duncan—. ¡Una ración extra de ron para los servidores que lo hayan hecho! —No tenía ni idea de cuál de sus cañones había causado los daños, de modo que cuando terminara el combate les daría ron a todos. Una ráfaga de viento despejó la humareda de la batería francesa y Duncan vio a un artillero que se acercaba con una rueda nueva. Hagman, arrodillado entre los portugueses, vio a otro artillero que acercaba su botafuego al cañón francés más próximo, un obús. Hagman disparó y el artillero desapareció tras el corto cañón de la pieza.

Los británicos no tenían música que les inspirara. No había quedado espacio en los barcos para traer los instrumentos, pero sí habían venido los miembros de la banda armados con mosquetes y en aquellos momentos realizaban su tarea habitual en batalla: rescatar a los heridos y llevarlos hacia los árboles, donde trabajaban los cirujanos. Los demás casacas rojas seguían luchando. Hacían aquello para lo que habían sido entrenados, y lo que hacían era disparar un mosquete. Cargar y disparar, cargar y disparar. Sacar un cartucho, arrancar el extremo de un mordisco, cebar la cazoleta con una pizca de pólvora del extremo de cartucho arrancado, cerrar el rastrillo para que la pólvora no se cayera, apoyar la culata del mosquete en el suelo, verter el resto de la pólvora por el cañón caliente, meter luego el papel a modo de relleno, con la bala dentro, y atacarlo. Levantar el mosquete, amartillarlo, acordarse de disparar bajo porque el brutal retroceso del arma era como la coza de una mula, aguardar la orden y apretar el gatillo. «¡Fallo!», gritó un soldado, refiriéndose a que el percutor había provocado una chispa pero la carga del cañón no había prendido. Un cabo le arrebató el mosquete, le dio el de un soldado muerto y dejó el que había fallado detrás, sobre la hierba. Otro soldado tuvo que hacer una pausa para cambiar el pedernal, pero las descargas no cesaban.

Los franceses reaccionaban de forma más organizada, aunque nunca dispararían con la rapidez con la que lo hacían los casacas rojas. Estos últimos eran profesionales, mientras que la mayoría de los franceses eran conscriptos. Los habían convocado en sus depósitos y les habían dado instrucción, pero no se les permitía practicar con pólvora real. Por cada tres balas que los británicos disparaban en batalla, los franceses disparaban dos, de modo que las reglas matemáticas favorecían de nuevo a los casacas rojas si bien los franceses seguían superando en número a los británicos y, a medida que su línea se iba extendiendo, los dioses de las matemáticas iban inclinando de nuevo la balanza a favor de los soldados de casaca azul. Cada vez eran más los soldados del emperador que apuntaban sus mosquetes y cada vez eran más los casacas rojas a los que tenían que llevar al pinar. En el ala izquierda de la línea británica, donde no había artillería de apoyo, los Cola Plateada estaban

recibiendo un duro castigo. Ahora los sargentos estaban al mando de las compañías. Se enfrentaban a un enemigo que los doblaba en número, pues Leval había enviado a uno de sus batallones de apoyo para que sumara su fuego y la nueva unidad se había incorporado a la línea y atacaba con dureza con nuevos mosquetes. Ahora la lucha era como la de dos boxeadores acatando la disciplina y golpeando una y otra vez: cada puñetazo limpio hacía sangrar al contrincante, ninguno de los dos se movía y era un combate para ver cuál podía soportar más daño.

—¡Usted, señor, usted! —exclamó con brusquedad una voz por detrás de Sharpe, que se dio la vuelta, alarmado, y vio a un coronel a caballo, pero el coronel no lo estaba mirando a él, sino que le dirigía una mirada fulminante al capitán Galiana—. ¿Dónde diablos están sus hombres? ¿Habla usted inglés? ¡Por el amor de Dios, que alguien le pregunte dónde están sus hombres!

—No tengo soldados —se apresuró a admitir Galiana en inglés.

—¡Por Dios! ¿Por qué no nos manda soldados el general Lapeña?

—Iré a su encuentro, señor —dijo Galiana, que hizo dar la vuelta a su caballo en dirección al bosque ahora que tenía algo útil que hacer.

—Dígale que los quiero a mi izquierda —bramó el coronel mientras Galiana se alejaba—. ¡A mi izquierda! —El coronel era Wheatley, que estaba al mando de la brigada y que cabalgó de nuevo hasta el lugar donde el 28.º, los Petimetres, los Cola Plateada, los Rebanadores, se estaban convirtiendo en soldados muertos y moribundos. El sufrido batallón era el que se encontraba más cerca de las tropas españolas de Bermeja, pero Bermeja se hallaba a más de un kilómetro y medio del combate. Lapeña tenía allí a nueve mil soldados que se hallaban sentados en la arena con los mosquetes apilados mientras se comían lo que les quedaba de sus raciones. Un millar de españoles observaban a los franceses situados al otro lado del río Almanza, pero esos franceses no se movían. Hacía rato que habían terminado los combates más allá del río Sancti Petri y las garzas, animadas por el silencio entre los ejércitos, habían regresado para cazar entre los juncos.

Sharpe había sacado su catalejo. Sus fusileros seguían disparando contra los artilleros franceses pero sólo uno de los cañones enemigos permanecía todavía intacto. Era el obús, y Duncan había hecho pedazos a sus servidores con una ráfaga de metralla muy bien calculada.

—Denles a esos cabrones que están más cerca —dijo Sharpe, señalando la línea francesa, y entonces observó dicha línea a través del catalejo. Tuvo la sensación de que el combate había llegado a una pausa. No era que la matanza hubiera terminado, ni que los mosquetes hubiesen dejado de disparar, pero ninguno de los dos bandos hacía ningún movimiento para cambiar la situación. Estaban pensando, esperando, matando mientras esperaban, y a Sharpe le pareció que los franceses, a pesar de que los mosquetes de los casacas rojas superaban su potencia de fuego, habían obtenido

ventaja. Ellos tenían más soldados, por lo que podían permitirse perder el duelo de mosquetería, y su centro y ala derecha avanzaban poco a poco. No daba la impresión de ser un avance deliberado, sino más bien el resultado de la presión de los soldados de las filas traseras que empujaban a la línea francesa hacia el mar. Los cañones de Duncan, que ya habían dejado fuera de combate a la artillería francesa, estaban haciendo trizas el ala izquierda francesa, por lo que ésta se encontraba estancada, pero los cañones no habían afectado a su centro y ala derecha. Los franceses ya habían rebasado la línea de muertos, que era lo único que quedaba de sus filas delanteras iniciales, y su osadía era cada vez mayor. Sus disparos, por ineficientes que fueran según los parámetros británicos, se estaban cobrando numerosas víctimas. Con el ensanchamiento de la línea francesa y la incorporación de uno de sus dos batallones de reserva, las leyes de las matemáticas habían vuelto a inclinarse a favor de los franceses, que habían recibido lo peor de los británicos, habían sobrevivido y ahora avanzaban poco a poco hacia su enemigo debilitado.

Sharpe retrocedió unos pasos y miró más allá de la línea británica. No había tropas españolas a la vista y sabía que no había reservas británicas. Si los soldados del monte no podían hacer su trabajo, los franceses ganarían y el ejército quedaría convertido en una muchedumbre. Regresó con sus hombres, que en aquellos momentos disparaban contra la infantería francesa más cercana. Un águila apareció por encima de ellos y cerca del águila había un grupo de jinetes. Sharpe apuntó el catalejo otra vez y, justo antes de que el humo de los mosquetes ocultara el estandarte, lo vio.

El coronel Vandal. Estaba agitando el sombrero, animando a sus hombres a avanzar. Sharpe vio la borla blanca del sombrero, vio su fino bigote negro y sintió que lo invadía una oleada de fría furia.

—¡Pat! —gritó.

—¿Señor? —Harper se alarmó por el tono de la voz de Sharpe.

—He encontrado a ese hijo de puta —dijo Sharpe. Se descolgó el rifle del hombro. Todavía no lo había disparado, pero entonces lo amartilló.

Y los franceses intuían la victoria. Sería un triunfo conseguido con esfuerzo, pero sus tambores encontraron nuevas energías y la línea volvió a avanzar con una sacudida. «*Vive l'empereur!*»

* * * *

Al menos treinta oficiales habían cabalgado hacia el sur desde San Fernando. Habían permanecido en la Isla de León cuando las fuerzas de sir Thomas zarparon y aquel martes por la mañana los había despertado el sonido de los disparos. Como no estaban de servicio, habían ensillado sus caballos y cabalgado hacia el sur para

averiguar qué ocurría más allá del río Sancti Petri.

Se dirigieron hacia el sur por la larga playa atlántica de la Isla de León donde se les unieron una multitud de jinetes curiosos que venían de Cádiz y que también cabalgaban para presenciar el combate. Había incluso carruajes conducidos a toda prisa por la arena. Que tuviera lugar una batalla cerca de una ciudad no era algo que ocurriera todos los días. El sonido de los disparos que sacudía las ventanas de Cádiz había inducido a montones de espectadores a dirigirse al sur por el istmo.

El hosco teniente que vigilaba el puente de pontones hizo todo lo posible para evitar que dichos espectadores cruzaran el río, pero sus esfuerzos se vieron totalmente frustrados cuando una calesa se acercó rápidamente por el camino. Su conductor era un oficial británico que llevaba a una mujer de pasajera, y dicho oficial amenazó con utilizar su fusta contra el teniente si no se retiraba la barricada. No fue tanto la amenaza de la fusta como el lujoso despliegue de galón plateado del oficial lo que convenció al teniente, que cedió y se quedó mirando agriamente la calesa mientras ésta cruzaba el precario puente. Tenía la esperanza de que una rueda se saliera de los tablones y arrojara a los pasajeros al río, pero los dos caballos estaban en manos expertas y el vehículo ligero cruzó sin ningún percance y aceleró por la lejana playa. Los otros coches resultaban demasiado grandes para cruzar, pero la multitud de jinetes siguió a la calesa y apretaron el paso tras ella.

Lo que vieron cuando pasaron el improvisado fuerte español que protegía el puente de pontones fue una playa llena de soldados españoles que descansaban. Las monturas de la caballería estaban maneadas mientras sus jinetes reposaban con el rostro tapado con el sombrero. Algunos de ellos jugaban a cartas y el humo de los cigarros flotaba en la brisa. Mucho más adelante se encontraba la loma que dominaba Barrosa, envuelta por un humo distinto de aquél y más espeso que se alzaba en una sucia columna por encima de un pinar situado al este, mas en la playa junto al río reinaba la calma.

También reinaba la calma en Bermeja, donde el general Lapeña disfrutaba comiendo jamón frío con los miembros de su estado mayor. Miró sorprendido la calesa que pasó a toda velocidad y cuyas dos ruedas levantaron la arena del camino que pasaba frente a la iglesia del pueblo y la torre de vigilancia.

—¡Un oficial británico que va por el camino equivocado! —observó.

Hubo unas risas educadas. Sin embargo, algunos de los miembros del estado mayor del general se sentían avergonzados por no estar haciendo nada mientras los británicos luchaban, un sentimiento compartido profundamente por el general Zayas, cuyos soldados habían echado de la playa a la división de Villatte. Zayas había solicitado permiso para llevar a sus tropas más al sur y unirse al combate, una petición que fue redoblada cuando llegó el capitán Galiana montado en un caballo traspasado de sudor con el ruego del coronel Wheatley pidiendo ayuda. Lapeña se

negó de manera cortante a acceder a la petición.

—Nuestros aliados —había declarado presuntuosamente— sólo están librando un combate de retaguardia. Si hubieran acatado las órdenes, claro está, no hubiera sido necesario luchar, pero ahora nosotros debemos permanecer aquí para asegurarles una posición a la que puedan retirarse sin ningún percance. —Había mirado a Galiana con agresividad—. ¿Y usted qué está haciendo aquí? —le preguntó enojado—. ¿Acaso no está apostado en la guarnición de la ciudad? —Galiana, cuyo nerviosismo por abordar a Lapeña había provocado que su petición sonara áspera e incluso perentoria, ni siquiera se dignó contestar. Se limitó a dirigirle una mirada de absoluto desprecio al general y luego hizo dar la vuelta a su cansada montura y apretó el paso de vuelta al pinar—. Su padre era un idiota insolente —dijo Lapeña con dureza— y el hijo es igual. Necesita lecciones de disciplina. Tendrían que destinarlo a Sudamérica, a algún lugar donde haya fiebre amarilla.

Por un momento nadie dijo nada. El capellán de Lapeña sirvió vino, pero el general Zayas tapó su copa con la mano.

—Al menos déjeme atacar al otro lado del río —instó a Lapeña.

—¿Cuáles son sus órdenes, general?

—Las estoy pidiendo —perseveró Zayas.

—Sus órdenes —dijo Lapeña— son proteger el puente, y ésa es su obligación, con la que cumplirá mejor quedándose donde está.

Así pues, las tropas españolas permanecieron cerca del Río Sancti Petri mientras la calesa avanzaba a toda velocidad hacia el sur. Su conductor era el general de brigada Moon, quien había alquilado el coche en los establos de la casa de postas que había justo al salir de la ciudad. Él hubiera preferido ir a caballo, pero su pierna rota hacía que montar le resultara sumamente doloroso. La calesa sólo era algo más cómoda. Tenía la suspensión muy dura, y aunque Moon llevaba la pierna rota apoyada en el salvabarros que evitaba que la mayor parte de la arena que levantaban los cascos de los caballos le diera en la cara, el hueso que se estaba soldando aún le dolía. Vio un sendero en pendiente que se alejaba de la playa para adentrarse en el pinar y lo tomó con la esperanza de que el camino fuera mejor para sus caballos. Lo era, y Moon avanzó como una exhalación a la sombra de los árboles. Su prometida se aferraba al costado de la calesa y al brazo del general de brigada. La mujer se hacía llamar la marquesa de San Agustín, la marquesa viuda.

—No voy a llevarte donde vuelan las balas, querida —le dijo Moon.

—Me decepcionas —repuso ella. Llevaba un sombrero negro del que colgaba un fino velo que le tapaba el rostro.

—Una batalla no es lugar para una mujer. Y mucho menos para una mujer hermosa.

Ella sonrió.

—Me gustaría ver una batalla.

—Y la verás, la verás, pero desde una distancia prudencial. Puede que yo me acerque cojeando a echar una mano —Moon dio unas palmaditas a las muletas que estaban apoyadas a su lado—, pero tú tienes que quedarte en la calesa. Debes mantenerte a salvo.

—Contigo estoy a salvo —repuso la marquesa. El general de brigada le había dicho que después de la boda sería la señora Moon— *La Doña Luna*^[2] siempre estará a salvo contigo —le dijo, dándole un apretón en el codo. El general de brigada respondió a su afectuoso gesto con una carcajada—. ¿Y esto a qué viene? —preguntó la marquesa, ofendida.

—¡Estaba pensando en la cara que puso Henry Wellesley cuando te lo presenté anoche! —respondió el general de brigada—. ¡Parecía una luna llena!

—Parecía muy agradable —dijo la marquesa.

—¡Estaba celoso! ¡Se lo noté! No sabía que le gustaban las mujeres. Creía que era por eso por lo que su esposa salió corriendo, pero estaba más claro que el agua que le gustaste. Quizá me equivoqué con él.

—Fue de lo más educado.

—Es un jodido embajador, ¿cómo no iba a ser educado? Para eso está. —El general de brigada guardó silencio. Había visto un sendero que salía hacia el este a través del bosque y la curva era cerrada, pero él sabía guiar los caballos como un cochero y viró con maestría. Por delante de ellos el ruido de la batalla era más intenso y no muy lejano, por lo que tiró suavemente de las riendas para aminorar el paso de los caballos. A ambos lados del camino había soldados heridos—. No mires, querida —dijo. Había un hombre sin pantalones que se retorció con la entrepierna cubierta de sangre—. No tendría que haberte traído —añadió de manera cortante.

—Quiero conocer tu mundo —repuso ella, y le dio un apretón en el codo.

—Entonces debes perdonarme sus horrores —contestó él con galantería, y volvió a tirar de las riendas porque había salido de entre los árboles y la línea de casacas rojas bajo sus banderas desgarradas por las balas se hallaba a tan sólo unos cien pasos por delante. El terreno entre la calesa y los casacas rojas se encontraba cubierto de soldados muertos y heridos, de armas abandonadas y de hierba chamuscada—. Aquí estamos bastante lejos —dijo el general de brigada.

Los franceses habían reemplazado la rueda de uno de los doce libras y en aquellos momentos llevaban el cañón de vuelta a su posición original, pero el comandante de la batería sabía que no podía quedarse porque los cañones enemigos lo habían elegido como objetivo. Se había visto obligado a abandonar su único obús en la posición avanzada, pero no iba a perder su último cañón cargado con granadas. Ordenó al comandante de la pieza que disparara la granada contra los casacas rojas y que luego se retirara rápidamente. El botafuego rozó el estopín, la llama corrió hacia el oído y el

cañón disparó dejando una nube de humo denso tras el cual el comandante de la batería pudo arrastrar su última arma hacia una posición más segura.

La granada se estrelló contra las filas del 67.º, donde destripó a un cabo, le arrancó la mano izquierda a un soldado raso y luego cayó al suelo a unos veinte pasos por detrás de los hombres de Hampshire. La mecha humeaba profusamente mientras la granada iba rodando hacia los pinos. Moon la vio venir y arreó a los caballos hacia la derecha para alejarse del proyectil. Tomó las riendas con la mano derecha, con la que ya sostenía la fusta, y rodeó a la marquesa con el brazo izquierdo para protegerla. En aquel momento estalló la granada. Los pedazos de casquillo les pasaron silbando por encima de la cabeza y uno de ellos penetró de forma sangrienta en el vientre del caballo del lado izquierdo, que echó a correr como si tuviera al mismísimo diablo bajo sus cascos. Al otro caballo se le contagió el pánico y ambos se desbocaron. El general de brigada tiró de las riendas, pero los animales no pudieron soportar el ruido, el dolor y el hedor de la humareda y corrieron oblicuamente hacia la derecha con los ojos en blanco y desesperados. Vieron un hueco en la línea británica y se dirigieron hacia él a galope tendido. La ligera calesa iba dando botes de manera alarmante, por lo que tanto el general como la marquesa tuvieron que agarrarse desesperadamente. Pasaron por el hueco como una exhalación. Por delante de ellos había humo y cadáveres, y más allá el aire libre. El general de brigada volvió a tirar de las riendas con todas sus fuerzas; la rueda del lado del conductor golpeó contra un cadáver y la calesa se ladeó. Eran unos vehículos bien conocidos por sus accidentes; la marquesa cayó al suelo y el general fue detrás, profiriendo un grito repentino al golpearse la pierna rota contra la rabera de la calesa. Las muletas saltaron por los aires y los caballos siguieron corriendo hasta que se perdieron de vista en el monte con la calesa haciéndose pedazos tras ellos. Moon y la mujer que él esperaba que se convirtiera en Doña Luna quedaron en el suelo, cerca del obús abandonado en el flanco de la columna francesa.

La cual avanzó con una sacudida y gritó: «*Vive l'empereur!*»

CAPÍTULO 12

Sir Thomas Graham se sentía culpable. Si hubiera apostado tres batallones británicos en la cima del Cerro del Puerco, éste no habría caído en manos francesas. Ahora lo había hecho y él tenía que confiar en que el coronel Wheatley mantuviera la larga línea del pinar en tanto que los hombres de Dilkes enmendaban el error de sir Thomas. Si fracasaban, y si la división francesa descendía por la colina y se dirigía rápidamente hacia el norte, se situarían en la retaguardia de Wheatley y tendría lugar una masacre. Había que expulsar a los franceses de la colina.

El general Ruffin tenía cuatro batallones en la cima y mantenía a dos batallones especialistas de granaderos de reserva. Aquellos soldados ya no llevaban granadas; se contaban en cambio entre los soldados más corpulentos de la infantería y eran famosos por su ferocidad en combate. El mariscal Victor, que sabía tan bien como sir Thomas Graham que la colina era la clave de la victoria, había cabalgado para reunirse con Ruffin; desde la cima, junto a la capilla en ruinas, Victor vio que la división de Leval avanzaba poco a poco hacia la pineda. Bien. Dejaría que lucharan solos y haría bajar a los hombres de Ruffin para ayudarlos. La playa estaba vacía en su mayor parte. Una brigada de infantería española descansaba no muy lejos del pueblo pero por alguna razón no participaba en el combate, en tanto que el resto del ejército español se hallaba a un largo trecho hacia el norte y, por lo que el mariscal vio a través de su catalejo, ni siquiera se molestaba en moverse.

La primera línea de Ruffin, de cuatro batallones, contaba con más de dos mil hombres. Al igual que los franceses del monte, formaban en columnas de divisiones y por debajo de ellos, en la ladera, había centenares de cuerpos, los restos del batallón del comandante Browne. Más allá de estos cadáveres había casacas rojas que al parecer habían acudido a retomar el Cerro del Puerco.

—¿Unos mil quinientos de esos malditos ingleses, quizá? —Victor calculó el número de recién llegados.

—Sí, calculo que algo así —dijo Ruffin. Era un hombre enorme, de bastante más de metro ochenta de estatura.

—Creo que éstos son los Guardias ingleses —dijo Victor. Estaba mirando a la brigada de Dilkes por el catalejo y veía claramente el estandarte azul del regimiento del Primero de la Guardia de Infantería—. Están sacrificando a sus mejores hombres —añadió el mariscal alegremente—, de modo que vamos a complacerles. ¡Arrasemos a esos cabrones!

Los ingleses habían empezado a subir por la colina. Había mil cuatrocientos, miembros de la Guardia en su mayor parte, pero con la mitad del 67.º a su derecha y, tras los soldados de Hampshire, más próximos al mar, dos compañías de fusileros. Avanzaron lentamente. Algunos de ellos habían recorrido más de kilómetro y medio a

paso ligero para alcanzar el pie de la colina y, tras pasar la noche en vela de un lado para otro, estaban cansados. No siguieron la ruta del comandante Browne hasta la cima, sino que ascendieron más cerca de la playa, donde la ladera era mucho más empinada y los cañones franceses no podían inclinarse lo suficiente para dispararles, al menos mientras se hallaran en la pendiente más baja. Avanzaron en línea, pero aquella parte de la colina era accidentada, con un terreno arbolado y escabroso, por lo que la línea no tardó en perder la formación y dio la impresión de que los británicos se acercaban en un desorden amorfo que se extendía por el cuadrante noroeste del cerro.

El mariscal Victor aceptó un trago de vino de la cantimplora de un ayudante de campo.

—Dejémosles llegar casi a la cima —le sugirió a Ruffin—, pues allí los cañones pueden hacerlos pedazos. Obsequiémosles con botes de metralla, con una descarga de mosquetes y luego avancemos hacia ellos.

Ruffin asintió con la cabeza. Era exactamente lo que él había planeado hacer. La colina era empinada y cuando los británicos hubieran ascendido las tres cuartas partes de su falda estarían sin aliento, entonces los atacaría con cañones y mosquetes. Abriría boquetes en sus filas y luego mandaría a los cuatro batallones de infantería ladera abajo con bayonetas. Arrasarían a los británicos y el caos reinaría entre sus fugitivos antes de que alcanzaran el pie de la loma, entonces la infantería y los dragones podrían darles caza por la playa y el pinar. Pensó que luego podría enviar a los granaderos a que atacaran el flanco sur de la otra brigada británica.

Los casacas rojas ascendieron. Los sargentos se esforzaban por mantener la línea recta, pero era inútil en un terreno tan accidentado como aquél. Los *voltigeurs* franceses, los tiradores, habían descendido un trecho y disparaban contra los atacantes.

—¡No devuelvan los disparos! —gritó sir Thomas—. ¡Reserven las balas! ¡Les lanzaremos una descarga cerrada cuando llegemos a lo alto! ¡No disparen! —La bala de un *voltigeur* le arrancó el sombrero a sir Thomas sin tocar su cabello cano. Él hizo avanzar a su caballo—. ¡Vamos, valientes! —gritó—. ¡Arriba! —Cabalgaba entre los últimos soldados del Tercero de la Guardia de Infantería, sus amados escoceses—. Éste es nuestro territorio, muchachos. ¡Echemos de aquí a esos granujas!

Los soldados del comandante Browne, los que aún seguían con vida, todavía estaban en la colina y continuaban disparando hacia arriba.

—¡Aquí viene la Guardia, muchachos! —gritó Browne—. ¡Ahora aseguraré todas nuestras vidas por medio dólar! —Había perdido a dos tercios de sus oficiales y a más de la mitad de sus soldados, pero ordenó a los supervivientes que cerraran filas y que se unieran al flanco del Primero de la Guardia de Infantería.

—Son idiotas —comentó el mariscal Victor, con más desconcierto que desprecio. ¿Mil quinientos hombres esperaban tomar una colina de sesenta metros guarnecida con artillería y con cerca de tres mil soldados de infantería? Bueno, la insensatez de los británicos sería su oportunidad—. Lánceles su descarga en cuanto la artillería haya disparado —le dijo a Ruffin—. Después hágalos bajar con las bayonetas —espoleó su caballo para acercarse a la batería—. Aguarde aquí hasta que estén a medio tiro de pistola —indicó al comandante de la batería. A esa distancia no podía fallar ninguno de los cañones. Sería una carnicería—. ¿Con qué ha cargado?

—Con botes de metralla.

—Buen chico —dijo Victor. Miró el fastuoso estandarte del Primero de la Guardia de Infantería y se imaginó las dos banderas desfilando por París. ¡El emperador estaría encantado! ¡Apoderarse de las banderas de la mismísima guardia del rey de Inglaterra! Pensó que probablemente el emperador usaría las banderas de mantel, o quizá de sábanas sobre las que fornicar con su nueva novia austríaca, y la idea hizo que se riera en voz alta.

En aquellos momentos los *voltigeurs* se apresuraban cuesta arriba porque la línea británica se acercaba. Ya les faltaba poco para llegar, pensó Victor. Dejaría que llegaran casi a la cima porque así la línea se situaría justo delante de sus seis cañones. Echó un último vistazo al norte, a los hombres de Leval, y vio que se estaban acercando al pinar. En cuestión de media hora, pensó, aquel pequeño ejército británico se habría venido abajo. Haría falta al menos otra hora para volver a formar a las tropas y luego atacarían a los españoles que estaban en el extremo de la playa. ¿Cuántas banderas mandarían a París? ¿Una docena? ¿Una veintena? Quizá las suficientes para vestir todas las camas del emperador.

—¿Ahora, señor? —preguntó el comandante de la batería.

—Espere, espere —respondió Victor que, sabiendo que la victoria era suya, se dio la vuelta e hizo señas a los dos batallones de granaderos que había mantenido de reserva—. ¡Adelante! —gritó dirigiéndose a su general, Rousseau. No era momento para mantener tropas de reserva. Era el momento de lanzar a todos sus hombres, a los tres mil, contra un enemigo que contaba con menos de la mitad de efectivos que él. Tiró del brazo a un edecán—. ¡Dígale al director de la banda que quiero oír la Marsellesa! —Sonrió abiertamente. El emperador había prohibido la Marsellesa porque no le gustaban sus sentimientos revolucionarios, pero Victor sabía que la canción había conservado su popularidad y que serviría de estímulo a sus soldados para aniquilar a sus enemigos. Cantó un verso para sus adentros, «*Le jour de gloire est arrivé*», y se rió en alto. El comandante de la batería lo miró sorprendido—. ¡Ahora —le dijo Victor—, ahora!

—*Tirez!*

Los cañones dispararon y ocultaron la playa, el mar y la lejana ciudad blanca en

medio de una nube de humo que se hinchaba.

—¡Ahora! —gritó el general Ruffin a sus comandantes de batallón.

El retroceso de las armas golpeó los hombros de los franceses. El humo inundó aún más el cielo.

—¡Calen bayonetas! —gritó el mariscal, y agitó su sombrero de penacho blanco hacia la humareda de los cañones—. ¡Y adelante, *mes braves!* ¡Adelante!

La banda tocó, los tambores redoblaron y los franceses se dispusieron a terminar el trabajo. El día de gloria había llegado.

* * * *

El coronel Vandal se encontraba a cierta distancia al norte de donde estaba Sharpe. El coronel se hallaba en el centro de su batallón, el cual formaba el flanco izquierdo de la línea francesa y Sharpe, a cierta distancia de los cañones de Duncan, estaba en el flanco derecho de la línea británica que todavía se solapaba con la más densa y numerosa formación francesa.

—Por aquí —gritó a sus fusileros, y corrió a situarse detrás de las dos compañías del 47.º, cuyo contingente había quedado reducido al de una compañía grande, para colocarse después detrás del medio batallón del 67.º hasta que estuvo enfrente de Vandal.

—¡La cosa está muy negra! —El coronel Wheatley había vuelto a cabalgar hasta situarse detrás de Sharpe. En aquella ocasión le hablaba al comandante Gough, quien estaba al mando del 87.º, situado entonces a la izquierda de Sharpe—. Y no hay ni un maldito *don* que nos ayude —siguió diciendo Wheatley—. ¿Cómo están sus hombres, Gough?

—Mis soldados son denodados, señor —contestó Gough—, pero necesito más. Necesito más hombres —tuvo que gritar para hacerse oír por encima del estrépito de las descargas. El 87.º había perdido a cuatro oficiales y a más de un centenar de soldados. Los heridos se encontraban entre los pinos, donde se les iban sumando más hombres a medida que las balas francesas alcanzaban su objetivo. Los encargados de cerrar las filas gritaban a los soldados ordenándoles que se agruparan en el centro, de manera que el 87.º se encogió. Seguían disparando, pero los residuos de pólvora obstruían sus mosquetes y cada cartucho costaba más de cargar.

—No hay más soldados —declaró Wheatley—, a menos que vengan los españoles. —Miró a lo largo de la línea enemiga. El problema era muy sencillo. Los franceses tenían demasiados hombres, por lo que podían reemplazar sus bajas mientras que él no podía. Podría derrotarlos cuerpo a cuerpo, pero la ventaja numérica de los franceses empezaba a importar. Podía esperar con la esperanza de que Lapeña mandara refuerzos, pero si no llegaban iría mermando inevitablemente,

un proceso que sería cada vez más rápido a medida que su línea fuera encogiéndose.

—¡Señor! —gritó un edecán, y al darse la vuelta, Wheatley vio que el oficial español que había ido a buscar refuerzos volvía de regreso.

Galiana frenó su montura al lado de Wheatley y, por un segundo, pareció demasiado alterado para hablar. Entonces soltó la noticia:

—El general Lapeña se niega a moverse. Lo siento, señor.

Wheatley se quedó mirando al español.

—¡Dios mío! —exclamó en un tono sorprendentemente suave, y se volvió a mirar a Gough—. Creo, Gough, que tendríamos que darles acero —dijo.

Gough miró a la multitud de franceses a través de la humareda. Los estandartes del 87.º que se alzaban sobre la cabeza del coronel se agitaban al ser alcanzados por las balas.

—¿Acero? —preguntó.

—Tenemos que hacer algo, Gough. No podemos quedarnos aquí parados y morir.

Sharpe había perdido de vista a Vandal. Había demasiado humo. Vio a un francés que se agachaba junto al cadáver de un tirador portugués abatido y hurgaba en los bolsillos del muerto. Sharpe hincó la rodilla en el suelo, apuntó y disparó. Cuando el humo del rifle se disipó, vio que el francés estaba a cuatro patas con la cabeza gacha. Recargó. Estuvo tentado de atacar la bala sola en lugar de envolverla en su trozo de cuero engrasado. Pensó que los franceses podrían cargar en cualquier momento y que lo que había que hacer ahora era matarlos a toda prisa, hacer llover el fuego sobre ellos, y el rifle se cargaba con más rapidez poniendo la bala pelada. A esa distancia no importaba la imprecisión. Sin embargo, si volvía a ver a Vandal quería estar seguro de su disparo, de modo que tomó un parche de cuero, envolvió la bala y la atacó por el cañón del rifle.

—Vayan a por los oficiales —dijo a sus hombres.

Sharpe oyó el sonido de una pistola a sus espaldas y al volverse a mirar vio que el capitán Galiana había desmontado y estaba recargando su pequeña arma.

—¡Fuego! —gritó el teniente al mando de la compañía del 87.º más cercana, y los mosquetes escupieron humo.

Un soldado cayó en la primera fila con un agujero negro en la frente.

—¡Déjenlo! —gritó un sargento—. ¡Está muerto! ¡Recarguen!

—¡Calen bayonetas! —el grito venía de detrás del 87.º y se repitió a lo largo de la línea, debilitándose a medida que la orden se iba transmitiendo hacia el norte—. ¡Calen bayonetas!

—Dios salve a Irlanda —dijo Harper—. La situación es desesperada.

—No hay muchas opciones —repuso Sharpe. Los franceses estaban ganando por pura superioridad numérica. Estaban avanzando y el coronel Wheatley sólo podía retirarse o atacar. Retirarse significaba perder, pero al menos atacar era poner a

prueba a los franceses.

—¿Espadas, señor? —preguntó Slattery.

—Calen espadas —contestó Sharpe. No era momento de preocuparse por si aquélla era o no su lucha. La batalla era trepidante. Otra descarga francesa cayó sobre las tropas de rojo. Luego, dos botes de metralla destrozaron a los soldados de casaca azul que habían disparado. Por delante de las filas un muchacho irlandés chillaba de un modo horrible, rodando por el suelo y agarrándose el vientre con las manos ensangrentadas. Un sargento lo acalló con un compasivo culatazo en la cabeza.

—¡Vamos, avancen! ¡Adelante! —bramó un comandante de brigada.

—¡El 87.º avanzará! —gritó Gough—. *Faugh a ballagh!*

—*Faugh a ballagh!* —respondieron los supervivientes del 87.º, y avanzaron.

—¡Con calma, muchachos! —gritó Gough—. ¡Con mucha calma!

Pero el 87.º no quería ir con calma. Una cuarta parte de sus integrantes estaban muertos o heridos y el resto experimentaban un sentimiento de furia hacia los soldados que los habían castigado durante la última hora, por lo que avanzaron con impaciencia. Cuanto antes cayeran sobre el enemigo, antes moriría dicho enemigo, y Gough no pudo retenerlos. Empezaron a correr, y mientras corrían profirieron un grito agudo, aterrador por sí mismo, y sus bayonetas de más de cuarenta centímetros brillaban al sol, que casi había alcanzado su cenit invernal.

—¡Adelante! —Los soldados situados a la derecha de Sharpe amoldaron el paso al del 87.º. Los artilleros de Duncan dieron la vuelta a sus cañones con los espeques para barrer el flanco de la línea francesa.

—¡Y maten! ¡Maten! —decía el abanderado Keogh a voz en cuello. Portaba su espadín en una mano y el sombrero bicornio en la otra.

—*Faugh a ballagh!* —bramó Gough.

El estruendo de los mosquetes franceses sonaba terriblemente cerca y los soldados caían destrozados, salpicando de sangre a sus vecinos, pero la carga ya no podía detenerse. Los casacas rojas avanzaron por toda la longitud de la línea con las bayonetas en ristre, porque quedarse quieto significaba morir y retirarse perder. Ya eran menos de mil y atacaban a un enemigo que los triplicaba en número.

—¡A por ellos! ¡A por ellos! —gritó un oficial de los Coliflores—. ¡Mátenlos! ¡Mátenlos!

La primera fila francesa intentó retroceder, pero las filas posteriores la empujaron hacia delante y los casacas rojas atacaron. Las bayonetas arremetieron. Los mosquetes dispararon a menos de un metro de distancia. Un sargento del 87.º gritaba como si estuviera instruyendo a los soldados en el cuartel.

—¡A fondo! ¡Recuperen! ¡Posición! ¡A Fondo! ¡Recuperen! ¡Posición! ¡En las costillas no, idiota! ¡En el vientre! ¡A fondo! ¡Recuperen! ¡Posición! ¡En el vientre, chicos, en el vientre! ¡A fondo!

A un irlandés se le quedó la bayoneta atrapada en las costillas de un francés. La hoja no salía y, desesperado, el hombre apretó el gatillo y se sorprendió de que el arma estuviera cargada. La explosión de gas y proyectil desatascó la bayoneta con una sacudida.

—¡En el vientre! —gritaba el sargento, pues era mucho menos probable que la bayoneta quedara atrapada en el estómago del enemigo que en sus costillas. Los oficiales que todavía iban a caballo disparaban sus pistolas por encima de los chacós de sus soldados. Los soldados entraban a fondo, recuperaban, volvían a tirar una estocada y algunos de ellos estaban tan enloquecidos por la batalla que no se preocupaban por su manera de combatir y se limitaban a arremeter con la culata del mosquete.

—¡Rájelo, muchacho! —gritó el sargento—. ¡No se limite a pinchar a ese cabrón! ¡Hágale un poco de daño! ¡A fondo! ¡Recuperen!

Eran los desechos de Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales. Eran los borrachos y los ladrones, la roña de los bajos fondos y de las cárceles. Vestían la casaca roja porque nadie más los quería, o porque estaban tan desesperados que no tuvieron alternativa. Eran la escoria de Gran Bretaña, pero sabían pelear. Siempre habían peleado, pero en el ejército les enseñaron a luchar con disciplina. Hallaron a sargentos y oficiales que los valoraban. También los castigaban, por supuesto, y los insultaban, los maldecían, los azotaban hasta que les sangraba la espalda y volvían a maldecirlos, pero los valoraban. Incluso los querían, y los oficiales que valían cinco mil libras al año estaban luchando junto a ellos en aquellos momentos. Los casacas rojas estaban haciendo lo que mejor sabían hacer, aquello por lo que les pagaban un chelín al día menos las retenciones: estaban matando.

El avance francés se detuvo. Ya no avanzaban poco a poco. Los soldados de sus primeras filas morían y los de detrás intentaban escapar a los salvajes de rostro ensangrentado que chillaban como demonios. «*Faugh a ballagh! Faugh a ballagh!*» Gough condujo su montura por entre sus soldados y abatió a tajos a un sargento francés. El grupo abanderado iba tras él, los alféreces portaban los dos estandartes y los sargentos iban armados con espontones, unas picas muy afiladas destinadas a proteger las banderas, aunque en aquellos momentos los sargentos habían tomado la ofensiva, atacando salvajemente a los franceses con las largas y estrechas hojas. El sargento Patrick Masterson era uno de los piqueros y era casi tan corpulento como Harper. Arremetía con el espontón contra los rostros franceses, uno tras otro, los abatía y así las bayonetas podían rematarlos. Se abrió camino a estocadas a través de la primera fila francesa y una bayoneta paró el golpe de su hoja, retiró el arma y volvió a arremeter, pero en el último segundo el sargento bajó la punta del espontón de manera que éste atravesó tela, piel y músculo y penetró en el vientre de un enemigo. La estocada fue tan fuerte que la hoja se hundió hasta la cruz, deteniendo el

cuerpo del enemigo que quedó atrapado en el asta. El sargento desclavó al francés de una patada, acometió de nuevo y los casacas rojas se abrieron camino a bayonetazos por el hueco que había hecho. Algunos franceses yacían en el suelo ilesos, tapándose la cabeza con las manos y rezando para que aquellos diablos aulladores no los mataran. El abanderado Keogh propinó un tajo con la espada a un francés con bigote que le abrió un corte de mejilla a mejilla y el silbante impulso del movimiento de la hoja estuvo a punto de alcanzar a un casaca roja que se encontraba a su lado. Keogh ya no llevaba sombrero. Profería el grito de guerra del 87.º, *Faugh a ballagh!* Dejen paso, y las hojas se abrían camino a cuchilladas a través de las densas filas francesas.

Era lo mismo en toda la longitud de la línea. Bayonetas contra conscriptos, ferocidad contra un repentino terror que te descomponía el vientre. El combate había sido equilibrado, incluso se había inclinado a favor de los franceses tal como conjeturaba su superioridad numérica, pero Wheatley había dado el paso y las leyes de las matemáticas habían sucumbido a las leyes más crueles del entrenamiento severo y de los hombres más duros. Los casacas rojas estaban avanzando, poco a poco, puesto que luchaban contra un enemigo agolpado y tropezaban con los cuerpos que habían dejado en la hierba resbaladiza por la sangre, pero aun así avanzaban.

Entonces apareció una calesa en la linde del bosque y Sharpe volvió a ver a Vandal.

* * * *

En el Cerro del Puerco los franceses avanzaron para hacerse con la victoria. Los cuatro batallones que habían bordeado la cima salieron los primeros y los dos batallones de granaderos se apresuraron a incorporarse a su flanco izquierdo. La única preocupación del general de los granaderos, Rousseau, era que sus hombres llegaran demasiado tarde para compartir la victoria.

Los británicos seguían en la cuesta y su línea todavía era irregular. Habían sido alcanzados por los botes de metralla, aunque los cañones franceses ya no podían disparar porque la infantería de casaca azul había avanzado y los artilleros ya no podían ver sus objetivos de casaca roja. No obstante, Victor sabía que la artillería no iba a ser necesaria. Las bayonetas del emperador decidirían esta victoria. Los tambores tocaron el *pas de charge* y las águilas se alzaron en alto mientras tres mil franceses se lanzaban por el lado norte de la cima y vitoreaban mientras cargaban hacia la victoria.

Se enfrentaban a la Guardia de Infantería británica, medio batallón de soldados de Hampshire, dos compañías de fusileros y los restos de las compañías de flanco que habían marchado hacia la batalla desde Gibraltar. Aquellos soldados de casaca roja y casaca verde, con una inferioridad numérica de dos a uno, habían marchado durante

toda la noche y estaban cuesta abajo respecto al enemigo.

—¡Apunten! —rugió sir Thomas Graham, que había sobrevivido milagrosamente a la explosión de los botes de metralla que se habían llevado por delante a tres escoceses de las filas que tenía justo enfrente. Lord William Russell le había devuelto su maltrecho sombrero y sir Thomas lo sostuvo en alto, luego lo hizo descender rápidamente para señalar las dos columnas intactas que acudían a la carga desde lo alto de la colina con las bayonetas caladas—. ¡Fuego!

Dispararon mil doscientos mosquetes y doscientos rifles. En general el alcance era de menos de sesenta pasos, aunque en los flancos la distancia era mucho mayor, y las balas cayeron sobre los trescientos hombres de la primera fila de las columnas francesas deteniéndolas. Fue como si un ángel vengador hubiera golpeado la cabeza de las columnas francesas con una espada gigantesca. Sus primeras filas quedaron desbaratadas y ensangrentadas e incluso cayeron algunos soldados de las segundas filas. La carnicería bastó para detener la carga y los soldados de las terceras y cuartas filas tropezaron y cayeron sobre los muertos y moribundos que tenían delante. Los casacas rojas no vieron los efectos de su descarga porque el humo de sus propios mosquetes los envolvía. Ellos esperaban que las dos columnas irrumpieran a través de la humareda con las bayonetas en ristre y por consiguiente hicieron lo que estaban entrenados para hacer: recargaban. Las baquetas rasparon contra los cañones. El orden correcto de filas y columnas se había desmoronado durante el ascenso y, aunque algunos oficiales gritaban a sus compañías que hicieran fuego por secciones, la mayoría de los soldados sólo disparaban para salvar la vida. No esperaban a que un oficial o sargento les marcara el ritmo de las descargas; ellos recargaban, alzaban el mosquete, apretaban el gatillo y volvían a cargar.

Los manuales de instrucción insistían en al menos diez acciones para cargar un mosquete. Empezaba con: «Primer movimiento: Manipular el cartucho» y terminaba con la orden de disparar. En algunos batallones los sargentos de instrucción lograban encontrar hasta diecisiete acciones distintas, todas las cuales había que aprender, dominar y practicar. Algunos soldados, unos cuantos, llegaban a la instrucción con cierto conocimiento previo de las armas de fuego. En su mayor parte eran chicos de campo que sabían cómo cargar una escopeta de caza, pero tenían que olvidarlo todo. Un recluta podía tardar un minuto entero, o incluso más, en cargar un mosquete, pero cuando se ponían la casaca roja y los mandaban a luchar por su rey, podían hacerlo en quince o veinte segundos. Era ésta la pericia necesaria por encima de todo lo demás. Los guardias de la colina quizá tuvieran un aspecto magnífico y no había ninguna unidad de infantería más espléndida cuando ocupaban su puesto frente al palacio de Saint James o Carlton House, pero si un soldado no sabía morder un cartucho, cebar la cazoleta, cargar el arma, atacarla y disparar en veinte segundos, entonces no era un soldado. En la colina aún había casi mil supervivientes de la guardia que disparaban

por su vida. Lanzaban un disparo tras otro hacia la nube de humo y sir Thomas Graham, montado detrás de ellos, sabía que estaban hiriendo a los franceses, y no sólo los herían, sino que también los mataban.

Los franceses habían vuelto a avanzar en columna. Siempre avanzaban en columna. Ésta tenía trescientos soldados de ancho y nueve filas en fondo, lo cual implicaba que gran parte de los franceses no podían utilizar sus mosquetes, mientras que todos los casacas rojas y verdes podían disparar su arma. Las balas convergían en los franceses, que iban cerrando filas, y frente a los guardias y los hombres de Hampshire había pequeñas llamas en la hierba, allí donde el relleno había iniciado un fuego.

Sir Thomas contuvo el aliento. Sabía que aquél era un momento en el que las órdenes no servirían de nada, en el que incluso animar a sus soldados supondría gastar saliva inútilmente. Ellos sabían lo que hacían y lo estaban haciendo tan bien que hasta estuvo tentado de pensar que quizá podría hacerse con una victoria en lo que había parecido una derrota segura. Sin embargo, el estrépito de una descarga bien orquestada hizo que se dirigiera a la derecha de la línea, donde vio las filas intactas de los granaderos franceses que descendían por la ladera a través del humo de su descarga inaugural. Vio que la guardia escocesa daba la vuelta para hacer frente a este nuevo enemigo y los fusileros, que mantenían una formación más extendida por la falda de la colina que daba al mar, se agruparon más para disparar contra los refuerzos franceses.

Sir Thomas siguió sin decir nada. Tenía el sombrero en la mano y observaba a los granaderos que descendían por la ladera. Vio que todos los soldados de las tropas francesas portaban un sable corto además del mosquete. Constituían la élite enemiga, los hombres elegidos para hacer el trabajo más duro, y acudían frescos a la lucha; sin embargo, acudían otra vez en columna y el ala izquierda de la línea de sir Thomas, sin recibir ninguna orden por parte de éste ni de nadie más, había dado media vuelta hacia ellos para que se beneficiaran de su entrenamiento. El medio batallón del 67.º se encontraba justo delante de los granaderos que, a diferencia de los primeros cuatro batallones, no quedaron frenados por los primeros disparos que los alcanzaron, sino que siguieron adelante.

Sir Thomas sabía que era así como debía combatir una columna. Era un ariete, y aunque la cabeza de la columna debía sufrir de manera horrible, el impulso de su mole la llevaría a través del enemigo hacia una victoria sangrienta. En un campo de batalla tras otro de una Europa sufriente, las columnas del emperador habían recibido su castigo y habían seguido marchando para ganar. Y esta columna, integrada únicamente por tropas de élite, estaba descendiendo por la ladera y acercándose aún más. Si penetraba en la delgada línea de soldados de rojo y verde haría conversión derecha y mataría a los soldados de sir Thomas con sables y culatas de mosquete. Y

seguía acercándose. Sir Thomas se situó detrás del 67.º, listo para emprenderla a tajos y morir con sus hombres si los granaderos tenían éxito. Entonces un oficial dio la orden de disparar.

Se formó una nube de humo delante de sir Thomas. Luego más humo. El 67.º estaba disparando descargas por secciones y los Deshollinadores se hallaban a su derecha y no se molestaban en envolver las balas en cuero porque a esa distancia no podían fallar, por lo que sus disparos eran casi tan rápidos como los de los casacas rojas que tenían al lado. A la izquierda de sir Thomas se encontraban sus escoceses, y sabía que ellos no se hundirían. El ruido de la mosquetería era como el de una enorme hoguera de madera seca. El aire apestaba a huevos podridos. Una gaviota chilló en alguna parte y en la lejanía por detrás de sir Thomas tronaron los cañones en el monte, pero él no podía apartar la vista de lo que estaba ocurriendo a su espalda. La batalla iba a decidirse en aquel lugar y momento precisos. De pronto se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y soltó aire, se volvió a mirar a lord William y vio que su señoría observaba inmóvil y con los ojos muy abiertos el humo de los mosquetes.

—Puede respirar, Willie.

—¡Dios Santo! —exclamó lord William, soltando el aliento—. ¿Sabe que hay una brigada española detrás de nosotros? —le preguntó a sir Thomas.

Sir Thomas se volvió y vio a las tropas españolas en la playa. Éstas no hicieron amago de proporcionarle refuerzos y aunque él les ordenara que subieran por la colina, sabía que llegarían demasiado tarde para serle de ayuda. El combate no podía durar tanto tiempo, y sir Thomas menó la cabeza.

—Malditos sean, Willie —dijo—. Malditos sean.

Lord William Russell tenía una pistola lista para disparar contra el primer granadero que apareciera por entre la humareda, pero a los granaderos los había detenido el fuego de rifles y mosquetes. Los soldados de sus primeras filas estaban muertos y los que iban detrás intentaban recargar y responder a los disparos, pero cuando una columna dejaba de moverse se convertía en un blanco gigante, y los hombres de sir Thomas la estaban acribillando. Aunque los granaderos eran tropas de élite, no podían disparar tan rápido como los casacas rojas.

El general Dilkes, cuyo caballo sangraba por la grupa y el brazo, se acercó a sir Thomas. No dijo nada, simplemente se quedó mirando y luego alzó la vista colina arriba, hacia el lugar donde se hallaba el mariscal Victor sentado en su caballo con su sombrero de penacho blanco en la mano bajada. El mariscal Victor contemplaba a tres mil soldados inmovilizados por la mosquetería. No dijo nada. Ahora todo dependía de sus hombres.

A la izquierda de la línea británica, más allá del Primero de la Guardia de Infantería, el comandante Browne luchaba con los Flanqueadores que le quedaban.

Menos de la mitad de los hombres que habían subido por la ladera seguían siendo capaces de disparar un mosquete, pero lanzaban sus descargas contra la columna francesa más próxima y, en su entusiasmo, subieron más arriba para atacar el flanco de la columna.

—¿Usted no ama a estos granujas? —le gritó sir Thomas al general Dilkes, y a Dilkes le sorprendió tanto la pregunta que soltó una risotada—. Es hora de acometerlos a la bayoneta —dijo sir Thomas.

Dilkes asintió. Estaba observando a los casacas rojas que disparaban sus mortíferas descargas y le pareció que acababa de ver a sus hombres hacer un milagro.

—Echarán a correr, doy fe —afirmó sir Thomas, y esperó no equivocarse.

—¡Calen bayonetas! —Dilkes recuperó la voz.

—¡A por ellos, muchachos! —sir Thomas agitó el sombrero y galopó para situarse de nuevo detrás de la línea—. ¡A por ellos! ¡Échenlos de mi colina! ¡Fuera de mi colina!

Y los casacas rojas, como sabuesos a los que acabaran de soltar, subieron por la ladera con las bayonetas. El mariscal Victor, en la cima, oyó los gritos cuando las hojas empezaron a realizar su trabajo.

—¡Luchen, por el amor de Dios! —exclamó sin dirigirse a nadie en concreto, pero sus seis batallones estaban retrocediendo. El pánico había contagiado sus filas. Los últimos soldados, los que menos peligro corrían, retrocedían poco a poco y las primeras filas estaban siendo atacadas salvajemente por los casacas rojas. La banda, que estaba situada a cierta distancia por detrás de la línea y seguía tocando la prohibida Marsellesa, intuyó que se avecinaba el desastre y la música titubeó. El director intentó volver a formar a sus músicos, pero en aquellos momentos el ruido más fuerte eran los roncós gritos de guerra de los británicos. En lugar de tocar, la banda se dispersó y los músicos echaron a correr. La infantería fue la siguiente—. Los cañones —dijo Victor a un ayudante de campo—, llévense los cañones de la colina. —Una cosa era perder un combate y otra muy distinta que capturaran los queridos cañones del emperador, de modo que los artilleros fueron a buscar los tiros y se llevaron cuatro de los cañones hacia el este, lejos de la loma. Había dos que no podían salvar porque los casacas rojas estaban demasiado cerca, por lo que dichas piezas se perdieron. El mariscal Victor y sus edecanes siguieron a los cuatro cañones y los restos de sus seis batallones corrieron para salvar la vida, cruzaron la cima y bajaron por la falda este, y tras ellos iban los casacas rojas y casacas verdes con las bayonetas y la victoria.

Tanto el general Rousseau, que había comandado los granaderos, como el general Ruffin, que había estado al mando de la división derrotada, estaban heridos y quedaron atrás. Sir Thomas fue informado de su captura, pero no dijo nada; se limitó a dirigirse a la cima de la colina en el lado que daba al interior, desde donde pudo ver

cómo corría su enemigo vencido. Recordó aquel momento de hacía mucho tiempo en Tolosa, cuando los soldados de Francia habían insultado a su esposa muerta y le habían escupido en la cara cuando él protestó. En aquel entonces sir Thomas había simpatizado con los franceses. Había pensado que sus ideales de libertad, fraternidad e igualdad eran un modelo para Gran Bretaña. Había amado Francia.

Pero de eso hacía diecinueve años. Diecinueve años en los que sir Thomas nunca había olvidado que los franceses se burlaron de su esposa muerta, de modo que se puso de pie en los estribos e hizo bocina con las manos:

—¡Acuérdense de mí! —gritó. Lo gritó en inglés, pero no importaba porque los franceses corrían demasiado deprisa y estaban demasiado lejos para oírle—. ¡Acuérdense de mí! —repitió a voz en cuello, y tocó su anillo de boda.

Y al sur de donde él se encontraba, más allá del pinar, un cañón abrió fuego.

Sir Thomas se dio la vuelta y espoleó a su cansado caballo porque la batalla no se había ganado todavía.

* * * *

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Sharpe. La calesa había pasado junto a él dando tumbos, con las ruedas girando sin tocar el suelo, había rebasado la esquina de la columna francesa a toda velocidad para volcar luego a unos veinte pasos del borde de la columna. La mujer, que llevaba un velo negro, estaba aparentemente ilesa, pues intentaba ayudar al general de brigada a ponerse en pie, pero una docena de franceses de las últimas filas de la columna habían visto el accidente y también habían visto en él un beneficio. Un hombre adornado con galón también podía ir engalanado de dinero, por lo que abandonaron la columna a toda prisa con la intención de revolverle los bolsillos al hombre del suelo. Sharpe desenvainó la espada y echó a correr.

—Tenemos trabajo, chicos. Vamos —dijo Harper.

Los fusileros habían ido avanzando hacia el flanco de la columna. Se estaba librando una batalla horrible entre los casacas rojas y los franceses, una batalla de bayoneta y culata de mosquete, pero Sharpe había visto al coronel Vandal montado en su caballo. Vandal se encontraba entre la concentración de franceses, cerca del águila de su regimiento, y estaba golpeando con el sable no a los casacas rojas, sino a sus propios hombres. Les estaba gritando que lucharan, que mataran, y su pasión retenía a los soldados de manera que el flanco izquierdo francés era el único que no se estaba retirando, sino que combatía con tesón contra los irlandeses que les atacaban por el frente. Sharpe pensó que si se dirigía a un lado de la columna quizá pudiera disparar su rifle sin obstáculos, pero ahora tenía que rescatar al general de brigada Moon, que intentaba proteger a la mujer del velo. Moon tiró de ella para que se pusiera a su lado y trató de encontrar la pistola, pero el arma se le había caído del bolsillo del faldón

cuando salió despedido de la calesa. Desenvainó su sable nuevo, uno barato que había comprado en Cádiz, y se encontró con que la hoja estaba rota, y en aquel preciso momento la marquesa gritó porque los franceses se acercaban armados con bayonetas.

Entonces apareció un soldado de casaca verde por la izquierda de Moon. El soldado portaba una espada de caballería, un arma tan brutal como difícil de manejar, y su primer golpe alcanzó a un francés en la garganta. Brotó la sangre y el chorro llegó más alto que el águila en su mástil. Al hombre se le dobló la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo seguía corriendo. Sharpe se dio la vuelta, le atravesó el vientre con la espada a un segundo soldado, haciendo girar el arma rápidamente para evitar que la carne atrapara la hoja, luego apoyó la bota derecha en el estómago del soldado para poder afirmarse y liberar la hoja de un tirón. Una bayoneta le perforó la casaca, pero el capitán Galiana estaba allí y su fina espada se clavó en el costado del francés.

El general de brigada Moon, aferrando la mano de la marquesa, se limitó a mirar. Sharpe había matado a un soldado y abatido a otro en el tiempo que se tardaría en matar una mosca. Ahora otros dos franceses fueron a por Sharpe y Moon esperaba que el fusilero se alejaría de su desenfrenado ataque pero, por el contrario, él fue a su encuentro y apartó una bayoneta con la espada antes de conducir la hoja hacia el rostro del soldado. Una bota en la entrepierna hizo que el soldado se encogiera. El segundo arremetió con la bayoneta y Moon pensó que mataría a Sharpe, pero el fusilero había esquivado el ataque con súbita velocidad y se volvió contra su atacante. Moon vio la ferocidad en el rostro del fusilero y sintió una inesperada lástima por el francés que se enfrentaba a él. «Cabrón», gruñó Sharpe, y la espada entró a fondo, con fuerza y rapidez, y el francés soltó el mosquete y se aferró a la hoja que le atravesaba el vientre. Sharpe la sacó en el preciso momento en el que llegaba Perkins, que arremetió contra el soldado con la bayoneta. Harper ya estaba junto a Sharpe y apretó el gatillo del fusil de descarga múltiple que hacía el mismo ruido que un cañonazo. Dos franceses salieron despedidos hacia atrás con los cinturones cubiertos de sangre. Los demás ya habían tenido suficiente y corrían de vuelta a la columna.

—¡Sharpe! —lo llamó Moon.

Sharpe hizo caso omiso del general de brigada. Envainó la espada y se descolgó el rifle del hombro. Hincó la rodilla en el suelo y apuntó a Vandal.

—Toma, hijo de puta —dijo, y apretó el gatillo. La boca del rifle quedó oculta por el humo y cuando éste aclaró Vandal todavía seguía vivo, seguía montado en su caballo y seguía utilizando la cara de la hoja del sable para llevar a sus soldados contra los irlandeses de Gough. Sharpe soltó una maldición—. ¡Dan! —llamó a Hagman—. ¡Péguele un tiro a ese cabrón!

—¡Sharpe —volvió a gritar el general de brigada—, el cañón!

Sharpe se dio la vuelta. Vio, con gran sorpresa, que la mujer del velo era Caterina

y se preguntó qué clase de maldito idiota era el brigadier para traer a una mujer a semejante carnicería. Luego miró el obús francés abandonado y vio que todavía tenía un estopín saliendo del oído. Ello significaba que el cañón de tubo corto estaba cargado. Sharpe recorrió la hierba chamuscada con la mirada buscando el botafuego, pero no lo vio. El medio batallón del 67.º, las dos compañías de los Coliflores y los supervivientes de los cazadores portugueses avanzaban más allá del cañón para enfrentarse al último batallón de reserva de Leval que se apresuraba hacia el flanco izquierdo del atribulado 8.º. Sharpe pensó que el cañón podía resultar más útil si se apuntaba contra dicho batallón de reserva, pero entonces se acordó del pobre Jack Bullen.

—¡Sargento! ¡Quiero darle la vuelta a este maldito cañón!

Harper, Galiana, Sharpe y Harris alzaron el timón e hicieron girar el obús de manera que apuntara al 8.º de línea.

—¡Tome, Sharpe! —el general de brigada le lanzó una caja de yesca.

—¡Quítense de en medio! —ordenó Sharpe a sus demás fusileros. Entonces hizo saltar una chispa y sopló el lino carbonizado de la caja hasta que prendió una llama. Sacó todo el lino de la caja, chamuscándose los dedos, y se inclinó sobre la rueda del cañón para dejar caer la masa ardiendo sobre el estopín. Oyó el chisporroteo de la pólvora y se apartó.

El obús retrocedió con estrépito, levantando las ruedas del suelo con el retroceso. Era un obús de seis pulgadas y lo habían cargado con un bote de metralla. Las balas penetraron en el flanco francés con la misma fuerza que la descarga cerrada de un batallón. El cañón estaba demasiado cerca para que los proyectiles se extendieran a lo ancho, pero allí donde cayeron abrieron un sangriento agujero en las apiñadas filas y Sharpe, que se hizo a un lado corriendo, vio que Vandal había desaparecido. Sharpe volvió a desenvainar la espada y esperó, pues quería volver a encontrar al coronel. Tras él, los soldados del 67.º, del 47.º y del 20.º portugués iniciaron sus descargas contra el batallón de reserva. Los cañones de Duncan lo hicieron trizas con granadas y metralla. En algún lugar había un hombre aullando como un perro.

El coronel Vandal se hallaba en el suelo. Su caballo se estaba muriendo, relinchando mientras sacudía la cabeza contra el suelo arenoso. El propio Vandal se hallaba aturdido, pero no creyó que estuviera herido. Logró ponerse de pie y vio que los casacas rojas se estaban acercando a su águila.

—¡Mátenlos! —gritó, y el grito no fue más que un ronco gemido en una garganta reseca. Un sargento enorme armado con pica arremetía contra los sargentos franceses que protegían el estandarte—. ¡Mátenlos! —volvió a gritar, y entonces un casaca roja joven y flacucho se abalanzó hacia la bandera de un salto y tajó con su espada al subteniente Guillemain que había tenido el honor de portar el águila del emperador. Vandal arremetió con su sable contra el oficial delgado y notó que la punta de la hoja

le alcanzaba las costillas. El casaca roja hizo caso omiso de la estocada y, con la mano que tenía libre, agarró el asta del águila e intentó arrancársela de las manos a Guillemain. Dos sargentos franceses mataron a aquel hombre, atravesándolo con sus alabardas de hoja larga, maldiciéndolo, y Vandal vio que la vida se extinguía de los ojos del casaca roja antes de que hubiera llegado al suelo. Entonces, uno de los sargentos franceses de cuyo ojo izquierdo no quedaba más que un hoyo de sangre gelatinosa, retrocedió y un vozarrón enorme les gritó a los franceses: «*Faugh a ballagh!*».

El sargento Masterson había visto cómo mataban al abanderado Keogh y ahora Masterson estaba furioso. Había abatido a uno de los asesinos con la hoja del espontón y arremetió contra el segundo, alcanzándolo con el filo de la punta de lanza. Recuperó el arma y arremetió con la pica contra la garganta de Guillemain. El teniente empezó a gorgotear, la sangre burbujeaba en su garganta, y Vandal fue a coger el águila, pero Mastersonladeó el espontón de manera que el cuerpo agonizante de Guillemain cayera frente al coronel. Entonces Masterson le arrebató el águila al francés. El capitán Lecroix gritó con incoherente furia y atacó a Masterson con la espada, pero un casaca roja le clavó la bayoneta en las costillas y otro le golpeó la cabeza con el mosquete. Lo último que Lecroix vio en este mundo fue al enorme sargento irlandés agitando el valioso estandarte. Utilizaba el águila para golpear a los soldados que intentaban quitársela y entonces llegó una nueva acometida de casacas rojas por cada lado de Masterson y sus bayonetas se pusieron a trabajar.

—¡A fondo! —gritaba un sargento con voz aguda y cascada—. ¡Recuperen! ¡Posición! ¡A fondo!

Una oleada de franceses intentó recuperar el águila, pero ahora las bayonetas irlandesas estaban frente a ella.

—¡A fondo! ¡Recuperen! —voceaba el sargento, mientras detrás de él, Masterson bramaba incoherencias y agitaba el águila por encima de su cabeza—. ¡A fondo! ¡Recuperen! ¡Hagan su trabajo como es debido!

Dos soldados agarraron a Vandal por los hombros y lo llevaron lejos de los irlandeses salpicados de sangre. El coronel no estaba gravemente herido. Le habían clavado una bayoneta en el muslo pero se sentía incapaz de andar, de hablar e incluso de pensar. ¡El águila! Portaba una corona de laurel alrededor del cuello, una corona de bronce dorado con la que la ciudad de París había obsequiado a los regimientos que se habían distinguido en Austerlitz, ¡y ahora un imbécil saltarín agitaba el águila en el aire! Vandal sintió que lo invadía una oleada de cólera. ¡No iba a perderla! Recuperaría el águila del emperador aunque tuviera que morir en el intento. Ordenó a los dos soldados que lo soltaran. Se puso de pie apresuradamente. «*Pour l'empereur!*», gritó, y echó a correr hacia Masterson con la intención de abrirse paso a la fuerza entre los soldados que se lo obstruían. Pero de pronto aparecieron más

enemigos a su izquierda y se dio la vuelta, paró una arremetida, entró a fondo para matar a ese hombre y vio, para su sorpresa, que se trataba de un oficial español quien, a su vez, esquivó la acometida de Vandal y le lanzó una rápida estocada. Acudieron más franceses a ayudar a su coronel. «¡Recuperen el águila!», les gritó Vandal, y embistió al español con la esperanza de alejarlo y poder unirse al ataque contra el casaca roja que tenía su águila. La espada rasgó la casaca y el fajín amarillo del español y le hizo una herida sangrante en el vientre, pero en aquel preciso momento alguien apartó de un empujón al oficial español y un hombre alto con casaca verde golpeó el sable de Vandal con una hoja enorme, tras lo cual simplemente alargó la mano y agarró al coronel por el cuello de la guerrera. El hombre de casaca verde tiró de Vandal alejándolo de la refriega, lo arrojó al suelo y le pegó una patada al coronel a un lado de la cabeza. Unos rifles dispararon y un torrente de irlandeses hicieron retroceder a los últimos franceses. Vandal intentó rodar por el suelo para alejarse de su atacante, pero recibió otro puntapié. Cuando miró hacia arriba tenía aquella espada enorme en el cuello.

—¿Se acuerda de mí? —le preguntó el capitán Sharpe.

Vandal arremetió con el sable, pero Sharpe paró el golpe con una facilidad irrisoria.

—¿Dónde está mi teniente? —le preguntó.

Vandal seguía sosteniendo el sable. Se dispuso a alzarlo para arremeter contra el fusilero, pero Sharpe apretó la punta de la pesada espada de caballería en el cuello del coronel.

—Me rindo —dijo Vandal.

La presión aminoró.

—Deme el sable —le ordenó Sharpe.

—Le doy mi palabra de que no intentaré nada —dijo Vandal—, y según las normas de guerra puedo quedarme con el sable. —El coronel sabía que su batalla había terminado. Sus hombres se habían ido y los irlandeses los estaban acosando más al este con las bayonetas. Por toda la longitud de la línea los franceses corrían, y por toda la longitud de la línea unos soldados ensangrentados perseguían al enemigo, aunque no fueron muy lejos. Habían marchado durante toda la noche y combatido durante toda la mañana y estaban exhaustos. Siguieron al enemigo derrotado hasta que se cercioraron de que el ejército desbaratado no se detendría para volver a formar, entonces se dejaron caer en el suelo y se maravillaron de seguir con vida—. Le doy mi palabra —repitió Vandal.

—Le he dicho que me dé el sable —gruñó Sharpe.

—Puede quedarse con su arma —terció Galiana—. Ha dado su palabra.

El general de brigada Moon los estaba mirando e hizo una mueca de dolor cuando Sharpe volvió a propinarle un puntapié al francés y luego le hizo un corte en la

muñeca con la espada de la caballería pesada. Vandal soltó la empuñadura de piel de serpiente del sable y Sharpe se agachó a recoger la hoja caída. Miró el acero, esperando encontrarse un nombre francés grabado en él, pero allí en cambio ponía Bennett.

—La ha robado, cabrón —dijo Sharpe.

—¡Le di mi palabra! —protestó Vandal.

—Pues póngase de pie —repuso Sharpe.

Vandal, a quien las lágrimas le emborronaban la vista no por el dolor físico sino por la pérdida del águila, se levantó.

—Mi sable —exigió, parpadeando.

Sharpe le lanzó el sable al general de brigada Moon y luego golpeó a Vandal. Sabía que no debía hacerlo, pero la furia lo consumía y lo golpeó justo entre los ojos. Vandal cayó de nuevo, agarrándose la cara con las manos, y Sharpe se inclinó sobre él.

—¿No se acuerda, coronel? —preguntó—. La guerra es la guerra y no hay reglas. Me lo dijo usted. Dígame, ¿dónde está mi teniente?

Entonces Vandal reconoció a Sharpe. Vio el vendaje que asomaba por debajo del chacó andrajoso y recordó al hombre que había volado el puente, el hombre al que creía haber matado.

—Su teniente —le contestó con voz temblorosa— está en Sevilla, donde se le está tratando con honor. ¿Lo oye? Con honor, tal como usted debería tratarme a mí.

—Levántese —dijo Sharpe. El coronel se puso de pie y se encogió cuando Sharpe le hizo dar la vuelta tirando de una de sus charreteras doradas. Luego Sharpe señaló y añadió—: Mire, coronel, ahí está su maldito honor.

El sargento Patrick Masterson, con una sonrisa amplia como todo Dublín, desfilaba con el águila capturada.

—¡Por Dios, muchachos! —gritaba—. ¡Tengo su cuco!

Y Sharpe se echó a reír.

* * * *

El *Thornside* dejó atrás la escollera del Bajo del Diamante, frente a las costas de Cádiz, y puso rumbo al oeste, hacia el Atlántico. No tardaría en alterar el rumbo para dirigirse a la desembocadura del Tajo y a Lisboa. En tierra, un almirante con una sola pierna miraba la nave que iba perdiéndose en la distancia y notó el sabor de la bilis en su boca. En aquellos momentos todo Cádiz estaba alabando a los británicos, a los británicos que habían capturado un águila y humillado a los franceses. Ya no había ninguna esperanza de una nueva Regencia en España, ni de una paz sensata con el emperador, porque la fiebre de la guerra había llegado a Cádiz y su héroe era sir

Thomas Graham. El almirante se dio la vuelta y se marchó a casa ruidosamente.

Sharpe observó la costa que se iba perdiendo de vista. Estaba al lado de Harper.

—Lo siento, Pat.

—Sé que lo siente, señor.

—Era un amigo.

—Ya lo creo que lo era —repuso Harper. El fusilero Slattery había muerto. Sharpe no vio lo ocurrido, pero mientras él y Galiana habían echado a correr hacia la columna que se desintegraba para ir en busca de Vandal, un último disparo descarriado de mosquete le atravesó la garganta a Slattery, que se había desangrado hasta morir en las faldas de Caterina.

—No era nuestra lucha —dijo Sharpe—. Tenía usted razón.

—De todos modos, fue un combate excepcional —dijo Harper—, y usted obtuvo a su hombre.

El coronel Vandal se había quejado a sir Thomas Graham. Protestó diciendo que el capitán Sharpe lo había herido cuando él ya se había rendido, que el capitán Sharpe lo había insultado y atacado y que el capitán Sharpe le había robado el sable. Lord William Russell le había explicado a Sharpe lo de la queja y había meneado la cabeza.

—Debo decirle que esto es serio, Sharpe. No puede ofender a un coronel, ¡ni siquiera a uno francés! ¿Qué cree que le harán a nuestros oficiales si se enteran de lo que le hacemos a los suyos?

—No lo hice —mintió Sharpe, tercamente.

—Pues claro que no lo hizo, mi querido compañero, pero Vandal ha expresado su queja y me temo que sir Thomas insiste en que tiene que haber una comisión de investigación.

Sin embargo, la investigación nunca llegó a realizarse. El general de brigada sir Barnaby Moon escribió su propio informe del incidente diciendo que él se encontraba a menos de veinte pasos de la captura del coronel, que había visto todas las medidas que había tomado el capitán Richard Sharpe y que éste se había comportado como un caballero y un oficial. Al recibir el informe de Moon, sir Thomas le pidió disculpas a Sharpe personalmente.

—Teníamos que tomarnos en serio la queja, Sharpe —explicó sir Thomas—, pero si ese desgraciado francés hubiera sabido que había un general de brigada mirando, nunca hubiera inventado semejante sarta de mentiras. Y además, Moon a usted no lo puede ni ver, lo ha dejado muy claro, de modo que no es precisamente probable que lo exonerara si existiera la más mínima posibilidad de causarle problemas. De modo que puede olvidarse del tema, Sharpe, y debo decirle que me alegro. No quería pensar que fuese usted capaz de hacer lo que afirmaba Vandal.

—Por supuesto que no lo soy, señor.

—¿Y qué me dice del general de brigada Moon, eh? —le preguntó sir Thomas, riéndose—. ¡Moon y la viuda! ¿Es viuda? Quiero decir si lo es de verdad, ¿o sólo son las sobras de Henry?

—Que yo sepa no, señor, no.

—Bueno, ahora es una esposa —dijo sir Thomas, divertido—. ¡Esperemos que nunca descubra quién es ella en realidad!

—Es una dama encantadora, señor.

Sir Thomas lo miró con cierta sorpresa.

—Sharpe —le dijo—, deberíamos ser todos tan generosos como usted. ¡Qué amable es lo que ha dicho! —entonces sir Thomas le dio las gracias efusivamente y Henry Wellesley se las volvió a dar aquella noche, una noche durante la cual lord Pumphrey se encontró con que tenía asuntos que atender fuera de la embajada.

Hasta sir Barnaby Moon le había dado las gracias a Sharpe, no solamente por devolverle el valioso sable, sino por haberle salvado la vida.

—Y la vida de lady Moon, Sharpe.

—Fue un honor, señor.

—La señora insiste en que debo darles una recompensa apropiada a sus hombres, Sharpe —dijo Moon, y depositó en su mano unas monedas—, pero también lo hago con mucho gusto en mi propio nombre. Es usted un hombre valiente, Sharpe.

—Y usted un hombre afortunado, señor. La señora es muy guapa.

—Gracias, Sharpe —le respondió el general de brigada—, gracias. —Se le había vuelto a romper la pierna en la caída de la calesa, por lo que se iba a quedar unos cuantos días más en Cádiz, pero Sharpe y sus hombres eran libres de abandonar la ciudad. Así pues, zarparon rumbo a Portugal, hacia Lisboa, hacia el ejército, el South Essex y la Compañía Ligera. Navegaban de vuelta a casa.

NOTA HISTÓRICA

Sentiría mucho que alguien pensara que la hazaña del sargento Patrick Masterson al capturar el águila del 8.º regimiento fue, de algún modo, consecuencia de la ayuda de Sharpe. Masterson y el abanderado Keogh fueron los únicos responsables, y el pobre Keogh murió en el intento. Su águila fue la primera que capturaron las tropas británicas en la que conocemos como Guerra Peninsular (a pesar de *Sharpe y el águila del imperio*), y Masterson fue recompensado con un ascenso en el campo de batalla. A otro miembro de la familia, un descendiente suyo, le fue concedida la Cruz de la Victoria en Ladysmith. En ocasiones el nombre de Masterson viene dado como Masterman (yo lo he visto escrito de las dos maneras en una misma página), pero Masterson parece correcto. Por lo general se afirma que dijo: «¡Diantre, chicos, tengo su cuco!». Y lo tenía.

El coronel del 8.º era el coronel Autie y murió en Barrosa. Yo no quería otorgar vileza ficticia a un hombre real que murió heroicamente, por lo que en lugar de eso le concedí el 8.º a Vandal. El subteniente Guillemain era el portaestandarte y murió intentando defender el águila, que se llevó a Londres y fue entregada con gran fanfarria al príncipe regente. Finalmente se depositó en el Royal Hospital, en Chelsea, de donde la robaron en 1852. El asta sigue allí, pero el águila propiamente dicha no se ha recuperado.

Sir Thomas Graham es uno de los generales más simpáticos de la que en Gran Bretaña llamamos Guerra Peninsular. La historia de su vida esbozada en *La furia de Sharpe* es cierta. Hasta que los franceses insultaron a su esposa muerta fue un simpatizante de Francia y de su revolución; sin embargo, llegó a estar tan convencido del mal que las hermosas palabras de la revolución disfrazaban que reclutó al 90.º regimiento con su propio dinero y, de este modo, se unió al ejército. Barrosa (o Chiclana) fue su mejor logro, una batalla terrible en la que la infantería británica (ayudada en gran medida desde el terreno más bajo por la magnífica artillería del comandante Duncan) obtuvo una victoria contra todo pronóstico. Se hallaban en inferioridad numérica, cansados, aguantaron sin el apoyo de las tropas del general Lapeña y ganaron. El mariscal Victor, tras su derrota a manos de Wellington en Talavera, debía de tener cierta idea del poder destructivo de la mosquetería británica, y sin embargo volvió a atacar en columnas, negando así a la mayoría de sus soldados la capacidad de disparar sus mosquetes. Una vez más la línea de dos en fondo británica demostró ser el arma superior. Aun así la cosa estuvo muy reñida y, al final, la bayoneta resultó decisiva.

Los españoles estaban avergonzados por el abúlico comportamiento del general Lapeña. Sus tropas eran más que capaces de luchar, y de hacerlo bien. Lo habían demostrado en Bailén donde, en 1808, lograron una victoria abrumadora contra los

franceses (y capturado un águila), y el general Zayas y sus hombres iban a combatir de un modo extraordinario en Albuera, apenas dos meses después de la batalla de Chiclana. Zayas quiso ayudar a sus aliados en Barrosa, pero Lapeña le negó el permiso. El gobierno español, al darse cuenta del servicio que había prestado Graham, le ofreció el título de Duque del Cerro del Puerco, pero Graham lo rechazó, pues lo consideraba un mero soborno que podría convencerlo para no decir nada sobre la conducta de Lapeña. El mote de Lapeña era, en efecto, Doña Manolito, por lo que quizá no tendría que haber sido una sorpresa que se comportara tan mal. Una cosa que sí obtuvo Graham de la batalla fue un perro. El general Rousseau, que resultó herido de gravedad cuando conducía a sus granaderos contra la Guardia, murió a causa de las heridas recibidas en el Cerro del Puerco. Su perro, un caniche, encontró a su amo moribundo y no quería apartarse de su lado, ni tampoco de la tumba donde fue enterrado Rousseau. Graham adoptó al perro y lo mandó de vuelta a Escocia. «Parece que entiende mejor el francés», escribió a su casa. Tras la batalla Graham se convirtió en el segundo al mando de Wellington durante gran parte de la Guerra Peninsular. Con el tiempo se convertiría en lord Lynedoch. Vivió hasta una edad avanzada y nunca volvió a casarse. Su querida Mary fue el amor de su vida. Recomiendo encarecidamente la biografía de Antony Brett James, *General Graham*, (London, Macmillan, 1959), a todo aquel que desee saber más sobre este escocés extraordinario y sumamente simpático.

Henry Wellesley también era un hombre muy simpático, probablemente el más afable de los hermanos Wellesley. Temo haber difamado su memoria al darle una aventura amorosa poco apropiada. Sin embargo, sí es cierto que sufrió en el amor. Su esposa lo dejó por Henry Paget, segundo conde de Anglesey quien, como marqués de Anglesey, dirigiría la caballería de Wellington en Waterloo. Los divorcios de Henry Wellesley y de Henry Paget (quien se divorció de su primera esposa para casarse con la de Wellesley) provocaron un gran escándalo, y no tengo absolutamente ninguna prueba de que Henry Wellesley fuera la causa de algún otro. No obstante, fue un embajador sumamente capaz, y Gran Bretaña necesitaba un hombre como él porque la situación política en España (que en 1811 quería decir Cádiz) era explosiva. España y Gran Bretaña, por razones que se citan en la novela, eran aliados forzados, y españoles influyentes quisieron poner fin a la alianza para buscar un acercamiento a Napoleón. Si fracasaron fue en gran parte por la tranquila prudencia de Henry Wellesley y, por supuesto, por la victoria de sir Thomas Graham en Chiclana.

El almirante, al igual que el general de brigada Moon y Caterina, es un personaje de ficción. La acción que se describe al inicio del libro, el ataque contra el puente de pontones, también es ficticia, aunque está basado en un ataque muy similar (y bastante más exitoso) realizado por el general Hill contra el puente sobre el Tajo en Almaraz, en mayo de 1812. El ataque contra las lanchas incendiarias sí tuvo lugar,

aunque mucho antes de lo que se da a entender en la novela, y el general Graham no participó en dicho ataque, pero suponía una oportunidad útil para que Sharpe y él se conocieran, de modo que me tomé las oportunas licencias.

Hoy en día no hay mucho que ver en Barrosa. Los españoles no tienen ningún motivo para recordar la batalla, y ahora el pueblo se ha extendido para convertirse en un agradable centro turístico costero a expensas de los lugares en los que murieron tantos soldados británicos, portugueses y franceses. El mariscal Victor inició la batalla con unos siete mil hombres y perdió a más de dos mil entre muertos y heridos, incluyendo al general Rousseau, que murió el día de la batalla y al general Ruffin, que murió a causa de las heridas a bordo del barco que lo llevaba a Inglaterra. Graham empezó con poco más de cinco mil británicos y portugueses y perdió a mil cuatrocientos entre muertos y heridos. Al 28.º sólo le quedaron dos oficiales al término de la batalla. El Primero de Infantería de la Guardia, los Carboneros, perdió diez oficiales y doscientos diez guardias. Ninguna unidad sufrió tanto como el batallón de flanqueo de John Browne, cuyas bajas fueron al menos del cincuenta por ciento. El comandante Browne que, en efecto, cantaba *Corazón de roble* mientras guiaba a sus hombres colina arriba, sobrevivió milagrosamente. El 87.º perdió cinco oficiales (al pobre Keogh entre ellos) y ciento sesenta y ocho soldados. Todas las unidades sufrieron mucho, y todas lucharon magníficamente.

Debo darle las gracias a Johnny Watt, quien, en un momento en que la mala salud me impedía viajar, reconoció la ciudad de Cádiz por mí. Hizo un trabajo espléndido y fue su entusiasmo por la cripta lo que llevó a tanto asesinato y caos en la catedral. Confieso que Sharpe no tenía nada que hacer en Barrosa, y si yo no hubiera asistido a la boda del hermano de Johnny en la ciudad cercana de Jerez de la Frontera, dudo que se hubiera despertado mi interés por la batalla. Pero allí estábamos y no pude resistirme a ver otro campo de batalla más de la Península; así pues, Sharpe está condenado a seguirme. Ahora ya está de vuelta en Portugal, donde debe estar en 1811, y Sharpe y Harper marcharán de nuevo.

Notas

[1] En realidad el verso de Macbeth (Acto I, escena 2) es: «¿Quién es ese individuo ensangrentado?». El autor juega con los dos significados de la palabra *bloody*, que en inglés puede significar «ensangrentado» o «maldito, condenado» como expresión de disgusto. (N. de la T.) <<

[2] Moon significa luna en inglés. En español en el original. (*N. de la T.*) <<